MARIO MENDOZA

Los Vagabundos de Dios

Planeta

MARIO MENDOZA

LOS VAGABUNDOS DE DIOS

Planeta

© Mario Mendoza, 2024

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2024
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): marzo de 2024
ISBN 13: 978-628-7665-90-3
ISBN 10: 628-7665-90-4

Primera edición en formato epub (Colombia): Marzo de 2024
ISBN: 978-628-7665-91-0
Libro convertido a Epub por: Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – Printed in Colombia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todas las formas de locura son formas de visión lúcida. Son los sanos de espíritu los ciegos o los confusos de alma. Enloquecer es caminar hacia el misterio, avistarlo desde lejos. Enloquecer es empezar a vivir. ¿A quién pertenece la instrucción de la vida, del misterio? A los hombres de genio. ¿Pero quiénes son estos? Hombres de camino hacia la locura, locos incompletos.

Viaje espiritual
FERNANDO PESSOA

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
TRANSMIGRACIÓN
Capítulo I
El renacido
1
2
3
Capítulo II
Los muertos vivientes
1
2
3
Capítulo III
Mariham
1
2
3

SEGUNDA PARTE
CRUZ Y RESISTENCIA
Capítulo I
Kairós
1
2

3
Capítulo II
El difícil arte de resistir
1
2
3
Capítulo III
El Avatar
1
2
3

TERCERA PARTE
LA CÓLERA DE DIOS
Capítulo I
El monje y el vampiro
1
2
3
Capítulo II
El Club de los Relámpagos Solitarios
1
2
3
Capítulo III
Una cita con el demonio
1
2

Epílogo
Los Vagabundos de Dios

ADVERTENCIA

Aunque muchos de los sucesos que aparecen en este libro son de fácil comprobación en la realidad y constituyen uno de los capítulos más amargos de la historia de Bogotá en las últimas décadas, tanto los personajes como la trama pertenecen exclusivamente al territorio de la ficción. No es la intención del autor ofender o perjudicar a ninguna persona vinculada de manera directa o indirecta con esta historia.

PRIMERA PARTE

TRANSMIGRACIÓN

Capítulo I
El renacido

1

Uno no se hunde en los infiernos con el paso de los años, poco a poco. Uno se cae en el abismo de un día para otro, súbitamente. Un día estás en la plenitud de tus fuerzas, lúcido, animado, sonriente en el espejo, satisfecho de ti mismo, y de repente a la mañana siguiente estás hecho polvo, con ojeras, acabado, adolorido y disminuido hasta el punto de no reconocerte, de no poder caminar ni mover los brazos como lo habías hecho toda la vida. Un día estás contento, tienes planes para tu futuro y la vida te sonríe. Y al siguiente no puedes levantarte de la cama y la depresión te consume hasta el punto de no comer, de no dormir, de no hablar. Es como si alguien hubiera apagado la luz en el universo.

Mi nombre es Adán Santana, mido un metro con noventa centímetros y camino inclinado hacia la izquierda, como un barco escorado cuyo armazón ha permanecido defectuoso desde el principio. Soy de tez blanca, de ojos negros y de cabello ensortijado. Me he ganado la vida como escritor. Carezco de confianza en mí mismo y tengo un temperamento retraído y melancólico.

Todo comenzó con la muerte de mi madre en un hogar para abuelos. Ya habían declarado la pandemia a nivel mundial y la Secretaría de Salud prohibió las visitas a los geriátricos. El miedo estaba fundado porque el virus había matado a muchos ancianos en Europa, Canadá y Estados Unidos, justamente en este tipo de residencias para la tercera edad.

Las largas cuarentenas fueron bienvenidas por muchas personas como yo, que llevábamos una vida agitada llena de viajes, compromisos y reuniones laborales que nos obligaban a estar trepados en aviones y a dormir en hoteles donde nos despertábamos muchas veces sin recordar muy bien en qué ciudad estábamos. Por eso empezamos a disfrutar sobremanera el hecho de levantarnos tarde, andar en pijama por el apartamento y de pronto descubrirnos un martes o un miércoles viendo una película clásica a las once de la mañana. Qué maravilla: era como ser un siervo de la gleba y levantarse una mañana convertido en el señor feudal.

El problema (y digo el problema porque ya verán las consecuencias nefastas que esto me trajo más adelante) es que me pareció fascinante también no tener que ir a las visitas del hogar geriátrico donde vivía mi mamá. No es que las sufriera particularmente, no es eso, porque muchas veces mi madre era un ser dulce y simpático, y yo me la pasaba muy bien conversando con ella, riéndonos e incluso comiendo algunos postres que yo metía al hogar de abuelos de contrabando. Así que la razón de mi alivio no era que me molestara ella o que no la quisiera. Todo lo contrario: había aprendido a amarla de una manera serena, sin reclamarle nada, sin juzgarla tanto como lo hacía de joven. La razón de mi alivio estaba en que toda obligación termina por cansarme. Tengo una personalidad anárquica, no me gusta que me sometan o que me impongan leyes a las malas. Y tantos años de visitas me tenían exhausto hasta el punto de soñarme muchas veces que vivía en Camboya o en Nairobi, donde no tenía que visitar a nadie en ninguna parte, donde no tenía mamá, donde yo no era yo.

Así que, cuando llegaron las cuarentenas, en un lapso de veinticuatro horas todo desapareció, incluidas las visitas al hogar donde mi vieja pasaba los días y aguantaba su soledad de manera admirable. La llamaba por teléfono y le explicaba las nuevas medidas del Ministerio de Salud, pero ella siempre volvía a preguntar lo mismo:

—¿Y entonces cuándo puedes venir a verme?

—No sé, mamá —respondía yo eludiendo el tema y restándole importancia—. Apenas abran la cuarentena me voy a verte enseguida.

Y la verdad era que estaba disfrutando de la vagancia que implicaba no ir a ninguna parte, no reunirme con nadie, no entrevistarme, no dictar conferencias, no participar en seminarios. Cuando cancelaron las ferias del libro nacionales e internacionales el alivio fue aún mayor. El sueño del

ermitaño recluido en su refugio en la mitad del bosque se me empezó a cumplir entre las cuarentenas y los encierros obligatorios que iban confirmándose mes a mes.

Lo que sucedió a continuación fue una auténtica pesadilla. Lo que para mí fue una dicha para mi madre significó la muerte. Se contagió de una bacteria, los médicos no pudieron frenar la infección y murió en un lapso de escasas dos semanas. Su deceso significó un mazazo en el centro de mi ser. La muerte del padre es un problema psíquico, de interpretación de los arquetipos. En cambio, la muerte de la madre se siente en el cuerpo, es una sensación, un asunto físico. Es como si todo nuestro ser sintiera que su origen, que la matriz que lo engendró, acabara de desaparecer. Y en consecuencia nos llega un terremoto que nos sacude por dentro: no hay músculo ni órgano que no colapse, que no se venga a pique. Nos enfermamos, nos duele la espalda, los riñones se atrofian, las defensas se nos vienen abajo.

Como los hornos crematorios de la ciudad estaban trabajando a tope debido a la pandemia, la Secretaría de Salud me comunicó que mi madre estaría aproximadamente tres semanas en unos refrigeradores esperando su turno para ser cremada. La imagen no podía ser más deprimente. Les expliqué que ella no había muerto de COVID-19 y entonces, después de enviarles el certificado de defunción, por fin me autorizaron a realizar unas honras fúnebres donde yo quisiera. Como la ciudad no daba abasto a tantos cadáveres, la envié a un pueblito cercano para que la cremaran allá. La situación no podía ser más triste. Despedirme de ella en esas circunstancias me deprimía aún más.

Fue entonces, lo recuerdo bien, que empezó el descenso. Me encerré en el apartamento todavía más, no respondía llamadas, no trabajaba, no leía, no hacía nada. Parecía un zombi de una mediocre película de terror. La culpa me fue atenazando hasta quitarme el aire. Dormía de día, veía cine de noche hasta la madrugada, me bañaba a las tres de la tarde y comía a domicilio después de desinfectar los paquetes que enviaban de los restaurantes.

Mientras tanto, afuera la ciudad era consumida por la enfermedad. Cada día me enteraba de más conocidos contagiados, de amigos que estaban en cuidados intensivos e incluso de viejos alumnos o de colegas

que acababan de morir desahuciados en las salas atestadas de las clínicas o en sus propias residencias.

Una tarde decidí frenar un poco la caída en el abismo y saqué la bicicleta para ir a montar un rato por los alrededores del barrio donde vivo. Las autoridades habían permitido la práctica de algunos deportes que no implicaban contacto con los otros. Estaba permitido hacer ejercicio una hora al día. Así que preparé la cicla, me puse el casco, me ajusté los audífonos y me fui a pedalear huyendo de mí mismo. El viento y el sol me refrescaron gratamente.

Cuando estaba de regreso, a pocas cuadras de mi casa, vi el semáforo en amarillo y me dije que alcanzaba a pasar. Grave error. Cuando menos lo pensé, me encontraba volando por los aires con los pies ajustados a los pedales. Una moto me arrolló con un golpe seco que ni siquiera vi venir. Rodé por el pavimento y terminé varios metros arrastrado hasta que me detuve sin entender todavía qué era lo que estaba sucediendo. Un carro frenó en seco y sentí la rueda justo al lado de mi cabeza. El olor del caucho quemado me causó un mareo instantáneo.

Los primeros segundos me encontraba en *shock* y no sabía qué era lo que había sucedido. La conductora de la moto resultó ser una chica venezolana que estaba muy nerviosa y que repetía que no tenía papeles y que la iban a deportar seguro. Se frotaba las manos, se agarraba la cabeza y empezó a llorar desconsoladamente. Algunos transeúntes se arremolinaron a ver qué había sucedido. Una señora se bajó del carro con la cara lívida, como si acabara de salir de una tormenta de nieve, y preguntó con la voz ahogada:

—¿Lo maté?

El hijo de la señora, que iba en el asiento del copiloto, le dijo con el ánimo de tranquilizarla:

—No, mamá, relájate.

Un mesero de una cafetería cercana se acercó y me ayudó a ponerme de pie. En ese momento sentí mi pierna y mi brazo derechos machacados, adoloridos y casi inmovilizados. Logré sentarme en una barda y el mismo mesero que había fungido de buen samaritano me trajo una botella pequeña de agua. No sabía cómo agradecerle sus gestos tan bondadosos.

Finalmente, le dije a la motociclista venezolana que no se preocupara, que podía irse tranquila. Yo sabía que me había pasado el semáforo en

amarillo y que parte de la responsabilidad también era mía. Me dio las gracias llorando, se subió en su mosca metálica y desapareció en cuestión de segundos. El hijo de la señora del carro se subió en el puesto del conductor y le dijo a su madre:

—Vámonos, mamá. Yo manejo.

La señora le obedeció y ambos partieron dejándome ahí en la barda confundido, atravesado por unas punzadas agudas que me recorrían todo el costado derecho. Una estudiante de Medicina me reconoció y dijo:

—Es Adán Santana, el escritor.

Ella y el mesero venezolano me preguntaron si quería que me acompañaran hasta mi casa. Les di las gracias y les respondí que yo podía llegar por mi cuenta. No sé de dónde saqué fuerza y caminé las cuatro calles hasta llegar a la portería de mi edificio. Fue un tramo muy breve, pero a mí me pareció eterno, como si estuviera cruzando el Himalaya.

Más tarde, en la sala de urgencias de la Clínica Reina Sofía me tomaron las radiografías correspondientes y los médicos me informaron que no había huesos rotos, pero que los músculos, los tendones y las articulaciones estaban hechos pedazos. Mi tobillo parecía una pelota de béisbol. Me las arreglé como pude, llamé a un servicio de enfermería y me atrincheré de nuevo en mi apartamento a seguir aguantando las cuarentenas en ese estado: cojo, con el brazo en cabestrillo y atiborrado de calmantes para poder dormir.

Desde los primeros días me di cuenta de que había perdido la motricidad fina de mi brazo derecho. No podía coger los cubiertos, empecé a cepillarme los dientes con la izquierda y amarrarme los zapatos era una empresa imposible. Las noches eran largos tormentos porque tenía que dormir sentado. Y, como es de suponer, mis estados de ánimo continuaban siendo bastante depresivos: sentía que nada valía la pena, que el mundo no era más que un lodazal oscuro y siniestro donde nuestras mentes y nuestros cuerpos tenían que chapotear en la inmundicia antes de morir.

Cuando me llegó el turno de ponerme las vacunas, la segunda dosis de COVID-19 me dejó en cama varios días, con fiebre, ido, al borde de una crisis general. Fue como si me envejeciera diez años en unas pocas horas. Caminaba como un abuelito decrépito, la comida me hacía daño, vivía con frío a toda hora y cabeceaba frente al televisor. En las mañanas me miraba

en el espejo del baño y no me reconocía. Unas ojeras muy marcadas convirtieron mi rostro en una caricatura macabra de mí mismo.

A los pocos meses, una tarde cualquiera, mientras mi cuerpo se iba recuperando muy lentamente del accidente y de las vacunas, estaba pasándome la seda dental por las muelas superiores del maxilar derecho y de pronto sentí un objeto sólido cayendo desde mi boca al lavamanos. El sonido parecía el de una canica dando tumbos de un lado a otro. Agarré el objeto y era medio diente que se me había desportillado quién sabe cuándo. Tuve la sensación de que me estaba muriendo a pedazos.

Debo aclarar que para mí la odontología es un castigo divino a través del cual debo expurgar todos mis pecados. Soy hipersensible a cualquier tratamiento, por leve que sea. La sola idea de la inyección de anestesia me hace sudar a chorros. Ni qué hablar de la fresa, ese aparato repugnante del que no hemos podido liberarnos ni siquiera en la época de los cohetes y los viajes espaciales. ¿Cómo es posible que exista semejante tortura en un tiempo como el nuestro, cuando ya hemos sido capaces de enviar aparatos sofisticados más allá del sistema solar?

La odontóloga me dijo que no había perdido solo una muela, sino dos. No había nada que hacer, la única solución era sacármelas del todo y poner en su lugar dos implantes. Eso significaba una cirugía y meter allí, en los agujeros, dos tornillos que se ajustaban al maxilar superior. Casi me desmayo de solo oír la explicación. Para resumir, quedé varias semanas herido, comiendo solo por el costado izquierdo, sin poder masticar y a punta de dieta blanda. La caída continuaba.

El colmo de semejante situación sucedió una mañana al salir de la ducha. Continuaba caminando con cierta torpeza, sin sentir que mis piernas sostenían bien el equilibrio. Olvidé poner la toalla pequeña para secarme la planta de los pies apenas terminé de bañarme, y, en una pisada en falso, me fui de para atrás. Caí de costado sobre la taza, reboté y terminé en el piso sin poder respirar. Un charco de sangre empezaba a teñir las baldosas de rojo. Me palpé en la parte izquierda de la espalda, donde me dolía tanto, pero la mano no me mostraba señales de ninguna herida. Todo el costado izquierdo me dolía hasta impedirme respirar con normalidad. Me dije que si no era capaz de ponerme de pie me iba a quedar ahí tirado en el piso quién sabe cuántas horas. La adrenalina me hizo erguirme y al final, apoyándome en el lavamanos, logré pararme. La sangre seguía

extendiéndose por todas partes. Entonces me di cuenta de que el dedo gordo del pie derecho estaba separado de los otros cuatro. Me senté en la taza y me miré la planta: en efecto, en algún momento pisé la lámina metálica de la puerta corrediza del baño y me había tajado la carne de lado a lado. Ahí estaba el origen de la hemorragia. Rasgué una camiseta como pude y me la puse alrededor del pie para detener la sangre.

De nuevo terminé en urgencias. Siete horas después las radiografías mostraron que tenía tres costillas rotas y una fisurada. Me cosieron la herida del pie (el dolor de los pinchazos de la jeringa para la anestesia en esa zona del cuerpo me obligó a morder una almohada para no dar alaridos), me recetaron calmantes y el médico me explicó que las costillas se sanaban solas. No había ningún tratamiento especial.

De nuevo a dormir sentado. Las noches en esa posición son eternas, se duerme a pedazos, intermitentemente, como si uno fuera un soldado haciendo guardia en la mitad de la guerra. Todo el cuerpo se va resintiendo y en la mañana parece uno el sobreviviente de un bombardeo nuclear. Descubrí también un hormigueo en la pierna izquierda, en el muslo, una especie de corriente eléctrica que parecía extenderse por debajo de la piel. A veces la sensación era tan fuerte que me ardía, como si me estuvieran quemando con un mechero. Busqué en la red y se llama neuropatía periférica. Era una consecuencia del golpe tan brutal que había sufrido en la caja torácica. No sabía si esa dolencia iba a desaparecer o si tendría que aprender a vivir con ella de por vida.

En ese justo momento consulté varias referencias que recordaba sobre las distintas formas de asumir el duelo de alguien muy cercano a nosotros, y me encontré que en muchas ocasiones la persona no solo suele enfermarse, sino que empieza a sufrir percances que le muestran su vulnerabilidad, su infinita fragilidad. Después de la caída en el baño yo empecé incluso a ver amenazas en cualquier objeto: un cuchillo de la cocina, un tapete mal puesto o un empaque metálico eran armas que estaban ahí para que yo me hiriera con ellas. Como vivo solo, imaginaba mil situaciones en las cuales me accidentaba, no había acceso al teléfono y tenía que quedarme en un rincón dando alaridos de dolor hasta que una semana después encontraran el cadáver ya putrefacto y lleno de gusanos.

La muerte de un ser amado nos deja desvalidos, a la intemperie. No solo tenemos que asumir la impermanencia de todo, la caducidad de los

seres vivos y de los objetos, sino la de nosotros mismos. Estamos aquí de paso, de tránsito, y en algún momento también tendremos que irnos. ¿Cómo será nuestra muerte? ¿Cómo desapareceremos? ¿Será una muerte lenta, insufrible, o caeremos al piso fulminados por un infarto? Todo ese imaginario siniestro, todas esas posibilidades aterradoras nos van acompañando mientras nos despedimos de nuestro ser querido. De algún modo, con la muerte de alguien que amamos agoniza y muere una buena parte de nosotros mismos.

Así que poco a poco, noche tras noche, empecé a intuir que todo ese desastre estaba relacionado con el duelo. Recordé que, cuando estaba llegando en la bicicleta, di una vuelta a la manzana del semáforo en el que me accidenté con el pretexto de echar un vistazo a una casa que estaban vendiendo. Es decir, pasé por esa esquina dos veces. En la primera no me sucedió nada. Y esa fue la razón por la cual di la vuelta y regresé para chocarme con la moto. El inconsciente tejiendo siempre de manera secreta nuestra propia desgracia.

El problema de la culpa es que desde niños hemos sido educados en la ecuación error-castigo. Si hacemos algo mal nos castigan. Pero cuando crecemos no hay nadie para reprendernos, entonces nosotros mismos nos encargamos de enfermarnos, de deprimirnos o de irnos de bruces para pagar de ese modo la mala acción que cometimos. ¿Estaba yo mismo, entonces, saboteándome porque me sentía culpable de haber sentido alivio durante las cuarentenas? ¿Esas semanas sin ir al hogar geriátrico, leyendo feliz en pijama o viendo televisión, eran el verdadero origen de los accidentes? ¿Me estaba castigando porque lo que para mí habían sido unas vacaciones fantásticas para mi madre había sido la muerte? Es más, ¿no habría yo anhelado en secreto su deceso? ¿No estaba yo tan agotado, tan disminuido, que deseaba descansar; es decir, que ella muriera para yo liberarme de todas las obligaciones médicas y humanas que implica estar pendiente de un enfermo? Y quizás esa muerte la esperaba con gran expectativa no solo porque me liberaba a mí, sino a ella también. Ella, que estaba asfixiada con la vida rutinaria del encierro, que no deseaba ser resucitada en caso de emergencia (había tenido ya varias experiencias graves) y que solía decir que ojalá la muerte le llegara pronto porque ya no podía más con las dolencias y los achaques de la vejez. Entonces, ¿mi cabeza unió todo eso sin que yo lo supiera y en consecuencia esperaba con

ansias su muerte? ¿Y ahora ese deseo oculto me generaba una culpa insoportable hasta el punto de tener que castigarme a golpes, rodando por el suelo o yéndome de bruces hasta romperme las costillas?

Tal vez, sí. El inconsciente suele ser un pícaro agazapado que siempre se sale con la suya, un bribón al que le gusta ponerse máscaras, esconderse, y cuando ya cree uno que lo tiene detectado, resulta ser que es un disfraz más para engañarnos.

La debilidad que padecemos durante un duelo es tan intensa que incluso me di cuenta de que no podía escribir con facilidad. Cierta fluidez que había experimentado en el pasado había desaparecido por completo. Las frases se me atascaban en la cabeza, repetía adverbios y adjetivos, no sabía dónde ubicar los signos de puntuación y se me olvidaban los conceptos con facilidad. Creí que nunca más iba a poder escribir un libro. Mi cabeza estaba atrofiada, hecha papilla, y llegué al punto de plantearme la hipótesis de un tumor cerebral o de algún tipo de enfermedad degenerativa.

En consecuencia, tomé la firme decisión de no volver a escribir. No me sentía capaz de hilar fino una o varias tramas a la vez, de revisar arcos dramáticos, de construir personajes. Algo dentro de mí se había roto y no sabía si sería capaz de enmendarlo.

¿Qué sentido tenía la literatura en un mundo así, déspota, avaro y narcisista? ¿Para qué escribir ficción cuando la realidad nos abofetea cada día para que despertemos? Era absurdo sentarse a crear universos paralelos cuando afuera el mundo principal del que dependen nuestras vidas estaba en cuidados intensivos.

Lo difícil de dejar de escribir cuando uno es un escritor profesional es que se trata de un problema físico. Al principio, cuando uno está empezando su carrera, lo más complicado es la disciplina, es decir, cómo incorporar la escritura al cuerpo, cómo convertirla en un acto tan normal como respirar o ir al baño. La mayoría de los escritores jóvenes sufren mucho porque tienen la creación desligada de su cuerpo. Creen que se trata de un ejercicio solo mental. Entonces su vida va por un lado y su obra por otro. Pero si uno persiste y se da cuenta del error, empieza el trabajo de fusión: poco a poco uno va logrando que el acto de escribir se vuelva algo natural, fluido, cotidiano. Ya no hay que hacer grandes esfuerzos para sentarse a trabajar en una novela, sencillamente la novela hace parte de la

vida de todos los días, como desayunar o lavarse los dientes. Y la angustia llega cuando, de pronto, uno decide no escribir, lo cual equivale a no respirar o no bañarse. Uno pierde el equilibrio y toda la vida entra en caos.

Luego la pregunta era obvia: los accidentes y ese nuevo modo de vida en negativo, ese miedo a cruzar una calle o a salir de la ducha, ¿estaban relacionados con la ausencia de la escritura? ¿Dejar de escribir me había convertido en un muñeco de trapo, en un zombi que trastabillaba torpemente al subir un andén o al bajar unas escaleras? ¿Quién era yo sin la escritura? ¿Era yo?

2

Durante esas noches de horror, quejándome por una punzada en el costado o por un ardor en la pierna, recordé también que alguna tarde, conversando con mi vieja en el hogar de abuelos, ella me propuso que el primero que se muriera le tenía que enviar un mensaje al otro para estar seguros de que sí había algo más allá de la muerte.

—Es importante que el mensaje sea claro —dijo ella con seriedad.

—Me puedo morir yo primero —comenté con franqueza.

—Perfectamente —dijo mi madre con una sonrisa maliciosa—. Lo importante es que enviemos el mensaje para confirmarle al otro que sí hay algo más del otro lado.

Barajamos varias opciones y descartamos las más cinematográficas: el mensaje en el vaho del vidrio después de bañarse, el pájaro en la ventana o el número ganador de una lotería. Tenía que ser un mensaje claro, que no hubiera duda de ninguna clase. Y, mirando por la ventana de su habitación, sentada en una especie de mecedora donde pasaba los días leyendo o pintando, mi madre dijo con seguridad:

—Algo que tenga que ver con tus libros.

—¿Con mis libros? —pregunté con cierta sorpresa.

—Ya sé: mi personaje preferido es Roger Rogers. Si alguno muere, nos enviamos un mensaje relativo a él.

No sabía qué decirle. Mi madre leía mis libros, sí, y a veces los comentábamos, pero no creí que fueran tan importantes como para

utilizarlos de mensajes de ultratumba.

—Me parece bien —dije sonriéndome—. Después de la muerte de alguno de nosotros, debe surgir algo relativo a Roger que le indique al otro que no es una casualidad, sino un mensaje desde el más allá.

—Exacto —dijo ella entusiasmada con su propia idea—. Roger nos servirá de conexión, de bisagra entre los dos mundos.

Nos dimos la mano para sellar nuestro pacto secreto y pasamos a conversar sobre otros asuntos. A la salida del hogar geriátrico tuve la impresión de haber caído en una trampa, como siempre. Mi madre tenía esa curiosa habilidad de engatusarlo a uno hasta lograr su cometido. Era de una agudeza poco común. Su astucia llegaba hasta el punto de que mucho tiempo después, cuando ya era tarde, uno se daba cuenta de las artimañas que había utilizado. Si se hubiera dedicado a alguna actividad delictiva, habría sido sin dudarlo una estafadora brillante o una embaucadora famosa. Su inteligencia en esas lides era pasmosa.

Durante el proceso de las honras fúnebres y de la cremación me comuniqué con un joven afable que sirvió de intermediario entre la funeraria y yo. Desde la primera conversación supe que él no tenía ni idea a qué me dedicaba. No sabía que era escritor ni había leído ninguno de mis libros. Me llamaba en los chats de WhatsApp “señor Santana”, con frialdad burocrática. Tuvimos que definir varios temas: qué tipo de ataúd utilizarían, las fotografías en el momento de la cremación y la entrega de la urna funeraria con las cenizas. La verdad es que el joven era bastante diligente y cordial, hasta que una mañana, de un momento a otro, sin dar ninguna explicación, en lugar del acostumbrado “Señor Santana”, me escribió en el chat de WhatsApp “Señor Roger”. No podía creerlo. Si no es porque leí y releí la expresión mil veces, y porque incluso le pedí el favor al portero de mi edificio que me leyera en voz alta qué decía exactamente ahí, en ese rectángulo de luz, hoy en día seguiría con la duda. Y si me hubiera llamado con cualquier otro nombre o apellido, entendería la confusión sin problema. ¿Pero Roger, así, con esa ortografía exacta? No hay ningún parecido entre el nombre de mi personaje y el mío propio. Era una locura. Una semana después de terminar con todos los procedimientos, le escribí al joven y le pregunté por qué me había cambiado el nombre de ese modo. Nunca me respondió.

Enseguida, a los pocos días, mi editorial me comunicó que un

productor colombiano había solicitado una cita formal para hablar de los derechos de Roger Rogers para cine. No podía ser. ¿Estaba mi madre detrás de todos esos tejemanejes sonriéndose, haciéndome una jugarreta y burlándose de mí? No lo sé. Lo cierto es que tantas coincidencias eran difíciles de explicar.

Una tarde mi editor me llamó para decirme que había una médium, alguien que solía practicar la escritura automática (técnica muy conocida entre los surrealistas) y que aseguraba que tenía un mensaje para mí de parte de mi madre. Pregunté quién diablos era esa mujer. Mi editor me respondió que ella estaba escribiendo un libro sobre sus experiencias con personas fallecidas. Muchas veces había servido de canal, de instrumento para conectar este mundo con el otro, y mi editor quería echarle una ojeada a ese testimonio y ver si lo publicaba o no. Acepté la invitación y me reuní con ella un día entre semana en su consultorio, al norte de la ciudad.

La médium resultó ser una mujer muy atractiva y seductora. Llevaba puesto un vestido de flores que resaltaba su figura sensual y voluptuosa. Se concentró durante varios minutos y escribió en unas hojas de afán, atropelladamente, sin detenerse a pensar ni a corregir. Luego me dijo mirándome fijamente a los ojos:

—Intento ponerme a tono, conectarme con ese otro lado del mundo mediante el lenguaje verbal.

—Muchos escritores practicaron ese método.

—A mí me interesa ser fiel al mensaje, transmitirlo sin desvirtuarlo. Yo sentí muchas veces a tu madre.

—¿Desde cuándo? —pregunté con curiosidad.

—A las pocas semanas de su fallecimiento, en septiembre. No sabía de quién se trataba hasta que vi una entrevista que te hicieron. Yo no te he leído, lamento confesarte mi ignorancia. No sabía quién eras. Pero apenas te escuché, supe que eras el hijo de esa mujer que intentaba una y otra vez hablarme para ponerse en contacto contigo.

—Qué extraño.

—A veces el contacto es rápido y directo. Pero a veces está cifrado y es confuso, como en este caso. Hasta que supe que se refería a ti.

No sabía qué decir. Podía tratarse de una psicótica que debía recibir tratamiento psiquiátrico, medicarse y ya. Una esquizofrénica que debía dejar a la humanidad, a personas como yo, que habíamos perdido a un ser

querido, en paz. Ella continuó sin amilanarse:

—Tu madre te expresa primero que está muy agradecida por todos los gestos que tuviste con ella durante su larga y penosa enfermedad. Está muy consciente de que fue una carga muy pesada y lamenta no haberte sabido expresar su gratitud.

—Entiendo —dije muy conmovido.

Luego ella se explayó en escenas del pasado, en consejos acerca de mi manera de ser retraída y solitaria, y finalmente se refirió a mi pasión por los chocolates:

—De vez en cuando, dice tu madre, no está mal que te consientas con aquello que tanto te gusta. Un duelo es demasiado duro y solo un poco de placer nos ayuda a sobrellevarlo sin rendirnos.

Hasta ahí la exposición de ella me había parecido un poco de cajón, frases hechas a la medida, referencias a mi vida que estaban en mis propios libros, en charlas y en entrevistas que circulaban por la red. Nada era especialmente llamativo. Hasta que ya para terminar la sesión, de repente, en un tono de voz diferente, más susurrante, más en secreto, la médium se inclinó en su asiento y me dijo:

—Te dice también que como uno de tus personajes que se llama Roberto, Rogelio o Roger, debes descender una vez más a la profundidad de la ciudad para purificarte.

—¿Cómo? —dije abriendo los ojos de par en par.

La médium inhaló muy despacio y soltó el aire por la boca. Sus ojos estaban entrecerrados. Miró una de las hojas en las cuales había escrito de afán, con unas letras que parecían mamarrachos infantiles, frunció el entrecejo y dijo:

—Sí, aquí dice con claridad que debes emprender un último viaje a las zonas prohibidas de Bogotá. Como tu personaje, que no sé exactamente cuál es porque no te he leído. Pero creo entender que es algo así como Roberto o Roger.

—Roger, Roger Rogers —dije yo muy asombrado, recordando de pronto esa promesa que nos habíamos hecho aquella tarde con mi madre y que ahora ella estaba cumpliendo a cabalidad.

—Eso, Roger —repitió la médium casi en un suspiro—. Algo pasa con ese personaje tuyo y debes emularlo. No sé a qué se refiere con viajar al lado oscuro de la ciudad, pero ese es el mensaje.

—Sí, entiendo bien —dije yo sintiéndome un poco aturdido.

—Ahora, es importante que sepas que debes escribir algo acerca de esa experiencia que muy pronto emprenderás.

—¿Eso dice mi madre? No creo que yo vuelva a escribir.

—Dice que no te rindas, que luches, que debes sobreponerte. Tu personaje te servirá de guía.

—Mi personaje está muerto.

—Quizás por eso mismo —remató ella sonriendo—. Los muertos a veces siguen guiando nuestros pasos. De lo contrario, ¿qué estamos haciendo aquí, en esta sesión?

Nos dijimos unas cuantas frases cordiales y diplomáticas, le di las gracias por su gentileza, y salí del consultorio de afán. Me faltaba el aire y necesitaba respirar afuera, en la calle, sintiendo el viento helado que bajaba de las montañas. Caminé durante horas, crucé parques y avenidas, hasta que llegué a mi casa ya entrada la noche. No podía creer lo que me acababa de suceder. Era difícil de asimilar. ¿Dónde estaba mi madre? ¿Desde qué lugar o dimensión misteriosa me hablaba? ¿Estaba pronta a reencarnar en otro cuerpo, en otra identidad, y antes de perderse en ese nuevo ser había decidido cumplir con nuestro pacto?

Por esos días recordé que en una feria del libro se me acercó alguna tarde un lector y me felicitó por una placa que estaba en el Cocuy, un pueblito pequeño en las estribaciones del nevado que lleva su mismo nombre. Yo nunca he visitado ese lugar. Entonces él me mostró una foto en su celular. Era una especie de placa conmemorativa que decía:

En esta casa vivió el español Andreu Santana,
padre del escritor Adán Santana

La información, por supuesto, estaba mal. Ese no era mi padre, sino mi abuelo, un español que se había venido a Colombia en busca de oportunidades durante la guerra civil. El abuelo nunca perdió su acento castizo, puso un almacén de implementos para el hogar, y se reservó al fondo del local un espacio para su venta de telas, paños, cañas de pescar y ultramarinos. El negocio quedaba justo en la plaza principal del pueblo, al lado de la iglesia. No sé cómo se le ocurrió venirse desde el otro lado del

mundo a ese lugar perdido entre las montañas, justo en las faldas de un nevado. Debió sentirse extraño, ajeno por completo a las costumbres de los colombianos, que ya empezaban a matarse por sus ideas políticas y religiosas. Más tarde enfermaría de cáncer en los pulmones y terminaría muriendo a una edad temprana, frisando los sesenta años de edad.

No sé por qué desde joven ese abuelo misterioso, que había muerto antes de que yo naciera, me pareció siempre una sombra tutelar, una especie de referente que seguramente determinaba mi vida sin que yo lo supiera. ¿No heredamos acaso de nuestros ancestros maneras de ser, inclinaciones, vicios e incluso sueños y obsesiones? En el código genético no solo va la información de nuestros órganos y nuestras enfermedades, sino también la información psíquica, la que marcará nuestra mente, nuestros conceptos y nuestros afectos. Y si así funcionaba la naturaleza, ¿qué tenía yo entonces de ese abuelo inmigrante extraviado en las montañas de un continente remoto? ¿Había algo en mí que siempre permanecía en otra parte, como una especie de despistado que nunca logra encajar del todo en la realidad? ¿El duelo me estaba revelando una de las facetas más insoportables de mi personalidad, la de estar permanentemente en fuga? ¿Había el abuelo huido de algún delito que había cometido de joven en su país? ¿Se había robado un banco? ¿Había matado a alguien? O sencillamente se trataba de un aventurero que no quería crecer y envejecer entre los suyos, sino lejos, en otra parte, junto a desconocidos que no entendían sus costumbres.

Algunos relatos que circulaban en la familia aseguraban que en la época de la violencia en Colombia los conservadores habían intentado asesinarlo por republicano y ateo. Tal vez les pareció sospechoso, demasiado liberal para su gusto, no católico, y le hicieron un atentado, del cual, por fortuna, había logrado salir ileso. ¿Quién había sido ese hombre, realmente? ¿No se trataría más bien de un joven que venía huyendo de algo atroz en su pasado y un nuevo continente era la promesa real, tangible, de una nueva vida?

Por otra parte, alguna tarde, de visita en el hogar de abuelos donde vivía mi madre, le pregunté por su padre, por el abuelo materno, que había sido telegrafista y al que yo recordaba ya jubilado en una finca de un pueblito llamado La Florida. Se refugiaba en ese lugar durante meses y no le gustaba regresar a Bogotá. Su pensión le alcanzaba para vivir y en la

finca cultivaba moras, las cuales vendía después en distintos mercados tanto del pueblo como de la ciudad. Eso era lo que yo recordaba del viejo, que siempre había sido muy afectuoso conmigo. Pero de repente mi madre me dijo a bocajarro:

—Nosotros no fuimos su primer hogar. Él se había casado antes en la selva.

—¿Cómo? —dije yo sin saber si mi madre se estaba inventando el pasado remoto de su padre.

—Antes de ser telegrafista él se internó en la selva detrás de unas supuestas minas de oro en el Guaviare.

—¿El abuelo? No puede ser. Era un tipo solitario y rutinario.

—De joven fue un aventurero. Allá se enamoró de una indígena que era la hija del jefe de una tribu.

—Tú nunca me contaste nada de esto.

—Nunca preguntaste. Con ella tuvo dos hijos. Mis dos hermanastros.

Era verdad, mi madre tenía dos medios hermanos que eran los hijos de un primer matrimonio del abuelo. Pero yo siempre pensé que se trataba de un matrimonio anterior común y corriente, con alguna mujer que había muerto joven dejándolo viudo y a cargo de dos niños pequeños. Y resulta que mi madre me estaba hablando de una especie de personaje sacado de una novela de Joseph Conrad.

Ella continuó impávida, como si nada:

—Su mujer indígena enfermó gravemente, murió siendo muy joven, y él permaneció con esa tribu algunos años, hasta que se dio cuenta de que sus hijos no tendrían allí ningún futuro.

—¿Y entonces qué hizo?

—Regresó a la ciudad, estudió para telegrafista, consiguió un puesto estable y mandó por sus dos niños. Luego conoció a mi mamá y estableció un nuevo hogar con ella.

—¿Y la abuela lo aceptó con esos dos hijos de madre indígena?

—Sí, claro. Los cuatro crecimos como hermanos.

Las abuelas habían sido amas de casa rutinarias con las cuales yo había alcanzado a compartir. En cambio, los hombres se habían muerto relativamente jóvenes. ¿Un abuelo que venía de las costas españolas refugiado debajo de un nevado en un país remoto, y el otro buscando oro en la selva y casado con la hija de un cacique? ¿De dónde provenía yo

entonces, qué se podía esperar de mí? Por mis venas corría la sangre de dos fugitivos, de dos migrantes, de dos aventureros que habían terminado viviendo entre pueblos lejanos que no se parecían en nada a sus familias de origen. Y quizás por eso mismo fue que empecé a soñar con irme de la ciudad, con buscar una casa en el campo, retirada, y largarme a ese lugar con dos perros, lejos de una sociedad con la que cada vez tenía menos asuntos en común.

Durante meses estuve revisando los avisos de casas en venta en Sasaima, en La Vega, en Anapoima, siempre con la ilusión de que me iba a ir para siempre de la ciudad. Luego pensé en la isla de Providencia y en La Guajira, lo más lejos posible. Estaba harto de un establecimiento con el cual jamás me había entendido muy bien que digamos. Había logrado llevar una vida amable, había escrito unos libros en los que creía profundamente, y ya, había llegado el momento de decir adiós, de no mirar hacia atrás y partir en busca de un refugio donde mis últimos días los dedicaría a la lectura y la contemplación. Y la pregunta era: ¿estaba ahí visible, palpable, la herencia de esos dos abuelos viajeros que habían terminado fugándose de sí mismos? ¿En realidad yo no estaba tomando ninguna decisión, sino que eran mis genes actuando en la sombra, decidiendo por mí sin que yo lo supiera?

Fue entonces que tuve un sueño extraño que me obligó a revisar todo lo que hasta ese momento creía que iba a ser mi futuro. Estábamos mis dos abuelos y yo sentados en las tumbas de un cementerio sombrío. La única luz que nos cobijaba provenía de arriba, y yo, sin verla de frente, sabía que estábamos en luna llena. El abuelo español empezó diciéndome con cierta frialdad:

—Nosotros no somos más que fantasmagorías.

—Te hiciste una imagen de nosotros que te conviene para justificar los errores que estás a punto de cometer —decía mi abuelo materno con una sonrisa irónica.

—¿Qué errores? —tartamudeaba yo con un fastidio que me hacía temblar la voz.

—Te crees superior —decía mi abuelo con acento español.

—Todo el tiempo tienes rabia y hablas con desprecio —aseguraba mi abuelo materno—. Te ubicas en una posición de superioridad que en realidad no tienes.

—Eres engreído y arrogante —repetía el abuelo paterno con la voz triste.

—No escuchas consejos de nadie —me recriminaba el abuelo materno.

—¿Ustedes sí pudieron irse, alejarse de sus hogares y de los suyos, pero a mí me está prohibido hacerlo? —dije subiendo la voz y poniéndome de pie—. ¿No les parece que los petulantes son ustedes?

Y a partir de ese momento los dos abuelos se fundieron en una sola voz que hablaba a dúo, como si se tratara de un coro cuyos parlamentos ya estaban programados con anterioridad. Me dijeron con desprecio:

—No te has dado cuenta de lo bendito que eres.

—¿Qué quieren de mí? —gritaba yo enfurecido.

—No aprecias lo que te ha sido otorgado.

—¿Qué debo agradecer? Todo lo que tengo me lo he ganado a pulso, ha sido fruto de mi trabajo.

—No valoras los tesoros que el cielo te ha regalado.

—¿De qué diablos me están hablando?

—Y como tu ego sigue sin entender, la única opción que nos dejas es doblegarte a las malas.

Y entonces aparecía yo a punto de cruzar el semáforo en mi bicicleta, llegaba la motocicleta y me arrollaba varios metros por el pavimento. Volví a sentir los dolores, las magulladuras, las articulaciones hechas pedazos, como si el cableado de un muñeco quedara destruido y trabajando a medias. Luego aparecía de la nada la odontóloga y me decía con la jeringa en alto, a punto de inyectarme en la encía:

—Relájate, no te va a doler.

Y el pinchazo me hacía estremecer todo el lado derecho de la cara. Y no alcanzaba a agarrarme bien de la silla de odontología para aguantar mejor los aguijonazos que venían, cuando sentí que me iba de para atrás en el baño de mi apartamento y que caía de costado sobre la taza quebrándome varias costillas. Veía hacia abajo y mi pie sangraba a borbotones.

Y lo increíble es que yo sentía todos esos dolores al tiempo, juntos, como si estuviera en medio de un experimento perverso y bestial. Era demasiado. Supe que no iba a aguantar un segundo más las punzadas, los tendones lesionados, los huesos quebrados, los pinchazos, las noches durmiendo sentado, los espasmos musculares y las corrientes eléctricas en

la pierna, y entonces me puse de rodillas y dije con los ojos llenos de lágrimas:

—Está bien, me rindo.

En ese justo instante todos los dolores desaparecieron y los abuelos se sonrieron por primera vez con cierta ternura. Siguieron hablando a dúo:

—No puedes tirar a la basura una vida llena de bendiciones.

—Entiendo —dije de rodillas, sintiendo de repente un cansancio extremo que me obligaba a entrecerrar los ojos.

—Debes vencer a tu Adversario. Sabemos que entiendes de qué hablamos: el enemigo que habita en ti.

Sí, lo entendía a la perfección. Lo estaba experimentando de un modo siniestro. Todo lo que uno es en contra de sí mismo: uno haciéndose zancadilla, uno hiriéndose, uno tomando pésimas decisiones, uno deprimiéndose en un rincón y coqueteando peligrosamente con la muerte. Los antiguos habían llamado a esa fuerza oscura El Adversario.

Me incliné y dije con convicción:

—Me opondré a él con todas mis fuerzas.

—Y aprende a dar gracias.

—Lo haré. Lo prometo.

Y mientras intentaba erguirme para ver a esos dos hombres de frente y aceptar mi derrota, desperté en mi habitación sentado entre una decena de cojines, sudoroso, exhausto. Y, con los ojos aguados, murmuré en medio de la oscuridad:

—Ya entendí. Gracias, gracias por tanto.

3

Una mañana recibí un mensaje de Amalia, una amiga con la que no hablaba desde hacía por lo menos un par de años. Se había ido a Nueva York detrás de una beca para hacer su doctorado y llevaba una vida idílica: montaba en bicicleta por los alrededores del río, vivía en un edificio dentro del campus y era discípula de grandes profesores de los cuales procuraba extraer toda la sabiduría posible. Se había enamorado de una chica cubana que trabajaba como tatuadora en el Barrio Chino, así que dividía su tiempo

entre sus obligaciones académicas y su amor desbordado por esa joven caribeña con la que soñaba irse a vivir algún día.

Hasta que llegó la pandemia y las cuarentenas estrictas la obligaron a confinarse en los predios de la universidad. Me decía en el mensaje que durante el primer mes la gente no había puesto mucha atención a los informes sobre el virus. Salían a la calle normalmente, no se lavaban las manos, algunos usaban el tapabocas y otros no, en fin, era como una situación relajada y nadie parecía estar angustiándose mayor cosa. Sin embargo, los casos empezaron a aumentar y los enfermos fueron atiborrando las salas de urgencias y de cuidados intensivos. Fue entonces que llegó el miedo.

Le propuse a Amalia una videollamada para poder hablar fluidamente y aceptó sin mucho entusiasmo. Nos contactamos una tarde a eso de las seis. En Bogotá llovía a cántaros y yo sentía cómo el aguacero chocaba contra las tejas generando un estruendo que me obligaba a subir a tope el volumen de la llamada. Mi sorpresa fue enorme cuando vi en la pantalla a una mujer demacrada, con el cabello escaso y unas ojeras que la hacían ver quince años mayor. Según mis cálculos, ella estaba cerca de los treinta años de edad, y en la pantalla veía a una mujer de unos cuarenta y cinco, enfermiza y amarillenta. No dije nada por cortesía, pero ella hizo alusión de entrada a su lamentable estado de salud:

—Eres el primero que no me dice nada por mi aspecto físico, ¿sabes?

—Yo parezco normal, pero en realidad estoy machacado por todas partes, como te conté en el mensaje que te envié. Los dos accidentes me dejaron hecho polvo. No creo que tenga autoridad para andar juzgando a otros.

—He pasado por el infierno. No te imaginas.

—Recuerdo que la última vez que hablamos llevabas una vida envidiable.

—Alcancé a contarte sobre Kate, ¿verdad?

—Supe que la habías conocido en una sala de tatuajes en el Barrio Chino y que había sido amor a primera vista.

—El mejor día de mi vida, ¿sabes? Nos vimos y fue como si de verdad Cupido existiera y nos hubiera lanzado sus flechas directo al corazón. Nos reímos, nos coqueteamos con el mayor descaro disfrutando de la situación y al final no me tatué el dibujo que llevaba preparado, sino uno que ella me

sugirió. Mira…

Amalia se bajó un poco la camiseta y me mostró en su clavícula una frase tatuada con una caligrafía barroca que parecía estar chorreando sangre. Decía: *Lo que no me mata me hace más fuerte*.

—Nietzsche —murmuré automáticamente.

—Ella me dijo que esa frase nos definiría, ¿sabes? No tenía ni idea de lo que estaba haciendo cuando acepté tatuármela.

—Hace dos años estabas viviendo un amor perfecto, como de película.

—Ese primer día que nos conocimos pasé a recogerla como a las ocho de la noche y me llevó a su apartamento, un sótano en una casa vieja a pocas cuadras de donde trabajaba. No alcanzamos a abrir la puerta cuando ya estábamos besándonos y acariciándonos en el corredor. No hacíamos sino reírnos. Qué momento tan maravilloso. Daría lo que fuera por quedarme ahí suspendida, sin avanzar, sin tener que enfrentar lo que vino después.

—Pero me dijiste que la relación funcionaba de maravilla.

—Nos enamoramos sin dudas de ninguna clase. Tú sabes que yo había intentado tener relaciones con hombres allá en Colombia y todo había sido un desastre. No salí del clóset porque mi familia es evangélica y para ellos todo eso es demoníaco y vergonzoso. Me hubieran mandado a hablar con el pastor. Qué pereza.

—Allá pudiste vivir tranquila. Nadie te juzgaba.

—En Colombia siempre tuve miedo de que algún amigo de mi papá o una antigua conocida de mi mamá me viera de la mano con una chica, o besándome con alguna amiga, y llamaran después a hacer un escándalo. Por eso las dos veces que intenté acercarme a alguna compañerita fue a escondidas, con pena, como si fuera un delito.

—El viaje te liberó, claro.

—Amo Nueva York por eso, ¿sabes?, porque aquí pude por fin ser yo misma. Con Kate montábamos en bici, hacíamos mercado juntas, nos cogíamos de la mano en la calle, nos besábamos en el metro, éramos libres y nadie nos estaba mirando de reojo, como si fuéramos bichos raros. Cuando salíamos a bailar nos abrazábamos en la pista, nos amacizábamos duro, bien apretado, y no pasaba nada. No te imaginas la felicidad que implica poder expresar tu amor con libertad.

—Sentirte normal, como el resto de la gente.

—Que nadie te señale, que nadie pueda llamar a tu casa a decirle a tus papás que descubrieron el secreto oscuro de su aparente hija perfecta. Allá vives con miedo, escondida, sintiéndote culpable.

—¿Seguiste viviendo en la universidad o te mudaste a vivir con Kate?

—Fuimos muy felices los dos primeros años. Me la pasaba entre el campus y el apartamento de ella en el Barrio Chino. Dormíamos juntas todos los fines de semana, viajábamos en vacaciones, acampábamos en las reservas naturales, nos fuimos volviendo inseparables. Era un milagro que había llegado a mi vida para transformarla, para hacerme feliz. Hasta que llegó la pandemia, ¿sabes?, y ella estuvo entre los primeros contagiados reportados.

—No puede ser.

—No estábamos juntas por esos días porque tuve que atrincherarme en la universidad y la cuarentena era muy estricta. Nos hablábamos por WhatsApp todo el día. El virus la atacó muy rápidamente y la descompuso en los dos primeros días. Tenía fiebre, no podía respirar, no le daban ganas de comer y el problema es que vivía en un sótano, así que no recibía sol ni aire. Al cuarto día tuve que dar la voz de alarma a los servicios de salud y llegaron por ella para conducirla al hospital.

—Qué pesadilla.

—No te imaginas mi angustia, mi desesperación permanente. Continuamos hablando por el celular, pero el deterioro era muy evidente: tenía la cara descompuesta y parecía otra persona. El personal médico tenía tantos enfermos que no podía darle prioridad a ninguno. En realidad, cada paciente dependía de su propia fortaleza física. No sé si te acuerdas que en esas primeras semanas sabíamos muy poco sobre el virus y no había ningún medicamento efectivo. La única ventaja de estar en el hospital era el acceso a los respiradores.

—Aquí sucedió exactamente igual.

—Para resumirte la cosa, Kate sufrió unos ataques muy extraños, como si tuviera epilepsia y después no recordaba nada de lo que había sucedido. Una enfermera cubana, compatriota de ella, era la que me informaba a veces el extraño efecto que estaba teniendo el virus en el cerebro de Kate. Luego la entraron en un coma inducido, ¿sabes?, la pusieron boca abajo para que pudiera respirar y entonces perdí contacto. No te imaginas mi desesperación. Llamaba todos los días al hospital para que me dijeran

cómo estaba, si había mejorado o empeorado.

Amalia dejó de hablar porque las lágrimas le escurrían por las mejillas y respiraba con dificultad, entre ahogos y largos suspiros. No supe qué decir y murmuré entre dientes:

—Lo siento mucho.

—Cómo sería mi angustia —dijo Amalia secándose las lágrimas con un pañuelo y retomando la conversación— que le pedí a mi familia que hiciera una cadena de oración por ella. Yo nunca he sido muy creyente, ¿sabes?, te lo confieso, pero no sabía qué hacer para ayudarla, para suplicarle que no me dejara sola en este mundo horrible en el que no me sentía capaz de continuar sin ella.

—¿Pero logró sobrevivir?

—Una semana después falleció. Casi me muero de pena moral. ¿Y sabes qué fue lo peor? Que por ser paciente de COVID-19 nadie podía reclamar el cuerpo ni hacer honras fúnebres. La única persona que había estado pendiente de ella era yo. Supliqué que me dijeran dónde estaba el cuerpo, qué iban a hacer con él, dónde la pensaban cremar. No te respondían una sola palabra, ¿sabes?, nadie contestaba el teléfono ni los correos, no sabían todavía qué iban a hacer con la proliferación de cadáveres. Fue en ese momento que vi cómo el alcalde de la ciudad, Bill de Blasio, le comunicaba a la población que, por sobresaturación en las funerarias y en los hornos crematorios, su administración se había visto obligada a realizar entierros masivos en fosas comunes en Hart Island. De inmediato me puse a investigar, ¿sabes?, y resulta que los encargados de cavar esas sepulturas y de meter en ellas a los contagiados eran los presos de la penitenciaría de Rikers Island. Hice todo lo que estaba a mi alcance para averiguar si en esa lista nefasta estaba Kate y nadie supo decirme a ciencia cierta si ella había terminado enterrada con desconocidos en ese lugar apartado de la mano de Dios.

Amalia no pudo más y se echó a llorar. Yo ya venía dándome cuenta de que los recuerdos la estaban afectando hasta el punto de perder el aliento. Le propuse que paráramos y que más bien yo la llamaba a la mañana siguiente.

—Te timbro después del desayuno, ¿te parece? —le propuse con cariño, como si le estuviera hablando a una niña que está asustada en

medio de la oscuridad.

Amalia asintió y entonces me despedí mandándole abrazos, besos, y diciéndole que ya todo mejoraría, que tuviera paciencia. La verdad es que la energía de ella era tan sombría, tan apagada, que uno tenía la impresión de que no iba a lograrlo. Pero de todos modos me dije que tal vez allá, en una reserva secreta, ella podía tener escondida una pequeña dosis de esperanza que al final terminara por rescatarla de la oscuridad.

Ese día estuve investigando sobre los entierros masivos en Nueva York y, en efecto, tal y como me lo había contado Amalia, las autoridades sanitarias se habían visto obligadas a cavar fosas comunes en Hart Island. No dejaba de ser aterrador que una persona querida por uno terminara allí de manera anónima, sin un adiós, sin palabras de afecto, sin una cruz siquiera que recordara su nombre para las generaciones venideras.

A la mañana siguiente, Amalia me contó que después de la muerte de Kate no se había sentido capaz de continuar en las residencias universitarias. Como tenía llaves del apartamento del Barrio Chino, entre cuarentena y cuarentena aprovechó para mudarse al viejo sótano en el que había sido tan feliz. Conocía al casero y le contó acerca de la muerte de su amiga. También le dijo que de ahora en adelante ella asumiría los gastos del inmueble. Al tipo le dio lo mismo: lo único que le interesaba era seguir recibiendo el canon de arrendamiento.

Apenas se instaló en el lugar, una oleada de recuerdos la obligó a recostarse en la cama con la cabeza entre las manos. El dolor de la pérdida la atosigaba, la ahogaba, como si alguien estuviera estrangulándola. No podía ser que un día estuvieran abrazadas, felices, durmiendo juntas, y al siguiente la pandemia las hubiera obligado a separarse para siempre. Le costaba mucho entender la fugacidad de los afectos, de la felicidad compartida, de la vida misma.

Una tarde se puso a revisar entre las cosas personales de Kate para ver si podía comunicarse con sus familiares en la isla y preguntarles si estaban enterados de lo que había sucedido. Fue entonces que se tropezó con una vida pasada de su novia que no conocía. Se había casado con un ingeniero de sistemas y había tenido una niña a la que bautizaron como Mía. Amalia se encontró con varias fotografías viejas en donde la chiquita y ella se abrazaban y miraban a la cámara haciendo muecas. Luego aparecieron cartas y recortes de prensa en los cuales se hacía referencia a un accidente

en el cual un camión transportador de alimentos había atropellado a una niña de cinco años llamada Mía Santamaría. El conductor no se había dado cuenta de que la pequeña estaba detrás del furgón, y, cuando dio reversa, la niña quedó aplastada contra unas canecas de basura metálicas y murió en el acto. En una última fotografía se veía el cementerio de La Habana y una tumba con el nombre de la hija de Kate.

¿Por qué no le había hablado nunca de ese pasado tan doloroso? ¿Cuál era el motivo de excluirla de esa verdad tan dura que había partido su vida en dos, cuando se habían hecho la promesa de contárselo todo y de confiar plenamente la una en la otra? No lo sabía, pero también se dijo que no era ese el momento de cuestionarla ni de juzgarla. Seguramente estaba esperando el momento indicado para hablar de ello, y resulta que la pandemia, las cuarentenas y los encierros se habían cruzado en el medio, impidiendo que las dos pudieran hablar sobre ese pasado negro y lleno de sufrimiento.

Como no encontró ningún teléfono ni dirección en Cuba, Amalia se dijo que lo mejor era no entrometerse en la vida familiar de su amiga. Además, no tenía autoridad para algo así. Lo mejor era amarla en silencio, evocarla, honrar su memoria queriéndola incluso más allá de la muerte, en medio del vacío y la ausencia.

Pocos días después de mudarse, Amalia empezó a percibir que varios de los vecinos del sector eran yonquis consumados que ahora, durante la pandemia, no estaban recibiendo sus dosis acostumbradas de droga. Casi todos eran hombres que vivían solos en los otros apartamentos y que estaban intentando cruzar de la mejor manera el síndrome de abstinencia. Pero no lo lograban y entonces las noches se convertían en largos gemidos, en quejas y alaridos que se escuchaban a veces como si fueran lamentos que provenían de los infiernos. También se los tropezaba en las escaleras o a la entrada, encorvados, sentados en los escalones mirando hacia la nada. Los servicios de salud estaban concentrados solo en los enfermos de COVID y por lo tanto habían abandonado a una población que necesitaba de sus medicamentos, legales o ilegales, para poder sobrevivir. Era inhumano dejar a toda esa gente sin atención médica ni psicológica.

Una noche, mientras Amalia intentaba dormir en medio de un aguacero torrencial, sintió que alguien llamaba a la puerta. Se acercó con prudencia

y echó un vistazo a través de la mirilla. Era uno de sus vecinos: un tipo ya canoso, flaco, con una cola de caballo y una barba de varios días que miraba hacia el piso con cierta actitud de derrota. Amalia alcanzó a escuchar que el hombre decía en un inglés con acento sureño:

—Kate, sé que estás ahí. Ábreme la puerta, por favor.

Al comienzo le dio miedo y pensó en quedarse callada y no abrir la puerta. Pero luego se dijo que no tenía nada qué perder. Era un amigo de Kate, al fin y al cabo. Así que abrió la puerta y él le dijo:

—Perdona, ¿sabes dónde está Kate?

—Murió hace unos días.

—¿Qué?

—De COVID. La enterraron en las fosas comunes de Hart Island.

—Puta madre, parecemos metidos en una película de terror —dijo el tipo recostándose en la pared y mirando hacia el techo.

—¿Eras amigo de ella? —preguntó Amalia con cierta ingenuidad.

—Nos hicimos amigos hace un año. Vivo en el 3D… No puede ser… También Kate…

Amalia se quedó callada y entonces el fulano se despidió con un tono de voz afectado todavía por la noticia:

—Lamento haberte molestado. Cualquier cosa, estoy a la orden aquí arriba —dijo señalando hacia el tejado y desapareció por las escaleras.

Dos noches después, regresando de una tienda de barrio donde compraba algunos alimentos para sobrevivir, Amalia fue asaltada por dos fulanos que blandían en la penumbra de un callejón cercano dos machetes bien afilados.

—Danos todo lo que tengas, incluida la comida —le dijo uno de los tipos que tenía la dentadura amarillenta y descompuesta.

Amalia dejó las dos bolsas en el piso y se quedó quieta.

—El celular también, y la plata que tengas —le ordenó el otro tipo apuntando el machete hacia el frente.

Amalia recordó entonces que en el celular estaban todas las conversaciones con Kate. No tenía copia de nada. Estaban también las fotos de ellas dos juntas en bici, los mensajes de voz a altas horas de la noche, en fin, la memoria de su relación, de ese amor profundo del que no pensaba desprenderse solo porque esos dos vagos creían que ella estaba

amedrentada. Les entregó la billetera con algunos dólares y siguió quedándose inmóvil.

—El celular también, rápido —le dijo el primer hombre que le había hablado.

—Lo siento —dijo ella sin inmutarse—, el celular no. Hagan lo que quieran.

Y cuando los dos ladrones estaban a punto de acercarse a ella para cortarla en un brazo o en una pierna, de la nada apareció el vecino de Kate con una pistola y, apuntándole a la cabeza a uno de los sujetos, les dijo sonriéndose, como si la situación lo divirtiera:

—Dejen las bolsas donde estaban y regrésenle la billetera.

Los tipos obedecieron enseguida. El amigo de Kate les dijo sin dejar de apuntarles:

—Ella es intocable. Acuérdense. A la próxima les lleno la barriga de plomo.

Los ladrones escondieron los machetes en sus abrigos y desaparecieron en la esquina más cercana. Amalia le dijo con cierta tristeza cómplice:

—No tengo cómo pagarte.

—Soy Mike, déjame ayudarte.

El hombre, sin dejar de sonreír, se metió la pistola en el pantalón y agarró las bolsas de mercado. Amalia se dio cuenta de que la escena tenía algo de surrealista. A Kate le hubiera encantado.

Ese día, tomando té, se enteró de que Mike había servido en las Fuerzas Especiales en Irak, después de los atentados del 2001. Cuando ya habían entrado en confianza, el antiguo soldado le confesó:

—Eso fue un puto infierno, un engaño desde el comienzo. Nos mandaron con la idea de que íbamos a hacer justicia, de que estábamos luchando por nuestro país. Basura, pura mierda. Como siempre, como ya nos había pasado en Vietnam y en Corea, invadimos un país que no nos había hecho nada.

—¿Por eso andas armado?

—En este país todo el mundo anda armado. Seguimos en el puto Lejano Oeste. Somos vaqueros defendiéndonos de los apaches.

—Sí, es verdad —dijo Amalia sintiendo que Mike le caía cada vez mejor. Había algo en él que era genuino, puro, algo que la hacía confiar en su amistad sin dudas de ninguna clase.

—¿Y sabes qué fue lo peor en esa puta guerra de pacotilla en Irak? Que nos daban órdenes de bombardear supuestos escondites de terroristas y nosotros, como unos borregos de mierda, como unos estúpidos útiles, hacíamos caso sin poner en tela de juicio las órdenes de esos psicópatas. Y cuando entrábamos a los lugares descubríamos que eran escuelitas humildes para que los niños pudieran seguir estudiando. ¿Te imaginas? Llegábamos y teníamos que recoger cadáveres de niños de ocho o diez años. ¡Me cago en la puta madre de todos esos malnacidos que nos mandaron allá a matar inocentes!

Amalia se dio cuenta de que Mike tenía los ojos aguados y que los solos recuerdos lo hacían revivir las masacres y los bombardeos. Él remató diciéndole:

—En las terapias me dicen que tengo que perdonarme. Putas psicólogas de mierda. Qué van a saber ellas lo que es alzar cadáveres de niños que mueren con cara de inocencia, como si fueran angelitos… Lo siento, te estoy cargando con todo esto… Lo mejor es que me vaya… Copia mi número. Si alguien viene a joderte, me llamas y yo me encargo.

Amalia copió el número y Mike salió de afán, como si estuviera huyendo de su propio pasado. Esa misma noche, a la madrugada, se escuchó un disparo retumbando en la noche y, a la mañana siguiente, una camioneta adscrita a la sección de veteranos de guerra llegó para recoger el cadáver de Mike. Se había volado la tapa de los sesos sentado en el alféizar de su ventana, mirando la ciudad y fumándose un porro que quedó encendido entre sus dedos.

Mi última conversación con Amalia fue en las horas de la tarde de un sábado. Estaba cadavérica y el cabello, según me dijo, se le caía a manotones cuando estaba en la ducha. Noté que estaba tosiendo ligeramente y le pregunté si ya se había hecho el examen de COVID. Me dijo con un gesto de resignación:

—Salí positiva.

Abrí los ojos de par en par y le dije angustiado frente a la pantalla:

—Tienes que avisar ya mismo a tu seguro médico. Seguramente por la universidad tienes un buen servicio.

—No me importa ya lo que pase conmigo, ¿sabes?

—No puedes bajar la guardia de ese modo.

—No quiero vivir en un mundo donde no esté Kate.

—Tienes toda la vida por delante.

—Sin Kate todo es un desierto inhabitable. No me interesa.

—¿Tu familia en Colombia ya está enterada?

—Quería pedirte un favor, ¿sabes? Si algún día escribes sobre esta pandemia que nos robó la esperanza a todos, no te olvides de mí.

Y cuando estaba a punto de suplicarle que por favor no se rindiera, ella, en un gesto frío y decidido, canceló la llamada y la pantalla se apagó de repente. Le marqué de nuevo varias veces, y nada, no quiso contestar. Me dije que incluso en momentos como ese, tan radicales, la gente tiene derechos y hay que respetarla. Aunque nos duela, aunque no estemos de acuerdo, tenemos que inclinarnos y aceptar sus decisiones.

No volví a saber nada de Amalia. Semanas después apareció una hermana de ella en Bogotá que me contactó para decirme que mi amiga había muerto de COVID-19 en un sótano del Barrio Chino en Nueva York y que antes había enviado por correo una especie de libreta para que por favor me la entregaran directamente. Le agradecí el gesto y le copié mi dirección en un mensaje de texto.

Al día siguiente me llegó un sobre con un cuaderno pequeño dentro. Lo abrí y era una libreta de papel de reciclaje, hecha a mano y con colores sicodélicos en la portada. En la primera página decía: *Mi vida en el paraíso*. No había nada escrito, solo fotografías sacadas con una máquina Polaroid instantánea. Eran Kate y Amalia en Central Park caminando, montando en bicicleta por los alrededores del río Hudson, cocinando juntas, disfrazadas para salir a alguna fiesta de Halloween, besándose, cogidas de la mano, en fin, en los mil momentos en los que se habían amado en medio de una felicidad que parecía durar para siempre.

En mi cabeza algo hizo clic y me dije que yo aún tenía algo de aire para continuar. No estaba acabado. Entonces, y solo entonces, percibí todos mis accidentes y mis dolores como heridas de guerra. Era un hombre machacado, medio lisiado, sí, pero estaba vivo y aún podía combatir. Estaba en medio del invierno, cojo, con un brazo impedido, lleno de cicatrices, tenía todo en mi contra y quizás mi cuerpo nunca más volvería a ser el mismo de antes. Pero por algo seguía con vida.

Con las fotos de Amalia y de Kate en la mano, encendí la televisión y

busqué en una plataforma una escena de la película *El renacido*, de Alejandro González Iñárritu, en la cual el aventurero Hugh Glass (Leonardo DiCaprio) sufre un ataque brutal de una osa que está protegiendo a sus oseznos. El animal, gigantesco, iracundo, sacude a Glass como si fuera un trapo en medio de la hojarasca, lo araña, lo aplasta y lo deja medio inválido antes de morir acuchillada y con un disparo en un ojo. Glass queda sin poder ponerse de pie, afónico debido a los arañazos que ha sufrido en la garganta y sobrevive a medias, convertido en un fardo inútil que depende de que lo transporten los otros para no congelarse en el invierno. Desafortunadamente, queda en manos de John Fitzgerald (Tom Hardy), un aventurero aprovechado, mentiroso y oportunista, que se da cuenta de que cargar a ese tipo medio muerto es una acción inútil.

Después de asesinar al hijo de Glass, un joven mestizo mitad blanco mitad indígena, Fitzgerald abandona al herido en un camastro convencido de que el invierno y las fieras harán lo suyo con ese hombre agonizante que no tiene ninguna oportunidad de sobrevivir. Pero se equivoca: Glass tiene una potencia interior fuera de lo común. Su esposa indígena le ha enseñado a comunicarse con el plano espiritual, con lo invisible, y él sabe moverse con destreza entre los dos mundos. Poco a poco logra recoger un mínimo de fuerza para arrastrarse hasta un río, pescar algo y cauterizarse las heridas con pólvora. Es un proceso lento, agónico, pero de enorme determinación. Es el comienzo de un renacimiento que lo conducirá a una venganza implacable.

Vi esas escenas de nuevo convencido de que en ellas había un mensaje oculto para mí. Mi inconsciente me remitió a esa película en busca de algo, de un mensaje que tenía que comprender justo ahora, cuando no podía caminar ni moverme con normalidad. También yo había sido atacado por una bestia superior a mí y me encontraba herido, débil y a la intemperie. En un momento dado, llegué a la escena en la que una voz de ultratumba murmura algo como esto:

—Si en la mitad de una tormenta miras las hojas de un árbol, tendrás la impresión de que se va a caer. Luego miras el tronco y ya no estás tan seguro. Y si te fijas bien, son las raíces las que le dan su sostén y su fuerza.

Y al fin, con un nudo en la garganta, llegué al momento clave, cuando Glass, en medio de tormentas de nieve, encorvado y hambriento, escucha a su esposa indígena que le susurra al oído con una potencia contenida:

—Si aún puedes respirar, ¡pelea!

Capítulo II
Los muertos vivientes

1

Las primeras versiones de la pandemia apuntaban a una transmisión zoonótica, es decir, a un virus que había pasado de una especie (en este caso los murciélagos) a otra (nosotros). Durante meses nos vendieron esa hipótesis y muchos científicos salieron a respaldarla. Aparecían en los periódicos y en entrevistas de radio y televisión asegurando que no había la menor duda de que el patógeno había sido transmitido por los murciélagos a los seres humanos. Según ellos, en el mercado de Wuhan, en China, algún comerciante o uno de los clientes había resultado contagiado y de allí en adelante la expansión había sido imparable. El problema fue que con el paso de los meses la OMS estudió doscientas nueve especies diferentes en Wuhan y sus alrededores, y ninguna salió positiva de COVID-19. La hipótesis oficial no se pudo corroborar.

Por el otro lado, las vacunas, que no habían cumplido con los requerimientos necesarios todavía (se necesitan años de pruebas y de ajustes), recibieron las certificaciones de los organismos de control internacionales y terminaron inoculándonos unas sustancias que no sabíamos muy bien cuáles eran realmente sus efectos directos ni sus efectos colaterales. Se supone que ya estábamos vacunados, cuando salieron a decir que no, que se necesitaba una segunda dosis para alcanzar un porcentaje alto de inmunidad. Finalmente, tuvieron que aceptar que esas vacunas no nos protegerían para futuras cepas o mutaciones del virus. La

incertidumbre era total.

A mí había ciertos hechos que me parecían muy extraños: el primero de ellos fue el asesinato del doctor Bing Liu, un científico chino adscrito a la facultad de Medicina de la Universidad de Pittsburgh. Según declaraciones de sus propios compañeros de trabajo en la universidad, el doctor Liu estaba a punto de entender los mecanismos internos del virus y el modo como se expandía a gran velocidad. Y de pronto apareció con varios balazos en su cabeza, en el cuello y en el torso. ¿A quién se le ocurre asesinar a un científico que está a punto de salvarnos a todos? Además, el individuo que lo asesinó, otro ciudadano chino llamado Hao Gau, fue encontrado muerto dentro de su carro a pocas cuadras del lugar del asesinato. Lo hicieron pasar por un suicidio, pero nadie conduce un par de kilómetros para luego pegarse un tiro en la sien. No encaja. Lo más seguro es que alguien más estaba encargado de liquidar al asesino para no dejar rastros.

Otro suceso que pasó desapercibido y al que los medios no le dieron mayor cubrimiento fue que en el consulado de China en San Francisco detuvieron a otros cuatro científicos chinos. Los presuntos cargos estaban relacionados con un fraude para obtener sus visas. Ninguno había confesado su estrecha relación con el Ejército Popular de Liberación de China. ¿Qué estaba pasando realmente? ¿Por qué de un momento a otro empezaban a matar y a detener a científicos chinos?

Y, como si toda esa trama policíaca no fuera ya muy sospechosa, otra científica china, la doctora Li-Meng Yan, se fugó de un laboratorio en Hong Kong afirmando que su vida corría peligro porque tenía pruebas de que el gobierno chino había mentido con respecto al virus COVID-19. La doctora Yan llegó a Estados Unidos y tuvo que esconderse y empezar una vida nómada de refugio en refugio para impedir que la asesinaran. Según sus estudios, ella estaba segura de que el virus había sido creado en un laboratorio como arma biológica para matar a gran escala. Eso implicaba que el virus se había fugado del laboratorio de Wuhan, donde llevaban décadas experimentando con patógenos provenientes de los murciélagos.

En este punto, la Organización Mundial de la Salud tuvo que admitir la hipótesis de que el virus se había fugado de un laboratorio. La pregunta era: ¿la fuga había sido accidental o intencional? Y nadie se dio cuenta de

que eso cambiaba por completo el rumbo de la historia: no se trataba de una pandemia, sino de un ataque, del inicio de una guerra de cuarta generación. La cifra de muertos por todo el planeta no se refería a enfermos, sino a víctimas de asesinato, a crímenes de guerra. Todos estábamos amenazados.

Para enredar aún más la trama, en octubre de 2019, unas semanas antes de que se dispararan las alarmas internacionales, se llevaron a cabo los Juegos Mundiales Militares en Wuhan. Al regreso a sus respectivos países, varias delegaciones reportaron que una gripe muy intensa había atacado a algunos de sus integrantes. Los síntomas de tos persistente y ahogo coincidían a la perfección con los del COVID-19. Y para mi total sorpresa, cuando fui a revisar la lista de países invitados, me tropecé a Colombia entre los participantes. Incluso, cuando compitieron los atletas paralímpicos, ganamos un par de medallas gracias a la destacada actuación de nuestros deportistas. Unas tomas de un noticiero del Ministerio de Defensa mostraban con orgullo la llegada al aeropuerto El Dorado de nuestros medallistas. Revisé varias veces la escena. ¿Estaba viendo el momento exacto en el que el virus había ingresado al país? ¿Fue en ese justo instante en el que el COVID-19 había cruzado con éxito nuestras fronteras? ¿Y lo mismo había sucedido en el resto de los continentes? ¿La fuga del virus del laboratorio había sido a propósito? ¿Los pacientes cero habían sido esos militares que luego regresaron a sus países para difuminar el virus a nivel mundial? ¿Por eso cuando cerraron las fronteras y empezaron las largas cuarentenas ya era tarde? Si así había sucedido, era preciso reconocer que la estrategia estaba muy bien diseñada.

La Organización Mundial de la Salud sospechaba de unos científicos chinos del laboratorio de Wuhan que en noviembre de 2019 habían presentado síntomas de COVID-19. Pero no investigaron los Juegos Militares ni estudiaron la salud de las delegaciones a su regreso. En consecuencia, todo parecía un complot secreto y nosotros, los ciudadanos comunes y corrientes del mundo entero, dábamos la sensación de ser unos cuantos peones que no entendíamos muy bien nuestra posición en el tablero. Nos movíamos con torpeza y no sabíamos cuáles eran las reglas reales del juego.

Con ese panorama como telón de fondo, una noche me escribió al

correo electrónico un lector nervioso, en un estado de depresión profunda, y me dijo que antes de suicidarse deseaba hablar conmigo aunque fuera unos breves minutos. Releí varias veces esas palabras y tuve la impresión de que el mensaje era auténtico. Casi nunca contesto porque en la red todo es una mascarada, un rol de disfraces que casi siempre conduce al peligro. Le respondí enseguida y lo invité a que nos tomáramos un café para que conversáramos personalmente. Él me dio las gracias y me puso la cita en la plaza central de San Victorino, en pleno corazón de la ciudad.

Llegué a la plaza con cierta desconfianza y mirando hacia los lados por si se trataba de un robo o incluso de un secuestro. En algún momento tuve la impresión de haber caído en una trampa. A los dos o tres minutos se me acercó un hombre de unos treinta años de edad, pero disminuido, enfermizo, con los ojos hundidos y la ropa más grande de la talla que le correspondía. Me dijo con la voz temblorosa y sin tenderme la mano debido a las restricciones de la pandemia:

—Muchas gracias por venir, don Adán.

—Sin el don, por favor.

Me condujo hasta unos almacenes cercanos desde los cuales se descendía a una especie de sótano. Una serie de locales pequeños de comida funcionaban en los socavones. El olor a fritos y guisos inundaba la atmósfera del lugar. El hombre se saludó con una señora de un negocio de empanadas y nos ubicamos en un rincón.

—Es mi tía —dijo él con una sonrisa que se quedó a medio camino en una mueca grotesca—. La hermana de mi mamá.

Pedimos unas empanadas y dos gaseosas. El hombre, con la actitud nerviosa que lo caracterizaba, empezó a hablar mientras miraba de vez en cuando hacia los lados, como si lo estuvieran persiguiendo:

—Gracias por venir. Aprecio mucho que una persona tan importante como sumercé se haya tomado el trabajo de venir hasta aquí.

—Me pareció que su amenaza de suicidarse iba en serio —le dije sintiendo de repente un cierto fastidio por el chantaje en el que había caído ingenuamente.

—No tengo paz, no puedo dormir y perdí el apetito también. Todo me parece una pesadilla.

—¿Ya buscó ayuda profesional?

—Los psiquiatras que me corresponden son todos adscritos a la

institución. No confío en ellos.

—¿Qué institución?

—¿No se lo dije?

—No.

—Mi nombre es Yesid Almanza. Soy soldado profesional. Antes me sentía muy orgulloso de ello.

—¿Y qué pasó?

Una joven nos trajo las empanadas y las gaseosas. Yesid se calló cuando la joven llegó y echó un vistazo hacia las mesas y los locales vecinos para ver si había algún movimiento sospechoso, alguien que le disparara sus alarmas. Todo estaba tranquilo y él respiró con alivio.

Cuando la chica se retiró, continuó hablando y empezó un relato que al comienzo no supe si se trataba de un delirio, de una especie de esquizofrenia que construía una realidad paralela. Pero con el paso de los minutos me di cuenta de que él se mantenía lúcido en medio de la locura que estaba narrando. Era capaz de opinar, de deducir, de inferir, de sacar conclusiones. No parecía que su cerebro estuviera enfermo, a menos que fuera un mitómano consumado. Pero no daba la impresión de alguien acostumbrado a mentir o a engañar a los otros. Así que la única posibilidad era que estuviera diciendo la verdad. Una verdad que parecía sacada de una pesadilla interminable.

Yesid me contó que, cuando la pandemia había llegado, su hermana y su padre se habían contagiado con el virus. Los trataron en casa y, con grandes esfuerzos, habían logrado salir adelante. Quedaron con ciertas secuelas como pérdida del olfato y cefaleas que les impedían trabajar con normalidad, pero iban superando la enfermedad cada día mejor. Hasta que él cayó enfermo y esta vez el virus fue más contundente: la fiebre le llegó a los cuarenta grados y la tos no cesaba. Sus padres lo reportaron ante el seguro médico correspondiente y ese mismo día llegó una ambulancia de las Fuerzas Militares y lo transportó hasta el Hospital Militar. Allí lo recluyeron enseguida en una sala de cuidados intensivos y, cuando los pulmones empeoraron, decidieron entrarlo a un coma inducido y lo conectaron boca abajo a un respirador artificial. Tres semanas después despertó ya con la cama en posición normal y empezó una lenta recuperación. Se había salvado.

Lo curioso fue que no lo remitieron a su casa, sino lo enviaron a un

batallón al sur de la ciudad, cerca de la Penitenciaría La Picota, donde continuó con su recuperación junto a otros treinta soldados que también se estaban recuperando del COVID-19 en un galpón gigante. Una noche llegó un comandante y les anunció que conformarían un pelotón para una misión especial en la frontera con Venezuela. No les dieron mayor información y todos quedaron confundidos. Ese no era el procedimiento regular.

A la mañana siguiente, en efecto, los condujeron hasta un avión que los llevó muy cerca de la frontera selvática con Venezuela. Ahí caminaron durante cinco horas hasta una base improvisada en un descampado. Todo era muy extraño. Supuestamente, tenían que realizar un ataque a una ciudadela camuflada en la jungla donde las fuerzas militares venezolanas, asociadas a las disidencias de la guerrilla colombiana, habían construido megalaboratorios que producían toneladas de coca para exportar a Estados Unidos y Europa. No les dijeron nada más.

Dos días después, se desplazaron por entre pantanos y ensenadas hasta el lugar en cuestión. Con lentes infrarrojos pudieron comprobar que había una serie de casas prefabricadas y de cobertizos enormes a pocos metros del valle de un río. Yesid se imaginó que, desde el aire, desde los aviones que patrullaban la zona, o desde cualquier visión satelital, esa ciudadela daría la impresión de un caserío de pescadores o de campesinos comunes y corrientes. Sin embargo, lo extraño es que no había ningún medio de transporte aéreo, fluvial o terrestre para transportar la droga. Las carreteras no llegaban hasta el lugar, el río no era lo suficientemente grande como para recorrerlo en lancha y no se vislumbraba por ninguna parte una pista de aterrizaje. Entonces, ¿cómo sacaban la droga que producían en esos laboratorios?

Cuando empezaron a vigilar el campamento, la sorpresa fue mayúscula. En lugar de campesinos expertos en producir pasta de coca en laboratorios clandestinos, como era la costumbre, lo que descubrieron fue una serie de médicos y de enfermeras en bata que iban desde las casetas hasta los largos galpones durante todo el día. A veces transportaban enfermos en camillas de un lugar a otro, pero algo curioso que notaron los vigías fue que esos cuerpos iban siempre cubiertos por completo. ¿Por qué tapaban a los enfermos en medio de semejante calor? ¿Estaban muertos ya? ¿Y por qué se estaban muriendo masivamente?

En este punto del relato, Yesid estaba muy nervioso, como si solo el hecho de recordar la misión lo transportara al lugar. En algún momento se pasó la lengua por los labios para humedecerlos y me dijo con la voz temblorosa:

—Finalmente, recibimos la orden de atacar. Sumercé no se imagina lo que fue eso. Salimos del monte con granadas y con fusiles de última generación. Incendiamos todo eso en cuestión de minutos. Nos habían dicho que lo único que debía quedar en pie eran unas dependencias que estaban en una colina, como una especie de oficinas. Dos casetas no más.

—Muy raro —dije yo sin entender el operativo que me estaba narrando Yesid.

—Sumercé no tiene ni idea de lo que hicimos. Apenas empezamos el ataque salieron de todas partes unos fulanos llenos de llagas, sin dientes, que daban alaridos en medio de la noche. Era aterrador. Nadie nos disparaba, no se podían defender. No había gente armada en ese lugar.

—¿Y entonces qué diablos era eso?

—Unos tipos que parecían médicos salieron corriendo junto a algunas enfermeras y se perdieron entre la selva. Nosotros no teníamos órdenes de perseguir a nadie, así que nos concentramos en seguir incendiando el lugar. El problema es que cada vez aparecían más monstruos de esos gimiendo y retorciéndose entre las llamas. Era algo espantoso de ver.

—¿Será que se habían contagiado de alguna enfermedad desconocida?

—Aquí es donde la cosa se empieza a complicar, sumercé. Después, cuando filmamos los cuerpos, contamos cincuenta y dos monstruos, cincuenta y dos vampiros. Nos dimos cuenta de que algunos incluso estaban empezando a sufrir mutaciones: tenían los brazos deformes, o las orejas estaban convertidas en racimos de carne, o de pronto uno se quedaba mirándolos en detalle y descubría que tenían seis o siete dedos tanto en las manos como en los pies.

Yesid se dio la bendición y dijo de pronto con los ojos cerrados:

—Dios me perdone por lo que hice en ese lugar. No me quiero pasar la eternidad entera en el infierno.

No sabía qué decirle a ese hombre que estaba sumido en la culpa. La escena era en verdad inverosímil. Solo atiné a preguntarle:

—Y en las casetas que no incendiaron, ¿qué era lo que había?

—Unos manes que venían con nosotros, los duros de informática,

entraron ahí y se llevaron los computadores, las memorias y los discos que encontraron. A nosotros no nos dieron ninguna explicación.

—¿Todos los que conformaron ese pelotón especial habían sufrido de COVID-19?

—Sí, señor, eso es lo que no entendemos. Del Hospital Militar pasamos a la base militar aquí en Bogotá, y de ahí a la selva a quemar zombis. ¿Qué diablos está pasando?

Me quedé callado. No tenía ni idea y no podía de manera irresponsable arriesgar una hipótesis improvisada. Yesid volvió a preguntarme:

—¿Sumercé tiene alguna explicación? Por eso lo busqué, porque usted es muy inteligente y sabe muchas cosas.

—No tengo ni idea. Voy a intentar investigar y si quiere volvemos a vernos en estos días.

—Bueno, señor. Lo que usted diga.

Pagamos las empanadas y las gaseosas, me despedí de Yesid y salí a buscar transporte en la Avenida Caracas. Él se quedó con su tía conversando, con esa cara de consternación que daba la impresión de ser una especie de rehén al que acababan de soltar después de tenerlo retenido lejos de la civilización durante décadas. Vivía atenazado entre el miedo y la culpa. Miedo de ser eliminado por sus propios colegas, los militares que lo habían enviado a una misión extraña sin ningún tipo de explicación; y culpa porque no sabía si había asesinado inocentes, si había incendiado no un laboratorio de drogas, sino un hospital para indígenas y campesinos de la zona, si había quemado a personas contagiadas que estaban allí, en medio de la selva, esperando mejorarse para regresar a sus caseríos donde seguramente estaban sus seres queridos esperándolos.

La única manera de saber qué había sucedido era buscar a los encargados de informática que se habían llevado los computadores y las memorias, y decirles que, por el bien de todos, era necesario saber qué estaban haciendo esos médicos y esas enfermeras en un hospital clandestino en medio de la selva.

Con ese plan en mente, me comuniqué con Yesid tres días después y no me respondió los mensajes. Decidí entonces llamarlo a un número que él me había dado el día de nuestra cita en la plaza de San Victorino. Después de muchos timbrazos, finalmente me contestó una voz de mujer:

—Sí, ¿diga?

—Yesid, por favor.

—¿Quién lo busca?

—Soy Adán Santana, un amigo de él.

—El escritor, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Lo siento mucho, señor Santana. Él falleció hace dos días. Lo enterramos ayer.

—¿Qué? —dije muy sorprendido.

—Sí, señor. Lo atropelló un carro.

Me quedé inmóvil, callado, sin saber qué decir. La mujer se despidió con una voz apagada y triste:

—Que el Señor se apiade de nosotros, señor Santana.

Y colgó. Yo aún no sabía cómo procesar lo que la señora (¿la madre, la tía?) me acababa de decir. Sentí que la realidad se estaba empezando a plegar, como si se tratara de una figura de origami compleja, retorcida y siniestra.

Tres o cuatro días más tarde me levanté y el mundo estaba en alerta roja climática. Resulta que no solo la pandemia estaba arrasando con nosotros, sino que ahora debíamos lidiar también con un planeta desequilibrado cuyos ecosistemas estaban contaminados y en franca destrucción. Se habían inundado poblaciones enteras en Filipinas, en China y en Alemania. Las imágenes de los pobladores con sus bártulos al hombro eran impactantes.

Por el otro lado, grandes extensiones de bosques en Australia y en Estados Unidos se habían quemado después de largos incendios. Como si esto no fuera ya suficiente, los informes de Naciones Unidas anunciaban hambrunas inminentes. Algunos países ya empezaban a sufrir por falta de alimentos: Kim Jong-un les había pedido a sus ciudadanos en una alocución presidencial que se prepararan para comer lo menos posible a ver si lograban atravesar el invierno y llegar a primavera; miles de habitantes de Madagascar estaban sobreviviendo gracias a la ingesta de insectos; y en Afganistán, después de la invasión de los talibanes, muchas familias estaban vendiendo a sus niñas menores de edad para poder comer. El mundo se estaba desmoronando ante nuestros ojos.

La historia de Yesid me había impactado sobremanera. Regresé a la

pequeña cafetería subterránea de San Victorino a ver si de pronto la tía de él me podía contar cómo había sido el supuesto accidente. Apenas me dirigí al mostrador y expliqué que era un amigo de Yesid y que estaba interesado en saber más sobre su extraño deceso, la tía me dijo con frialdad y mirando hacia otra parte, como si mi sola presencia le estorbara:

—Pues lo atropelló un carro y ya.

—¿Pero se sabe quién fue? ¿Hay testigos del hecho?

—En este país nadie sabe nada, señor.

—¿Conoce a alguien que me pueda informar al respecto?

—No, señor. Mi sobrino era una persona muy reservada. Ahora, si me disculpa… —dijo señalando las mesas donde varias personas esperaban atención.

No supe qué decir y me retiré bastante preocupado por esa actitud tan nuestra de taparlo todo. Una actitud que, por cierto, les convenía a los mafiosos y criminales de este país. Y cuando ya estaba a punto de salir del sótano, de pronto sentí a mis espaldas una voz femenina joven que me decía en un tono muy bajo:

—Señor, señor, espere…

Me detuve y me di la vuelta. En efecto, era la mesera que nos había atendido a Yesid y a mí la primera vez. La joven me dijo en el mismo tono de voz susurrante, como si estuviéramos hablando en secreto:

—Yo soy la prima de Yesid. A él lo atropelló una camioneta negra con estas placas. Mire, aquí están.

La joven me extendió un papelito escrito con una letra torpe. Ahí estaba la matrícula y la marca del carro.

—Muchas gracias —le dije inclinando la cabeza.

—Las cámaras de seguridad de un almacén lograron captar la imagen. Los padres de él no quieren entablar ninguna demanda. Pero él era una excelente persona. No se merecía esa muerte.

—¿Lo atropellaron dónde?

—A una cuadra de su casa, en Soacha. Cerca de la plaza principal. El nombre del almacén donde estaban las cámaras es Rebajas Don Julio.

—No sé cómo agradecerte.

—No hay de qué —dijo ella de afán y se regresó corriendo por donde vino.

Bueno, al menos ya tenía un dato para empezar.

Dos días después visité el almacén en la parte central de Soacha. Pedí hablar con el dueño y le expliqué que estaba investigando el accidente de Yesid. Era un comerciante de baja estatura, regordete, amable, con cierta malicia que hacía difícil juzgarlo a primera vista

—¿Es usted abogado? —me preguntó el hombre con el ceño fruncido.

—Soy un amigo de Yesid. No quiero que esto quede impune.

—Pues mire, caballero, yo no quiero problemas. Ya vinieron los del ejército y dijeron que ellos iban a investigar. Se llevaron las grabaciones.

—¿No hay copia?

—No, señor. Entonces, la verdad, lamento mucho el hecho, pero yo no puedo hacer nada ya para ayudarlo.

—¿A qué hora sucedió el accidente?

—A las seis de la mañana, cuando todo el mundo está recibiendo mercancía y desayunando para empezar a trabajar. Abrimos a las siete.

Un empleado llamó al dueño desde el fondo del almacén y le dijo que era urgente. El hombre me dijo disculpándose:

—Lo siento, tengo unos chicharrones que no dan espera.

—No se preocupe. Muchas gracias.

Y de nuevo la misma sensación de “aquí no ha pasado nada, adiós, si te vi no me acuerdo”. Caminé por el sector y era una zona de comercio común y corriente, como tantas otras que estaban distribuidas por toda la ciudad. Habían elegido bien la hora y el sector. Era una cuestión de dos segundos, la víctima queda tirada en el piso, no hay tiempo para copiar la matrícula y el carro voltea la esquina sin que a nadie se le ocurra perseguirlos ni nada por el estilo. Y el crimen se queda tal cual: como un accidente callejero casual.

En las horas de la tarde llamé a un amigo que tenía contactos en la Secretaría de Tránsito para ver si podía ayudarme con lo de la matrícula. Una hora después me timbró y me dijo:

—Nada, Adancito, la matrícula es falsa.

—¿No está registrada?

—Nones. Eso significa que lo planearon.

—Claro, cambiaron la placa porque sabían que iban a matarlo.

—Pórtese bien, hermanito, para que lo maten de último.

—Gracias por el cruce.

Nos despedimos y volví al punto de partida. Como tantas otras veces

en las que había intentado investigar para un relato o una novela, todos los caminos conducían al mismo punto: la nada, la oscuridad total, el vacío. No había una sola pista de la cual agarrarse para avanzar. Lo único que se me ocurrió fue regresar a la misma cafetería. Busqué la manera de que la tía de Yesid no me detectara y, en un momento en el que no había tanta clientela en el lugar, logré hacerle una seña a la prima de Yesid que trabajaba como mesera. La joven me indicó que nos viéramos en los baños. Me dirigí hacia una especie de recoveco donde quedaban las dos puertas con los respectivos mamarrachos de hombre y mujer pintados en blanco. A los pocos segundos llegó la chica y me dijo:

—¿Pudo averiguar algo?

—La matrícula es falsa. Eso significa que sí lo planearon.

—Él sabía que iban a matarlo.

—Yo lo sentí con mucho miedo también.

—A mí me lo repitió varias veces.

—Necesito hablar con su familia para ver si puedo investigar por otro lado.

—Espéreme aquí. Ya le traigo la dirección y el teléfono.

La chica se fue unos cuantos minutos y regresó corriendo. Me entregó otro papelito con su acostumbrada letra infantil. Le dije sonriendo:

—Muchas gracias. Cualquier cosa que averigüe, te cuento.

—No se preocupe. Me voy porque mi mamá es muy desconfiada.

La vi alejarse y de pronto sentí una tristeza infinita, una especie de caída súbita en un paraje neblinoso que me impedía moverme. Pensé en la infinidad de veces que dependíamos en este país de un alma noble y limpia como la de esa joven que ni siquiera sabía cómo se llamaba. Una voz gruesa me despertó de mis cavilaciones:

—¿Está ocupado?

Era un señor con cara de funcionario público que preguntaba por el baño.

—No, creo que no, lo siento —dije haciéndome a un lado, y busqué la calle caminando agazapado para que la tía de Yesid no me fuera a reconocer.

Al día siguiente me presenté en la casa de la familia de Yesid y pedí hablar con sus padres. Una señora de unos sesenta años, bajita y con un chal negro, me preguntó con cara de desconfianza:

—¿Es usted militar?

—No, señora, soy escritor. Yesid y yo hablamos en los días anteriores al accidente.

—Ah, usted fue el que llamó a preguntar por él.

—Sí, señora, fui yo.

—Voy saliendo para la iglesia. Si quiere acompañarme, vamos conversando por el camino.

—Claro que sí, será un placer.

Con el mayor respeto la tomé del brazo y me fui caminando con ella hacia la iglesia principal de Soacha. Me contó que se llamaba Amanda, que era viuda y que la muerte de su hijo la había dejado completamente desamparada. Solo tenía una hija más, pero se había ido para Ecuador detrás de un hombre que la golpeaba y le daba una vida infernal. Cuando ya estábamos en el atrio de la iglesia, le pregunté de frente:

—Me gustaría poder entrevistar a alguno de los amigos de Yesid en el ejército.

—Él era muy reservado, muy solitario. Pero tenía a dos compañeros a los que quería mucho.

—¿Y usted me puede dar sus contactos, por favor?

—Mire, búsquelos usted mismo —me dijo ella entregándome el celular que había sido de su hijo—. Se llaman Carlos Echeverría y Virgilio López.

Busqué los nombres en el directorio y copié sus números. Eso ya era mucho. Le regresé el aparato, le di las gracias y le prometí que haría lo posible por investigar qué había sucedido realmente con la muerte de su hijo. Doña Amanda se quedó mirando el interior de la iglesia y me dijo con una voz apagada que demostraba muchas horas de dolor:

—Gracias por no olvidarlo. Nosotros los humildes somos ceros a la izquierda, no existimos para los demás.

—No sé si logre algo, pero al menos lo intentaré.

—La cruz es el símbolo del dolor que nos aflige a todos nosotros, los desvalidos. Ahora, si me perdona…

Doña Amanda ingresó a la iglesia cabizbaja, como si el solo hecho de ingresar en ese lugar sagrado la obligara a inclinarse y a demostrar humildad. Me quedé mirándola desde afuera y me dio la impresión de una peregrina que se alejaba en pos de su destino aceptando cualquier dolor que la Providencia quisiera imponerle.

Escribí primero al WhatsApp de Carlos Echeverría explicándole si podía llamarlo para que me diera cualquier información que pudiera serme útil con respecto al supuesto accidente de su amigo. El intercambio de mensajes con él fue bastante desmoralizador. Primero me respondió diciendo:

Yo no tengo nada qué decir. No estaba con él en ese momento.

¿Pero hacía parte de la misma compañía, del mismo pelotón de Yesid?

No, señor. Pertenecemos a bases diferentes.

¿Tuvo usted COVID*?*

No, señor.

¿No está enterado de nada de lo que pasó en la selva?

Yo no estuve ahí tampoco.

Bueno, muchas gracias. Si en algún momento se entera de algo o recuerda algún dato importante, le agradecería mucho que me contactara. Yesid era un buen hombre y merece justicia.

No me respondió y era evidente que no le interesaba en absoluto la muerte de su amigo. Solo me quedaba el otro amigo, Virgilio López. Le escribí un mensaje amable, cauteloso, y crucé los dedos para que me respondiera. Al rato me llegaron unas palabras extrañas:

Soy el padre de Virgilio. Mi hijo se encuentra muy enfermo.
Si quiere hablar con él, lo mejor es que venga a visitarlo personalmente.

Llegué a las diez de la mañana y me recibió la madre de Virgilio. El papá había tenido que salir a trabajar. La mujer me dijo entre lágrimas y con la voz temblorosa:

—Esta casa solía estar bendita por el Señor. Pero como el mismo Job, nuestra fe está siendo puesta a prueba.

—¿Qué tiene su hijo?

—Desde que regresó de la selva nunca más volvió a ser el mismo.

—Él antes se contagió de COVID, ¿verdad?

—Eso no fue nada. Él lo superó en cinco días. Es un joven sano, de buenas costumbres. Lo educamos bien.

—No lo dudo, señora.

—El lío vino después, cuando empezaron a llamarlo del batallón.

—¿Quién llamaba?

—Sus superiores. Yo nunca me he podido aprender los rangos.

Siempre me confundo.

—¿Recuerda algún apellido en especial?

—Los amigos de él siempre fueron Echeverría y Almanza.

—Digo, de los superiores.

—Ellos lo llamaban al celular. No, señor, ni idea.

—¿Y qué fue lo que pasó después?

—Lo engatusaron con cuentos falsos: que iban a pagar una fortuna por esa misión especial, que lo iban a ascender, que a las familias de los soldados que participaran en ese operativo les iban a dar una casa nuevecita. Mentiras, todo eran mentiras.

—Y él entonces aceptó, claro.

—No, señor, mi hijo no es tan bruto. Se olió que algo andaba mal y decidió no volver a contestarles. Al fin y al cabo, él ya se había retirado del Ejército.

—¿Él no estaba activo?

—No, señor. Él tenía planeado irse con su novia a buscar trabajo a Panamá. Allá buscan mucho a nuestros soldados para empresas de seguridad.

—¿Y entonces qué pasó?

—Una noche llegaron aquí en varias camionetas y uno de sus superiores le ordenó que hiciera la maleta si no quería irse preso por traición a la patria.

—¿Eso le dijeron?

—Yo misma lo escuché clarito. Y se lo llevaron a las malas, así, amenazado.

—¿Y él ha contado qué fue lo que les sucedió en esa misión?

—No, señor. En las noches da alaridos de terror, llora y le pide a Dios que se lo lleve ya. Es horrible, usted viera.

—Ustedes han sido muy amables en recibirme. Ojalá él quiera hablar conmigo.

—Ya le contamos. Dijo que sí. Sígame, es por aquí.

La señora me condujo a través de una casa grande, con muebles viejos y pinturas descoloridas en las paredes. Abrió la puerta de la cocina que conducía al patio y de pronto vi ahí, en medio de un césped raído y amarillento, una especie de cajón construido en madera con una ventana que daba al oriente. Supuse que el ingreso estaba del otro lado que yo no

podía ver.

—¿Qué es eso? —dije de manera automática.

—Él mismo pidió que lo encerráramos. Le da miedo contagiarnos. Acérquese, no tenga miedo. Él es un poco difícil de carácter, pero es un buen muchacho.

La mujer se retiró y me quedé ahí parado sin saber qué hacer. Aunque era temprano, el cielo estaba cerrado en negros nubarrones y la luz era escasa. No pude evitar pensar en Yasha Mazur, el protagonista de *El mago de Lublín*, de Isaac Bashevis Singer, un pícaro libertino que al final de su vida pide que le construyan una celda diminuta donde se encierra a expurgar sus pecados.

Di un paso al frente y entonces escuché esa voz agónica, gutural, que me puso la piel de gallina:

—Acérquese, maestro. No puedo subir la voz.

Obedecí como un autómata y llegué hasta esa abertura en la madera que estaba tapada con una especie de cortina que no permitía ver nada hacia adentro. La voz me dijo con dureza y amabilidad al mismo tiempo:

—Ahí hay un asiento. Si quiere, siéntese.

Me senté. Noté entonces que la ventana tenía una especie de rejilla a través de la cual seguramente le pasaban la comida a Virgilio. Tuve la impresión de que estaba en un confesionario con un individuo del otro lado cuyo rostro no podía ver. Era una situación extraña, inusual, y lo primero que se instaló entre nosotros fue un silencio incómodo. A los pocos segundos me oí decir:

—Soy amigo de Yesid. Sospecho que lo mataron, pero no tengo pruebas. Por eso estoy aquí.

—¿Él le contó lo que vivimos allá? —dijo la voz en ese tono afónico que daba la sensación de estar frente a un moribundo.

—Algo me dijo sobre unos enfermos y unos laboratorios experimentales en la frontera. Él estaba muy confundido.

—Mi lanza vio todo desde lejos. Ellos bombardearon y arrojaron las granadas. Los que en realidad metimos el hombro fuimos nosotros, los del segundo destacamento.

Y, como en una película de terror, la rejilla se abrió y entonces apareció allá, entre las sombras, un rostro llagado, lacerado, sin nariz y con un solo ojo. El otro estaba tapado con una gasa y unas cintas de

esparadrapo. El cabello se le había caído y solo le quedaban unos cuantos mechones lánguidos que le daban un aspecto aún más aterrador. El cráneo parecía quemado, con ese tipo de piel arrugada y brillante que les queda en las heridas a los sobrevivientes de un incendio. En un breve segundo, en medio de la penumbra, alcancé a notar que no tenía dientes y que la mano que depositó sobre el soporte de la rejilla tenía las uñas quebradas, deshechas, como si se las hubieran machacado a martillazos.

Fue entonces, en medio de la oscuridad, que el monstruo empezó a hablar…

2

Voy a ser sincero con usted porque a estas alturas ya no tengo nada que perder. Yo de joven fui una caspa, maestro, una rata de alcantarilla, un pelao crecido en la calle a trompadas, a la buena de Dios. Con todo el respeto que me merece, usted tiene pinta de haberse criado en el norte, en una buena casa, en un colegio elegante, con amigos y novias que van a ir todos a la universidad. Yo no, viejo, el sur de la ciudad y los colegios públicos son otra cosa muy distinta: el respeto se lo gana uno a punta de fuerza, de pelotas. El que es débil termina suicidándose porque le hacen la vida imposible. Así que yo me impuse como pude: a coñazo limpio. ¿Sí me entiende?

En mi casa antigua, donde me crie, en Lucero Alto, mi viejo era un alcohólico que llegaba borracho a levantarnos a patadas. Usted lo ve ahora y es un viejito dulce y cariñoso, pero no se equivoque. Es porque el mancito está todo apaleado por la edad, le llegaron las enfermedades y le tocó agachar la cabeza. Pero de joven era un hijueputa. Si se pilla bien a mi vieja, ella cojea de la pierna izquierda. Es porque el cucho llegó borracho una noche y la agarró a pata limpia hasta que le rompió la rodilla contra una mesa. Ella nunca se recuperó del todo. Y usted ya sabe cómo eran esas mujeres de antes: acataban todo sin quejarse, obedecían, se iban para la iglesia a rezar y a pedirle al Señor que iluminara a sus maridos para que no las cascaran más. Cuando mi viejo empezó a portarse mejor en la casa, ella solía decir:

—Dios por fin me hizo el milagrito.

—Qué va, cucha —le decía yo con rabia—, lo que pasa es que ese pirobo está enfermo y ahora sí valora el hogar que tiene.

Y esa era la verdad, hermano, usted sabe cómo son los hogares colombianos: todo hay que taparlo, todo se esconde debajo del tapete y después en las fiestas de Navidad y Año Nuevo nos damos regalos, nos abrazamos y nos felicitamos, cuando la realidad es que a lo largo del año no hemos hecho sino mordernos como perros rabiosos.

Voy a contarle algo para que se haga una idea. Ese man que es mi cucho llegaba caído de la perra, caminaba de un lado para el otro porque ni siquiera se podía sostener en pie, se iba hasta mi habitación (yo soy el mayor y en ese entonces tendría unos nueve años), me despertaba y me hacía bajar hasta la cocina. El hijueputa prendía uno de los fogones de la estufa y me decía que pusiera ahí la mano. Yo empezaba a llorar y le suplicaba que no, que por favor, que no me hiciera eso. Mi mamá bajaba las escaleras y le suplicaba piedad, que tuviera misericordia. Pero el man ahí, firme, decidido a torturarme. Me decía con una sonrisa de desprecio:

—La vida es dura, mijo, y tiene que empezar desde ya a hacerse hombrecito. ¡Ponga la mano!

Como se podrá imaginar, yo no era capaz. Entonces esa crápula me agarraba de la muñeca y me obligaba a poner la mano sobre las llamas. Hasta que yo me desmayaba. Mi mamá y mis hermanas me echaban después aceite de coco con caléndula y me vendaban la mano para que yo pudiera irme para el colegio al día siguiente. Y cuando la maestra me preguntaba qué me había sucedido, yo respondía como si nada:

—Nada, señorita, me quemé en la estufa calentando agua.

¿Sí me entiende, hermano? A uno lo volvían mierda primero en su propia casa y luego tenía que salir a defenderse a la calle como pudiera. Así lo convertían a uno en una bestia, en un lobo feroz.

Yo crecí de ese modo y ya cuando tenía catorce años unos amigos de otro colegio me propusieron que nos robáramos una licorera. La vuelta era sencilla y planeamos todo para robar a un abuelo que era el dueño y que tenía la plata siempre ahí, en efectivo. Uno de mis amigos había trabajado en ese chuzo haciendo mandados en su bicicleta y nos contó que el ruco nunca iba al banco. No confiaba en nadie y por eso no consignaba su plata en ninguna parte. La guardaba en el segundo piso en una caja

fuerte chimba portátil que no pesaba gran cosa. Bajar al abuelo era simple y eso fue lo que hicimos. Nos pusimos unos pasamontañas y conseguimos unas navajas de esas baratas que se consiguen por tres pesos en un agáchese.

Todo salió según lo planeado. Robamos al cucho en un santiamén. Nos llevamos la caja fuerte en una bici con parrilla. Simple. El problema es que a mi amigo, el que había trabajado en la licorera, le faltaba el dedo índice de la mano derecha por un accidente que había sufrido de chiquito. Y el viejo se la pilló, llamó a la policía y lo echó al agua. Ese sardino no aguantó la presión durante los interrogatorios y nos sapió a todos. Nos detuvieron uno por uno, casa por casa. Encontraron la caja fuerte escondida en el cielo raso de uno de mis vecinos, y nos mandaron a una casa juvenil de detención, un antro donde estaban otras ratas como nosotros. Se podrá imaginar. A mí me tocó solo seis meses porque yo no había amenazado al anciano ni nada. Ni siquiera había sacado la navaja porque no era necesario. En cambio, mis amigos se sobreactuaron, se hicieron los duros para que el resto los respetáramos más después. Se les fue la olla y uno de ellos incluso alcanzó a cortar levemente al viejo en el cuello. Una estupidez. Por eso la jueza les clavó un año y medio de detención en el centro juvenil. Una mierda.

Mi vieja casi se muere. Imagínese: su niño ya encanado antes de alcanzar la mayoría de edad. Iba dos veces por semana a visitarme, a llevarme comidita casera y no hacía sino llorar. Decía que el Maligno me había tentado y había ganado, que alguien nos odiaba y nos había rezado para que nos fuera mal en la familia. Como si alguna vez nos hubiera ido bien. Cuando uno es pobre todas las desgracias le caen encima, como una cascada que no cesa. ¿Sí me entiende? Aunque usted haya sido rico toda la vida, haga un esfuerzo e imagínese la vida en estos barrios olvidados de la mano de Dios: las mamás se emplean como pueden en trabajos miserables donde las explotan y las humillan; las hermanas se prostituyen desde chiquitas; los papás son animales nocturnos a los que todos les temen; y nosotros, los varones, crecemos con ganas de romperle la madre al mundo.

Yo cumplí los seis meses en la correccional sin meterme en problemas. Me hice respetar desde el comienzo, me casqué un par de veces con unos mancitos que se creían los duros, y ya, me hice a un lado. No quería hacer

sufrir más a mi vieja. No era justo. Con la rata de mi cucho ya tenía suficiente. No le voy a decir que me enmendé, que me arrepentí, que salí convertido en un adolescente bueno. Qué va, eso nunca fue para mí. Los golpes de pecho solo reflejan debilidad. Uno lo que tiene que hacer es enfrentarse a sí mismo, aceptar las cagadas, y ya, aguante como pueda, maestro. Y eso fue lo que hice: salí de ese hueco relajado y no me volví a meter en líos con nadie. Si había que parar a alguien, listo, lo confrontaba para que no me la fuera a montar, y chaolín, seguía adelante sin mirar atrás. Sencillamente había decidido no hacer sufrir a mi vieja por una razón: porque no me quería parecer a mi viejo. ¿Sí se la pilla? Qué asco terminar uno convertido en lo que más detesta.

Así que terminé el bachillerato como pude, sin grandes calificaciones, sin izar bandera, sin ser el alumno sobresaliente del cual se espera lo mejor, pero terminé. Recibí mi diploma y me presenté al Ejército a ver si podía hacer carrera militar. En la casa no había billete para estudiar y la verdad es que eso de andar uno comiendo libro no era para mí. Siento que la vida se pasa de largo mientras uno está ahí agachado como un güevón leyendo maricadas que no sirven para nada. Y me excusa, maestro. Mi vieja me dijo que usted es escritor y no quiero ofenderlo, no es nada personal. Pero yo he visto a una cantidad de tarados creyéndose gran cosa porque van a la universidad, y qué va, son una partida de malparidos, de cobardes, de hipócritas y de mediocres que no sirven para nada. Esa es gente en la que uno no puede ni debe confiar. Son traicioneros por naturaleza, gente desleal que a la primera oportunidad que tengan le clavan a uno el puñal por la espalda. Estudiar no lo hace a uno mejor persona. ¿Sí me entiende? A lo bien.

Bueno, le venía diciendo que me presenté a nuestro glorioso Ejército Nacional, como se decía antes, y me recibieron como soldado raso. No se fijaron en los seis meses que había pasado en la correccional, no sé por qué. Supongo que muchos de los muchachos pobres como yo teníamos pasados parecidos, así que se hacían los de la vista gorda porque de lo contrario no podían reclutar a la carne de cañón que necesitaban. Al fin y al cabo, ¿qué éramos nosotros? Escoria, hermano, bagazo, desperdicio que se va a echar la basura. ¿Qué importancia podía tener, entonces, que uno hubiera pasado unos meses en una correccional? Lo contrario. Para ir a contraguerrilla se necesitan pelaos tesos, aguantadores, que no se

vayan a arrugar al primer enfrentamiento. Mejor mancitos endurecidos por la vida que niños de mamá melindrosos y llorones.

No lo voy a cansar contándole lo duro que es estar allá, en el monte, dándose uno bala con los guerrillos. Pa' qué. De esas historias hay muchas. Pero sí me gustaría decirle que en un momento dado, el sargento que estaba con nosotros empezó a seleccionar a los que él consideraba "los elegidos", y se refería a ese combo como los mejores, como los tesos de la brigada. Todos queríamos estar ahí porque supuestamente nos iban a dar prestaciones y vacaciones. El hombre dijo que desde arriba estaban presionando para que diéramos mejores resultados. De ahora en adelante nos iban a evaluar por el número de bajas que lográramos. Como en los videojuegos, maestro, igualito. Lo que había que hacer era dar plomo a la lata y matar marcianitos. Sí pilla para donde voy, ¿no?

A mí me eligieron y una noche me ordenaron hacer inteligencia en un bar de Soacha. Dijeron que los pelaos que íbamos a capturar no desconfiarían de alguien como yo. No sé a qué se referían con eso. Se suponía que los mancitos estaban en una célula urbana del eln y que estudiaban en la Universidad Pedagógica. Unos mamertos de esos que no hacen nada sino beber pola y hablar carreta, posar de revolucionarios y culiarse a las compañeritas mientras juegan a ser el Che Guevara. Y la verdad es que a mí esos hijueputas sureños que se hacen los intelectuales siempre me han caído como un culo. Así que dije, de una, háganle, vamos a cazar extraterrestres.

La vuelta fue breve. Hicimos un acercamiento fácil gracias a unas peladas que nos sirvieron de enlace. Les dijimos a los manes que estábamos necesitando personal para trabajar en una empresa de enlatados y que si sabían de sistemas los sueldos eran buenísimos. Además, la empresa extranjera que nos contrataba daba la posibilidad de hacer cursos de capacitación en España. Les pintamos pajaritos en el aire, como dice la canción, y los manes cayeron solitos. La cita era para la noche siguiente en las cercanías de Mondoñedo. Les dijimos que ahí nos recogería la camioneta de la empresa para llevarnos a las instalaciones y empezar los procesos de contratación.

No lo voy a cansar con este cuento porque estoy seguro de que ya sabe cómo termina. La verdad fue que los llevamos a unos potreros en las afueras y nosotros no sabíamos que se trataba de quebrarlos. Pensábamos

que los iban a detener por sapos, por andar tirando bombas molotov y jugar a los terroristas. ¿Sí me entiende? Pues no, hermanito, cascamos a los manes, los amarramos, les pusimos uniformes de la guerrilla y ahí mismo, en una noche oscura y lluviosa que jamás olvidaré, nuestro sargento mayor nos dijo:

—Estos hijueputas no son inocentes. Nuestra gente de inteligencia tiene pruebas extraídas de sus computadores: estaban planeando ataques a Transmilenio, marchas y paros estudiantiles. Ahí donde los ven tan modositos, estos cabrones darían lo que fueran por quebrarnos a nosotros. Así es que muchachos, son ustedes o ellos. Así está la cosa. No se vayan a arrugar. ¡Háganle!

Y nos dieron la orden de quebrarlos. Ninguno de nosotros se había inscrito en el Ejército para ir a fusilar pelaos pobres que eran como nosotros. Detenerlos era una cosa, pero matarlos así, a mansalva, indefensos, noooo, hermanito, eso no. Estaban amarrados como animales. Yo no fui capaz. Me acordé de mi vieja y me imaginé que estaba ahí, mirándome, llorando, orando, y no disparé. Mis compañeros los encendieron a bala sin pensarlo. Fue una acción rápida, una vaina de quince segundos, y los cuerpos cayeron al piso. No hubo necesidad de rematar a ninguno. Yo me quedé con el fusil en la mano, tieso, como si me hubiera congelado. Más tarde el sargento me llamó aparte y me dijo:

—Pensábamos que usted era un varoncito, López, y nos salió flojo de pelotas. Pilas con ir a sapear el operativo, si no quiere estar del otro lado y que nos toque capturarlo a usted. Si nos llegamos enterar de que abrió la boca es hombre muerto. Ya sabe, se las canto de frente.

Y así quedó la cosa, maestro. De ahí en adelante me hicieron a un lado, se reían de mí y no me volvieron a llamar para sus tales operativos estrella. Para mí mejor, yo no quería saber nada de ese combo. Me parecían sencillamente unos carniceros muy peligrosos y tenía claro que ese tipo de gente no le hacía nada bien al país. De eso tenemos de sobra.

Hasta que estalló el escándalo y en todas partes apareció la verdad: que los pelaos que habían asesinado no tenían antecedentes de ninguna clase ni estaban inscritos en ninguna célula subversiva. Algunos de ellos habían incluso servido de guías en distintos operativos del Ejército y seguramente habían escuchado o visto algo que no les convenía a los que tomaban las decisiones dentro de la institución. Y de paso inflaban los

números de bajas de la guerrilla para quedar bien ante el Gobierno, que siempre ha sido la Bestia mayor de este país, el auténtico Maligno que no hace sino enviarnos al infierno una y otra vez.

Un tiempo después llegó la pandemia, algunos nos enfermamos de COVID y ellos se enteraron de cada detalle. La verdad es que yo tenía planeado irme para Panamá con una novia y por eso no quería saber nada de ellos. Estaba seguro de que la única manera de ser realmente libre era poner tierra de por medio. Alcancé a dar la cuota inicial de esta casita y la puse a nombre de mi vieja. Nos mudamos, pero esas ratas se la olieron y me cayeron aquí mismo, y prácticamente me llevaron detenido hasta la base militar y me recluyeron en un galpón enorme donde se estaban recuperando del COVID otros treinta soldados. Ahí me encontré con mi lanza, con Almanza, que estaba flaco y amarillento. Acababa de llegar del Hospital Militar. El virus le había dado duro y andaba débil y ojeroso.

Esos días nos dieron de comer muy bien, con complejos vitamínicos extra y todo. Yo nunca había comido de esa manera. La comida parecía traída de un restaurante elegante: filetes a la plancha, pescado, mariscos. Rarísimo. Hasta que una noche uno de los comandantes nos anunció el tal operativo en la selva. Dijeron que los venecos se habían aliado con las disidencias de las FARC y que tenían un megalaboratorio de droga en plena selva. Eso fue lo que nos dijeron. No nos dieron tiempo de nada. Nos presionaron y cuando menos pensamos ya estábamos en un avión con la tula al hombro.

Aterrizamos en una base cerca de la frontera y luego tuvimos que echar pata por trochas que apenas podían detectarse. Dormíamos a la intemperie y en la selva lo peor son los insectos. Uno no les tiene miedo a los jaguares ni a ningún animal grande. El terror en el monte son los bichos. Cómo será el horror que toca ponerse tapones en las orejas para que no se le vayan a meter a uno por ahí mientras duerme. Y dos días después llegamos hasta el supuesto campamento de droga. Nos instalamos como a unos quinientos metros, bien camuflados y echamos pupila a través de los infrarrojos.

Todo era muy raro. No había trabajadores, ni empaques de pasta de coca ni nada. Lo que vimos fue a un personal médico y a unos cuantos enfermos que transportaban de un galpón a otro en camillas. Nada más. Era extraño también que no había ninguna pista de aterrizaje, ni

carreteras cercanas. Lo único que pasaba por ahí cerquita era un riachuelo de donde sacaban el agua para el lugar. Nada encajaba. Sin embargo, nos dieron la orden de desmantelar ese lugar, de prenderle fuego y de no dejar rastro.

En el primer pelotón que lanzó las granadas y que incendió el lugar iba Almanza. Esos manes echaron fuego y entonces vimos cómo salían de los galpones las enfermeras, los médicos, y corrían muy asustados selva adentro. Nosotros no teníamos órdenes de detener a nadie, sino de arrasar con el campamento. Y en el fondo lo agradecimos, porque cargar con prisioneros por la selva es una vaina tesa. Mejor destruir y chao, aquí no ha pasado nada. El problema es que eso no era un laboratorio de droga, sino un hospital donde estaban unos moribundos víctimas de una enfermedad que no habíamos visto antes. Esos mancitos llagados, sin uñas, sin dientes, algunos de ellos ciegos, así como usted me ve a mí ahora, empezaron a moverse de un lado para el otro para salvarse de las llamas. Y ahí fue que vimos cómo Almanza y su combo, aterrados, con los ojos desorbitados por el miedo, los rociaron con los lanzallamas. Eran imágenes que parecían sacadas de esas películas de zombis en las que hay que masacrar muertos vivientes para sobrevivir. ¿Sí me entiende? Eso no era un operativo militar, sino una misión apocalíptica, el puto fin del mundo, maestro.

Si me excusa, voy a tomar algo de agua porque tengo ya la garganta reseca. El solo recuerdo de eso me da mareo…

Listo, ya, continuemos. Como le venía diciendo, de los galpones salieron todos esos monstruos corriendo y mi lanza y su gente los rociaron hasta convertirlos en fiambres. Y emprendieron la retirada. Fue entonces que entramos nosotros. Qué miedo, hermano. Tengo que decirle la verdad, yo nunca he sido cobarde ni me tiembla el culo cuando he tenido que enfrentar vainas duras. Pero ese día sentí terror de verdad, se me heló la sangre cuando tuve esa gente al frente. Los había visto corriendo sin saber adónde se dirigían porque muchos de ellos no tenían ojos. Tenían la piel cubierta de escamas, como si fueran hombres-pez, como si fueran reptiles que huyen despavoridos de una caverna que está en llamas. Y ahora los tenía ahí, en el piso, chamuscados, y parecían engendros, demonios que acababan de escaparse de los infiernos.

Y en un puto momento de debilidad, de curiosidad extrema, sin que

ninguno de mis compañeros se diera cuenta, no lo pude evitar y toqué a uno de los mutantes para sentir qué diablos eran esos pliegues que tenían en la piel. Quería saber si se parecían a serpientes, a lagartijas o a esos pescados que uno tiene que escamar antes de meterlos en el fogón. ¿Y sabe qué? Parecían reptiles, sí, eran seres intermedios, hombres-lagarto helados, sin la delicadeza ni la tibieza que tiene la piel humana. La puta locura. Y ese gesto de agacharme y de rozar el brazo de uno de ellos, como se podrá imaginar, fue mi perdición. Por eso estoy aquí ahora, metido en esta ratonera, huyendo de la luz del sol, como si fuera un vampiro. De alguna manera estoy pagando por lo que hice.

Espere, voy a tomar otro sorbito de agua… Ya, qué pena…

La orden que nos habían dado era extraer toda la información que estaba en una caseta cercana. Ahí encontramos unos archivos en papel metidos dentro de unas carpetas y dos computadores. Yo no soy ningún experto, pero he tomado cursos de informática y me gusta cacharrearle al tema. ¿Sí me entiende? Soy un aficionado, nada más, pero uno de los buenos. Y entonces copiamos toda la información de los aparatos, agarramos los archivos, los metimos en unas tulas especiales que llevábamos y quemamos también la caseta al salir para que no quedara nada en pie. Luego nos unimos al primer destacamento y huimos despavoridos en medio de la selva, como si temiéramos que esos mutantes pudieran alcanzarnos y devorarnos.

Y aquí es donde le puedo asegurar algo porque yo mismo lo vi con mis propios ojos: esa gente estaba experimentando con unos nuevos virus en ese campamento. Había unas carteleras y unos tableros en las paredes donde iban anotando los cambios y las metamorfosis de los contagiados. Nosotros sacamos fotografías de todo eso. Recuerdo las palabras COVID-19, tuberculosis *y* lepra. *Estaban escritas en español, pero al lado había unas anotaciones en caracteres orientales, no estoy seguro en qué idioma, porque no los distingo bien. Era un campo al que llevaron a unos cuantos miserables, los inyectaron con virus que estaban probando y por eso había en el lugar médicos y enfermeras encargados de supervisar los distintos pasos del experimento. ¿Sí capta lo que le quiero decir? Esos malnacidos ya empezaron una guerra bacteriológica y todos nosotros vamos a ser sus conejillos de indias. Míreme cómo estoy, hermano, memorícese bien mi*

cara, mis manos, mis uñas, porque en el futuro muchos seres humanos terminarán como yo en distintos lugares del planeta. Eso se lo puedo asegurar.

Y me gustaría contarle algo brevemente. En un momento en que yo estaba copiando toda la información de los computadores, apareció de la nada un médico con rasgos orientales y bata blanca. El hombrecito, que estaba sano, abrió la puerta de afán sin darse cuenta de que tres de nosotros estábamos ya adentro. Levantó las manos y dijo algo en su lengua que nosotros no entendimos. Le apuntamos de una y Estévez, un man que es un teso, dijo:

—Hay que bajarnos a este amarillo. Hay que darle chumbimba.

El médico empezó a llorar, como si hubiera entendido lo que estábamos hablando, y nos mostró una foto de una mujer y una niña chiquita. Supusimos que eran su esposa y su hija pequeña. Ambas eran también japonesas o chinas, no sé.

Ricaurte se acercó con la pistola en alto, se la puso en la cabeza al mancito, y le dijo:

—Chao, papá, esto no es personal. Son órdenes.

Y disparó. Pero fíjese cómo son los caminos de Dios, hermano. El arma se trabó, algo que no suele pasar con ese tipo de armamento, y Ricaurte intentó de nuevo y nada. El puto oriental no hacía sino chillar. Entonces yo intervine y dije:

—Nadie se muere la víspera. No es el día del hombre y listo. Que se abra.

Estévez estuvo de acuerdo y le hicimos señas de que se largara. El doctorcito se regresó por donde vino y salió pies en polvorosa. Supongo que se metió en la selva de una a correr como un endemoniado. La muerte no había acudido a la cita. Áspero. Qué suerte tan tesa. Ya tenía una historia para contarle a su hija cuando creciera.

A los pocos días de haber llegado empecé a sentirme raro, como fuera de lugar, como ido, como si no fuera yo. Todo el cuerpo me dolía y una fiebre intensa se apoderó de mí. Pensé que se trataba de algún resfriado, hasta que vi cómo los brazos y las piernas se me empezaban a resecar, como cuando uno se broncea y después esa piel se desprende y se cae solita. Así, igual, maestro, me empecé a pelar poco a poco. Enseguida me di cuenta de que tenía la misma enfermedad de esos mancitos, que yo

también me estaba convirtiendo en un monstruo. Les avisé en el batallón, hablé con los duros y les expliqué lo que me estaba sucediendo. Les supliqué que me trataran en el Hospital Militar, pero se hicieron los de la vista gorda y me dijeron que lo mejor era que me quedara en la casa con mi familia, que ya pasaría, que seguramente era algo pasajero. Así son esos malparidos, traicioneros, rastreros, lo usan a uno y después si te vi no me acuerdo. No me mandaron ni siquiera un médico para que me revisara, nada. Y yo sabía lo que tenía. Por eso mandé construir este agujero y aquí estoy, hermano, aguantando como puedo en este roto.

De algo sí estoy seguro: estoy purgando todos mis pecados. No he sido un buen sujeto, para qué nos vamos a decir mentiras, y es justo que pague todos mis errores. Terminé con mi novia, le dije que había conocido a otra mujer, que se abriera del parche, y cada día mi mamá me trae la comida y me pasa un balde con agua para que me lave un poco y no huela tan feo. Cada cosa que toco después ella la desinfecta con cuidado. En la parte de atrás improvisamos un baño y ahí hago mis necesidades. Mi vieja es una santa, qué sería de mí sin ella. Espero poder liberarla de esto pronto.

¿Y sabe qué? Me ha sido revelado un secreto: que la muerte es solo un tránsito hacia otro estado. Yo no soy muy estudiado, ya se habrá dado cuenta, pero soy intuitivo, hermano. Y algo sí sé: esto no acaba aquí. Esta piel y estos huesos son solo el envoltorio, el paquete en el que nos toca venir a este mundo. Pero el empaque se devuelve y uno continúa su camino.

Estoy seguro de eso porque la otra noche, en medio de los dolores que me recorren el cuerpo, me desperté y estaba viéndome desde arriba, como si estuviera en el techo. ¿Sí me entiende? Flotaba, estaba por fuera de mi cuerpo. Alucinante. Una experiencia única. Nada me dolía, era libre de esta carne llena de llagas que se está pudriendo día a día. Yo no era este cuerpo, era esa otra cosa que estaba flotando. Por eso sé que el espíritu existe, que sí es cierto lo que dicen: que las almas continúan su viaje después de la muerte. ¿Y sabe qué es la muerte, señor Santana? El gran regalo. Lo que nos libera de este sufrimiento. En una situación como la mía la puerta de salida es una bendición. Muy pronto partiré y está bien que tenga que sufrir todo esto. Me lo merezco. No he sido una buena persona, no le he hecho bien a la sociedad. Sin mí, todos ustedes estarán mucho mejor. No nos digamos mentiras. Hay gente que vino a hacer el

bien y hay otros que somos bestias inmundas que vinimos a clavar nuestros colmillos en la garganta de seres inocentes.

Eso es, señor escritor. Todo lo que acabo de decirle es la verdad. Cuando uno está tan cerca de la muerte no tiene ningún sentido mentir. Ojalá le sirva de algo, ojalá pueda usted informar a los demás y prevenirlos de lo que están planeando en su contra. Porque de algo sí estoy seguro: lo que estaban haciendo en la frontera es un ataque contra la humanidad, contra todos nosotros.

Ahora, si me excusa, tengo que recostarme. Hace mucho no hablaba tanto y estoy muy cansado. Gracias por escucharme. Mi mamá lo acompañará hasta la puerta. Aquí tengo un timbre. Ya la llamo para que venga por usted…

3

El relato de Virgilio me causó un gran impacto. Salí de esa casa deshecho, mareado y con ganas de vomitar. Recuerdo que cuando llegué a mi apartamento me quité toda la ropa, la quemé en el lavadero y eché los escombros a la basura. Luego me bañé y me desinfecté el cuerpo entero. Era evidente que algo muy extraño había sucedido en esa selva fronteriza entre Venezuela y nuestro país.

Esa misma noche consulté mis notas sobre guerra bacteriológica y revisé cada detalle del Escuadrón 731, los japoneses que habían construido un campo en China donde experimentaron con todo tipo de plagas y patógenos letales. Llegaron incluso a construir bombas de cerámica con pulgas transmisoras de la peste bubónica. El ataque más famoso y mejor documentado fue en 1940, en la población de Ningbo. Más tarde, en el puerto de Acre, en Israel, la Cruz Roja aseguró que se había usado la bacteria Salmonella Typhi para envenenar las reservas de agua de la ciudad. En la Guerra de Corea algunos investigadores locales denunciaron el uso de Brucella Suis por parte de la milicia norteamericana para causar brucelosis en la población civil.

Miré también mis cuadernos donde había estudiado los bombardeos con armas químicas de Saddam Hussein sobre la población de Halabja en

1988. Cinco mil personas habían muerto en las condiciones más aterradoras. Lo mismo había sucedido con Shoko Asahara en el metro de Tokio en 1995, cuando sus adeptos esparcieron gas sarín en bolsas de plástico al interior de los vagones. Y los informes indicaban que, en la reciente guerra en Siria, Bashar al-Ássad había sacado en 2018 también todo su arsenal químico en contra de sus enemigos. Aunque las resoluciones de las Naciones Unidas prohibían expresamente este tipo de armamento, la verdad es que las potencias continuaban preparándose en todos los frentes para un combate nuclear, químico y bacteriológico.

La prueba de ello es que el laboratorio de Wuhan, en China, estaba experimentando con virus de COVID provenientes de los murciélagos. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué diablos hacen experimentando con virus en una sección adscrita a la milicia? ¿Habían ellos esparcido el COVID-19 en los Juegos Militares de Wuhan en octubre de 2019, y de ese modo lograron que el virus se esparciera en cuestión de horas por los cinco continentes? ¿O habían sido los Estados Unidos, maestros del engaño y el camuflaje, quienes en una maniobra siniestra llevaron el virus y lo esparcieron en las distintas delegaciones para luego culpar a China del desastre de salud mundial? ¿Estábamos ya metidos de cabeza en una tercera guerra mundial y nadie se había enterado?

Lo cierto es que llevábamos ya dos años de pandemia y aún no sabíamos con exactitud dónde ni cómo se había originado el virus. Por otra parte, era preocupante que las vacunas parecían ir perdiendo efecto a lo largo de los meses. Primero nos vacunamos convencidos de que era para toda la vida, como las demás vacunas que nos habíamos inyectado cuando éramos niños. Pero resulta que a las pocas semanas nos llamaron a una segunda dosis diciendo que no era suficiente. Y a finales del 2021 nos volvieron a convocar a una tercera dosis de refuerzo. ¿Qué estaba pasando? ¿Servían o no servían las vacunas? ¿Por qué jugaban con nosotros de ese modo, como si fuéramos conejillos de indias de los laboratorios médicos?

Para empeorar aún más la situación, en el otoño de 2021 surgió en Sudáfrica una nueva cepa muy agresiva con distintas mutaciones. En cuestión de pocos días, Israel, Reino Unido y otros países más empezaron a cerrar sus fronteras. La historia se repetía de un modo inevitable y nadie

respetaba a los ciudadanos de los distintos continentes, nadie decía lo que estaba sucediendo detrás de bambalinas ni informaba correctamente. Estábamos en medio de un panorama con doble fondo, jugaban con nuestra salud física y mental, y ningún dirigente tenía la valentía de salir a decir la verdad.

Por esos mismos meses, la revista *The Lancet* publicó un artículo en donde aseguraba que en los dos años de pandemia se habían presentado cincuenta y tres millones más de pacientes con depresión. ¿Qué significaba ese dato? Que no solo estaban minando nuestros cuerpos, demoliéndolos poco a poco, sino que también nuestra psique estaba pagando el precio. No se trataba solo de aniquilar a los enfermos crónicos y a los menesterosos, que son un lastre para el avance del neoliberalismo, sino también a los melancólicos, a los solitarios y a los más sensibles. El avance de la pandemia estaba empezando a pasarle factura a muchas personas que no veían ninguna esperanza y que en consecuencia entraban en depresiones profundas de las que era muy difícil escapar. Nuestros cuerpos estaban reducidos, pero también nuestras mentes. Todo nuestro ser estaba resquebrajado, roto, y no teníamos una estrategia para recomponernos.

Entonces la pregunta que surgía después de haber escuchado a Virgilio era si el gobierno de Venezuela, socio indiscutible de China, había construido un laboratorio secreto en la selva para poder experimentar y estudiar en seres humanos las siguientes mutaciones del COVID-19, o de otros virus añadidos, con los cuales nos atacarían en breve. ¿Se estaba planeando ahí, en ese campamento fronterizo, lo que sería la siguiente plaga que exterminaría a buena parte de la sociedad occidental?

Era obvio que en los últimos veinte años habíamos sufrido el surgimiento del SARS, de H1N1, de H1N3, de Zika, de chikunguña, e incluso, en un momento dado, el virus del Ébola se les había salido de las fronteras africanas y había causado terror en Estados Unidos y Europa. Mientras los muertos se presentaran allá, lejos, en el Tercer Mundo, no había problema. Las alarmas se les encendían solo si la población del Primer Mundo se contagiaba.

Virgilio había hablado de unos nombres que vio anotados en ese laboratorio: lepra y tuberculosis. ¿Estaban intentando que las siguientes variantes del COVID llevaran, además, esta mezcla nefasta para eliminar a

una buena parte de la población mundial? Solo en la primera tanda era obvio que habían caído los más enfermos, los inmunosuprimidos y los abuelos. Además, las consecuencias directas sobre las clases trabajadoras fueron devastadoras: desempleo, hambre y ruina. Todo parecía un plan macabro para fortalecer a los poderosos y debilitar aún más a los humildes.

Decidí preguntarle a Virgilio dónde estaban los archivos que habían copiado de esos computadores y a quién se los habían entregado. Estaba decidido a empezar una investigación formal y a hacer público, si era necesario, el testimonio de Virgilio. Marqué el número que tenía y reconocí la voz de la madre, que me dijo en un tono apenas audible:

—¿A la orden?

—Buenas tardes, soy el escritor que estuvo conversando con su hijo el otro día. Me gustaría saber si puedo regresar y esta vez grabar la conversación.

—Ya es tarde, señor Santana. Mi hijo murió ayer.

—¿Cómo? —dije abrumado por la noticia.

—Se pegó un tiro. No podía más.

—¿Nadie de la institución lo visitó?

—No, señor. Ellos lo hicieron a un lado, lo trataron como un perro. La única visita que recibió fue la suya.

—No puede ser —dije yo pasándome la mano que tenía libre por la cabeza.

—Tenía guardado su revólver y se suicidó a las tres y media de la tarde. Murió a la hora exacta de Nuestro Señor Jesucristo.

—¿No dejó nada escrito? Algún cuaderno, una libreta de notas.

—No, señor. Ya sacamos todo y lo quemamos. Usted sabe, para prevenir.

—¿Qué es lo que está pasando? —dije pensando en voz alta.

—Es la presencia del Maligno, señor Santana. Son tiempos propicios para el demonio.

—Siento mucho la muerte de su hijo.

—Él ya no aguantaba más. Antes soportó demasiado. Usted mismo fue testigo de su dolor. Ya era justo que descansara.

—Gracias por ser tan amables conmigo, por recibirme en su casa y por permitirme hablar con él.

—Al contrario, gracias por interesarse en su historia. Él descansó

después de hablar con usted.

—¿Dijo algo?

—Que las cosas no se quedarían así.

—¿A qué se refería?

—Que usted contaría la historia, que diría la verdad. Eso lo alivió mucho. Al día siguiente me confesó que hablar con usted le había quitado un peso de encima.

—¿No avisó lo que iba a hacer? ¿Se despidió de alguien?

—No, señor. Pero una madre sabe todo de sus hijos. Sabe incluso lo que ellos no saben de sí mismos. Yo lo intuí y oré mucho para que el Señor le diera paz en su corazón y le permitiera partir.

—Es comprensible, claro. Eso no era vida.

—Usted lo ha dicho. Y Nuestro Señor Jesucristo es amor total. Él sabrá perdonarlo. Ahora, si me excusa, tengo que seguir arreglando el jardín. Esto todavía está en desorden y ya casi es de noche.

—Muchas gracias por su tiempo, señora.

—Buena tarde, señor Santana.

Y colgamos al tiempo. Suspiré y me quedé mirando la ciudad por la ventana de mi apartamento. Imposible no imaginarse a Virgilio el monstruo como una especie de hombre-elefante, revisando su revólver, aceitándolo, contando las balas y apuntándose listo para volarse la tapa de los sesos. ¿Se había disparado en la sien? ¿O había abierto la boca y se había puesto el cañón en el paladar, como hacen los que saben que no pueden fallar? ¿En qué había pensado en ese último momento? ¿Se había mirado en el espejo unos minutos antes para coger fuerza, para sentir repulsión y ganas de desaparecer?

Lo peor del suicidio de Virgilio era que me dejaba en un callejón sin salida. No podía ir a preguntar en las dependencias oficiales del Ejército por un operativo que seguramente ni existía en los registros oficiales. No había un solo testigo sobre el cual apoyarme. En un acto de estupidez que demostraba lo torpe que me habían dejado los accidentes que sufrí, yo no había grabado a ninguno de los dos soldados, ni a Yesid ni a Virgilio, y eso significaba que no tenía nada, aire sobre aire. Publicar una historia semejante era exponerme a que me demandaran. Lo único, quizás, era hacerlo pasar por ficción en medio de una novela.

Lo único que se me ocurrió fue llamar a mi amigo Miguel Sastoque, un

antropólogo que había trabajado en los Llanos Orientales y la selva del Amazonas durante diez años, y que conocía muy bien la frontera entre Colombia y Venezuela. Miguel había terminado regresándose porque el narcotráfico lo había amenazado de muerte y las mismas comunidades le dijeron que se ausentara por un tiempo. Al final, no había podido regresar a la zona porque las condiciones, en lugar de mejorar, iban empeorando día a día. Los colonos que llegaban eran todos estafetas de los distintos carteles. Doscientas mil hectáreas sembradas de coca y amapola indicaban que el país estaba regido por matones, lavadores de plata y narcotraficantes. Le dije a Miguel en esa llamada que nos encontráramos porque quería conversar con él personalmente. Nos vimos al día siguiente en su apartamento de Galerías, en pleno corazón de la ciudad.

Miguel era un tipo pausado, tranquilo, con cierta tendencia al silencio y la ausencia. Jamás llamaba la atención, hablaba en voz baja y daba la impresión a veces de estar pensando en otra cosa, como si nada le interesara realmente. Pero no, de repente decía algo profundo, muy agudo, y entonces uno descubría que sí estaba poniendo atención. Su manera de vestir me divertía mucho porque no sabía cómo combinar las camisas con los pantalones, y mucho menos los sacos o las chaquetas con los zapatos. Podía ponerse un pantalón de dril con un buzo deportivo y unos zapatos de cuero. O un saco de pana con unas botas de trabajo pesado. Una vez lo vi incluso con saco de paño, pantalón de pana y botas de caucho de esas que se usan en las fincas. Y él parecía no darse cuenta, era como si en la mañana se pusiera lo primero que encontrara y saliera a la calle sin mirarse en el espejo.

Ese mismo despiste, de alguna manera, se reflejaba en su manera de ser con respecto a la política, la estética o sus decisiones laborales. Podía sin problema estar en salones elegantes hablando de taichí, marchar junto a los campesinos desplazados mientras atendía una llamada de un sacerdote para discutir asuntos de fe, o reunirse con excombatientes del conflicto armado en una finca para una sesión de yagé con algún taita indígena que él conocía de tiempo atrás. Esa heterodoxia era la que a mí tanto me atraía de él. Lo estimaba y lo respetaba de tiempo atrás.

Miguel escuchó mi relato con detenimiento. Nos preparamos un té, nos sentamos en la pequeña terraza de su apartamento a ver las montañas mientras conversábamos sobre el extraño caso del laboratorio en la

frontera, el crimen de Yesid y el suicidio de Virgilio, y, apenas terminé, me dijo muy serio, frunciendo el entrecejo:

—Sabes que estoy trabajando con una fundación alemana, ¿no? Estamos cuidando como podemos a los indígenas que llegaron a acampar en el Parque Nacional.

—Oye, Migue, ¿no me estás poniendo atención? —le dije sorprendido del comentario.

—Te lo decía porque entre las comunidades que estoy atendiendo hay unos pocos integrantes de una tribu que tiene unos caseríos en la frontera entre Colombia y Venezuela.

—¿Y?

—Hace unas semanas llegó a esas carpas un indígena que dijo que unos médicos chinos estaban extraviados en medio de la selva.

—¡No puede ser!

—Contó que tres médicos con batas y una enfermera habían salido de pronto de la selva hambrientos, picados por los insectos y con fuertes dolores de estómago que les impedía moverse con facilidad. Chapuceaban el español y los indígenas no les entendieron nada.

—Los del laboratorio, ¡claro!, que escaparon con vida.

—No lo sé, pero el indígena aseguró que esa gente tenía pesadillas, estaban en un ataque de nervios y preguntaban cómo comunicarse con Caracas para que los rescataran.

—¿Y ese indígena sigue ahí, en el Parque Nacional?

—No, las condiciones en ese campamento son muy duras y viajó al Caquetá, donde tiene unos parientes.

—¿Habrá algún teléfono dónde ubicarlo?

—No lo creo. Cuando ya se internan en la selva es muy difícil encontrarlos. Acuérdate que ellos a veces duran años sin ir a las poblaciones cercanas.

—No sabremos nunca qué fue lo que pasó en ese lugar.

Miguel y yo terminamos nuestras respectivas tazas de té, y nos despedimos con un fuerte abrazo. La verdad es que lo veía poco, pero era de esas personas que siempre me transmitía una dosis de paz interior que me recargaba el ánimo. Gente así, me dije, era nuestro verdadero antídoto ante la pandemia.

Esa misma tarde llegué a mi apartamento y empecé a tomar unas

cuantas notas para que no se me fueran a olvidar los hechos. El problema era que no tenía ni idea de qué iría ese texto. ¿Una colección de cuentos? ¿Un libro testimonial? ¿Una crónica? ¿Una novela? Me dije que no tenía por qué preocuparme por el género. La época era tan caótica, tan fuera de lugar, que ya no teníamos ni idea dónde estaba la frontera entre la ficción y la realidad. Antes esa línea divisoria era clara, pero ya no. Preocuparse por eso carecía de importancia. Por ahora, lo único importante era no olvidar.

Capítulo III
Mariham

1

Cuando me encontraba aún desalentado y adolorido por los golpes de los dos accidentes que había sufrido, una noche me llegó al apartamento de sopetón Charlie Buenaventura, un amigo músico, exdrogadicto y buscador de la verdad, como solía definirse él mismo. Había creado un grupo de *jazz* que alcanzó cierto reconocimiento durante los años noventa, pero su pasión por las drogas lo había conducido a recluirse en una institución especializada en rehabilitación. Sus colegas habían desintegrado la banda y habían buscado trabajo en otra parte. Luego se fugó de la clínica donde se había internado y terminó en la India viviendo en una comunidad autosuficiente al sur de Hyderabad. Eran unos *hippies* setenteros que cultivaban lechugas y rábanos, y que solían invitar a algún gurú local para hacer retiros de meditación. Charlie aguantó con ellos dos años hasta que un buen día se dijo que quería un buen bistec, que estaba harto de la comida vegetariana y empacó su maleta para jamás volver. No le importaba nada, se lanzaba al vacío con una facilidad que a mí me impresionaba porque ya no era un hombre joven. Nunca le vi la cédula, pero aseguraba poniendo cara de serio que teníamos la misma edad. Aunque, para ser honestos, él se encontraba en mejores condiciones y se veía más joven.

Charlie era brillante, carismático, había estudiado en las mejores escuelas de Estados Unidos y de Europa, pero al mismo tiempo daba la

impresión de estar habitado por un saboteador que siempre se encargaba de arruinarle cualquier empresa que iniciara. No podía ni siquiera mantener una relación sentimental porque a las pocas semanas o meses se desaparecía sin dejar rastro. Sus exnovias conformaban un grupo de desesperadas que inevitablemente terminaban preguntando por él en los hospitales, en estaciones de Policía o en la morgue. Después de días de insomnio y de angustia, de pronto se enteraban de que él se había ido a meditar a alguna playa remota o detrás de un grupo de *rock* que lo había contratado para tocar en un festival. Casi todas acudían a alguna terapia para poder procesar la ausencia súbita que les había dejado semejante sinvergüenza. Charlie era el maestro de la fuga y las desapariciones. Sus amigos lo habíamos apodado Houdini, en homenaje, claro está, al gran ilusionista austrohúngaro de comienzos del siglo XX.

Por eso cuando se apareció en mi apartamento sin avisar no supe qué hacer. En voz baja le pregunté al portero por el citófono:

—¿Está borracho?

—Parece normal, don Adán.

—¿Trae maleta?

—Un bolso deportivo nomás.

Estuve tentado de negarme y dejarlo ahí afuera. Que se las arreglara como fuera. La época no estaba para andar aterrizando de esa manera, sin una llamada y con una muda de ropa para instalarse indefinidamente. Pero no fui capaz. Algo en mi interior lo estimaba de verdad, aunque fuera un cínico, un recostado y un perdido. Por eso me rendí y le dije al portero:

—Dígale que siga. Gracias.

A los pocos minutos entró Charlie con su pinta de *hippie* de siempre, mechudo, barbado y con una sonrisa de par en par:

—Ufff, gracias, viejo *men* —dijo mientras me daba un abrazo—. Pensé que de pronto estabas viajando, como siempre.

—Desde que empezó la pandemia no me he movido de aquí. Sigue.

—Qué pena, Adancito, ¿tienes un baño a la mano? Necesito bañarme. Llevo días por carretera. Vengo desde Perú.

—Ahí, a la derecha —dije señalándole el baño de huéspedes—. Mientras tanto te voy preparando algo de comer.

—Buenísimo. Tengo un filo tenaz.

Mientras Charlie se bañaba, hice una salsa con atún y cociné unos macarrones. Luego puse un poco de parmesano en la mesa. Contesté una llamada de otro de mis amigos que me alertó diciendo:

—¿A que no adivinas quién pasó por aquí hace un rato y me dejó una nota en la portería?

—Houdini.

—¿Cómo sabes?

—Se vino para acá. Se está duchando.

—Huyyy, hermano, qué pesadilla. Duro de matar. Si necesitas después descuartizar el cuerpo y arrojarlo a un basurero, me avisas.

—Tan chistoso. Luego hablamos. Estoy haciendo la comida.

—Dale saludos de mi parte. Cualquier cosa, tíralo por la terraza. Que parezca un accidente.

—Chaolín.

Charlie salió como nuevo del baño y nos pusimos a conversar. Me contó que había estado cerca de Cuzco en una comuna que había hecho contacto con extraterrestres provenientes de un planeta de la Nebulosa de Andrómeda.

—Todo esto de la pandemia es un plan concertado —me dijo muy serio mientras se comía con gusto su plato de pasta.

—No me digas.

—En serio, te lo juro. Los gobernantes de las potencias, los dueños de las multinacionales y los grandes banqueros están todos al servicio de una raza alienígena maligna.

—¿Sigues metido en teorías de la conspiración?

—Esto es otra cosa, viejo. Están planeando reducir la población. Somos demasiados.

Pensé en el laboratorio de apestados en la selva y me dije que todo era una locura generalizada. No había mucha diferencia entre las chifladuras de Charlie y lo que yo había vivido en los últimos días. Ninguno tenía una sola hipótesis razonable, algo sólido, científico, verificable. Nos estábamos volviendo esquizofrénicos, lunáticos que interpretaban la realidad a partir de disparates sin fundamento.

—El Club de Bilderberg está en alianza con unos alienígenas reptilianos que viven en las profundidades del planeta —continuó hablando Charlie—. Todo el mundo lo sabe. Van a reducirnos a unos pocos millones

de personas. Ese es el plan.

—Pues el contagio viene bajando.

—Por ahora. Vienen nuevas cepas. Ya verás. Los reptilianos son los antiguos demonios que están en todas las religiones.

—¿Y por qué el Club de Bilderberg pactaría con seres así?

—Porque están planeando un nuevo orden mundial. Todos seremos esclavos de esos miserables. Bueno, de alguna manera ya lo somos.

—¿Y por qué te fuiste de la comuna? —dije yo cambiando de tema porque Charlie estaba empezando a aburrirme con su cantaleta conspirativa.

—Todavía no te lo puedo decir. No estás preparado.

—¿Es un secreto?

—Ya te lo diré en su momento. Te sorprenderás, lo sé.

—Elías te mandó saludos.

—Ah, sí, pasé por su casa, pero no estaba. Como no tiene portería le dejé una nota debajo de la puerta de entrada. Entonces me vine para acá. Menos mal que te pillé.

—Menos mal, sí —balbuceé suspirando.

Recogimos los platos, lavamos la loza y le mostré a Charlie su habitación. Le dije que estaba muy cansado y que me iba a dormir temprano. Él me miró sonriendo, me dio una palmada en la espalda y me dijo como si fuera un hermano mayor aconsejando a un adolescente:

—Sí, fresco, todo bien. Te veo muy estresado. Relájate, viejo. A este paso vas a terminar tomando ansiolíticos. Cógela suave. Yo me voy a ver una película porque no tengo sueño. Descansa.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, ya Charlie estaba bañado, cambiado y preparando el desayuno. Había ido incluso hasta la panadería sin que yo me hubiera dado cuenta y tenía sobre la mesa una *baguette* de queso fresca y dos tazas de café humeante.

—Siéntate, tengo todo listo —dijo con una sonrisa de par en par.

—¿Cómo volviste a entrar?

—Cogí las llaves que estaban en la mesa del teléfono.

Desayunamos con gusto y en un momento dado Houdini me dijo con ese desparpajo que lo caracterizaba:

—Tengo una cita con un psicoanalista a las diez. No para terapiarme, sino porque el man tiene un dato clave. Creo que deberías venir conmigo.

—¿De qué se trata? —pregunté con la prevención que siempre había que tener con ese marciano.

—Tú siempre estás tomando notas para algún libro tuyo. Esto te va a sorprender, ven.

—¿Y no me puedes adelantar nada?

—Perderíamos el efecto sorpresa. No te vas a arrepentir, te lo aseguro.

Me bañé, me vestí, me eché las cremas en la espalda para que no me dolieran tanto las costillas rotas, y decidí ir a la entrevista con el psicoanalista amigo de Charlie. Mis horarios eran bastante flexibles: mi trabajo como escritor se limitaba por ahora a tomar notas desordenadas para un libro que no tenía ni idea cuál sería ni cómo se llamaría.

La verdad es que me impactó sobremanera ese diálogo con Alonso Esquivel, un terapeuta de unos sesenta y cinco años que vivía en una casa antigua en Teusaquillo. Tenía la barba blanca y bien pulida, y tres mechones lánguidos le escurrían por la cabeza calva hasta la nuca. Sus ojos eran vivaces, inquietos, como los de un niño muy curioso e hiperactivo, y cuando sonreía se iluminaba el espacio a su alrededor. Vivía en el segundo piso de la casa y en el primero tenía su estudio y su consultorio, donde atendía a unos pocos pacientes de confianza.

La historia que nos contó el doctor Esquivel ese día me dejó completamente fuera de lugar. Aseguró que la relación con sus pacientes era siempre muy profesional, precisa, con objetivos de salud y recuperación que él jamás perdía de vista. Sin embargo, con una paciente relativamente joven todavía, de treinta nueve años, una tarde se abrió una puerta a otro mundo. Michelle había sido abusada en su infancia, pero no recordaba con exactitud el rostro de ese pervertido que la había sometido y violado en la casa de sus padres. No estaba segura si se trataba de un amigo de su papá que solía visitar la casa con regularidad, si había sido un primo mayor que vivía por aquel entonces con su familia, o si incluso el delincuente era su propio padre. Solo recordaba el ataque por la espalda, el sometimiento y después la desconexión, ese momento en el que su mente se había ido a una dimensión intermedia para no estar presente durante la violación. Pero no recordaba el rostro del miserable, ni el tono de su voz ni el olor de su cuerpo. Su madre la había encontrado recostada en el sofá y creyó que estaba dormida. Por eso le dijo al oído con ternura y cierto tono recriminatorio a la vez:

—Mi amor, si quieres dormir una siesta súbete a tu habitación.

Ella, que tenía doce años, se recuperó como pudo, subió las escaleras, entró a la ducha de su baño y se quedó allí un largo tiempo intentando limpiar la afrenta. Fue entonces que empezó a sufrir de un trastorno de la personalidad que a veces la encerraba en su habitación durante meses sin poder ni siquiera pisar el jardín exterior de su casa. Eso la obligó a presentar exámenes a distancia tanto en el colegio como en la universidad. Y, como es de suponer, la relación con los hombres había sido un completo desastre. No podía estar con ellos, compartir, entregarse con la plenitud que exigía la ocasión.

Más tarde, durante su primera juventud, el sexo para ella era un trámite desagradable y difícil durante el cual solía quedarse ausente, inmóvil, como si el cuerpo se hubiera quedado de repente vacío, hueco, sin nadie que lo habitara por dentro. Sus parejas la consideraban fría e insensible, y le habían recomendado un tratamiento. Pero no sabían de ese episodio oscuro de su pasado que tanto la atormentaba.

Durante la terapia, el doctor Esquivel había intentado por todos los medios descifrar quién había sido el agresor, pero Michelle no lograba visualizar la identidad del que la había tumbado sobre el sofá, la había desnudado y la había agredido en cuestión de unos pocos minutos. Lo que más la hacía sufrir era pensar que el agresor era su padre, con quien a partir de entonces ella había cambiado. No era que lo odiara o que lo despreciara, sino que desde ese día en adelante no había podido sentir el cariño sincero que siempre los había unido de manera muy especial. Esa distancia que ella impuso desde ese día nefasto le había dolido mucho a él, pero la había respetado y nunca la recriminó ni le hizo ningún llamado de atención. En el caso de que no hubiera sido él el agresor, esa actitud tan noble le dolía a Michelle hasta el punto de deprimirla durante días enteros en los cuales no cesaba de llorar.

Era importante superar ya ese episodio, descubrir quién se había aprovechado de su inocencia y su juventud, denunciarlo y exponerlo al escarnio público. Eso era lo que deseaba con todo su corazón. Por eso había llegado a la terapia con el doctor Esquivel. El problema es que no avanzaban y su memoria se negaba a reconocer a ese individuo. Fue en ese punto ciego que el psicoanalista le propuso una tarde con la cautela que requería el caso:

—En una situación como la tuya una hipnosis puede dar buenos resultados. Si tú lo consideras oportuno, claro está.

—¿Una hipnosis con usted, doctor? —preguntó ella con cierto temor.

—Aquí mismo podemos intentarlo en la próxima sesión. Solo si te parece bien, si estás de acuerdo y si quieres explorarte a ese nivel.

—¿Y eso me permitirá descubrir quién fue?

—No lo sé, no te lo puedo asegurar. Todo depende de cómo nos vaya. También puede ser que nunca lo hayas visto y que por eso no lo recuerdes.

—Yo recuerdo el golpe por detrás, haber visto la biblioteca y luego estar ya acostada en el sofá…

—Es posible que hayas cerrado los ojos y que no quisieras ver al agresor.

—¿Y en la hipnosis lo sabremos?

—No te puedo dar garantías. No quisiera causarte una desilusión mayor. Puede ser. En estos casos a veces da buenos resultados.

—Bueno, doctor, intentémoslo.

De esa manera sellaron el pacto entre los dos. De todos modos, por la gravedad del caso, el doctor Esquivel le recomendó a Michelle que leyera un par de artículos sobre el tema y le dijo antes de despedirse:

—Si después de leer los textos que te digo, por algún motivo desconfías de este procedimiento o no te parece muy profesional, no te preocupes, lo entenderé perfectamente.

—Gracias, doctor. Cualquier cosa, yo lo llamo.

La verdad es que Michelle no tuvo ningún problema con hipnotizarse y llegó a la siguiente sesión confiada y con buena disposición. Y aquí es donde se abrió una dimensión extraña que el médico jamás había previsto.

En algún momento de su relato, el psiquiatra sacó una grabación y la puso en un televisor pequeño en su estudio. Yo no pude evitar preguntarle:

—¿Esto no viola la cláusula de confidencialidad entre paciente y médico?

—Ella me pidió el favor de que les mostrara la sesión —aseguró el doctor sin inmutarse.

—¿Y por qué? —dije yo extrañado con la situación.

—Más tarde te explico —me dijo Charlie poniéndome una mano en el hombro.

Tuve la sensación de que me estaban arrastrando por un escenario sin

saber cuál era mi papel, si debía gritar o llorar, pero me dije que ya iría descubriendo mi rol en ese entramado tan complejo que Charlie estaba armando con su desparpajo habitual.

2

La grabación comenzó a rodar en la pantalla y vi a Michelle sobre un diván clásico de psicoanálisis. Se encontraba relajada, con los ojos cerrados y respiraba con tranquilidad. El psiquiatra le dijo:

—Vas a respirar profundo, inhalas por la nariz y exhalas por la boca. Soltamos la tensión que hay en todos nuestros músculos, olvidamos las preocupaciones, nos alejamos poco a poco de los problemas y la vida cotidiana. Uno, dos, uno, dos. Inhalamos, exhalamos. Soltamos, relajamos, y empezamos a sentir que el cuerpo flota, que se va, que se vuelve aéreo, como hecho de gas o de polvo. No pesamos, no hay ninguna densidad. Ahora dejas los ojos entreabiertos y te concentras en el aparato que te voy a poner al frente.

Michelle entreabrió los ojos y el psiquiatra ubicó un metrónomo justo frente a sus ojos. Siguió hablando con la misma voz suave y armoniosa:

—Uno, dos, uno, dos. Inhalamos, exhalamos. No pesamos, no tenemos músculos ni huesos, flotamos, nos hacemos aéreos. Y tu mente empieza a desprenderse del cuerpo, a irse. Solo escuchas mi voz, nada más. No hay ideas, no piensas en nada. Todos los problemas y las angustias desaparecen. No hay preocupaciones. Solo mi voz y tu mente flotando en el aire. Y a la cuenta de tres, quedas completamente libre y empezamos nuestro viaje. Cuando escuches el número tres, abandonas definitivamente tu cuerpo y solo oirás mi voz y empezaremos a desplazarnos en el tiempo y en el espacio. Inhalamos, exhalamos. Soltamos. Uno… Dos… Tres…

Michelle cerró los ojos y se quedó con la boca abierta, completamente hipnotizada. El médico continuó:

—Flotamos, ya completamente libres. Vamos a dejar el cuerpo ahí por ahora. Nos desprendemos. Seguimos respirando muy tranquilamente. Inhalamos, exhalamos. Y nos vamos yendo en el tiempo. Necesitamos ir hacia atrás.

Cuando ya su paciente estaba completamente desgonzada en el diván, el doctor Esquivel le ordenó con la misma voz pausada:

—Ahora vamos a viajar a ese momento en el que fuiste agredida por primera vez.

Eso fue exactamente lo que dijo. Y Michelle se puso tensa, su respiración se entrecortó unos cuantos segundos, y entonces el psiquiatra continuó diciéndole:

—Inhalamos, exhalamos. Estamos tranquilos. No nos vamos a angustiar. Dime todo lo que ves.

La voz de Michelle era gutural, como si le costara mucho hablar después de haber tenido alguna afección en la garganta. Sus palabras jamás las olvidaré:

—Mi familia siente que yo la avergüenzo porque no me quiero casar con el hombre que eligieron para mí. Él es una buena persona, solo que yo no estoy hecha para nadie. Me gusta la soledad y siento a Dios en el fondo de mi corazón. Camino en las horas de la noche por el lago Genesaret y me baño a veces a la luz de la luna. Algo en mí no es de este mundo. Algunos murmuran que estoy loca o poseída por demonios que me atormentan. Hasta que una noche uno de los pescadores me vio saliendo del lago desnuda y se abalanzó sobre mí como una bestia nocturna. No pude detenerlo. No tuve la fuerza suficiente… Lo siento…

La voz de Michelle se hizo tensa, su respiración se agitó y se movía en el diván incómoda, como si un cuerpo encima de ella la estuviera aplastando. El doctor Esquivel estaba estupefacto, no sabía qué hacer ni qué decir. Solo atinó a decir:

—No perdemos el control. Continuamos respirando, inhalamos, exhalamos. Vemos la situación sin estar involucrados, sin hacer parte de ella, como si fuéramos unos testigos distantes.

No lo pude evitar y afirmé enseguida sin poder desprender la mirada de la pantalla:

—Genesaret queda en Israel.

—Exacto. Ya verán… —dijo el psiquiatra viendo su propia imagen en el aparato.

Entonces en el video vimos cómo el psiquiatra le decía a Michelle:

—¿Qué haces en ese lago? ¿Qué hace tu familia?

—Somos una familia de pescadores de Magdala. Mi padre es un buen

hombre, me quiere mucho, pero desea casarme, igual que hizo con mis hermanas. Pero yo no puedo, ese no es mi destino.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Mariham. Mariham de Magdala.

En este punto el doctor Esquivel puso pausa y la imagen se detuvo en la pantalla. ¿Qué diablos era eso? ¿Qué estábamos viendo? No podía ser. Tenía la impresión de estar asistiendo a una sesión de magia. El doctor Esquivel preguntó con cara de preocupación:

—¿Sí entienden lo que sucedió?

—Usted dejó la orden abierta —respondí enseguida—, en lugar de circunscribirla a una edad exacta. Debió transportarla a sus doce años, a ese día en particular y luego al momento exacto de la violación. Pero usted dijo que se fuera a la primera vez que ella fue abusada y entonces ella se remontó a una vida pasada, a otra identidad en Israel hace dos mil años.

—Exactamente —afirmó el médico consternado—. Jamás pensé que esto podía sucederme.

—¡Estamos ante María Magdalena! —aseguré agarrándome la cabeza entre las manos—. No puede ser.

—Sí puede ser —dijo Charlie tranquilo, como si la escena fuera de lo más común—. La transmigración de las almas es algo común a todas las culturas antiguas.

Yo seguía en *shock*, no podía creer lo que acababa de ver y escuchar. Por un segundo se me ocurrió si no se trataría de una broma de Charlie, si el doctor y la tal Michelle no serían actores consumados y todos me estaban jugando una broma pesada. Pero la cara congestionada del psiquiatra, las gotas de sudor en su cráneo sin pelo y su respiración entrecortada demostraban que estaba realmente angustiado, en crisis y seguramente con mucho miedo, pues si la sociedad de psicoanalistas se llegaba a enterar de algo así, perdería su licencia y todo su prestigio quedaría reducido a nada. Sus colegas se reirían de él y dirían que se había convertido en un brujo de feria, en una especie de ilusionista de ocasión que solía engañar a los crédulos y los ingenuos. Un final muy duro para un hombre de ciencia que le había apostado cuarenta o cincuenta años de carrera a labrarse una reputación intachable.

—Continuemos —dijo el doctor Esquivel pulsando un botón y de nuevo la imagen de Michelle apareció en la pantalla ya un poco más

calmada.

En la grabación se notaba que el psiquiatra no sabía cómo comportarse, que estaba tenso, muy nervioso y que lo único que atinaba a decir para salir de ese silencio embarazoso era:

—¿Eres María Magdalena?

Michelle inclinaba la cabeza hacia un lado y explicaba con los ojos cerrados:

—Así me dirán después. Soy hija de pescadores y me señalan a veces como la posesa, la que está habitada por demonios interiores que la atormentan. Por eso soy una vergüenza para mi familia. Nunca tendré hijos, no podré darles a mis padres una descendencia. Soy la hija de la oscuridad.

—¿Y estás endemoniada? —pregunta el doctor.

—Pertenezco a lo sagrado, a lo invisible, a lo impalpable. Es muy difícil por mi condición de mujer que mi familia y el pueblo donde nací entiendan mi llamado. Por eso murmuran a mis espaldas, me señalan y me consideran una persona extraña en la que no se puede confiar. Pero en las horas de la noche, cuando nadie me ve, yo camino por los senderos del valle a la luz de la luna y sé que mi vida no me pertenece, que estoy convocada por el Espíritu para servirle. Mi existencia no es mía, no me pertenece. Mi destino está más allá de la comprensión de los hombres.

—¿Y qué sucedió contigo después?

—Yo, Mariham de Magdala, pasé días y semanas encerrada en una especie de granero. Mi padre y mis hermanos esperaban que en algún momento lo que ellos llamaban demonios se alejaran de mí y me dejaran libre. Pero eso no sucedió. Sucedió exactamente lo contrario: en la soledad del confinamiento sentí con mayor fuerza la presencia del Espíritu a mi alrededor. Me fui olvidando de mi cuerpo, me desprendí de la vida material y entendí que el cuerpo es solo el envoltorio, la madeja que todos debemos entregar al final del camino para ingresar en la vida espiritual.

—¿Qué hizo tu familia entonces? —preguntó el doctor Esquivel improvisando sobre la marcha en medio de una sorpresa que lo tenía demudado.

—Uno de mis hermanos le pidió permiso a mi padre para llamar a un sanador que estaba en las cercanías de Magdala. Estaba predicando con unos cuantos discípulos. Llamaba al arrepentimiento y al desprendimiento

de los bienes materiales. Él vino a verme al establo donde yo pasaba mis días, se sentó en una paca de heno y me reconoció enseguida, supo que yo estaba en otro plano, que no se trataba de espíritus malignos, sino de la presencia abismal del Espíritu que todo lo recorre, que todo lo bendice con su fuerza inmortal.

—¿Cómo se llamaba ese sanador?

—Le decían Jesús de Nazaret. Y yo también lo reconocí. Supe desde el primer momento que estábamos llamados a cumplir un destino común. Al día siguiente lo vi en las orillas del lago predicando y, después de dirigirse a los moradores de Magdala con palabras poderosas sobre la virtud y la humildad, buscó a los enfermos, se recostó junto a ellos, los abrazó, les daba besos en las mejillas y la cabeza, y mientras murmuraba palabras sagradas, las lágrimas le corrían por las mejillas. Era puro amor por los débiles y menesterosos, compasión sanadora que atravesaba la piel de los ciegos y los purulentos. Y ellos veían y sus llagas se curaban al contacto con el Maestro. Era impactante ver cómo la gente se lanzaba sobre él buscando su bendición: querían tocarlo, llevarse algo de él para que sus vidas resplandecieran luego con al menos una chispa del fuego sagrado.

—¿Y qué sucedió entre tú y ese sanador?

—Sus discípulos ofrecían a los pobladores de Magdala el sagrado sacramento del bautizo. Algunos aceptaban recibir al Espíritu en sus corazones. Eran campesinos y pescadores de la zona, todos hombres. Y yo me acerqué para ser bendita también y el Maestro me vio a los ojos, se sonrió y él mismo, con sus manos celestiales, me agarró la cabeza suavemente y me hundió en las aguas de Genesaret. Desde ese mismo día me convertí en su discípula.

—¿Tu familia lo permitió?

—Intentaron impedirlo por todos los medios, pero no pudieron. Le dije a mi padre que nadie podía desviar los propósitos del Espíritu. Me despedí de ellos con dolor, pero también feliz, dichosa de saber que por fin mi destino empezaba a cumplirse. Los discípulos del Maestro no me recibieron muy bien porque era mujer y no querían tener problemas más adelante con los rabinos que los iban a señalar por tener a una mujer entre sus filas. Pero el Maestro los apaciguó y les dijo que el Espíritu no hacía distinciones, que elegía por igual a hembras y a varones, y que yo era la prueba viviente de su poder. Así les dijo.

—¿Y te integraste por completo al grupo de Jesús de Nazaret?

—Recorrimos puertos, pequeños caseríos, ciudades más grandes y populosas, y el Maestro siempre convocaba a los que querían escucharlo a que se arrepintieran, a que no se envanecieran, a que creyeran profundamente en la bondad del Espíritu. Los conminaba a agachar la cabeza, a ser humildes de corazón, a tratarse entre ellos como hermanos que se quieren y se respetan. Pero no siempre sus palabras eran bienvenidas. Los ricos y poderosos desconfiaban de él y lo consideraban un agitador, un hombre peligroso que ponía en entredicho sus bienes y sus ahorros. No era de su agrado.

—¿Estuviste con él hasta el final?

—Sí, lo asesinaron al poco tiempo. Murió en la cruz y yo estuve a su lado hasta que exhaló su último suspiro. Jamás lo traicioné ni renegué de él. Fui su discípula fiel y después prediqué en su nombre con alegría y determinación.

El doctor Esquivel suspiró y dijo entonces con verdadero agotamiento:

—Bueno, Michelle, vamos a regresar lentamente, poco a poco. Abandonas esa vida, sales de ese cuerpo y emprendes el retorno. Seguimos inhalando y exhalando muy despacio. Vuelves a ser Michelle, aquí, en el presente. A la cuenta de tres vas a despertar y vas a recordar todo lo que acabas de decirme… Vas a llegar hasta aquí sana y salva, muy tranquila, respirando normalmente… Uno… Dos… Tres… Ya…

Y Michelle abrió los ojos con cierta dificultad, parpadeó varias veces para acostumbrarse a la luz y me di cuenta de que un poco de saliva le escurría por la barbilla. Acababa de llegar de un viaje muy remoto y se le notaba que estaba exhausta. Quizás por eso mismo lo primero que dijo fue:

—Tengo mucha sed. ¿Me puede dar algo de beber, por favor?

Y el doctor Esquivel asintió y se retiró del consultorio para ir en busca de algo que le reparara las fuerzas a esa paciente que acaba de atravesar dos mil años sin moverse de su diván.

3

Esa tarde en casa del doctor Esquivel me quedé completamente fuera de

lugar. No sabía cómo interpretar lo que había visto en la grabación. Había escrito sobre la metempsicosis muchas veces y había estudiado diversos ejemplos, pero nunca había estado tan de cerca de un testimonio de ese calibre. Ahora, si bien era cierto que Michelle había dado detalles de esa vida pasada en los orígenes del cristianismo, el relato en su conjunto era algo que ya sabíamos por los evangelios canónicos. Nada de lo que dijo nos iluminaba de manera especial la compleja relación que habían tenido María Magdalena y Jesús de Nazaret.

Lo otro que olvidé preguntar fue la opinión que había tenido Michelle de esa curiosa sesión de hipnosis, y si lo que experimentó en ella le había servido o no para superar su trauma en el presente. Tal vez lo mejor que podía hacer era intentar contactarme con ella y preguntarle directamente. Por eso, cuando regresamos al apartamento, le dije a Houdini:

—Creo que debemos hablar con ella.

—Me alegra que lo consideres —respondió mi amigo preparando café para los dos.

—¿Por qué?

—Ella también quiere hablar contigo.

—No la conozco.

—Pero ella a ti sí. Ha leído muchos de tus libros. Por eso estoy aquí: ella me pidió el favor de que sirviera de enlace.

—¿Ella te dijo que me llevaras donde Esquivel a ver la sesión grabada?

—Michelle está segura de que hay que dejar un testimonio de lo que está ocurriendo. Esto es crucial. Es solo el comienzo. Y se necesita a alguien como tú para dejar constancia.

—No soy un evangelista.

—No lo sabes aún. Es importante que estés abierto a múltiples posibilidades. Eres un novelista por fuera de la norma. No eres un intelectual acartonado. Te puedes tomar las libertades que te dé la gana. Esa es la ventaja de ser un renegado.

—¿Así me ves?

—No te ofendas, lo digo con cariño —dijo mi amigo sirviendo los dos cafés con diligencia—. Ya le escribo a Michelle para que nos veamos con ella mañana mismo. Se va a poner muy contenta. Quiere conocerte.

En efecto, al día siguiente visitamos a Michelle en horas de la tarde en su apartamento. Subimos a pie por una de las calles empinadas de La

Macarena hasta un edificio modesto que estaba en una esquina mirando hacia la montaña. Ella vivía en el quinto piso entre plantas de todo tipo, óleos, acuarelas, mesas de dibujo y lápices de colores regados por todas partes. Unos ventanales enormes dejaban ver una terraza que le daba al lugar un aire fresco y acogedor. Me encantó el lugar. Me sentí a gusto, como si me fuera familiar y hubiera estado allí una infinidad de veces. En una biblioteca desordenada alcancé a entrever varios de mis libros.

Arrumados en las paredes, había decenas de cuadros que permitían evocar los brochazos impresionistas de varios de los franceses del siglo XIX. Solo que aquí había una particularidad en todas las pinturas: los cuerpos y los entornos estaban muy bien definidos, pero no los rostros. Eran seres fantasmales que vagaban por mundos intermedios. Esa obsesión por no ver los rasgos de sus personajes, por no precisarlos, tenía por supuesto su origen en el trauma que había vivido de niña.

De pronto apareció ella con un vestido largo negro ajustado que dejaba entrever un cuerpo firme y voluptuoso. En la sesión de hipnosis no se veía tan bella. Mechones gruesos de cabello rubio caían sobre su espalda. En la grabación que había visto de ella no se le veían las pecas que tenía esparcidas por la cara y el cuello. Sus ojos eran vivaces, llenos de una potencia salida de lo común, como si en lugar de pupilas tuviera linternas que iluminaran todo el entorno por el que se desplazaba con su paso rítmico y bamboleante.

—Gracias por venir —dijo con una sonrisa plena—. ¿Quieren tomar algo?

Charlie pidió café y yo pregunté si había té:

—¿Verde o negro? —me preguntó ella auscultándome con esos ojos color miel que tanto me intimidaban.

—Negro, gracias —dije retirando la mirada y mirando los cuadros para que no pudiera escanearme de ese modo como lo estaba haciendo.

—Yo tomaré té contigo —afirmó ella caminando hacia la cocina.

Unos minutos más tarde nos sentamos en la sala con la puerta de la terraza entreabierta. Cada uno sostenía una taza humeante entre las manos. Era obvio que Michelle tenía que ser una artista. No sé cómo no se me había ocurrido. Era la única manera en que podía procesar el dolor que la agobiaba. En ninguna otra profesión el sufrimiento es material de trabajo.

Ella empezó diciéndome de frente, sin quitarme los ojos de encima:

—Gracias por aceptar hacer parte de todo esto, Adán.

—Todavía no sé de qué se trata —dije mientras saboreaba un té negro acaramelado y con un trozo de yerbabuena flotando en la superficie, como lo sirven en el Medio Oriente.

—Quiero ser honesta contigo: nosotros tampoco tenemos ninguna certeza. Estamos igual de sorprendidos que tú. Yo jamás pensé que terminaría metida en algo de este estilo, pero ya ves, asistiendo a una terapia de psicoanálisis regular de pronto se abrió esta puerta que nos transportó a otra época.

—¿Por qué hablas en plural?

Michelle y Charlie se miraron de reojo y entonces mi amigo se dirigió a mí en un tono que nunca le había escuchado antes, como si de un momento a otro se hubiera convertido en un adulto responsable y serio:

—Hemos conformado un grupo, un colectivo de amigos que comparten el sentimiento del Maestro. Estudiamos los textos, reflexionamos, ayudamos a la comunidad. Michelle ha vuelto a hipnotizarse en dos oportunidades más y los recuerdos son cada vez más claros y precisos.

—¿Conformaron un grupo cristiano? —pregunté con el ceño fruncido.

—Es más que eso —me respondió Charlie en ese mismo tono docto y profesoral que venía asumiendo—. No somos una secta de fanáticos, como te lo estás imaginando. Somos personas que sienten un llamado para transformar este preciso momento de la historia. Tú y yo hemos hablado de esto, Santana. Estamos en un momento clave, definitivo. Hemos destruido todo el planeta. Nos estamos suicidando. Necesitamos dar un giro, salvarnos. Esa es la palabra que nos une: salvación.

No sabía qué decir. Me sentí como si me estuvieran invitando a hacer parte de una banda de ladrones de banco o algo por el estilo. Todo tenía un tono de secreto bastante sospechoso. Alcancé a imaginar que Michelle y Charlie eran un par de psicóticos que estaban empezando a fundar una pandilla de enajenados que disfrazaban su locura con propósitos nobles y bondadosos.

—Solo te pedimos que estés abierto a escuchar, nada más —dijo Michelle sacándome de mis cavilaciones—. Yo he recordado bien cada uno de los episodios compartidos con el Maestro y puedo asegurarte que no miento, que no soy una esquizofrénica con ínfulas de mesianismo. No

soy eso, créeme. Solo me anima la voluntad de cambio, como muy bien lo acaba de decir Charlie.

—¿Y qué es lo que quieren de mí? —pregunté con cierto fastidio, pues ese tipo de encerronas me encendían las alarmas y me daban ganas de salir corriendo despavorido.

—Por ahora nos estamos reuniendo a leer, a estudiar, a reflexionar —dijo Charlie en un tono más reposado—. Solo eso. Nos gustaría que asistieras a una de nuestras reuniones y luego miras a ver si quieres continuar o no.

—Si no regresas, no pasa nada —dijo Michelle bebiendo de su taza de té—. Nosotros continuaremos trabajando y tú regresas a tus libros y a tu vida común y corriente.

"Mi vida común y corriente", pensé sonriéndome para mis adentros al recordar los accidentes, la clínica, los puntos en la planta del pie, la cojera, los dolores atroces en las noches en medio de insomnios que duraban horas enteras hasta que por fin veía las primeras luces de la mañana atravesar las cortinas de madera. La verdad es que no tenía adónde regresarme. Atrás solo había dolor, espasmos, contracciones, huesos rotos, soledad, depresión. Era mejor seguir caminando y alejarme de mí mismo. Por eso le pregunté a Michelle ya más calmado y tranquilo:

—¿Cómo sabes que no se trata de una psicosis?

—Porque he recordado mi vida después de la muerte del Maestro, sucesos que no están en ninguno de los evangelios canónicos, ni en los apócrifos, ni en los manuscritos del Mar Muerto. Solo yo sé lo que pasó después.

—No me dirás ahora que se trata de la versión de Dan Brown —dije haciendo alusión a la hipótesis de una María Magdalena que huye embarazada de Jesús hacia Europa.

—Para nada —respondió ella dejando su taza de té sobre una mesita—. Cada uno de los discípulos cogió un camino determinado para ir a predicar la palabra. Yo no fui la excepción: viajé hacia Turquía y fundé una comunidad. No olvides que las mujeres fuimos muy activas en ese cristianismo primitivo. Los hombres se llevan hoy todo el protagonismo por el prestigio de los evangelios, pero nosotras no fuimos una corriente menor. Muchas iglesias se fundaron y se sostuvieron gracias a nosotras.

—Hay un tema que me ronda la cabeza desde ayer —dije mirando a

Michelle directamente a los ojos—. Quiero que me digas si la hipnosis y esa regresión a una vida pasada te han servido para sanar tus problemas de abuso en el presente.

Ella volvió a coger la taza de té y sorbió con cierta lentitud, como si ese tiempo fuera la franja necesaria para atinar en lo que iba a decir a continuación:

—Sé que te sonará raro, pero nuestro dolor nos ha sido otorgado para transformarlo en otra cosa. Si yo hubiera sido una jovencita común y corriente, con una vida plena y feliz, nunca hubiera entrado a terapia y no habría recordado lo fundamental: el mensaje de mi Maestro, que cruza los tiempos y los continentes sin perder vigencia. El dolor es parte constitutiva de un determinado aprendizaje.

—¿Y recordaste quién fue el agresor?

—Sí, mi primo, que en ese tiempo era un adolescente problemático. Lo busqué y lo confronté. Él no hizo sino llorar. Me dijo que no sabía cómo dar marcha atrás e impedir que ocurriera ese hecho que me había causado tanto sufrimiento. Le creo, lo decía con auténtico arrepentimiento. Ya lo perdoné. Tengo que avanzar, no puedo quedarme ahí estancada. Ahora mis preocupaciones son otras. No se trata solo de mí. Algo mucho más importante está en juego.

—¿Qué dices? —me preguntó Charlie mientras se levantaba para ir a dejar su taza en el lavaplatos—. ¿Vas a ir a las sesiones de estudio?

—¿Están solo leyendo textos bíblicos y haciendo exégesis?

Michelle se puso de pie también y se fue hacia la cocina. Desde allá me respondió mirándome a través de una ventana que comunicaba con la sala:

—Estamos conformando un grupo muy serio de personas que tengan inquietudes profundas a nivel espiritual y que sientan en sus corazones la palabra del Maestro. La idea es también empezar un trabajo social intenso. Dos de nosotros están trabajando con víctimas del conflicto armado.

—Iré a un par de reuniones y en el camino vamos viendo qué sucede —dije rindiéndome de pronto e inclinando la cabeza.

Michelle se regresó a la sala, me invitó a ponerme de pie y me abrazó con fuerza, estrechándome entre sus brazos con auténtica devoción. Me dijo sin soltarme todavía:

—No sabes lo que oré para que aceptaras. Gracias por abrirte al misterio.

En ese momento sentí un estremecimiento en todo el cuerpo, una emoción que me desbordaba, aunque no tenía ni idea hacia dónde me estaba conduciendo esa voluntad extrema por lo desconocido que desde siempre había dirigido mi vida. ¿Qué significaba reunirnos alrededor de la reencarnación de María Magdalena? ¿Qué se buscaba con ello? ¿Dónde estaba ese principio de realidad que antes gobernaba el mundo, y que ahora no solo palidecía, sino que había desaparecido por completo dejándonos inmersos en un mar de fantasmagorías difíciles de identificar? Los pensamientos me asediaban en desorden, mezclándose los unos con los otros, mientras sostenía a esa mujer magnífica entre mis brazos. Y mientras olía el aroma de sándalo y aceite de oliva en su cabello, me pregunté si ya antes no nos habíamos abrazado también, en otra vida, en el desierto, cuando un predicador recorría los valles y los pueblos de Judea invitándonos a amarnos los unos a los otros.

SEGUNDA PARTE

CRUZ Y RESISTENCIA

Capítulo I
Kairós

1

Era muy difícil asimilar todo lo que me estaba sucediendo en tan poco tiempo. No solo se trataba de las historias de Yesid y de Virgilio, de Michelle y de Houdini, sino también el hecho de que estaba metido de cabeza en un colectivo que se comportaba a la manera del cristianismo primitivo. Era como si alguien desde arriba estuviera dirigiendo los hilos de una trama compleja de la que me quedaba imposible desprenderme.

Alguna vez, en una conversación con un colega mexicano, me preguntó por qué me sentía tan atraído por el cristianismo. Era una gran pregunta y procuré ser lo más honesto que pude. Le expliqué que el neoliberalismo había instaurado el reinado del yo, de la individualidad exagerada y patológica. Tengo que abrirme camino en la vida, ser alguien, triunfar, sobresalir. Es una carrera desenfrenada en pos de un espejismo. Luego llegaron las redes sociales e impusieron su ritmo de la popularidad: los miles de seguidores que me alaban y me consideran una celebridad.

La cámara, que siempre se había utilizado hacia afuera, hacia el mundo, los paisajes, las ciudades, los museos, de pronto se dio la vuelta y dejó en la pantalla una sola imagen: yo, yo, yo. La selfi es la prueba irrefutable de una enfermedad grave que carcome nuestro ser. A nadie de mi generación se le hubiera ocurrido en un viaje o en una celebración darle la vuelta a la cámara y fotografiarse a sí mismo. Ese exceso de ego creó ya generaciones enteras obsesionadas con su rostro, su delgadez atlética, su

ropa, su yo triunfante y acomodado. Hoy ya no existe el tú, ni el él o ella, y mucho menos el nosotros. Es el imperio del pronombre personal de primera persona del singular. El mundo es yo.

Este matrimonio tan peligroso entre el capitalismo del consumo y la red ha creado un sistema cuya base principal es la aporofobia, esto es, el desprecio por el menesteroso, por el mal vestido, por el endeudado. Nada les da más miedo a los jóvenes que la posibilidad de convertirse en perdedores. De ahí su escasa tolerancia al fracaso. Su lema es triunfar o morir. Por eso terminan después deprimidos, en tratamientos psiquiátricos, destruidos, al borde del suicidio. La imagen que se habían hecho de sí mismos no se corresponde con la realidad. Y el golpe no puede ser más duro.

Le decía a mi colega mexicano, entonces, que la única oposición que tenemos a ese discurso de megalómanos enfermizos es la dulce humildad predicada por ciertas religiones, y entre ellas, el cristianismo ocupa un lugar preponderante. Jesús no predica para los adinerados y famosos, no, es un llamado a exactamente todo lo contrario: deja tus propiedades a un lado, regala tu dinero (o compártelo al menos), olvídate de ti mismo y sirve a los demás. Los benditos, los elegidos, no son los triunfadores que celebran su fama y su fortuna entre banquetes y vinos costosos. Es exactamente al revés de lo que nos enseñan las redes sociales y el neoliberalismo imperante: los que entrarán al Reino de lo Cósmico son los miserables, los forajidos, las prostitutas, los purulentos, los febriles, los convictos. Es un llamado no a los exitosos, sino a los fracasados. El mundo al revés. Si te humillan, tranquilo, respira profundo, y ofrece la otra mejilla para que te humillen de nuevo. No eres nadie, no eres nada, libérate del peso de ser tú mismo. No te mires en el espejo porque solo verás polvo sobre polvo.

Ahora, tampoco se trata de humillarse acá para ganar la vida eterna. Pensar de ese modo sería tener como propósito una recompensa, y entonces detrás de la humildad estaría de nuevo el ego agazapado, escondido, haciendo de las suyas. Se trata de perder un yo para ganar un nosotros. Solo no llegaré a ninguna parte. Olvido mi yo para servir a los otros, y en ese camino de servidumbre nos salvamos todos.

Si lo pensamos de ese modo, el cristianismo vendría a ser una práctica de vida muy poderosa que se opone de manera radical al sistema. Es pura

contracultura que, si la entendiéramos a cabalidad y la ejerciéramos en nuestra cotidianidad, todo el establecimiento se vendría abajo de la noche a la mañana.

Y cuando digo cristianismo no me refiero a los potentados del Vaticano, ni a sus bancos, ni a sus agencias inmobiliarias y sus negocios millonarios, ni a sus praxis mafiosas en distintos continentes. Tampoco me refiero a los diezmos y a los cultos donde pastores multimillonarios llegan en autos importados a convocar a la comunidad a que produzca más para que sostenga sus lujos y sus desvaríos de opulentos narcisistas. Me refiero a ese comportamiento ejemplar de un hombre que recorrió los desiertos del Medio Oriente predicando siempre lo mismo: no te envanezcas, no te creas superior a los demás, no intentes sobresalir, no anheles bienes y riquezas porque lo único que realmente importa en nuestro paso por este mundo no es físico, sino espiritual. Qué mensaje más poderoso y revolucionario. Qué lección de poderío interior, que es lo que nadie nos enseña en ninguna parte.

El cristianismo es una antiépica donde no buscamos emular al héroe, sino al vencido. Difícil. Todo el cine que vemos, los videojuegos, las series, y buena parte de los libros que circulan hacen hincapié en la heroicidad. También los discursos de liderazgo que promueve el mundo empresarial resaltan la figura del que se sobrepone a todos los obstáculos para alcanzar al final el éxito tan esperado. Y sería muy iluminador un seminario al revés: tú solo no significas nada, no nos sirves. Empieza barriendo la sala, acomodando las sillas y limpiando los baños. Luego sírveles una limonada a los participantes y prepara unos sándwiches para el mediodía. Quédate callado, no sobresalgas. Entonces, y solo entonces, nos podrás ser de alguna utilidad porque ya no pensarás en ti, sino en todos nosotros.

Hay que tener en cuenta que la aporofobia (el fastidio por el débil) es natural. En los albores de la humanidad aprendimos a unirnos a los fuertes para poder sobrevivir. Nadie hacía alianzas con los enfermos y los pobres de espíritu porque muy seguramente se moría en el primer invierno. Nos relacionamos siempre con los fuertes, con los que iban invictos. Hoy en día hacemos lo mismo: buscamos relacionarnos socialmente hacia arriba: con los exitosos, los adinerados, los que han logrado cierto reconocimiento. El cristianismo es antinatural. Se necesita una mediación muy intensa para ir

más allá de esos impulsos iniciales que son más que comprensibles. Quizás por eso mismo, porque es tan difícil y complejo, es que las iglesias han fabricado ese cristianismo insulso de misa dominical en donde nadie tiene que cambiar su conducta ni revisarse. Un cristianismo enlatado, perfecto para estos tiempos, mediocre y soso, que deja a los fieles intactos y no los cuestiona ni los confronta. Y todos tan contentos.

Un verdadero cristianismo que se ajuste a lo predicado por ese hombre inicial que recorría los desiertos de la época harapiento, con unas sandalias polvorientas, sin afeitar, melenudo, con la mirada salvaje, sería hoy en día un auténtico mazazo a la vida tediosa e insustancial que llevamos en medio del consumismo y las pantallas donde celebramos nuestras selfis etéreas y fantasmales.

Eso fue lo que conversé, palabras más palabras menos, con mi colega aquel día. Lo sigo creyendo tal cual. Por eso la historia de Michelle y su nuevo grupo de reflexión cristiana me generaba tanta curiosidad. ¿Serían capaces de regresar a las palabras iniciales del Maestro? ¿Se estaba conformando un grupo de neocristianos que iban a releer los textos bíblicos desde una óptica nueva y refrescante? No podía dejar de pensar en ello y me preguntaba a la vez si no se estaba empezando a gestar desde ese preciso momento el siguiente libro que tendría que escribir. ¿Pero cómo? ¿Qué enfoque le daría? Llevaba años sin escribir una novela como tal y me preguntaba si ese sería el género que utilizaría. ¿Una novela siempre es ficción? ¿Dónde está la realidad? ¿Los libros de no ficción no son tan ficcionales como los de ficción?

A esa confusión había que señalar el hecho de que soy un hombre sin fe. Me entristece decirlo así, suena como si estuviera confesando algo sucio que enloda mi vida. Y quizás no esté tan lejos de la verdad. La fe es un don y a mí no me ha sido otorgado. Sin embargo, sufro de una inmensa nostalgia por ese regalo que me negaron. Soy un agnóstico que añora lo que a otros les ha sido dado de manera natural, desde la infancia. Envidio a las personas que tienen una fe profunda y que la viven a plenitud. Ellas están más protegidas, acompañadas, y cuando llega la enfermedad o la ruina, Dios no las abandona y les multiplica sus fuerzas para que se recuperen. Qué privilegio.

Una noche, en una conferencia de *Ted Talks*, vi a Ingrid Betancourt hablando sobre lo que había significado su secuestro en medio de la selva

colombiana por parte de las FARC. Una experiencia tremendamente dolorosa y despiadada. Contó cómo no le permitían algo de privacidad al momento de bañarse, el maltrato permanente y la fina capacidad de tortura que tenían los guerrilleros con ella, a quien consideraban una niña rica que había crecido entre privilegios. Cuando el superintendente Pinchao, que estaba secuestrado con ella, decidió escaparse, le confesó que él no sabía nadar y que no estaba seguro de poder aguantar una fuga en solitario. Luego le dijo atravesado por las dudas y el temor:

—Y si llego a estar completamente perdido, sin saber dónde estoy ni para dónde caminar, ¿qué hago, Ingrid?

Y ella le respondió que orara, que se inclinara y pidiera ayuda a los cielos. Pinchao en ese instante se quedó tal cual, sin que lo convenciera mucho el consejo. Pero unas semanas más tarde se encontró exactamente en esa posición que tanto temía: estaba en medio de la jungla, picado por toda clase de insectos, hambriento, sin poder dormir en las horas de la noche por miedo a ser devorado por algún jaguar y completamente perdido. No tenía ni idea dónde estaba. Entonces se acordó del consejo de Ingrid, se inclinó y oró pidiendo ayuda a ese más allá incomprensible y misterioso. Y la ayuda llegó: fue rescatado por un pelotón militar que patrullaba la zona.

Y contando esa anécdota, Ingrid levanta la mirada hacia el auditorio y dice convencida:

—La fe es una disciplina de la voluntad.

Esa frase me caló muy profundo. ¿Significaba entonces que la fe sí me había sido dada pero que yo carecía de voluntad para abrazarla y acogerla? ¿Es la fe un ejercicio que necesita templanza y carácter? ¿Uno no tiene fe porque es un débil de espíritu? ¿Uno no acepta su fe porque el ego del intelectual se interpone haciéndolo creer superior, estudiado, docto? ¿Es la fe un camino que viaja más allá de la razón? Todas esas preguntas me llegaron de repente y no sabía cómo responderlas.

He escuchado en la soledad de los hospitales, a altas horas de la noche, cómo sin llamar la atención alguien murmura una oración, una solicitud de ayuda a las alturas. O en una clínica psiquiátrica, de pronto, pasando al frente de una habitación, oigo la voz de un alucinado o de un suicida implorándole piedad al Dios en el cual cree fervientemente. A veces son

reclamos, auténticas invocaciones exigiendo reparación, y siempre me detengo, escucho con los ojos cerrados, y siento dentro de mí una soledad honda, despiadada, metafísica.

Soy una especie de hombre religioso sin fe, un ser al que abandonaron en la Tierra sin piedad alguna, un despechado de los cielos. Por eso siempre he mirado a las personas religiosas no solo con respeto, sino con celos porque a ellos les dieron algo que yo también merecía. Y el precio que se paga por no tener fe es brutal: es como ir por el mundo fracturado, incompleto, con los huesos rotos, sin ojos, sin manos, paralítico. No es justo.

Dos días después de nuestra entrevista con Michelle, Charlie me llevó a una casa entre los barrios La Candelaria y Egipto, en el oriente de la ciudad, en las calles empinadas del centro capitalino. Una casa colonial remodelada sin ningún tipo de lujos ni excentricidades. Nos condujeron hasta un salón amplio que daba a un patio empedrado rodeado de flores. Había unas veinte personas entre hombres y mujeres de distintas edades y estratos sociales: gente elegante y distinguida, profesionales de clase media y unas cinco o seis personas con overoles y uniformes, obreros y aseadoras tal vez.

Nos sentamos en círculo y a los pocos minutos llegó Michelle y saludó a todos entre abrazos y sonrisas. La pandemia se había replegado un poco y, aunque continuábamos usando tapabocas, ya estaba permitido cierto contacto físico como los apretones de manos o los abrazos fugaces. Dos ventanales bien abiertos refrescaban el salón con una brisa gélida que venía de las montañas.

Michelle empezó diciendo con vehemencia:

—Como lo hemos dicho varias veces, el objetivo de este grupo es buscar una práctica común a partir de nuestra fe en las palabras iniciales del Maestro. Las iglesias actuales no nos brindan esa posibilidad debido a su pensamiento comercial y acomodaticio. No nos sentimos a gusto con diezmos ni limosnas, con sacerdotes violadores y pastores con trajes de marca. Queremos recuperar el mensaje inicial, predicado por el hijo de un carpintero y pescadores humildes.

Aquí hizo un alto, nos miró a todos recorriendo el salón con sus ojos penetrantes y continuó:

—Estamos atravesando momentos difíciles. La pandemia nos reveló ya

que estamos entrando en el fin de los tiempos. Hemos perdido a nuestros seres queridos, a nuestros amigos y colegas, y ese dolor que nos acompaña todos los días es también la fuerza que nos conduce a despertar. No queremos seguir viviendo dormidos, como el resto de la gente. Deseamos en el fondo de nuestros corazones una vida verdadera. ¿Y qué es una vida auténtica? Una vida entregada al amor, al servicio, a los otros. Por no comprender las palabras del Maestro es que hemos destruido el paraíso que nos entregaron para cuidarlo y embellecerlo. ¿Y qué es lo que hemos hecho? Ensuciarlo, despedazarlo y contaminarlo con nuestros gases inmundos y nuestros barriles de petróleo regados en todos los mares del planeta. Nosotros nos negamos a seguir inmersos en esa locura. Las palabras del Maestro nos invitan a vivir de otro modo. Amamos a los otros y ese amor implica una lucha, un enfrentamiento que no podemos seguir evitando. Nos estamos preparando para ese choque.

—Amén —corearon varios con la mano levantada, como si se tratara de un mitin político.

Me intrigó esa manera de hablar: cómo el discurso del amor, de pronto, se había convertido en un llamado a la acción. Me dio la impresión de que el grupo no era tan pacífico e ingenuo como lo había percibido al comienzo. Antes bien, me pareció que era una especie de célula bien preparada y entrenada. ¿Qué era lo que estaban buscando estas amas de casa adineradas, estos abogados y administradoras de empresas, estas aseadoras y albañiles? Recordé estando ahí, en un supuesto grupo de reflexión bíblica, las reuniones con el M-19 o con el Partido Comunista, cuando era apenas un muchacho que buscaba la mejor manera de cambiar ese mundo en el que me sentía tan fuera de lugar. Estos supuestos neocristianos primitivos tenían ese mismo tono de revancha y de confrontación miliciana.

Una de las mujeres humildes levantó la mano y dijo:

—Mi hijo mayor cumple una condena de cinco años por rebelión. Y ahora mi hijo menor, que apenas tiene dieciocho años, está siendo vigilado por la policía después de las marchas y las protestas. Me tocó mandarlo para el rancho de mis papás, donde les queda más difícil encontrarlo. No quiero seguir viviendo así. Ser pobre parece un delito.

Michelle asintió y dijo con cierto resentimiento contenido:

—No lo vamos a permitir, te lo podemos asegurar. No estás sola.

Protegeremos a tu hijo como si fuera nuestro. El Maestro y sus discípulos sentían que estaban viviendo el fin de los tiempos. Y no se equivocaban, pues en ese momento exacto empezó otra era para la humanidad. Nosotros estamos experimentando algo muy similar: estamos muriendo para renacer convertidos en otros seres muy distintos. Y la palabra del Maestro es nuestra brújula. No somos personas independientes, somos un colectivo, una tribu inseparable. Por eso te puedo asegurar que tu hijo es nuestro hijo. No permitiremos que la policía lo detenga. Lo importante es que todos estemos listos con nuestros respectivos colectivos, que sigamos al pie de la letra las indicaciones y que en ningún momento perdamos contacto.

Uno de los trabajadores que llevaba puesto un overol de trabajo dijo poniéndose de pie:

—Nosotros en Soacha estamos listos desde hace meses. Ya somos sesenta y dos personas. Los muchachos son los más activos y he tenido que frenarlos durante las protestas. Ellos no aguantan más. Este gobierno ha rebasado la copa: está contra los estudiantes y les dispara en la calle frente a todo el mundo; está contra los indígenas y los abalea a plena luz del día; está contra los líderes comunitarios y nos asesina sin contemplaciones. Como dice aquí la compañera con respecto a su hijo, hay seguimientos permanentemente. Sabemos que los teléfonos están intervenidos. Nos vigilan a toda hora. No hemos vuelto a reunirnos en la sede del barrio porque siempre tienen un carro al frente sacando fotografías de todos nosotros. La presión es insoportable. No podemos seguir así. Recuerden que ya desaparecieron a dos de los muchachos de Bosa.

—¿Cuándo llegará la hora cero? —preguntó uno de los representantes de la clase media que tenía pinta de ingeniero o de empresario incipiente.

—Muy pronto, estamos muy cerca —respondió Michelle con seguridad —. Les pido un poco de paciencia. No podemos cometer un error de último minuto apresurándonos. Los mismos acontecimientos nos irán dando la pauta. No falta mucho. Recuerden que estamos entrando en el tiempo de *Kairós*, un tiempo por fuera del tiempo regular, un tiempo sagrado. Nos estamos preparando para el acontecimiento que partirá de nuevo la historia de la humanidad en dos.

Al escuchar esas palabras recordé que desde el comienzo de la pandemia yo venía sintiendo que estábamos entrando en otro tiempo muy distinto del anterior. Unos meses atrás, la cronología era precisa y

vivíamos con un determinado pasado, un presente y un tiempo por venir. Pero al entrar en las largas cuarentenas mundiales se podía creer que el tiempo se había ralentizado porque ahora vivíamos en nuestras viviendas atrapados en rutinas interminables que nos exasperaban y nos deprimían. Pero no, era una impresión falsa. Lo que había sucedido era que el tiempo se había acelerado de una manera vertiginosa. La gente salía al supermercado con trajes especiales para evitar el contagio, con guantes, e incluso alguna vez vi a una pareja con máscaras antigás. ¿Qué estaba sucediendo realmente? Que el tiempo se había acelerado y estábamos ya en el futuro. Parecíamos personajes secundarios de una película de anticipación ciberpunk. El pasado estaba muy lejos, el presente casi no existía y habíamos aterrizado sin preparación alguna en un futuro distópico que daba miedo. Lo que habíamos hecho dos años atrás daba la impresión de haber ocurrido hacía veinte años. Cada vez estábamos más lejos de nosotros mismos.

Michelle tomó aire y continuó hablando en un tono de voz que reflejaba cierta autoridad manifiesta:

—Por eso necesito que cada uno de ustedes tenga a su gente lista. Lean la palabra del Señor, oren mucho, reflexionen y prepárense para las difíciles pruebas que se nos avecinan. *Kairós* no necesariamente es un tiempo pacífico. Puede ser un tiempo de choque, de vértigo y de ardua confrontación. No olviden que en tiempos del Maestro también persiguieron a sus discípulos, los torturaron y los asesinaron.

No podía creer lo que estaba escuchando. La reunión no era para leer la Biblia ni estudiar sus textos. Estábamos en un cónclave revolucionario y cada una de esas personas era la cabeza visible de una célula de ataque. No eran lectores ni creyentes fervientes que quisieran un mundo de amor y de concordia, sino auténticos guerreros enarbolando sus banderas cristianas en medio de la confusión que estaba generando la pandemia. Me encontraba pasmado y no sabía si pararme e irme de ese lugar enseguida. Sentía que Houdini había terminado haciendo una de sus típicas jugarretas y yo había caído como un imbécil en la trampa. Y la chiflada de Michelle, que me había parecido una artista plástica espiritual, en búsqueda, asimilando el impacto de lo que los antiguos llamaron metempsicosis, ahora me daba la impresión de ser una loca desaforada sumamente peligrosa. ¿Qué diablos estaba haciendo yo ahí?

Mis pensamientos fueron interrumpidos por otra de las mujeres humildes que, señalándome, preguntó en un tono neutro, sin agresividad en su voz:

—Me disculparán los compañeros, pero no sé quién es ese señor nuevo que está sentado ahí. Siempre votamos antes de recibir a alguien en el grupo. Tenemos que estar todos de acuerdo. Y, como los compañeros acaban de explicar, este no es el momento para que nos quedemos tan tranquilos con un infiltrado metido justo aquí, en nuestras narices. ¿Quién es ese señor y qué hace? ¿Por qué no nos avisaron que iba a estar hoy presente?

La mujer se sentó y sus colegas que estaban cerca la felicitaron dándole la mano y haciéndole guiños de aprobación. Michelle se puso de pie, quizás para reforzar su autoridad, y dijo:

—Iba a presentarlo desde el comienzo, pero preferí dejarlo para el final. Se llama Adán Santana y es un escritor reconocido. Algunos de ustedes habrán leído uno o más de sus libros. Para mí es un orgullo que esté aquí. Lo invité porque él puede ser el cronista que estamos necesitando justo ahora, cuando estamos a punto de activar la hora cero. Necesitamos a alguien que cuente nuestra historia, un escritor que deje un testimonio fiel de lo que estamos a punto de emprender. Sería muy triste que nuestra lucha caiga en el olvido.

Otro de los trabajadores con el rostro curtido y las manos ásperas debido al trabajo duro, se puso de pie y dejó clara la posición de la mayoría de sus vecinos:

—Yo le pido que me excuse, señor Santana, porque yo a usted no lo conozco. No sé quién es, ni qué ha escrito ni dicho. Pero ese no es el problema. Con todo el respeto que me merece su persona, aquí hay unos procedimientos, unas reglas que hemos acordado entre todos, y no está bien que empecemos a violarlas solo porque a alguien le parece bien hacerlo. Dijimos desde el principio que íbamos a consultar cada decisión, cada invitación, que cada candidato a entrar en este grupo debía ser revisado con minucia profesional. Y si empezamos ahora a cambiar nuestras propias normas, ¿adónde vamos a terminar? ¿Por qué traicionar unos protocolos que nos han salvado la vida? Se supone que aquí nadie impone su voluntad sobre los demás. Eso dijimos. Aquí no hay dictadura, sino democracia. Eso prometimos desde la primera reunión y por eso

confiamos los unos en los nosotros. No es justo.

No sabía cómo comportarme y la incomodidad iba en aumento. Solo atiné a decir:

—Les pido mil excusas. Creo que los compañeros tienen toda la razón. Nadie me explicó las estrictas reglas del grupo. Pensé que se trataba de una jornada de reflexión sobre los textos bíblicos y por eso vine. Creo que es mejor que yo me retire para que ustedes puedan deliberar tranquilos. Con perdón…

Y salí del salón haciendo una venia muy respetuosa. El grupo se quedó alegando en el interior y yo podía escuchar de lejos cierta algarabía, palabras altisonantes que se decían apasionadamente, pero no tenía ni idea de cuál era el trasfondo de la discusión. Me senté en el patio a disfrutar el olor de las flores mientras las últimas luces del día desaparecían en el firmamento.

Estaba anonadado con lo que acababa de suceder allí adentro y maldije mil veces a Houdini y sus andanzas de *hippie* setentero. Lo peor había sido creerle a un sujeto de ese estilo, que era divertido desde lejos, pero que de cerca era una auténtica pesadilla.

Recuerdo que se me ocurrió una idea banal: me dije que lo único positivo de todas esas idas y venidas detrás de los delirios de Houdini había sido olvidarme de todas mis dolencias. Parece mentira, pero en mi apartamento estaba atento a cada instante de los dolores en las costillas, de la falta de sensibilidad en mi pierna izquierda o de cómo iban avanzando los implantes dentales, que a veces me dolían cuando masticaba más duro de lo normal. Todo mi cuerpo estaba deshecho, herido, y no hacía sino extrañar los años en los que la máquina funcionaba a la perfección y me permitía practicar distintos deportes sin sentir una sola lesión. Ahora parecía un muñeco roto al fondo de un bote de basura y la verdad era que desde la llegada de Charlie al apartamento recordaba mucho menos todos mis padecimientos.

Unos veinte minutos después salió Michelle del salón y me dijo poniéndome la mano en el hombro:

—Lamento lo sucedido.

—Creo que lo mejor es que yo no vuelva —dije con seriedad, a punto de retirarle la mano de mi hombro.

—No te hagas una idea errónea de nosotros por lo que acabaste de

escuchar.

—Sabes que yo rechazo todo tipo de violencia.

—No te estamos pidiendo que hagas algo que no quieras, solo que registres los hechos.

—No estoy a tu servicio —dije poniéndome de pie y dispuesto a irme de una vez por todas.

En ese justo instante el grupo salió del salón y se puso en fila india ante mí. No sabía qué estaba ocurriendo. Michelle me dijo en un tono de voz suave, reposada:

—Siéntate, por favor.

Obedecí sin entender la escena. Todo me parecía sacado de un film de terror, a la manera de *El bebé de Rosemary* o *El inquilino*, de Polanski. Me enfurecía, pero también me atraía poderosamente esa realidad inédita, febril, que me daba la impresión de estar ingresando en una zona prohibida.

Alguien que no recuerdo trajo un balde con agua tibia y unas toallitas desechables. Michelle me dijo sonriéndose:

—Quítate los zapatos y las medias, por favor.

¿Qué diablos estaba pasando? ¿Estaba entre esquizofrénicos y alucinados fugados de alguna institución psiquiátrica? Era tal la sorpresa que me embargaba que me quedé pasmado, inmóvil. Entonces una de las mujeres humildes, que estaba de primera en la fila, me ayudó a quitarme los zapatos y luego las medias. Me recogió el pantalón, como haciendo un dobladillo hacia afuera, y acercó el balde. Sin pronunciar una sola palabra empezó a lavarme los pies con una dulzura que me desarmó. Luego se arrodilló el siguiente y continuó con esa labor que recordaba el momento ceremonial en el que el propio Jesús les había lavado los pies a sus discípulos como símbolo de sencillez y de servicio. ¡No lo podía creer! Enseguida pasó la tercera, una muchacha joven que se había mantenido callada durante la discusión, y luego un alto ejecutivo que llevaba un reloj lujoso en su muñeca izquierda. Y así uno detrás del otro, sin parar, arrodillados frente a mí, pasándome sus manos por mis tobillos, por la planta de los pies, por los dedos. Michelle y Charlie también hicieron la fila y me tocaron con una ternura infinita.

En una especie de trance, sentí que se trataba de una liturgia medicinal, que en realidad no solo me estaban bautizando y aceptándome como uno

más de ellos, sino que me estaban lavando todo el dolor que había sentido durante los dos últimos años.

Recordé a mi madre diciéndome en el teléfono: "¿Cuándo puedes venir a visitarme, mijo?". Evoqué las noches de dolor después del accidente, atravesado por el insomnio porque los analgésicos no me hacían efecto. Me llegó de repente la punzada en el costado cuando todo el costillar se había roto a la salida de la ducha, esa imposibilidad para respirar porque el pulmón choca contra las costillas fracturadas y se siente como si alguien nos estuviera apuñalando con sevicia.

Me vi dando alaridos de dolor cuando el médico en la clínica me dijo "muerda la sábana" y enseguida me inyectó la anestesia en el pie cuatro veces antes de cogerme los puntos. Por momentos sentí que me iba a desmayar. Mi memoria me trajo a la mente cada una de esas infinitas madrugadas en las que sentí que los dioses me habían abandonado a mi suerte y yo estaba vagando por el mundo solo, sin ayuda, viejo, completamente extraviado, sin tener ni idea hacia dónde dirigirme. No era un hijo porque había quedado huérfano de padre y madre, y no era un padre porque jamás me había casado ni había conformado una familia. Mis amigos estaban con sus respectivas parejas o compartiendo con sus colegas de trabajo. Yo era el único que vivía completamente solo. No tenía a nadie, estaba vacío, hueco. Yo era el único que me revolcaba en las noches atenazado por la enfermedad y sintiendo la proximidad de la muerte mientras afuera, en la pandemia, la humanidad se encontraba también asustada y contra las cuerdas.

Era Ulises atravesando el país de los lotófagos y tenía que amarrar a mi tripulación y recordarles quiénes éramos. Yo era un escritor, había dedicado mi vida entera a la literatura, a sus páginas, a sus personajes, a sus escenas maravillosas y aleccionadoras. Mi vida tenía sentido solo en función de que escribiera algo de valor. El resto era miseria. No importaba el envoltorio, este cuerpo aniquilado y doliente, sino las palabras, la fuerza del lenguaje, mi capacidad para encarnar personajes y situaciones reveladoras para el lector. Era un escritor, solo eso, no alguien que había venido a este mundo a pasarla bien ni a ser feliz. Tenía que ponerme de pie de nuevo. Estos desconocidos me estaban lavando los pies, precisamente, para que fuera capaz de volver a erguirme sobre ellos. El agua que corría por mis empeines y por mis tobillos me estaba limpiando también por

dentro, en el espíritu, y se llevaba consigo todos mis miedos, mis tribulaciones y mi melancolía.

Fue entonces que no aguanté más y me eché a llorar. Las lágrimas me caían a chorros por las mejillas. Y el último individuo que me estaba lavando los pies, un hombre de unos cuarenta años barbado y desaliñado, con una mirada dulce y al mismo tiempo retadora, fría, animal, que demostraba sus años de vida callejera, empezó a llorar conmigo y me dijo con la voz entrecortada por la emoción:

—Que la paz sea contigo, *brother*.

2

Durante la pandemia nos habíamos visto enfrentados a una élite dominante sumamente peligrosa, maquiavélica y criminal. Vale la pena recordar que la mayoría de nuestros criollos ilustres pertenecían a una clase muy particular y dañina: la hidalguía. Los hidalgos son personas que no trabajan y que se sienten orgullosos de no hacerlo. Cuando España descubre América empieza a llenar sus arcas con el oro y los productos provenientes del nuevo continente. Los ingleses o los holandeses empiezan la revolución industrial. España no tiene ninguna necesidad porque todas sus riquezas le llegan del nuevo territorio invadido. El hidalgo es el hacendado que vive de un capital heredado de generación en generación gracias a su escudo de armas.

Varios siglos después, ese concepto de la hidalguía se mantiene con fervor. Nuestra élite se siente muy orgullosa de no tener que llegar a las ocho en punto, que es el horario de los empleados rasos. Los que madrugan son los obreros y los campesinos, las aseadoras y los mensajeros. La oligarquía dominante trabaja poco, o no trabaja en absoluto, pasa los fines de semana en sus fincas o sus casas de campo, y se toma largas vacaciones en el extranjero, donde hace alarde de su supuesta buena educación. Son vagos educados en universidades de renombre a los que les encantan los restaurantes costosos, los vinos elegantes y los clubes donde puedan pasar la tarde en saunas, en baños turcos y en salas de masajes. No les gusta sacrificarse ni exigirse demasiado. Nunca corren riesgos. Llevan vidas

medianas y mediocres, sin grandes altibajos. Pero en el fondo, si uno los ausculta con detenimiento, descubre que son ignorantes, analfabetas funcionales que aparentan cultura para encajar bien en un sistema de relaciones sociales, nada más. No entienden de artes plásticas, ni de buen cine, ni de literatura, ni de filosofía, ni de nada. No van a las librerías, no leen, no tienen curiosidad intelectual. Solo aparentan que saben.

Otra de las características principales de esa hidalguía dominante es que son racistas convencidos: las personas afro o indígenas son para ellos sinónimos de servidumbre. Están cerca de ellos solo si la empleada del servicio doméstico o el mesero de turno son afro o de rasgos aindiados. Nunca se les ocurriría incorporarlos a sus círculos de amistades y mucho menos a sus afectos. Es un racismo que heredaron de manera inconsciente de sus abuelos y sus padres, que eran encomenderos que se hicieron hacendados con el fusil y el machete en la mano. Hablan sobre la democracia y los derechos humanos en el plano del discurso porque saben que es políticamente correcto, pero en sus vidas privadas se comportan como miembros radicales del Ku Klux Klan.

Esa es la razón por la cual nuestra clase dirigente se convirtió sin problema en una clase mafiosa. Sembrados de coca hay en casi todo el continente, pero los carteles más famosos se dieron primero en Colombia y luego en México. ¿Por qué? Porque los hidalgos encajaron perfectamente con esa manera de entender la riqueza rápida, sin tener que trabajar ni esforzarse demasiado. ¿Trabajar durante veinte o treinta años madrugando y entregado con ahínco a una profesión o a un oficio noble? Eso es para los de abajo, para los indios y los negros. La alianza con los capos fue rápida y segura. No hay que hacer empresa ni romperse el lomo de sol a sol: me asocio bien, los embarques llegan a su destino sin inconvenientes y yo cobro mi dinero sin llamar la atención. Los que ponen la carne de cañón son los cultivadores, los lugartenientes y los sicarios. La oligarquía dominante ofrece varias instituciones pertenecientes al Estado, una Fiscalía comprada, unos ministerios que facilitan los acuerdos turbios, unas fuerzas armadas amañadas y unos dirigentes de bolsillo. Negocio redondo. El hidalgo es el mejor socio del mafioso de turno. Ninguno de los dos tiene una ética del trabajo, de la dignidad del esfuerzo personal. De ese modo, en un lapso de dos o tres décadas, nos convertimos en una narcodemocracia prominente y exitosa.

El problema es que las nuevas generaciones no aguantaban más a estos personajillos en el poder tomando decisiones que afectaban los derechos humanos, la igualdad de género o el cambio climático. Los muchachos de todos los estratos sociales estaban hartos de los políticos corruptos y de las alianzas entre jefes de Estado y carteles de la droga que asesinaban impunemente a líderes y lideresas sociales, a defensores del medio ambiente y a militantes de izquierda. No más. Estaban al límite de sus fuerzas. Por eso salieron a la calle masivamente, se tomaron las plazas públicas, los puentes y los viejos monumentos durante días enteros, semanas y meses. La protesta social iba en aumento. Apenas relajaron las cuarentenas y las medidas de aislamiento, la gente se lanzó masivamente a la calle a marchar en contra de esos dirigentes que estaban en contubernio con los jefes de los carteles.

Salí en varias oportunidades a protestar con el sindicato de los maestros y con los colectivos estudiantiles. Me encontraba con ellos en el Parque Nacional y caminaba hasta la Plaza de Bolívar al lado de sus pancartas y coreando sus consignas. Era un movimiento muy vigoroso que logró la renuncia del ministro de Hacienda, un burócrata obediente que había presentado una reforma tributaria que afectaba brutalmente el bolsillo de la clase media y de los trabajadores. Si la pandemia había empobrecido justo a los estratos medio y bajo, ahora llegaban los impuestos y terminaban de rematarlos. No podía ser. Así que los jóvenes se mantuvieron en pie de lucha hasta que el ministro tuvo que presentar su carta de renuncia. Un triunfo sobresaliente que redobló los ánimos de los estudiantes.

Varios colectivos indígenas derrumbaron monumentos de conquistadores famosos en distintas plazas del país exigiendo una revisión de esa historia en la que nos habían enseñado a respetar y a admirar a los violentos, a los clasistas y racistas. Esos aires de cambio asustaron a los que coloquialmente se denomina “gente de bien” y muchos de ellos viajaron a Miami, su destino preferido, pensando en huir de un país en el cual, de repente, todos sus privilegios se vieron cuestionados. Incluso en una ciudad como Cali, donde había imperado el Cartel más poderoso del mundo (fueron los reales autores del desmantelamiento del Cartel de Medellín y de la muerte de Pablo Escobar), esa “gente decente” había sacado sus armas y había disparado contra la Minga Indígena, que no dejaba de pronunciarse por esos días tan agitados y difíciles. Una escena

que demostraba todo el racismo estructural de una sociedad enferma y de hábitos mafiosos.

Con el paso de los días los trabajadores empezaron a cansarse de las marchas y las protestas que les impedían reactivar sus negocios. La pandemia los había afectado hasta el punto de encontrarse en bancarrota y ahora llegaban los paros, los trancones interminables de tráfico y los cierres obligatorios de sus negocios que les impedían recuperarse. Por eso el movimiento estudiantil fue perdiendo apoyo poco a poco hasta que se encontraron solos en algunos puntos de la ciudad, enfrentados a la policía cada noche y buscando un levantamiento popular de gran envergadura que nunca llegó.

Los muchachos más pobres, que estaban sin estudio y sin posibilidades de trabajo, no tenían nada que perder y se sostuvieron en las calles dando la batalla. Sin embargo, era no solo riesgoso, sino contraproducente. Los organismos de inteligencia militar del Estado, la policía y los informantes camuflados se dedicaron a la cacería de los jóvenes, que estaban en las calles no solo para protestar y pronunciarse, sino para defender a los ciudadanos de los desmadres y las violaciones a los derechos humanos por parte de los agentes del Esmad, la policía antidisturbios. Las autoridades de turno asesinaron a varios abiertamente, torturaron, violaron, intimidaron, cometieron actos de racismo y de violencia de género, desaparecieron a muchos y capturaron a los restantes para meterlos a la cárcel, donde terminarían de arruinarles la vida para siempre.

Y aunque yo me encontraba herido, cojo y medio manco, había decidido aparecer en la red diciendo que la verdadera batalla no era en las calles, sino en las urnas. No servía de nada ser muy fuertes en los andenes y débiles en las próximas elecciones, que se llevarían a cabo en menos de un año. Mi lema era que la inteligencia era más peligrosa que la fuerza. Se trataba de organizarse y de ser muy disciplinados al momento de votar. Por eso los llamé a replegarse y a rediseñar la estrategia. Algunos de ellos eran lectores míos y yo esperaba que el mensaje calara y sirviera para hacerlos recapacitar. Pero varios colectivos estaban muy radicalizados e incluso uno de ellos me tachó de ser un representante del heteropatriarcado burgués (vaya uno a saber qué querían decir con eso). La verdad era que tenía miedo de que carniceros bien entrenados y bajo el mando de esa oligarquía mafiosa capturaran a los muchachos, los torturaran y los eliminaran con el

pretexto de que eran terroristas muy peligrosos al servicio de organizaciones criminales. Y eso fue exactamente lo que sucedió.

Algunos estafetas del poder que se creían intelectuales salieron incluso en los medios de comunicación a decir que se estaba planeando una "guerra molecular", es decir, una revolución basada en micropoderes civiles que funcionaban como células terroristas. Esta lectura era muy peligrosa porque permitía considerar al ciudadano común y corriente como una amenaza. Ya no se trataba de unas fuerzas militares enfrentadas a unos guerrilleros sublevados, sino de un Ejército y una Policía que deben atacar a la sociedad civil porque ella es su verdadero enemigo. No podía ser más perverso ese esquema dictatorial y paranoico que nos ponía a todos una diana en la frente para que nos dispararan con absoluta impunidad.

Tal era el contexto cuando decidí aceptar la invitación a participar en el grupo de reflexión bíblica. Me parecía importante rescatar, ahora más que nunca, el discurso sobre la alteridad y el amor al prójimo, una idea que había expresado de manera brillante nuestro antiguo alcalde de la ciudad y luego senador de la República, Antanas Mockus: *el otro es sagrado*. El país se encontraba al borde de una guerra civil y era el momento justo de invitarlos a todos, que se llamaban cristianos en su gran mayoría, a que se tomaran en serio sus propias creencias y pensaran bien antes de salir a matar a aquellos que no pensaban ni eran como ellos. La religión me parecía el instrumento más preciso para llamar a unas jornadas de reflexión y apaciguamiento. Era preciso bajarle la temperatura a la emocionalidad y calmar los ánimos, que estaban más encendidos que nunca.

De allí mi sorpresa ante esa posición tan beligerante del grupo. No podía ser que en una congregación religiosa la gente hablara como si estuviera a punto de irse a la guerra. Yo quería discutir sobre la desobediencia civil y la no violencia, técnicas de oposición en las cuales jamás se debe agredir al otro. Había leído con admiración a David Thoreau, y las biografías de Gandhi y del reverendo Martin Luther King me habían inspirado en más de una ocasión. No hiero a nadie, jamás compraré un arma ni empujaré ni golpearé a otro ciudadano, pero eso no significa que acate normas que me parecen injustas ni que sea un individuo manso o dócil. Todo lo contrario: me declaro en desobediencia civil.

Y resulta que, en lugar de encontrar un espacio amable para expresarme libremente y participar, estos neocristianos me habían

sorprendido primero con sus palabras insurgentes y guerreristas, y luego con su actitud noble y humilde en la escena del lavatorio de los pies, que me había llegado al alma en un momento en el que me encontraba deprimido y completamente extraviado.

No sabía qué pensar acerca de Michelle y de ese tono en el que la había escuchado dirigirse al grupo. Esa noche llegué al apartamento con Charlie y le pedí que por favor no habláramos al respecto. Necesitaba estar solo y meditar con calma.

Al día siguiente nos encontramos Michelle y yo de nuevo en su apartamento. Charlie fue a reunirse con uno de los colectivos en San Cristóbal Sur. Ella estaba preciosa, recién salida del baño, con el pelo aún húmedo y oliendo a lavanda, con unos *jeans* ajustados y un buzo deportivo que le daba un aire juvenil. Igual que la vez pasada, nos sentamos en la sala con la puerta de la terraza abierta hacia las montañas. Antes de que yo empezara cualquier cuestionamiento, ella me dijo con la voz suave y melodiosa:

—Debo decirte que lamento mucho que te hayas llevado una imagen equivocada de nuestra posición en el grupo.

—Creo que escuché bien —dije yo empezando mi crítica—y no sé si…

—Espera, espera. Déjame primero darte una explicación y después prometo escucharte sin interrumpirte.

Asentí y me quedé callado. Michelle llenó de aire sus pulmones y continuó en el mismo tono de voz tranquilo y reposado:

—Nosotros no somos un grupo violento, que es lo que más te preocupa, lo sé. Te conozco porque te he leído y te he escuchado. No somos eso, quiero que lo tengas claro. No tenemos armas ni planeamos ataques en contra de nadie. Lo que sucede es que varios de los hijos de las mujeres que viste en la reunión fueron atacados por el Esmad, violados y masacrados por los uniformados. Y cuando te digo hijos me refiero a hijas mujeres también. Quiero que entiendas bien: me refiero a chiquitas de dieciocho o diecinueve años a las que desnudaron, manosearon y violaron de manera salvaje. Como si esto no fuera ya escandaloso, después empezaron una campaña de acoso permanente para impedir las correspondientes demandas. Llamadas a altas horas de la noche, amenazas e intimidaciones en los lugares de trabajo o en la calle. Varias de esas madres cabeza de familia que viste en el salón han sido subidas a

furgonetas y les han dicho que si llegan a demandar sus hijos o sus hijas serán eliminados de inmediato. Les han jurado que nunca llegarán a juicio porque primero los matarán. Es importante que entiendas bien los antecedentes. Llevamos meses bajo presión, asediados y agredidos tanto de día como de noche. Nosotros no somos los agresores. Estamos intentando defendernos. Eso es lo primero.

Sabía que Michelle estaba diciendo la verdad porque yo había leído los informes y las investigaciones de las ONG correspondientes. De hecho, varias de esas investigaciones estaban ya cursando sus trámites en organizaciones internacionales de derechos humanos. La policía se había lanzado furibunda en contra de los estudiantes, como perros de presa, y su conducta distaba mucho de ser civilizada y encomiable. Para rematar, a manera de provocación cínica, después muchos de los políticos habían salido a defender a los uniformados y a proponer condecoraciones y medallas. Toda la estructura del Estado funcionaba como un cartel bien engrasado que defendía a muerte a sus sicarios en caso de ser denunciados.

Michelle sirvió un par de jugos de fruta, regresó a la sala y siguió diciéndome de manera amistosa:

—No te imaginas lo que han sido estos meses para nosotros. No hemos podido descansar ni dormir en paz. Si caminas por la calle estás todo el tiempo mirando de reojo y revisando si alguien te está siguiendo. Uno de los hombres que habló anoche, el que me increpó por tu presencia, es un curtido sindicalista que salió a marchar junto a su hijo, que estudia Psicología en la Pedagógica. Ese es uno de los jóvenes a los que el Esmad les disparó en la cara. A este joven le arrancaron de cuajo el globo ocular. Quedó tuerto de por vida. Tiene apenas veinte años, imagínate. No estamos en una democracia ni en una sociedad civilizada. Esto es la ley de la selva. Quiero que entiendas que si los nazis están entrando a París en plena guerra, tú no puedes salir a detenerlos con un manual de buena conducta en la mano.

—Pero tampoco te puedes convertir en un asesino como ellos —dije convencido de que el fin jamás justifica los medios.

—Quiero que te imagines bien la situación. Estás parapetado en una casa conmigo, con otras personas inocentes y con varios niños, y a pocos metros de distancia aparecen unos cuantos soldados nazis bien armados.

Nosotros somos judíos. Sabemos que van a torturar y a eliminar a todos cuando nos descubran. Pero a nuestro lado tenemos varias armas para defendernos. Podemos lograrlo. ¿Qué hacemos? ¿Dejamos que nos masacren o nos defendemos? ¿Les entregamos a los niños para que los lleven a sus campos de exterminio y los cremen? ¿Nos ponemos de rodillas temblando de terror e invocamos las cláusulas internacionales que supuestamente nos protegen? ¿Intentamos razonar hablándoles de los derechos humanos mientras cogen a los niños, los detienen y los suben a sus tanquetas muertos de la risa? ¿Crees que es noble esa actitud?

—No lo sé —dije sintiendo la presión de las palabras de Michelle.

—Es más —insistió ella—, imaginemos que somos los niños y que estamos seguros de que los adultos nos defenderán. ¿Qué sentiríamos cuando esos cobardes nos entreguen para que los nazis nos metan en sus hornos para hacer jabón con nosotros? ¿Crees que admiraríamos esa manera de actuar? ¿No nos parecería, más bien, un gesto miserable y ruin?

No sabía qué responder. Estaba en una encrucijada. Michelle bajó el tono de la voz y me dijo:

—Ese ha sido nuestro conflicto todo este tiempo. Somos gente de paz, créeme, ninguno de nosotros es violento ni agresivo. La gran mayoría son amas de casa y hombres trabajadores que quieren vivir su fe a profundidad. Pero tenemos los teléfonos intervenidos, nos siguen permanentemente y ya atacaron a varios de los hijos de ellos. Todo indica que después se lanzarán sobre nosotros. ¿Qué debemos hacer? ¿Dejar que nos masacren?

—¿Qué es la hora cero? —dije mirándola a los ojos fijamente.

—Vamos a volver a salir a la calle a protestar y estamos sincronizando a todos los colectivos. La gente no aguanta más. No hay trabajo, el dinero no alcanza para nada y hemos tenido que hacer colectas porque muchas familias están pasando hambre.

—¿No es un plan de ataque?

—Hemos pensado mantenernos en las calles durante semanas hasta que la Presidencia nos escuche.

—Sabes que eso no va a pasar.

—Vale la pena intentarlo.

—¿Y si se lanzan sobre ustedes para detenerlos?

—Entonces nos defenderemos.

En algún momento ella se puso de pie con cierta cautela y se agazapó

detrás de unas cortinas que tapaban ligeramente una ventanita pequeña que daba a la calle. Luego me hizo una señal para que me acercara. Pensé que estaba completamente loca. Me dijo en voz baja:

—Ven, agáchate.

—¿Qué estás haciendo?

—Dale, confía en mí, ven.

La seguí sin estar seguro muy bien de lo que estaba haciendo. Ella levantó ligeramente la cabeza sobre el marco de la ventana y me dijo:

—Mira hacia la esquina. ¿Ves ese carro que está parqueado en la esquina?

—¿El amarillo?

—Ese. Son de la policía. Me vigilan las veinticuatro horas del día.

—¿Y cuando sales también?

—Incluso cuando hago mercado.

—¿Ayer te siguieron a la reunión?

—Tuve que hacer mil maromas para perderlos. Hacen relevos cada doce horas.

—No puede ser —dije observando el carro donde dos tipos con lentes oscuros conversaban ahí metidos sin hacer nada.

Michelle se retiró de la ventana, levantó los vasos ya vacíos y se dirigió de nuevo hacia la cocina. Yo no sabía qué pensar. Me parecía que todo el grupo se encontraba ya en una posición muy riesgosa. Lo más seguro es que les sucediera exactamente lo mismo que a los colectivos estudiantiles. Los desmantelarían a las malas: a cuchillo, a bala, desapareciéndolos a altas horas de la noche. Michelle me sacó de mis cavilaciones:

—Pero yo hoy quería hablarte también de otra cosa.

—Dime.

—¿Tienes tiempo? ¿Puedes quedarte a almorzar?

—Tengo que irme a las tres.

—Alcanzamos de sobra. Ya tengo una salsa lista para una pasta. Necesito contarte algo que sé que te va a interesar.

Asentí, me acerqué unos pasos a la puerta que daba a la terraza para tomar algo de aire fresco, y me dispuse con atención a escuchar su relato.

3

Mientras degustábamos unos tallarines a la carbonara, Michelle empezó a decirme que después de la primera sesión de hipnosis ella había quedado no solo intrigada, sino asustada. Le daba miedo esa sensación de no ser ella, de haberse convertido de la noche a la mañana en una entidad flotante que iba y venía por distintas épocas y lugares. Perder la identidad la había descolocado y no sabía ahora cómo interpretarse a sí misma, cómo verse o definirse. ¿Quién era realmente?

Decidieron de común acuerdo continuar con el doctor Esquivel la terapia de hipnosis. Michelle necesitaba explorar aún más quién había sido en ese pasado remoto. Descubrió entonces que su primera aparición en el planeta había sido en la prehistoria, junto a una tribu de *Homo sapiens* que se había aventurado hacia el norte de África en busca de un clima mejor. Eran unos ciento cincuenta, aproximadamente. Acamparon durante meses en la costa mediterránea de lo que hoy en día es Marruecos, y finalmente construyeron unos planchones de troncos de madera y se aventuraron a cruzar las aguas hasta la otra costa que alcanzaban a divisar en los días despejados. De ese modo lograron pisar territorio europeo y disfrutar de un clima benigno tanto para los adultos como para los más ancianos y los niños.

Por aquel entonces Michelle se llamaba Aksha y había heredado de su madre y de su abuela los poderes sobre lo invisible. Portaba las plantas sagradas en un cuero de camello y durante las ceremonias preparaba los brebajes que le permitían ingresar al mundo de los espíritus. En ese reino misterioso podía vislumbrar lo que le iba a suceder a la tribu en cada uno de sus movimientos. Era la brújula que les iba indicando qué debían hacer a cada paso. Ella misma fue la que les ordenó construir los planchones para viajar a través de las aguas hasta ese territorio ignoto donde sabía que serían más prósperos y felices.

No obstante, antes debían enfrentar una prueba que sería definitiva: otra tribu de hombres enormes, gigantes de más de dos metros de altura, aparecieron a los pocos días para defender esas tierras que ellos consideraban como propias. La diferencia de tamaño auguraba lo peor. Pero Aksha no se inmutó. Llamó a los encargados de los tambores y los puso en primera fila. Encendieron las fogatas a la luz de la luna y preparó

medicina para muchos de los danzantes que también eran guerreros experimentados. Ella se encargó de entrar en trance, viajó por el mundo inmaterial hasta la tribu enemiga y los debilitó espiritualmente: les inoculó la duda, la ansiedad, el miedo.

A la madrugada los guerreros se enfrentaron y la tribu enemiga, siendo más alta y mejor alimentada, no pudo aguantar la fiereza y el salvajismo de esos hombres que venían del corazón de las junglas africanas. La misma Aksha había pasado después por el campo de batallas rematando a los heridos con un cuchillo de sílex que ella había fabricado cortando y puliendo lascas en la ribera de un río. Degollaba a los suplicantes, les abría el pecho y les sacaba el corazón para mostrárselo a su tribu a manera de trofeo. Eso aumentaba su poder y por eso los suyos confiaban en ella sin poner jamás en duda sus órdenes ni sus consejos.

En esa vida primitiva había muerto de vieja, disfrutando de ver a su tribu próspera y sana. Después de esa batalla memorable habían quedado apenas noventa integrantes que se habían instalado en un valle fértil donde la caza y la pesca también eran abundantes. Al morir Aksha, la tribu se había convertido ya en un pequeño poblado de seiscientas personas. Por eso en sus funerales la habían despedido con honores y su nombre se convirtió en una leyenda que recordaron varias de las generaciones venideras.

La siguiente encarnación se llevó a cabo en la Grecia del siglo VI antes de Cristo. En ese entonces, Michelle era una joven hermosa de apenas dieciséis años. Era virgen y ningún varón podía tocarla porque Apolo la había elegido como una de sus sacerdotisas. Una noche en el bosque ella había caído en éxtasis y, con otra voz que no era la suya, anunció una catástrofe que se cumplió al pie de la letra: un terremoto había destruido muchos de los pueblos que estaban cercanos a la costa. El rumor de que Apolo se había comunicado por medio de una doncella recorrió rápidamente los territorios aledaños y un buen día aparecieron en su casa los sacerdotes del oráculo de Epidauro para constatar dicha versión. Certificaron que era una pitonisa en comunicación con Asclepio, el hijo de Apolo, y se la llevaron como parte integrante de la corte sagrada del oráculo.

El oráculo de Epidauro se volvió famoso rápidamente debido a las

sanaciones que allí empezaron a efectuarse. Asclepio hablaba por medio de la voz de la doncella y los sacerdotes actuaban en consecuencia, sanando a los cientos de enfermos que solían visitarlos. Desde la noche anterior se encendían las lámparas de aceite, se escuchaban los cánticos y se preparaba a los enfermos para la *incubatio,* como se conocía al trance sanador. La doncella hervía las plantas sagradas cuyos aromas benéficos debían inhalar los enfermos y ordenaba las abluciones en honor a Asclepio, el dios sanador. Ciegos, atormentados que llevaban meses sin dormir, purulentos, leprosos e infectos de todos los calibres que venían de las ciudades y los reinos vecinos eran curados sin falta durante el sueño reparador de los gases mágicos. De vez en cuando los enfermos requerían de alguna intervención quirúrgica que llevaban a cabo los sacerdotes experimentados.

En ese lugar la joven doncella cuyo nombre nunca se pronunció estuvo activa como pitonisa durante diez años, hasta que una noche sin luna los sacerdotes la llevaron hasta un bosque de pinos cercano y le ordenaron que caminara en línea recta sin volver la vista atrás. La expulsaron para siempre de los predios sagrados y ella se vio obligada a vagar por los puertos cercanos hasta que un mercader egipcio la reclutó como prostituta a su servicio. Murió a los treinta años de edad de un cúmulo de infecciones que había contraído con los marineros. Jamás dio a luz.

Recuerdo que cuando Michelle terminó de narrarme esa segunda vida el rictus de su boca se endureció de un modo particular, como si acabara de padecer algún temblor nervioso. Hizo una pausa y continuó diciéndome que la segunda reencarnación había sido como María de Magdala, la discípula inseparable del Gran Maestro. En algún momento me dijo con una sonrisa:

—¿Sabías que después de la muerte de Jesús me instalé en lo que hoy es Turquía y dirigí una de las congregaciones más importantes de Asia Menor?

—¿Por qué no se sabe nada de María Magdalena?

—Por el machismo imperante de la época. Solo importaba lo que hacían los hombres.

—¿La madre de Cristo no se fugó también hacia Turquía?

—Estuvimos en contacto durante muchos años, hasta que ella falleció. Apoyó nuestro grupo en más de una ocasión.

—¿Y no te persiguieron?

—Como a todos. Pero no lograron llegar a mí. Muchos de mis discípulos y discípulas se encargaron de llevar el mensaje del Maestro por Macedonia, Persia e incluso dos predicaron en la India.

—¿Moriste de vieja?

—Una pulmonía en un invierno. Tenía sesenta y siete años de edad.

—¿Siempre has tenido vidas ligadas a lo sagrado?

—Ese es mi karma: anunciar la llegada de *Kairós*, el tiempo de lo sagrado, el tiempo que está más allá del tiempo, cuando el mundo se detiene y un acontecimiento lo parte en dos.

—¿Qué vino después?

—Fui una monja experta en plantas medicinales a finales del siglo XV y comienzos del XVI en el norte de Alemania.

—Herencia de tu paso por el oráculo de Asclepio.

—Fui una sanadora con mucho prestigio. Las plantas han sido siempre nuestras aliadas en busca tanto de la salud física como emocional. Vivía encerrada en un monasterio, a pocos kilómetros de la costa. Tenía mi propia huerta dividida en dos: de un lado las verduras para la alimentación de la comunidad y del otro el jardín mágico para fabricar los remedios. Preparaba aceites, ungüentos, pomadas y jarabes que ayudaban a la gente.

—Siempre has estado ligada a la medicina.

—El mensaje del Maestro se había corrompido. El mal se había apoderado del Vaticano: orgías, bacanales, corrupción a diestra y siniestra. Era necesario un cambio completo, había que revisar las bases de toda la espiritualidad. Nos habíamos perdido por la ambición y la lujuria de unos sacerdotes sin ningún tipo de disciplina moral.

—La Reforma —recordé de pronto haciendo alusión a la llegada de Martín Lutero y sus famosas noventa y cinco tesis que dieron origen a todo el mundo protestante.

—Yo pertenecía justo a la orden de Katharina, quien luego sería la esposa de Lutero. Nos convertimos al protestantismo para intentar recuperar el mensaje original. No más abusos de poder, ni saturnales ni desenfreno. Hicimos un llamado a la austeridad, a la disciplina y a la solidaridad.

—¿Y eras una especie de médico?

—Fui muy cercana a Lutero porque él sufría de vértigo, de dolores

agudos en los oídos y la dentadura que lo obligaban a postrarse en la cama durante días. Su médico lo trataba con la medicina tradicional de la época, pero lo que en realidad lo apaciguaba eran mis remedios. Por eso siempre me mandaba llamar y yo tuve que estar a su lado hasta el día de su muerte.

—Como con Jesús…

—Lutero sufría de los nervios, era melancólico y depresivo, obsesivo y neurótico hasta el punto de que su cuerpo colapsaba y él tenía que tenderse en la cama sin poder ni siquiera abrir las cortinas de su habitación. La relación con Katharina lo ayudó mucho, le dio cariño y sostén, que tanto necesitaba, pero su carácter fue siempre su peor enemigo.

—Recuerdo que él creía que se trataba del mismo demonio que lo perseguía y no le daba tregua.

—Yo lo cuidé lo mejor que pude, le preparaba infusiones de plantas que lo calmaban y lo adormecían. Eso le daba paz por unas cuantas horas, pero luego su temperamento explosivo y riguroso volvía a aparecer y no había manera de controlarlo.

—Según lo que me estás diciendo, el verdadero cristianismo, entonces, estaría ahora en manos del mundo protestante.

—No es tan fácil. Recuerda la Teología de la Liberación, que es de origen católico. Pero no quiero polemizar ahora contigo. Quería explicarte que seguí con la terapia de hipnosis y que gracias a ella me enteré de todo esto que te estoy contando.

—¿Y en esa vida te moriste junto a la esposa de Lutero en el convento?

—No, después de su muerte me escapé a Francia e intenté vivir en ese país como enfermera, pero los médicos oficiales de la corte me consideraron una amenaza y me denunciaron por hechicería.

—¿Qué?

—La Inquisición me capturó en 1550 y me abrió un proceso por brujería. Yo sabía que lo que en realidad estaba pagando era el hecho de haber estado tan cerca de Lutero. En los interrogatorios me preguntaban una y otra vez por él, por sus escritos, por sus contactos, por sus colaboradores más cercanos. Nunca dije nada.

—No puede ser.

—En 1551 me dieron la posibilidad de arrepentirme en un auto sacramental, abjurar de mis creencias y regresar a la fe católica. Me negué rotundamente. Se burlaron de mí, me maldijeron y me escupieron, y me

condenaron a la hoguera en un fallo público. Me quemaron viva en noviembre de ese mismo año. Katharina intentó rescatarme muchas veces, pero la Inquisición no lo permitió: prohibió mi entierro, me desmembró y lanzó las distintas partes de mi cuerpo al mar.

—Es un relato escalofriante.

Michelle cerró los ojos momentáneamente, tomó aire, se recuperó de esos recuerdos tan dolorosos y remató diciéndome:

—Mi siguiente encarnación es esta, Adán, y he venido a anunciar de nuevo el tiempo sagrado, *Kairós*, y a intentar una vez más que el mundo recapacite y se componga.

—Pero esta vez no estás protegiendo a ningún maestro.

—De eso hablaremos después. Lo que quiero que entiendas es que no hago parte de las huestes guerreristas, ni soy una agresora o megalómana que va a meter a otros en problemas irresponsablemente. No te hagas una falsa imagen de mí ni del resto del grupo.

En ese punto hicimos un alto en la conversación, nos preparamos un café y yo aproveché para echar un vistazo hacia afuera, a la calle. Ahí continuaba el auto parqueado con los dos fulanos comiendo lo que parecían ser dos sándwiches repletos de salsas, pues a cada rato se limpiaban la boca con servilletas que luego depositaban en una bolsita. Me imaginé que seguramente yo también estaba ya en su lista negra de sospechosos.

Michelle me sacó de nuevo de mis cavilaciones, volvimos a sentarnos en la sala y me dijo:

—Esta vida actual ha sido muy complicada porque he estado perdida hasta hace poco. No tuve el camino tan claro como lo tengo ahora.

—Todos vamos a tientas en medio de la oscuridad —dije pensando en mí mismo.

—Quiero aclararte algo: aunque sé que doy la impresión de una mujer que proviene de una familia acomodada, no es así. Mis padres se quebraron cuando yo tenía apenas quince años y me enviaron a vivir donde mi tía materna, que era costurera. Fuimos muy unidas. Luego mis padres murieron y yo quedé huérfana. Cuando tenía apenas veintidós años, ella también murió y me quedé completamente sola en la vida. No tenía un solo centavo. Estaba en séptimo semestre de la carrera de Bellas Artes, que hasta ese momento me había pagado mi tía con un gran esfuerzo, pidiendo

plata prestada acá y consiguiendo un trabajo extra allá.

—Yo no te estoy juzgando. No tienes que explicarme nada —dije sintiéndome incómodo una vez más.

—Quiero que sepas que no soy una princesita fresa jugando a la mujer interesante debido a lo que sucedió en esa primera hipnosis.

—Yo no he dicho nada.

—Pero prefiero que lo sepas porque estamos aclarando posiciones hoy. Quiero que te hagas una imagen real de mí y del grupo.

—Es tu vida privada —afirmé mirando hacia otra parte en un intento por cambiar de tema.

—Quiero que sepas que en ese entonces me quedé en la calle, sin tener ni siquiera dónde vivir porque la casa de Engativá en la que vivía con mi tía era en arriendo. Una compañera me propuso entonces trabajar con ella en un sitio clandestino del centro de la ciudad.

—No quiero saber —dije levantando la mano derecha para detenerla.

—No es lo que te imaginas. Era un apartamento secreto al que llamábamos *Hammam*, que es como se llaman los baños turcos en árabe. En ese lugar trabajábamos tres chicas en turnos distintos, según la ocasión: un ama de casa que se había quedado viuda, mi amiga y yo. Éramos masajistas y amigas de los clientes, nada más. No prestábamos servicios sexuales. Solo les quitábamos el estrés, los consentíamos, les dábamos un abrazo en momentos de dificultad, cuando ellos estaban pasando por malas rachas o por enfermedades prolongadas.

No lo pude evitar y abrí los ojos con enorme curiosidad. Michelle siguió hablando de ese pasado oculto del que me imaginé que solo había hablado con el doctor Esquivel:

—El dueño del apartamento era uno de los sobrevivientes del incendio del Edificio Avianca. ¿Recuerdas ese suceso?

—Yo estaba con mis compañeros del colegio ese día en Monserrate y vimos la humareda y los helicópteros sobrevolando la zona.

—Él fue uno de los que subió a la azotea para ser rescatado. Vio cómo moría la gente a su lado, gritaban pidiendo ayuda e incluso uno de sus compañeros saltó al vacío para no morir chamuscado. Quedó afectado de por vida. La depresión lo fue convirtiendo en un enfermo encerrado en su casa que no se relacionaba con nadie. Entonces se le ocurrió que quizás un poco de contacto humano, de calor, de dulzura, podrían salvarlo. Luego

fueron llegando otros conocidos suyos. Era un círculo muy cerrado. Se llamaban a ellos mismos Los Caballeros de la Triste Figura.

Asentí sin decir una palabra. Ella continuó enseguida:

—A veces se trataba solo de un masaje en los pies o de un abrazo. Muchas veces incluso bastaba con recostarse un rato en el hombro de alguien con quien sentías un poco de empatía.

—Es comprensible.

—Al *Hammam* acudían solo hombres deprimidos que luchaban como podían para no morirse.

—Qué historia más bella —dije sintiéndome muy conmovido con el relato de Michelle.

—Nuestro trabajo consistía en abrazarlos, en mimarlos, en quedarnos en vestido de baño muy pegadas a ellos en medio del vapor. Eran encuentros muy dulces, llenos de ternura y de comprensión. ¿Y sabes qué? Yo me sentía como ellos, rota, quebrada, y por eso podía fluir a su lado con la naturalidad que no lograba con los muchachos que me pretendían.

—Es una historia increíble —dije sonriendo con camaradería—. Algún día la contaré en un libro.

—Los mejores momentos de mi vida los pasé al lado de esos amigos con los que compartíamos la dureza de la vida. Ellos pagaron mi carrera y mi especialización en el extranjero, pero no porque fuera una desvergonzada aprovechándome de su dinero o su estatus, sino porque de verdad éramos amigos que nos queríamos a nuestra manera. Nos hablábamos por teléfono, compartíamos libros y muchas veces nos citábamos solo para ver una película o tomarnos una botella de vino mientras contemplábamos la ciudad por la ventana.

—*El Hammam Secreto* sería un gran título para un cuento.

—Después de ellos jamás volví a tocarme con nadie. Todos murieron ya, incluido el dueño del apartamento, y yo los extraño cada día más. Eran mi verdadera familia.

—Seguías trabajando en el área de la salud —dije recordando las vidas pasadas que Michelle me acababa de narrar.

—Exactamente. Poco a poco comprendí que la salud física y mental de ellos dependía más de mí que de las juntas psiquiátricas o médicas en las cuales decidían sus antidepresivos o sus operaciones. La intensidad de nuestros afectos no estaba en duda. Poco a poco fuimos conformando una

especie de secta secreta que nos apoyábamos y nos queríamos más allá de lo que la gente del común se puede llegar a imaginar.

—Lo siento, Michelle —dije mirando el reloj—pero tengo que irme. Tengo una cita médica a la que no puedo faltar.

—Bueno, espero que te hayas hecho una mejor idea de nosotros —dijo ella poniéndose de pie y moviendo su cabellera hacia un lado.

Yo llamé un taxi, me despedí y cuando salí del edificio no pude evitar mirar a los dos fulanos que continuaban vigilando el apartamento de Michelle metidos en una carcacha que daba lástima. Cuando me subí al taxi tuve la sensación de que estaban tomando unas fotografías creyendo que pasaban inadvertidos. Qué subdesarrollo, pensé, hasta para esto éramos precarios y poco imaginativos. En un mundo moderno y desarrollado tecnológicamente bastaba con tener un dron volando sobre esa cuadra, o instalar una cámara en un poste de la luz, y tomar un sinfín de imágenes a cualquier hora del día o de la noche. Y ya.

Lo preocupante, claro está, era que seguramente ya me tenían fichado.

Capítulo II
El difícil arte de resistir

1

En las horas de la noche, Houdini me comunicó que se iba a mudar a San Cristóbal Sur, donde estaba uno de los colectivos más fuertes. Venía solo por su maleta. La verdad es que sentí un alivio tremendo. Yo siempre lo he estimado mucho, pero la presencia suya permanente es algo densa, excesivamente protagónica. Hay personas que tienen la virtud de estar ausentes, de no pesar, como si estuvieran conformadas de aire o de humo. En una película de Wim Wenders, en una conversación en un bar, dos personajes conversan acerca de una mujer y uno de ellos le pregunta al otro por qué se quedó a su lado, por qué decidió crear un vínculo tan fuerte con ella. El tipo no tiene que pensarlo mucho tiempo y responde con una sensación de alivio:

—Porque a su lado me siento solo.

Esas personas son las mejores para convivir con ellas. Su falta de densidad se convierte en una compañía jubilosa. Con cierta crueldad, puedo afirmar sin temor a equivocarme que no era el caso de mi amigo. Por eso la noticia de su mudanza me pareció perfecta y lo estimulé a partir cuanto antes.

En algún momento, mientras empacaba las últimas cosas, me preguntó fingiendo despreocupación:

—¿Vas a volver al grupo?

—No lo sé todavía. Tengo que pensar.

—Te necesitamos, lo sabes.

—No estoy tan seguro.

—Se acercan tiempos muy confusos. Nos serías de gran ayuda.

—Lo pensaré con calma.

—Un llamado a la acción te vendría bien.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque aquí encerrado durante toda la pandemia te estás volviendo un neurótico crónico.

Tenía razón, por eso no me defendí. Me había dado cuenta de que las largas cuarentenas habían agudizado en mí una serie de conductas asociales repetitivas, obsesivas, al punto de que un día dudé si no tendría yo algún tipo de trastorno en el espectro autista. Por eso decidí consultar a un viejo amigo psiquiatra al que respetaba mucho. Esa había sido la razón por la cual, el día anterior, había tenido que irme de afán del apartamento de Michelle.

Estéfano le había dado la vuelta al mundo mientras se especializaba en psiquiatría en las mejores universidades, y un buen día decidió quedarse en una playita de Filipinas pescando. Se ganaba la vida atendiendo a pacientes extranjeros de grandes compañías, ejecutivos e incluso turistas que estaban de paso y de pronto sufrían alguna crisis de nervios o ansiedad. Trabajaba solo de dos a seis de la tarde, excepto si se presentaba alguna emergencia. El resto del tiempo era feliz con los pescadores del puerto recorriendo el litoral.

Cuatro años después decidió vivir en una comuna en Sri Lanka practicando yoga desde la mañana hasta la noche. Fue discípulo de un yogui que le propuso quedarse en la comuna como instructor, pero él, fiel a su vocación errante de esos años, se fue para México a vivir en Tijuana en el momento justo en que los carteles de la droga empezaban a posicionarse. Trabajó como psiquiatra tres años más y aprovechó para hacer una maestría en Filosofía.

Finalmente, regresó a Colombia, puso un consultorio en el que solo trabajaba en las mañanas, y en las tardes se dedicaba a pintar al óleo en un taller que había alquilado en la zona de Teusaquillo. Estéfano era un bicho muy raro y por eso yo estaba seguro de que debía ser un psiquiatra excepcional, por fuera de la norma.

Me dijo que nos viéramos no en el consultorio, sino en el taller. Yo

acepté encantado, siempre y cuando me cobrara la tarifa establecida. Le expliqué muy bien que no iba como amigo, sino como paciente.

Lo primero que me sorprendió cuando le conté todos mis avatares con los accidentes, los dolores y las largas terapias para recuperar mi movilidad, fue su risa. Estéfano es cuatro años mayor que yo, tiene lentes, la barba blanca bien recortada y escaso cabello en la coronilla. Da la impresión de un roedor muy hábil que está tramando algo para escaparse. Escucha como si el paciente no fuera alguien que le está pidiendo ayuda, sino como si él, Estéfano, estuviera en una prisión oyendo cuál es el plan de fuga con otro preso que es su cómplice. Y mientras yo iba hablando muy serio, convencido de que mi vida era una auténtica pesadilla, él se sonreía y anotaba en un papel en desorden, haciendo mamarrachos de arriba abajo y de izquierda a derecha. Cuando terminé, rematé diciéndole:

—No sé cómo salir de este duelo, Estéfano. Esa es la verdad. Estoy completamente perdido.

Él se recostó en un sillón sin dejar de sonreír y dijo como si fuera un niño travieso que está a punto de llevar a cabo alguna jugarreta:

—Lo primero, mi querido escritor, es que tienes una visión muy tormentosa del inconsciente. A veces nos hace la vida imposible, no lo vamos a negar, pero tampoco es un enemigo que nos está acechando para destruirnos.

—En mi caso no estoy tan seguro —dije manteniendo mi seriedad.

—No te quejes tanto —dijo él estallando en una carcajada—, porque ese mismo inconsciente es el que te ha ayudado a construir toda tu obra. Y si ese palurdo decidió castigarte por alguna razón, habría que preguntarle cuál es su sentido de la justicia, que nos explique dónde estudió leyes para poder juzgarte y condenarte, en lugar de premiarte por haber sido un buen hijo. No solo es un cabronazo, sino que además es bruto.

Y ahí no pude evitar reírme con él. Tenía toda la razón. Lo que Estéfano estaba haciendo era tomándome el pelo para que me diera cuenta de lo melodramático que estaba siendo. Por eso continuó diciendo entre risas:

—¿Te imaginas? Uno quebrándose el lomo estudiando, viendo buen arte y buen cine, para que ese analfabeto se presente de un momento a otro y nos arruine la vida jodiéndonos, enfermándonos y empujándonos en el baño. Qué vergüenza que la gente se enterara de que ese tipejo vive dentro

de uno.

—No lo había visto así —dije sin dejar de sonreír.

—Ese sería el peor castigo —afirmó Estéfano revisando sus notas de nuevo—. No te puedo negar que esa hipótesis para un escritor debe ser bastante tentadora, pero no, viejo, creo que es algo más sencillo. Y ojo, sencillo no quiere decir más fácil. Creo que has estado bajo mucha presión, mucho estrés y estás pasando por una fase inusual que está a medio camino entre el síndrome de *burnout* y el síndrome de abstinencia.

—Yo no soy adicto a nada —dije con convicción.

—Eso crees tú, picarón —dijo Estéfano entre risas y señalándome con su estilógrafo.

No pude evitar volver a reírme. Como Estéfano era mayor que yo y nos habíamos conocido de niños, se dirigía a mí como si estuviera hablando con su hermano menor. En realidad, se estaba divirtiendo de lo lindo: el escritor que estudia y pontifica sobre asuntos muy serios de la vida nacional, de pronto lloriqueando en mitad del bosque, asustado y mocoso: era una oportunidad única para machacarlo un rato y hacerle unas cuantas morisquetas.

—Cuidar es una adicción —dijo él quitándose los lentes para secarse las lágrimas que le habían sacado las largas carcajadas—. Y de las peores.

En ese momento mi cabeza hizo clic y lo comprendí todo. Claro, ¿cómo no lo había visto? Qué miopía. Durante años había estado muy pendiente de mi madre, hablando con la dueña del hogar, con las enfermeras, con las trabajadoras sociales, con su médico de cabecera, con los distintos especialistas que le ordenaban innumerables exámenes. Y había creado una serie de hábitos y de conductas que con el pasar de los años se me habían convertido no solo en rutinas, sino en adicciones. Era un yonqui de los cuidados y de las llamadas a Colsanitas.

—Veo por tu cara que acabas de intuirlo —dijo él feliz de haber dado en el blanco—. El síndrome del cuidador suele presentarse más entre familiares y parientes cercanos. Los trabajadores de la salud ya saben que deben tomarse vacaciones, descansar y alejarse del paciente por temporadas. De ese modo vigilan el estrés y lo mantienen a raya. Pero los familiares del enfermo se van quedando satelizados sin darse cuenta, y cuando este muere se quedan sin centro, sin piso, sin saber qué hacer. ¿Si ves por dónde es la cosa? Parecería que la nueva situación es liberadora,

pero no, porque a lo largo de los años se convirtió en una adicción, en una dosis de dolor y sufrimiento que nos chuteamos cada vez con mayor frecuencia.

Recordé una escena que tenía completamente borrada. A los pocos días de morir mi madre, yo había entrado en una farmacia donde solía comprarle a ella cada semana unos paquetes de pañales para adultos. Entré a comprar unos cepillos de dientes y el encargado me reconoció y me dijo:

—Señor Santana, hoy estamos en promoción: tres pacas de pañales y paga dos.

Y no fui capaz de decir la verdad, que mi vieja se había muerto y que yo me había quedado huérfano por completo. Me pareció una escena lamentable y de mal gusto: después tendría que aguantarme las miradas condescendientes, las frases falsas de pésame y las muecas de tragedia que recordaban máscaras teatrales.

Así que sonreí y dije:

—Buenísimo, me llevo la promoción del día.

Y salí de la droguería con los paquetes de pañales al hombro. ¿Qué diablos era eso? ¿Qué me estaba pasando? Ella se había muerto y ya no necesitaba de mis cuidados. Era el momento del descanso, no solo para ella, sino para mí también. ¿Qué era lo difícil de entender? Y, sin embargo, no lo vi venir y había terminado chapoteando en ese pantano siniestro en el que llevaba dos años caminando en círculos.

Volví a escuchar la voz de Estéfano, que me decía:

—A veces el estrés del cuidador no se presenta durante la vida del paciente, sino justo cuando muere. Cuando hemos estado sometidos a mucha presión, no la dejamos salir en el momento, sino luego, cuando estamos en el descanso, cuando se supone que ya pasó lo peor. Así es la vida, viejito, enredada y tramposa.

Lo que me sorprendía de Estéfano era el humor, la manera como se estaba riendo de mis problemas. Qué desparpajo, qué sabiduría.

Él siguió como si nada:

—Así que, mi querido escritor, lamento desilusionarte, pero no eres un monstruo. Eres un vulgar indigente que está extrañando su papeleta de bazuco —y volvió a carcajearse a sus anchas.

Me pregunté si ese marciano fumaba marihuana con regularidad. Tenía la risa característica que brinda el cannabis, esa capacidad lúdica y

sanadora que surge de repente cuando uno logra reírse de sí mismo y de los demás.

Cerró la conversación haciéndome una recomendación:

—En estos casos lo mejor es buscarse otra adicción más positiva: el deporte, por ejemplo, el amor, los viajes, los museos. Una droga reemplaza a la otra. Un terapeuta tradicional te pondría a revisar la relación con tu mamá, a perdonar lo que de pronto ni te acuerdas que te dijeron o te hicieron, e incluso puede llegar a decirte que estás pasando por un episodio de depresión leve. Y puede que la terapia resulte, no te lo voy a negar, pero es una mamera. Aquí entre nos, yo en tu caso, si tienes plata, me largaría a la playa, me metería en un resort, comería delicioso, nadaría todos los días, me enamoraría de nuevo y escribiría un libro cojonudo.

Tanto *swing* me tenía boquiabierto. Me felicité por ir a buscarlo y así se lo dije. Él regresó a su caballete donde estaba pintando una especie de paisaje extraterrestre, y me dijo a manera de despedida:

—Los antiguos lo tenían claro, mi amigo: vive intensamente que pronto morirás.

Esa conversación había sido más que reveladora para mí. No solo porque me permitía verme con otro enfoque, sino porque me pareció que la mejor manera de combatir esa adicción podía ser olvidándome de mí mismo, dejándome de creer el centro del mundo. Era preciso recordar que el sufrimiento no es patrimonio exclusivo de nadie. Personalizarlo era un grave error. No es que uno sufra mucho, es que en general se sufre, a todos nos corresponde un trozo de ese desagradable pastel.

Decidí concentrarme en ese futuro libro que iba a escribir, aunque todavía no supiera de qué iba a tratar ni cómo lo iba a escribir. Solo tenía claro que debía referirse a una extraña sensación que me estaba dejando la pandemia: lo real se había quebrado en mil pedazos y ya no teníamos un piso sólido dónde pararnos. Habíamos perdido el centro. Éramos unos náufragos que navegábamos sin rumbo fijo, sin brújula ni sextante, sin mapas ni radares. Y la única forma de narrar el extravío era volver a hundirme en el corazón de la ciudad para desentrañar sus zonas más recónditas y desconocidas.

El fin de semana siguiente asistí a la reunión en la casa del barrio Egipto. Michelle esbozó una sonrisa apenas me vio cruzar el umbral. Me recibieron muy bien, con camaradería, como si fuera ya del grupo. Y así

sucedió en los encuentros posteriores: confiaban en mí, me encomendaban acompañar a alguien a conversar con colectivos de madres cabezas de familia que estaban pasando por momentos muy difíciles debido a la pandemia, o visitábamos a habitantes de la calle en algunos albergues del centro de la ciudad, o empacábamos mercados y los enviábamos a zonas rurales que habían sido las más afectadas en el país. El centro de todo el trabajo estaba en entender el mensaje de alteridad del cristianismo profundo: el amor por el otro, el servicio al otro. No detecté en ningún momento visos de fanatismo ni discursos que invitaran a alguna insurrección. Eso me tranquilizó. Nadie estaba llamando a ninguna revolución ni el tono volvió a ser beligerante. Sin embargo, una noche esa aparente paz fue interrumpida por un acontecimiento que me mostró la complejidad del juego en el tablero.

Hacia las ocho de la noche acompañé a Michelle hasta su apartamento. Quería estar seguro de que llegara segura a su casa. Después pensaba bajar a pie hasta la Carrera Séptima para caminar un rato y finalmente tomar un taxi. En la puerta del edificio ella me dijo cordialmente:

—¿Cómo te has sentido en el grupo?

—Me gusta mucho el concepto de la solidaridad que tienen.

—¿Y estás tomando nota de todo?

—Más o menos. Tengo que escribir algo al respecto, pero aún no sé cómo hacerlo.

—La gente te quiere mucho. Confían en ti. Eso ya es demasiado.

—Espero no defraudar jamás esa confianza.

Michelle me dio un beso en la mejilla y abrió la puerta. Yo caminé unos cuantos pasos y noté que el carro de los detectives había desaparecido. No lo había vuelto a ver desde hacía semanas. Bajé un par de calles y, cuando estaba a punto de llegar a la Carrera Quinta, de repente sentí el frenazo a mi lado y un conductor con cara de malas pulgas me dijo con cierta sorna:

—Señor Santana, no se vaya a tirar su carrera por andar con zarrapastrosos que no valen la pena.

—¿Quién diablos es usted? —dije con sequedad.

—Un amigo, alguien que lo respeta mucho. Créame, usted es un tipo inteligente, alguien valioso. Esa gentuza con la que se está metiendo no está a su nivel.

—¿Me están siguiendo?

—Lo estamos protegiendo, porque cuando se ponga fea la cosa vamos a tener que sacarlo de la ratonera.

—No estamos haciendo nada malo ayudando a la gente en medio de la pandemia.

—Eso cree usted. Lo están utilizando, lo engañan. Son pirañas, bichos dañinos, ponzoñosos.

—¿Y si tienen algo contra ellos por qué no los detienen?

—Estamos esperando, señor Santana, muy pronto sabrán de nosotros. Pero no queremos que usted esté en la mitad. Por eso le estamos enviando este mensaje. Queremos sacarlo a tiempo. Le estamos haciendo un favor. Entienda. Escuche.

Me quedé quieto. Me di cuenta de que el copiloto, al que no alcanzaba a verle la cara, tenía una pistola en la mano y jugaba con ella. El conductor, con el brazo apoyado en la ventana del carro, volvió a decirme:

—Después no diga que las autoridades no se lo advirtieron, que su país no hace nada por usted. No sea tan ingenuo: ábrase de ese parche, regrese a su vida tranquila. Y no se le olvide que sus verdaderos amigos somos nosotros.

El tipo metió primera en la barra de cambios y, antes de que el carro arrancara, me dijo con una falsa sonrisa que en realidad terminó convertida en una mueca grotesca:

—Cuídese, señor Santana, ojo, en la jugada.

Y el auto se perdió por la Carrera Quinta hacia el sur. Tomé aire y seguí bajando hasta llegar a la Séptima, donde cogí el primer taxi que pasó.

Cuando llegué al apartamento, le marqué a Houdini y le pregunté a bocajarro:

—Dime si el grupo tiene una vida secreta que yo desconozco.

—¿De qué estás hablando? ¿Estás trabado?

—Respóndeme con claridad: ¿ustedes hacen algo en la clandestinidad que yo no sepa? ¿Hay un grupo secreto que está planeando algo ilegal?

—Relájate, viejo. Estás muy agresivo.

—Estoy relajado. Respóndeme.

—Todos hacemos lo mismo. Si estás cansado, solo dilo y retírate. No tienes que armar esta película.

—Me detuvieron en la calle y un par de gorilas me dieron una

advertencia.

—Ah, es eso… Primero toma aire y cógela suave. A todos nos han interceptado y nos han amenazado. En el grupo hay sindicalistas, madres de muchachos heridos y desaparecidos, y militantes duros del Partido Comunista. Nadie te ha ocultado nada.

—¿Pero no hay actividades ilegales?

—¿Qué diablos crees que somos? ¿Un cartel de mafiosos?

—¿No hay planes de atacar a nadie? Eso quiero saber.

—Te lo dijimos desde el comienzo. No somos los agresores, pero tenemos derecho a defendernos.

—¿Qué significa eso?

—Lo que oyes. Si nos atacan, sabremos defendernos esta vez. Ahora excúsame, pero estoy muy ocupado empacando algunas ayudas para enviar a La Guajira.

Y me colgó sin darme más explicaciones. No sabía qué pensar. Mi confusión era aún peor que al comienzo. Esa noche soñé que una voz me decía desde el fondo de un agujero abierto en una pared de ladrillo:

—Los pájaros no ladran.

2

El 23 de diciembre de 2021 me enteré de la muerte del guionista y director de cine Jaime Osorio. Fue un golpe que me dejó sin aliento porque veníamos conversando y cruzando opiniones para trabajar juntos en un proyecto cinematográfico. Jaime tenía un pulso muy entrenado para lo que se ha denominado el horror de la conciencia, esto es, el horror psíquico que se gesta al interior de nosotros mismos. Hay unas fuerzas misteriosas que provienen del afuera, de entidades que parecen flotar en dimensiones paralelas a la nuestra. Pero hay energías dañinas y destructivas que se originan en nuestra mente y que nos acosan hasta muchas veces conducirnos a la muerte. El alma ha estado enferma desde siempre y sanarla ha sido muchas veces uno de los más nobles objetivos de la literatura y el arte. Jaime conocía muy bien esos meandros, esos laberintos oscuros, y por eso me hacía mucha ilusión que pudiéramos realizar una

película juntos.

Alguna tarde estuve en su apartamento, un amplio y viejo inmueble que él compartía con un perro y dos gatos que conformaban su tribu más cercana. Era muy bello ver a los animales sentarse a su lado como si estuvieran custodiándolo o como si presintieran una amenaza a su alrededor.

Él venía luchando en contra de un cáncer que le había hecho la vida imposible. Por eso en la mañana de ese 23 de diciembre acudió a la ley de la eutanasia y decidió partir según sus propias reglas.

La muerte de Jaime me recordó una conversación que habíamos tenido alguna vez, al puro principio de la pandemia. Hablamos acerca de una atmósfera lúgubre que parecía estar tomándose el mundo. Yo le dije que el virus esparcido por todo el planeta me parecía una línea de entropía que iría desajustando otros órdenes: el económico, el emocional, el político. Él estuvo de acuerdo y pronunció unas pocas palabras que no he podido olvidar al día de hoy:

—Sin destrucción no hay un nuevo orden. Sin muerte no hay renacimiento. Si no hay un final no podremos tener un nuevo comienzo.

Qué cierto. Tendemos a mirar el caos como si fuera algo negativo, como si estuviera mal, cuando podemos entenderlo como el paso necesario para que surja un nuevo mundo. Quizás el secreto está en abrazar el desorden con entusiasmo y alegría. Tal vez Jaime había acudido a la eutanasia pensando justamente en terminar de una vez por todas con su sufrimiento y poder transitar a otro estado renacido y jubiloso.

Y estaba pensando justo en eso cuando en una de las reuniones con el grupo, Michelle, en un tono de voz serio y aplomado, dijo:

—Sin crucifixión no hay resurrección. Cuando están latigando y torturando al Maestro, creemos que es un castigo, algo terrible, lo peor que le ha podido suceder. Y no, aún falta que le pongan la corona de espinas, aún tenemos que ver cómo le corre la sangre por su rostro y que le hundan la lanza en su abdomen. Y si no sucedieran así las cosas, si él no tuviera que padecer cada uno de esos pasos dolorosos y terribles, no podría después renacer para liberarnos a todos nosotros. Si no hay noche no puede haber alborada.

Las palabras de Michelle se mezclaban en mi cabeza con las de Jaime y con las mías acerca de la pandemia, de la confusión que estábamos

viviendo, de la total incertidumbre, y entonces, en lugar de luchar contra la corriente y de querer que todo funcionara bien, de manera impecable, me dije que la clave era abrazar el desconcierto y hundirse de cabeza en la vorágine que se avecinaba. Iba a dejar esa pose de escritor pulcro y cuidadoso, que calcula cada paso que da como si temiera hundirse en el abismo. Cuando quizás de lo que se trataba era, justamente, de dejarse caer en el vacío y de disfrutar el viaje por el precipicio.

Esa fue la razón por la cual no pregunté ni dije nada sobre las advertencias de los dos matones que me habían interceptado a la salida del edificio de Michelle. No interrogué al grupo ni hice la escenita que se esperaba de mí. Me conformé con lo que me había dicho Houdini. No pensaba seguir luchando para imponer la razón y la mesura. Ya no quería hacer la defensa de la ecuanimidad y la sensatez. ¡A la mierda ese sujeto que había sido yo hasta entonces! Abrazaría lo que viniera sin remilgos ni quejas de ninguna clase. Recordé que uno de los salmos decía que un abismo llamaba a otro (*Abyssus abyssum invocat*), haciendo alusión quizás a esa cascada que genera la línea de entropía. Un mal llama a otro mal, como si el desorden general no llegara de sopetón, sino dosificado, en una cadena que se va presentando poco a poco. Y el salmo nos advierte para que, a la primera manifestación del mal, huyamos de él y logremos salvarnos de su influencia nefasta y perniciosa. Pero si Jaime tenía la razón, la clave estaba en ver el abismo cara a cara, en enfrentarlo, y en lanzarse al despeñadero en busca de ese renacimiento tan esperado. No se trataba de impedir la crucifixión de Jesús, sino de comprender que esos trozos de madera donde lo habían clavado a puntillazos eran la salvación del mundo. De pronto la pandemia que asolaba el planeta no era tan mala: era el comienzo de la abolición de un sistema capitalista injusto, inhumano y monstruoso.

Mi nueva actitud se notó a nivel del grupo. Una noche, en uno de los descansos que nos tomamos, una de las organizadoras de los colectivos de Soacha me dijo muy seria:

—Nos gustaría mucho que nos visitaras en nuestro barrio. La gente está muy atemorizada y les vendría bien escucharte.

Estábamos en el patio de la casa del barrio Egipto donde solíamos reunirnos una vez por semana. Me sorprendió que la gente me considerara ahora un motor del grupo. Al comienzo no solo habían dudado de mí, sino

que muchos de ellos, como me confesarían más tarde, estaban seguros de que no volvería. Y ahora me consideraban una fuente de energía renovable. Interesante.

Acepté gustoso y pocos días después me reuní con un colectivo de mujeres en un salón comunal donde habían dispuesto unas veinte sillas y un tablero al frente. Hablé sobre la desobediencia civil y la importancia de negarse a acatar las normas de un Estado cruel, injusto y corrupto. Les conté la historia de Gandhi y de cómo se había logrado sacar de la India al Imperio Británico, quizás el más poderoso del mundo. Un puñado de harapientos sin armas, sin conformar guerrillas ni comprar armas, había logrado vencer a todo un ejército bien armado y entrenado. No había que ser violento para enfrentarse a la injusticia, bastaba con dar un paso al costado, explicar las razones por las cuales uno consideraba las leyes injustas e inapropiadas, y negarse a cumplirlas. Si toda una nación se declaraba en desobediencia civil, los gobernantes no tendrían otra opción que rendirse. ¿Por qué? Porque no hay nadie a quien gobernar: nadie paga impuestos, nadie mete la plata en los bancos, nadie obedece. Les expliqué que la base del pacto político entre la clase dirigente y nosotros estaba en nuestro sometimiento a las reglas que ellos mismos establecían. ¿Pero y si no nos sometíamos? ¿Si de pronto nos convertíamos en una masa de insurrectos desobedientes? Si los dueños de los negocios, las amas de casa, los estudiantes, los cocineros, los jubilados, todos decían no al unísono, ¿qué podían hacer ellos?

Luego les dije que lo mismo sucedía con la Policía, institución que se había portado de manera asesina y despiadada durante las protestas recientes. A los uniformados les habían hecho creer que estaban al servicio de las clases dominantes y que en consecuencia estaban allí para defender esos intereses. No, la Policía se paga con el dinero de los contribuyentes. ¿Qué significa eso? Que nosotros somos sus jefes, los que alimentamos a sus familias, pagamos sus colegios y sus vacaciones. La Policía está en las calles para protegernos a nosotros. Son servidores públicos, no matones callejeros. Y les hemos dado armas y bolillos para que nos defiendan de asesinos y ladrones, no para que se vayan en contra nuestra. Es al revés. El gran jefe es el ciudadano.

Ellas me escucharon con atención y de vez en cuando asentían y tomaban notas en libretas y cuadernos de colegio que se veían bastante

trajinados. Era muy conmovedor verlas asintiendo y escribiendo con esferos baratos comprados seguramente en la calle o a los vendedores ambulantes que pululaban en los buses del transporte público.

Cuando terminé, una chica joven se me acercó y me saludó con cierto entusiasmo:

—Don Adán, me alegra saludarlo.

—Sin el don, por favor. Muchas gracias.

—¿No se acuerda de mí?

Yo le tengo terror a esa pregunta porque casi nunca me acuerdo de nadie y la gente se ofende al ver mi rostro de total desconcierto. Por eso dije con cierta culpa que no sabía cómo ocultar:

—Lo siento, casi nunca memorizo los rasgos de la gente. Debo padecer algún síndrome raro.

Ella se sonrió comprensivamente y me dijo:

—Soy la prima de Yesid, la del restaurante que le pasó los datos.

Una secuencia de imágenes me cruzó el cerebro en pocos segundos y le dije llevándome una mano a la cabeza:

—Claro, ¡qué bruto! Lo siento mucho. Tampoco recuerdo tu nombre.

—Nunca se lo dije. Me llamo Isabel y hay otras personas que también quieren saludarlo.

En ese momento se acercaron dos señoras sonrientes y las reconocí enseguida: eran las madres de Yesid y de Virgilio. Nos estrechamos las manos sonriendo y nos saludamos efusivamente. Doña Amanda, la madre de Yesid, me dijo con gratitud:

—Nos alegra confirmar que está de nuestro lado. No solo han asesinado a los estudiantes, también a los muchachos sanos que están del otro bando.

No supe qué decir. Estaba sorprendido de verlas en una posición tan combativa, resistiendo al horror de ese Estado que se creía todopoderoso, el dueño y señor de las vidas de todos nosotros, a quienes consideraba sus esclavos. Las dos señoras fueron llamadas por otras mujeres del grupo para cuadrar un trabajo comunitario e Isabel aprovechó para decirme:

—Me gustaría mostrarle algo cuando pueda.

—¿Algún nuevo dato sobre tu primo? —pregunté con curiosidad.

—Usted ya sabe que a nosotros los pobres nadie nos pone atención. Nuestra muerte no le interesa a nadie. Las autoridades se mueven solo si se

muere alguien adinerado o de cierta posición social. Nosotros no somos nadie.

—Yo hice todo lo que pude, pero llegué a un callejón sin salida y no supe cómo avanzar —dije con cierta culpa, como excusándome.

—Si tiene tiempo, nos podríamos ver en el centro y le muestro algo que puede interesarle.

—Me dejas intrigado —afirmé mirándola a los ojos fijamente.

—No me mire así que no es nada malo —dijo ella poniéndose roja.

—Te pusiste roja…

—Me hizo dar vergüenza. No piense mal de mí.

—Yo no he dicho nada —dije sonriéndome y divirtiéndome con la situación.

—Le quiero mostrar algo, eso es todo.

—Dime cuándo y dónde…

—¿Mañana puede?

—No me gusta madrugar. ¿Qué tal mediodía?

—Perfecto. Veámonos en la cafetería de mi mamá. Ella ya confía en usted.

—Listo, te caigo a las doce en punto. Pero mañana es domingo. ¿No está cerrado?

—No importa. Lo espero.

Isabel me dio la mano y se retiró hacia el grupo de las otras mujeres donde estaba su madre y la señora Amanda. Me quedé bastante intrigado con esa cita que no sabía adónde me iba a conducir. Por un momento se me ocurrió si esa jovencita no sería una infiltrada, alguien que habían logrado introducir dentro de la organización cristiana para que pasara información. Quizás la cita era una trampa y me estaba conduciendo al cadalso. Pero luego la vi entre la gente sonriendo y ofreciéndose para cuidar un jardín infantil el siguiente fin de semana, y me dije que uno de los tantos problemas de los escritores de novela negra era, precisamente, la paranoia. De tanto vivir en el lado oscuro de la vida uno empieza a desconfiar de todo el mundo, incluido uno mismo, porque la relación que establecemos con nuestro inconsciente no es de amistad, sino de absoluto recelo. Peor imposible.

Al día siguiente, me levanté temprano y me fui para el centro de la ciudad mucho antes de la hora de la cita. Quería sentir de nuevo la fuerza

de esas calles en las que había pasado buena parte de mi juventud. La atmósfera seguía siendo la misma: la desmesura, la adrenalina, las sirenas de la policía, las miradas agresivas y duras de los habitantes de la calle, que están viviendo en una dimensión distinta, en el corazón de los infiernos. Los vendedores callejeros de cucharas, de utensilios de cocina y de baratijas empezando a desempacar su mercancía que está destinada a los obreros y los trabajadores más humildes. Los ladrones, que siempre son delgados (animales de carrera rápida, veloces como pocos), con sus miradas de pájaro oteando el horizonte a ver dónde hay un animalito fácil, un Bambi caminando asustado y con cara de no saber cómo escapar de las bestias de presa. Los vendedores de té y aguas aromáticas, con sus termos y sus carritos llenos de plantas cuyo aroma campestre se mezcla con el esmog de los carros y los buses que contaminan el aire de manera criminal. Las prostitutas saliendo de las residencias baratas con el maquillaje corrido y la ropa arrugada, con sus rostros de fatiga infinita y sus ojos de muñecas liofilizadas acostumbradas al horror del placer ajeno. El vendedor de ungüentos, aceites y pomadas ofreciendo sus productos con la certeza de que curan todo tipo de males tanto del cuerpo como del espíritu: *acérquense, no tengan miedo, pregunten, si tienen problemas de cicatrices sin cerrar, insomnio o artritis, las plantas son la solución, no los médicos, que nos matan poco a poco con sus drogas venenosas*. Y en el centro de la plaza, de pronto, unos chicos raperos llegan con sus maletines, sus pantalones anchos, sus cabezas rapadas, sus tenis de colores fosforescentes, sus bafles de sonido, sus micrófonos y empiezan a practicar con una canción de La Etnia*: real caminando en la noche en la ciudad, real parchado en la marginalidad, real en la esquina divisando la verdad, es real, es real*… Envidio su potencia, su contundencia, esa fuerza que les viene de sus barrios duros donde nadie se pone de rodillas, donde se aguanta con la boca callada, donde la resistencia es ley de vida. El *power* de la *pípol,* me digo mientras los escucho y los veo moverse rítmicamente, mi gente, mi ejército, la tropa que me ha acompañado con el corazón mientras escribo la obra. Mi ciudad, me digo en voz alta con una nostalgia que me atraviesa por dentro. El purgatorio en la Tierra, el territorio de la melancolía y el olvido, la ruta peligrosa, sin pavimentar, difícil, donde no hay piedad ni conmiseración y donde la víctima se muere siempre ensangrentada y dando alaridos de terror. La zona sagrada donde Dios

juega a las escondidas con nosotros.

Isabel y yo nos encontramos según lo acordado. Llegué muy puntual a la cafetería del sótano de San Victorino. La madre de ella no estaba. Otros negocios estaban abiertos y atendían normalmente, pero el de ellas dos tenía una reja de protección asegurada al piso con un candado. Estaba esperándome en una mesa cercana y, apenas me vio, se acercó a saludarme. Luego abrió la reja, entramos, volvió a bajar la reja para que nadie nos interrumpiera, y me hizo entrar a una especie de cocina interna donde me dijo sonriendo:

—Pensé que de pronto no iba a venir.

—¿Por qué?

—Le sentí la desconfianza.

—Lo siento, la pandemia me volvió loco. Antes era una mejor persona.

—Venga, sígame.

Entonces, en un gesto que no entendí al principio, Isabel agarró una manija que estaba en el piso, hizo fuerza hacia arriba y levantó una especie de tapa metálica. No podía creer lo que estaba viendo: era una puerta secreta que conducía a un sótano. No sé por qué no sentí miedo. Lo más normal hubiera sido asustarme y salir de allí corriendo. Seguramente sí se trataba de una trampa y la jovencita con cara de monjita bonachona era en realidad una hija de puta camuflada. Pero no, me quedé muy tranquilo cuando ella empezó a descender unos escalones metálicos hacia ese mundo subterráneo que nos estaba esperando allá abajo. Cuando llegó a una especie de túnel agarró una linterna que estaba colgada en una pared y volvió a repetirme:

—Cierre la tapa y baje, apúrese.

La seguí con enorme entusiasmo. Me dije que cualquier situación que nos condujera a lo inesperado era bienvenida. Para eso leíamos y escribíamos: para ir más allá de las fronteras conocidas en todos los ámbitos. Apoltronarse en la comodidad era la peor opción. Y la pandemia me tenía harto con sus vacunas, sus informes diarios de muertos y contagiados, y las predicciones médicas que poco a poco íbamos aprendiendo que no servían para nada. No más esa vida de enfermedades y de cifras mortuorias. Necesitaba que algo en la realidad se moviera, salir del estancamiento y lanzarme hacia lo desconocido. Por eso bajé la escalerilla sin dudarlo.

Apenas puse los dos pies en piso firme ella encendió la linterna y empezó a caminar por el túnel. El aire era escaso y se sentía la humedad en el ambiente. Nos desplazamos en la penumbra por varios minutos hasta que por fin llegamos a una especie de puerta metálica en la que Isabel dio tres golpes. A los pocos segundos se abrió una rendija y una voz masculina preguntó:

—¿Quién vive?

—*Cuando más débil me siento es cuando más fuerte soy* —dijo Isabel recitando de memoria.

—¿Qué diablos es eso? —pregunté yo a media voz.

—El apóstol Pablo. Corintios.

Los goznes de la puerta rechinaron y se abrió una especie de paso a un túnel más grande. El gigante de por lo menos dos metros que servía de guardián le preguntó a Isabel apenas me vio:

—¿Está autorizado?

—El comité mismo me dijo que lo trajera.

—No me vayas a meter en problemas, reina.

—Relájate.

Entramos a ese segundo conducto y seguimos caminando con la linterna encendida. Un minuto más tarde cruzamos una especie de riachuelo de aguas limpias e Isabel dijo señalando el torrente:

—Los antiguos nacederos subterráneos bajan de las montañas y cruzan la ciudad de oriente a occidente.

—Increíble —dije yo cada vez más sorprendido.

Finalmente llegamos a una abertura en el muro donde estaba otro guardián que le dijo a Isabel:

—¿Este es el escritor?

—El mismo —respondió ella muy seria.

El tipo me auscultó de arriba abajo y dijo con cierto desdén:

—¿No está con ellos?

—Nones —respondió Isabel poniéndose un poco furiosa.

El cancerbero no se quitó del medio y se dirigió a mí mirándome fijamente:

—Espero que no nos vaya a delatar.

—Lo mismo te digo —dije sosteniéndole la mirada al orangután.

El tipo se hizo a un lado, bajamos unos escalones de tierra pisada hasta

un socavón gigantesco, de unos diez metros de ancho por tres de alto, y entonces me quedé con la boca abierta, pasmado, sin saber cómo interpretar lo que estaba viendo.

—¿Qué es esto? —dije abriendo bien los ojos, como si estuviera soñando.

—La Resistencia. Llevamos años organizándonos. No ha sido fácil.

—No puede ser.

—No sabíamos si traerte o no.

—Es increíble.

—Sabemos que no nos traicionarás.

A lo largo del túnel caminaba la gente conversando como si nada, como si estuvieran yendo al dentista o a la oficina. Había gente joven, ancianos y trabajadores comunes y corrientes. Unas luces de emergencia, de las que no usan baterías, estaban ubicadas a todo lo largo del techo de la galería y le daban al lugar una tonalidad verdusca. Cada veinte metros había como una especie de armarios empotrados en el muro donde había muchas cosas que no pude identificar en un primer momento. Supe que ese socavón era gigantesco porque no se veía con facilidad un punto final. A unos cuantos metros de los escalones donde estábamos parados detecté vendedores ambulantes con sus tenderetes en el piso, vendedores de bebidas frías y de comida empacada, de chucherías, de ollas y sartenes, de cubiertos, de vasijas y recipientes de vidrio y de plástico. Unos pocos habían colgado ropa de las paredes en ganchos metálicos y mostraban a los transeúntes camisas y chaquetas impermeables gruesas para el frío. Nadie tenía nada encendido, ni estufas a gas o de carbón, por obvias razones: estábamos en algo que parecía el socavón de una mina abandonada y el aire era denso, pesado, como si uno estuviera respirando debajo de varias cobijas de lana. Un incendio, además, sería devastador. Pero lo más sorprendente era la vitalidad de esa caverna interminable, el cuchicheo de las voces, el transitar de las personas, las risas, las conversaciones que mantenían mientras se desplazaban con absoluto desparpajo. Era de no creer. Me sentí en un set de grabación de alguna película apocalíptica.

Isabel me sacó de mis pensamientos:

—Ven, te están esperando.

Y nos metimos entre la gente que iba y venía con una vitalidad que era contagiosa y que me generó desde el primer momento una admiración

irrestricta.

3

Isabel me condujo por entre el gentío durante unos cinco minutos hasta una especie de nave aparte donde había una reunión de varias personas de pie y otras sentadas en sillas plegables. Hablaban las unas con las otras despreocupadamente. Calculé unas cien en un primer vistazo. Michelle salió a mi encuentro con una sonrisa de lado a lado, y me dijo con los ojos iluminados por un brillo que no le había percibido en ninguno de nuestros encuentros anteriores:

—Ven, te voy a presentar. Muchos de los que están aquí te han leído con devoción.

Yo parecía una especie de niño que no sabía cómo comportarse en su primer día de colegio. Michelle me llevó hasta el frente y dijo con alegría a voz en cuello:

—Aquí está ya nuestro escritor.

La gente hizo silencio de repente y puso atención. Michelle continuó:

—Como ya les habíamos comunicado, Adán viene trabajando con nosotros desde hace varios meses. Para nosotros ha sido un verdadero privilegio tenerlo de compañero. Sé que muchos de ustedes lo han leído y han visto los videos que circulan de él por la red. Me gustaría que los representantes de cada colectividad se presenten y le digan a Adán quiénes son y desde cuándo están vinculados a Cruz y Resistencia. El compañero Pedro hará primero una breve introducción.

Un joven de unos veinticinco años, barbado, con gafas gruesas de carey y una cola de caballo, se acercó y dijo mirándome con deferencia y buena onda:

—Gracias por estar aquí, Adán. Nosotros venimos organizándonos desde el 2012. Ya vamos a cumplir diez años. Nos dimos cuenta de que el país ha sido tomado por mafiosos y por una clase alta insensible a la que no le importa en absoluto el dolor ni la miseria del pueblo. Las iglesias, además, sirven de escudo para que todas esas prácticas de exclusión y segregación se lleven a cabo sin causarle a nadie ningún problema. La

gente estafa, explota, insulta a sus trabajadores y luego va a misa sin sentir ningún conflicto. Hasta los capos son creyentes y hacen donaciones a las iglesias y los templos. Están todos atravesados por la codicia y las bajas pasiones. Eso no tiene nada que ver con el cristianismo verdadero. Es vergonzoso y demuestra el desmoronamiento de esta sociedad inmunda y apestosa.

El joven hizo una pausa breve y todos dijeron en coro:

—Amén.

Él continuó con las fuerzas redobladas:

—Por fortuna, aún subsisten creyentes de verdad, personas que no quieren aplastar al otro o demostrarle su superioridad, sino colaborarle, servirle. Entonces muchos de nosotros que veníamos de leer las Escrituras con devoción, nos preguntamos: ¿y ahora qué hacemos? Si no podemos entrar a las iglesias ni a los cultos, si no nos sentimos a gusto entre todos esos hipócritas, entre los sepulcros blanqueados, ¿cómo ponemos en práctica nuestra fe sin sentirnos sucios ni cómplices de un establecimiento cuya podredumbre salta a la vista? Así nació Cruz y Resistencia en una pequeña casa de la cultura de un barrio marginal al sur de la ciudad. El grupo base fueron apenas quince personas guiadas por el padre Tomás, un hombre que ya conocerá usted y al que no quisieron aceptar en ninguna orden religiosa por su profundo sentido de la justicia social: un día vendió todos los ornamentos de una iglesia, y el dinero que recolectó lo donó entre sus feligreses. Daba la eucaristía en un cáliz de madera, como se hizo durante siglos al comienzo de nuestra fe.

Pedro se calló por unos cuantos segundos y todos volvieron a decir en grupo:

—Amén.

El joven suspiró y remató sonriendo:

—Desde entonces no hemos parado de crecer y cada vez somos más y más. Como no era posible reunirnos en un solo lugar y no teníamos un lote o una finca cerca de la ciudad para empezar a edificar, alguien descubrió estos conductos subterráneos olvidados desde la época de la colonia y propuso que fueran nuestra guarida principal. Al fin y al cabo, los cristianos primitivos también vivieron y oraron en las catacumbas, escondidos de las estructuras de poder que los buscaban para quemarlos o para llevarlos al circo y sacrificarlos salvajemente. Somos sesenta y seis

colectivos distintos y autónomos, pero hoy nos hemos reunido catorce aquí para darte la bienvenida. De esos catorce, los siete principales se presentarán a continuación para explicarte más o menos quiénes son y cómo operan. Esperamos que te sientas a gusto entre nosotros. Muchos te hemos leído y soñamos siempre con que te nos unieras en algún momento. Bienvenido.

Yo estaba muy impresionado no solo por el tono con el cual Pedro me hablaba, sino por la organización en general. Era increíble esa historia de cómo se habían venido encontrando los unos con los otros hasta conformar ese cuerpo social tan poderoso y bien estructurado. Alcancé a pensar un poco caóticamente en quién me iba a creer cuando yo escribiera la historia, en quién aceptaría el relato sin cuestionar su verosimilitud o sin dudar de mi cordura. ¿No estaría alucinando? ¿No me habían tostado el cerebro los medicamentos, los calmantes y los antiinflamatorios que me habían recetado a lo largo de los meses? ¿Se habría activado en mí algún gen relacionado con la esquizofrenia o con otra enfermedad mental? Durante la recuperación de los accidentes, en las largas noches de insomnio y soledad, muchas veces había dudado de mi lucidez. Sabía que mi cerebro no estaba funcionando muy bien. Me daba cuenta en mis estados de ánimo volubles, en las subidas y bajadas, en los largos períodos de depresión en los cuales llegué a pensar incluso en tomarme una sobredosis de algún veneno potente y mandar la existencia entera a la mierda. ¿No me habían pasado factura todos esos instantes de angustia y desesperanza extremas, hasta el punto de empezar a alucinar ahora con ese universo subterráneo de resistencia civil? No lo sé, pero lo cuento tal y como lo viví.

De los siete colectivos que se presentaron ese día, recuerdo cuatro en especial que me impactaron notablemente. El primero de ellos estaba conformado por un grupo de chicas y chicos transgénero. Me contaron la forma como las autoridades los habían agredido, perseguido, torturado y asesinado desde el comienzo. Era como si el establecimiento los y las considerara una amenaza solo por el hecho de salir de la cuadrícula, como si transitar de un género a otro fuera un delito. Una de las chicas trans que me estaba relatando su historia me dijo que incluso el dejar de ser hombre para elegir el sexo femenino era considerado una traición, un error imperdonable, pues ¿a quién se le ocurriría renegar del sexo fuerte? Los machistas no solo la despreciaban, sino que buscaban atacarla cada vez que

podían. Sin embargo, algo muy curioso era que cuando las detenían con cualquier argumento que se inventaran en el momento de la requisa, las llevaban a las comisarías de Policía y allí esperaban una hora propicia, cuando no hubiera tanta gente, para abusar de ellas. Entonces era difícil de comprender la indignación por un lado, la ira y las distintas agresiones, y por el otro que a su vez las desearan y quisieran acostarse con ellas. ¿Las despreciaban, las mataban y al mismo tiempo anhelaban estar entre sus brazos? Lo cierto era que ellas y ellos no podían más con los crímenes y las desapariciones, y habían empezado a organizarse. No todos eran cristianos creyentes, pero les parecía apropiado invocar ese tipo de amor enorme, gigante, ese amor que hablaba de respeto y de un cariño profundo por el otro, para comenzar un movimiento de resistencia civil y protegerse del exterminio. No pensaban seguir quedándose quietos o mirando para otro lado mientras que a sus amigas y amigos los encarcelaban, los violaban y los desaparecían. No más, ese era su lema.

Para cerrar su intervención, habló una mujer trans de unos cuarenta años y dijo que no iban a permitir más atropellos por parte de la policía y de las autoridades en general. Estaba ya lista una denuncia que iban a presentar ante los organismos internacionales competentes y buscarían llevar a juicio a los uniformados implicados en los casos de abuso. La gente aplaudió.

Al comienzo, el rostro de esa mujer que estaba hablando me pareció familiar, pero no lograba ubicarla. Luego me dije que era una impresión falsa, que no la conocía de nada. Sin embargo, cuando se quitó los lentes y levantó el brazo en señal de protesta, de pronto recordé de dónde la conocía. Durante las marchas y las protestas, un día decidí quedarme en un hotel del centro de la ciudad porque conseguir transporte después para regresar a mi casa era imposible. Así que empaqué una muda de ropa en un morral y me hospedé en un hotel modesto cerca de la Calle 19. A la mañana siguiente me encontraría con un grupo de maestras del Distrito en el Parque Nacional y marcharía con ellas hasta la Plaza de Bolívar. En las horas de la noche bajé al bar del hotel a leer un rato y a tomarme una copa de vino. Entonces lo vi: era un hombre con pinta de ejecutivo, con saco y corbata, un poco pasado de peso, con lentes gruesos, que bebía en el bar de manera compulsiva, como si algo grave acabara de pasar. Y sin querer escuché que le decía al barman con la voz triste:

—Me estoy despidiendo de mí, de este cuerpo que me ha hecho tan desdichado. Muy pronto dejaré de ser yo. Y está bien que así sea. A veces la naturaleza comete errores y hay que enmendarlos.

El barman no entendía nada de lo que el tipo decía y a mí me dio la impresión de que se trataba de un suicida, que esa noche estaba cogiendo fuerza para cortarse las venas o tomarse algún veneno que lo mandara al otro lado de la realidad. Quizás se había enterado de que tenía algún tumor muy agresivo en el cerebro o que estaba invadido ya de un cáncer que había hecho metástasis. Y de un momento a otro el tipo se fue de medio lado y cayó al piso desparramado. Me levanté con rapidez y logré llegar hasta él al tiempo que el mesero intentaba también auxiliarlo. Lo pusimos sobre un sillón mullido y él no dejaba de decir:

—Dios no es masculino ni femenino. Dios transita.

Ahora entendía la situación de esa noche. Era la mujer que acababa de hablar. Había bajado de peso y ahora se veía fenomenal. Llevaba las mismas gafas gruesas, solo que con un diseño más femenino. Me dije que si le citaba la escena seguramente no recordaría nada de lo que había sucedido esa noche, así que me quedé callado y aplaudí con el resto del auditorio.

El segundo colectivo que me llamó la atención era de animalistas y de protectores del medio ambiente. Habían leído con sumo detalle la encíclica del papa Francisco, *Laudato Sí*, que habla del cuidado del planeta (la casa común, en palabras de él), y no querían ser contempladores pasivos de cómo el establecimiento aniquilaba bosques enteros, selvas, ríos, animales de todas las especies e incluso pequeñas comunidades afro e indígenas que vivían en esos territorios apartados y que no compartían la visión capitalista y consumista que reinaba en las ciudades. De la misma manera que san Francisco de Asís le había predicado a los lobos y a los pájaros, ellos estaban seguros de que el amor de Dios estaba relacionado también con el respeto a nuestros hermanos que compartían la vivienda (el planeta) con los seres humanos. ¿Por qué nosotros nos considerábamos superiores? ¿De dónde nos venía esa suficiencia y esa arrogancia que nos daba licencia para contaminar el medio ambiente y ensuciar el aire, los ríos y los océanos hasta convertir el globo terráqueo en un basurero? Las grandes compañías petroleras, las emisiones de gases contaminantes, la minería ilegal y tantas otras formas de supuesto progreso no eran más que crímenes

muy graves que demostraban toda nuestra ceguera y nuestra estupidez. En algún momento, incluso, una mujer llamada Rebeca, con aire combativo, remató diciendo:

—Por nuestros hermanos los osos, por nuestros hermanos los peces, por los pájaros, por los gatos que duermen en nuestros lechos, por los perros que comparten sus vidas con nosotros, por nuestros hermanos los árboles, que nos limpian el aire y nos dan su sombra, por las hormigas y las abejas, por los hongos y los corales, por las libélulas y los chimpancés, por los roedores y los grandes felinos, por los pinos y los sauces, por las serpientes y las comadrejas, por los castores y las hienas, por la inmensa riqueza de colores que nos brindan las flores, por los tubérculos y las hortalizas, por los leones y los elefantes, por todos ellos nos levantamos en resistencia civil y gritamos en coro: ¡No más!

Recuerdo que la piel se me erizó al ver a todos esos militantes levantar el brazo derecho y gritar su consigna de guerra. Era tremendo escuchar ese discurso de solidaridad con las otras especies. Otro de los integrantes de ese colectivo, un tipo de cabello largo y barba rubia apellidado Pellegrini, dijo a manera de cierre:

—No olvidemos que nuestra especie es una especie asesina. El *Homo sapiens* exterminó a los neandertales, a los *Homo floresiensis* y al resto de homínidos que vivían simultáneamente con nosotros. Por donde íbamos pasando iba quedando el reguero de sangre. A nuestro paso solo dejábamos muerte y destrucción. Del mismo modo hemos venido aniquilando a las otras especies y a nosotros mismos. Somos genocidas por naturaleza. Está en nuestra identidad. Y por eso nosotros nos consideramos unos *sapiens* renegados, unos homínidos que desean convivir en paz y concordia con el resto de seres de este planeta. Nuestro concepto de democracia es más amplio: en la igualdad incluimos a plantas y animales, que lamentablemente no pueden luchar por sus derechos. Pero para eso estamos nosotros, para decir: ¡No más!

El tercer colectivo que me dejó pensando fue el de los reclusos. Un señor humilde que hablaba como si fuera un profesor en medio de una cátedra me dijo inclinando la cabeza en señal de respeto:

—Usted no se imagina lo que han significado los libros para nosotros en las prisiones de este país, señor Santana. La gente cree que hay una diferencia entre la gente libre y nosotros, que hemos tenido que purgar una

pena en alguna cárcel y padecer el sistema penitenciario colombiano. Creen que la gente libre y los reclusos pertenecen a especies distintas, hasta que detienen a un amigo, a un primo, a una novia o a uno mismo. Entonces la diferencia se deshace en el aire. Somos los mismos, afuera o adentro, seguimos siendo representantes del género humano. ¿Y quién vela por los que están detrás de los barrotes? ¿Por qué los que estamos fuera no pensamos en ellos, no los cuidamos y trabajamos por su reinserción? No importa si delinquieron o si son inocentes, igual están enterrados en el mismo agujero, sin buena comida, sin una educación de calidad, sin oportunidades de trabajo. ¿No son ellos también hijos de Dios? ¿No merecen nuestro apoyo, nuestro afecto y nuestra preocupación? ¿No estuvieron en la cárcel el expresidente de Uruguay, Pepe Mujica, y el presidente de Sudáfrica, Nelson Mandela? ¿No fue un presidiario Mahatma Gandhi? ¿Cuántos defensores de derechos humanos, cuántos ambientalistas, profesores universitarios, estudiantes o líderes sociales no han sido detenidos y considerados como una amenaza? ¿No estuvo Nuestro Señor Jesucristo detenido y fue torturado y eliminado como si fuera un indeseable? Así que es bueno que sepa que en cada prisión de este país hay un ejército aguardando, señor Santana, un pelotón de hombres y mujeres dispuestos a salir a dar la gran lucha por el amor y la fraternidad. No somos una amenaza, somos seres que cometimos errores, que aprendimos de ellos y que estamos listos para salir a construir un mundo mejor.

El cuarto y último colectivo que me sobrecogió fue el de unos jovencitos adolescentes. Una chica de coletas a los lados, tenis de colores y una chaqueta de *jean* se tomó la palabra y dijo con enorme seguridad:

—¿Ustedes saben por qué hay una crisis en la adolescencia? No es por las razones hormonales y las idioteces que invocan los médicos y los psicólogos. Nada que ver. Es porque venimos de la infancia bien, chévere, sintiéndonos muy cómodos porque la ignorancia nos protege. Y de pronto, ¡zas!, un buen día abrimos una página en internet donde nos empezamos a enterar de qué es lo que hacen los adultos por todo el planeta. Fo. Qué asco. Resulta que nuestros papás, nuestros tíos y nuestros abuelitos han participado en todo ese horror. Ufff, qué podredumbre, qué inmundicia. En casa nos corrigen, nos dicen que seamos buenos hijos, y por el otro lado ellos han sido cómplices de los gases invernadero, del agujero en la capa

de ozono y del cambio climático. Nooo, qué golpe, no se imaginan. Queda una *down*, en una depre tenaz. ¿Nuestro papá lindo y hermoso es un alto ejecutivo de una compañía que expropió territorios indígenas? ¿Nuestra mamá adorada y consentidora es una abogada exitosa que defiende a políticos corruptos y a milicos asesinos? ¿Nuestro tío con el cual pasamos vacaciones en la playa es un financiador de movimientos paramilitares? Qué totazo, amigues, que entrada en lo real tan áspera. *Full* caída en el abismo con toda. No puede una ni respirar. Empezamos a mirar con desconfianza y temor a ese cacharro que nos sirvió mil veces para salir de la ciudad a los pueblitos vecinos: no es el carro de la familia colombiana, el amigo fiel, sino un asesino que deja a miles de niños en terapia respiratoria cada año. Y los viajes en avión si había plata, ¿no dejaron una huella ecológica espantosa con sus chorros de contaminantes en la atmósfera? Ufff, qué boleta, qué pena. Y en la medida en que empezamos a investigar y a rastrear de dónde venimos, el asco va creciendo cada vez más. Guácala. Es entonces que nos empezamos a cuestionar si entrar a la adultez será tan bacano como dicen. Qué va, ese paso es una pesadilla horrenda y una se levanta dando alaridos de terror en la noche. La base de nuestra crisis es la repugnancia. Crecer no es que duela, como dicen muchos, es que da náuseas, dan ganas de vomitar. Y lo peor de todo, amigues, es que apenas comenzó la pandemia nos dijeron que las cuarentenas y los aislamientos nos servirían para cambiar, para hacer un alto en el camino y reflexionar. Qué va, zafa, carretudos, mentirosos, no sirvió para nada. Siguieron sacando sus carros y montándose en sus aviones con total descaro. No hicieron sino quejarse y decir que lo que más querían era volver a la normalidad. Así decían. Qué bandera. ¿Cuál normalidad, tarados? Llegaron incluso a amenazar a un niño de apenas once años defensor del medio ambiente: Francisco Vera. Por eso nosotres tenemos miedo de crecer, por eso no queremos ser adultes y entonces empezamos a organizarnos. No queremos más esta porquería. Nos queremos salir de la sopa. Zafa esta gentuza. Y estamos listes pa’ las que sea.

La joven se sentó con determinación junto a sus compañeros de colectivo que la abrazaban y le estrechaban la mano.

Al finalizar el evento la gente se fue yendo por distintas rutas. Michelle se acercó y me dejó en manos de un joven llamado Marcos. Me dijo muy

emocionada:

—Qué alegría haberte tenido aquí. Luego hablamos.

Y me estampó un beso en la mejilla a manera de despedida.

Marcos me condujo por otro laberinto de pasadizos y de socavones que iban disminuyendo de diámetro hasta que casi no podíamos erguirnos normalmente. El aire húmedo me indicó que estábamos cerca de alcanzar la salida en algún caño o río cercano. Mi sorpresa fue total cuando salimos a la Calle 39, en pleno Parque Nacional. Marcos me dijo sonriente:

—Fue un placer acompañarte. ¿Puedes irte solo para tu casa?

—Sí, claro. Muchas gracias.

Nos despedimos con un fuerte apretón de manos y él se fue caminando hacia el sur por la Carrera Séptima. Caminé hasta la Calle 53 porque necesitaba procesar un poco lo que acababa de suceder. Me parecía increíble que en el corazón de la ciudad existiera toda esa gente intercomunicada y trabajando hombro a hombro. Era un grupo de resistencia muy poderoso y ahora entendía por qué las autoridades estaban pisándoles los talones e investigándolos. Los tenían fichados y sabían que eran muy peligrosos. De ahí la advertencia que me habían hecho a la salida del apartamento de Michelle. Las autoridades sabían que yo era un tipo de centro, un demócrata convencido, pero que cierto aire contestatario y contracultural me ubicaba en una zona de indeterminación. Quizás sí quizás no. No estaban seguros de mi participación en grupos capaces de una respuesta militar. Mil veces me había pronunciado en contra de la violencia. Sabían que yo no era capaz de herir a nadie. Ningún argumento me parecía válido para irme en contra de otra persona. Entonces tendrían que estarse preguntando qué diablos hacía yo en medio de un grupo cristiano de resistencia civil dispuesto a todo. Y era una buena pregunta: ¿cuál era mi función en el grupo? ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿En qué me estaba metiendo?

Cuando llegué a mi casa estaba Houdini escuchando música y preparando una pasta. Se había quedado con una copia de las llaves y yo nunca le había pedido que me las regresara. Me parecía bien que las tuviera por si se presentaba cualquier emergencia. Apenas entré me dijo sonriendo:

—¿Cómo te fue?

—¿Sabes dónde estaba?

—Todos los colectivos estaban hablando de lo mismo desde ayer.

Me senté en un sillón de la sala mientras lo observaba cocinar a través del mesón de la cocina.

—La verdad no sé muy bien qué estoy haciendo yo ahí —le confesé sintiéndome un poco aturdido.

—Fresco. Estás, eso es lo importante.

—Pero no sé cuál es mi función. Sabes bien que detesto la violencia.

—Nadie te ha pedido que hagas nada violento.

—Pero el enfrentamiento será inevitable. Lo veo venir. No hay que ser un genio para darse cuenta.

—Solo puedes vivir en presente.

—Del otro lado hay carniceros, Charlie, matones a sueldo, sicarios, gatilleros, gente entrenada durante años en los carteles. Son asesinos profesionales. Nosotros no.

—Paso a paso. No hay que adelantarse.

—Pasará lo mismo que con los jóvenes después de las protestas. Los cazaron uno a uno.

—Tranquilo, deja de preocuparte tanto.

Comimos con Houdini y la tristeza y el desasosiego que sentía impregnó la cena de un aire sombrío y melancólico. Me despedí temprano y me fui para mi habitación sin poder quitarme de encima la intranquilidad.

Antes de dormir vi un mensaje de Michelle en el WhatsApp que decía:

La gente quedó feliz de verte. Te conozco y sé que te estás sintiendo muy preocupado. No te comas el coco. Solo queremos que nos acompañes tal y como lo estás haciendo, nada más. Trabajar a tu lado es maravilloso. Cada cosa la haces con una energía y una convicción que nos redobla las fuerzas a todos. Luego hablamos los dos con calma. Gracias por tanto. Descansa.

No supe qué contestar. No quería enfrascarme a esas horas en argumentaciones, suspicacias y aclaraciones. Estaba muy cansado y los ojos se me cerraban de sueño. Encendí las noticias en la televisión, me lavé los dientes, me puse una sudadera y me quedé profundo apenas me metí en la cama. Si hubiera sabido lo que se avecinaba no habría pegado el ojo en toda la noche. Pero por fortuna la ignorancia me permitió hundirme en la nada y desenchufarme de la realidad sin culpas de ninguna clase.

Capítulo III
El Avatar

1

Después de mi descenso a los socavones del centro de la ciudad y del encuentro con los representantes de los distintos colectivos, me aislé por unos días y no quise llamar a Michelle, ni hablar con Houdini ni asistir a las reuniones con el grupo en la casa del barrio Egipto. Necesitaba estar solo. Era evidente que el país estaba gobernado por capos aliados con una clase política que no había sido capaz de defender los intereses de la gente del común. Se trataba de una derecha mafiosa y parapolicial. Pero eso no justificaba la creación de un ejército para enfrentarlos. Si uno cree en la violencia y está dispuesto a irse a la guerra, tiene que empezar a contemplar la posibilidad de salir a la calle con un cuchillo a degollar enemigos. Y ese no era mi caso. No me veo disparando ni ejecutando personas que no piensan como yo. Por eso el tufillo guerrerista que tenían los colectivos no me agradaba en absoluto. Ellos lo veían desde el punto de vista de la legítima defensa y seguramente estaban en su derecho. Habían sido agredidos, sus hijos estaban muertos o detenidos, y las acciones de la policía y de las autoridades en general demostraban hasta el cansancio una lógica genocida salida de control. Las imágenes de una clase adinerada armada disparándoles a los indígenas en Cali demostraba hasta qué punto la sociedad colombiana estaba enferma, y lo peor era que estaba lejos de darse cuenta de ello. De alguna manera, les habían declarado la guerra a los humildes, y ellos no pensaban agachar la cabeza y que los siguieran

masacrando como si fueran animales en un matadero. Aun así, yo no me veía con un revólver al cinto ni con un machete en la mano saliendo a matar adversarios como si estuviera en los albores de la humanidad. No era un matarife.

Mi silencio y la distancia que impuse generó cierto malestar en el grupo, y así me lo hicieron saber. Se comunicaban al WhatsApp, al correo electrónico o me dejaban mensajes de voz diciéndome que necesitaban hablar conmigo. Por fortuna, Houdini respetó mi soledad y no apareció durante esas semanas por mi apartamento. La verdad era que yo los extrañaba mucho, pero no estaba dispuesto a cambiar mis ideales y mi forma de vida para unirme a una horda de salvajes en potencia. No los juzgaba, pero no pensaba unirme a esa cruzada.

El clima social iba empeorando en la medida en que se acercaban las elecciones al Congreso. Pocos meses después se llevarían a cabo también las elecciones a la Presidencia de la República. Los candidatos de la izquierda ya habían sido amenazados de muerte y el ambiente no podía estar más tenso. Un aire de confrontación se respiraba por todas partes.

Y justo cuando yo estaba dispuesto a ir a la siguiente reunión y exponer mi posición, una noche me entró un mensaje de voz de Houdini desde un número que yo no tenía registrado. Decía:

—Compadre, nos atacaron hace dos horas. Estoy herido. Te necesito.

Marqué enseguida a ese número desconocido y le pregunté dónde estaba. Me dio una dirección en el barrio Santa Isabel, al sur de la ciudad. Llamé a un conductor conocido y salí enseguida a ver en qué condiciones estaba mi amigo. Llegamos pronto porque no había mucho tráfico a esas horas. Era una casa grande, de patio amplio, y en su interior me recibieron unos jóvenes que parecían estar bajo el efecto de algún alucinógeno, pues se movían en cámara lenta y apenas hablaban. Charlie estaba tendido sobre un sofá barato. Le pregunté qué había sucedido y me respondió con la voz convertida en un hilo:

—Empezaron a hacer redadas en todas las localidades. Intenté escaparme y me dispararon.

—Tenemos que irnos para un hospital —ordené enseguida.

—No, no puedo. Debieron dar la alarma y me van a detener —dijo Charlie torciendo la boca en un gesto de dolor.

—Te puedes morir desangrado o por la infección. No sabemos qué

órganos están comprometidos.

—Llévame a otra parte y consigue un médico —suplicó mi amigo con la frente bañada en sudor—. Por favor. No soportaría la cárcel.

Lo único que se me ocurrió fue llamar a Martina Holguín, una amiga aristócrata que había decidido traicionar a su clase social desde hacía años y no había hecho sino investigar y denunciar a varios de los dirigentes políticos que estaban con procesos abiertos o ya detenidos en la cárcel. Le marqué de afán y le dije:

—Necesito llevar a alguien a tu casa para que lo revise un médico.

—Vente ya —me contestó sin pensarlo.

Me sorprendió la agilidad de la respuesta, levanté a mi amigo con la ayuda de uno de los jóvenes, lo metí en el carro y salimos en dirección a la casa de Martina. Cuando llegamos al barrio Santa Bárbara Norte ya estaba ella en compañía de un médico amigo suyo. Acostamos a Houdini en uno de los cuartos del segundo piso y, de repente, de la nada, me tropecé a una chiquita en el corredor con un dinosaurio de peluche en la mano. Me dijo inclinando la cabeza hacia un costado:

—¿Tu amigo está borracho?

—Hola, chiquis —le dije fingiendo una sonrisa—. Parece que le sentó mal la comida. Vete a dormir tranquila. No te haremos mucho ruido.

La niña se metió en su cuarto y entré de nuevo a la habitación donde el médico estaba revisando a Houdini. A los pocos minutos, el galeno dijo sin ningún tipo de dramatismo:

—Tuvo mucha suerte. La bala salió sin dañar ningún órgano sensible. Lo vendaré y le pondré una bolsa de suero, un calmante y un antibiótico para evitar que la herida se infecte. Se pondrá bien.

Respiré con alivio por primera vez en muchas horas. Le expliqué a Martina qué era lo que estaba sucediendo y me dijo que no me preocupara, que ella se encargaba de Charlie sin problemas. Alguna vez había asistido a un concierto de su grupo de *jazz* y sabía de quién se trataba. Me dijo que las autoridades no desconfiarían de ella a ese nivel, así que podía quedarme tranquilo. Le di las gracias mil veces, le dije que yo corría con todos los gastos y me fui a mi apartamento a descansar.

A la mañana siguiente, muy temprano, me visitaron dos detectives de la policía. Entraron con aires de suficiencia y miraban con desconfianza los libros desparramados por todas partes. No los invité a sentarse y les

pregunté qué se les ofrecía. El que parecía ser el jefe me dijo con cierto aire de superioridad:

—¿Conoce usted al señor Carlos Buenaventura?

—Somos amigos, sí.

—Se estuvo hospedando aquí en su casa hace poco, ¿no?

—Correcto.

—¿Y sabe dónde se encuentra actualmente?

—No tengo ni idea.

—¿Sabe usted a qué actividades se dedica su amigo?

—Es músico, viajero y hace poco está vinculado a un grupo de reflexión bíblica.

Los dos sujetos se miraron con cierta sorna y el que había permanecido callado me dijo apuntándome con el dedo:

—Esa estuvo buena, pa' qué. Un grupo de reflexión bíblica…

Yo permanecí callado. El otro continuó:

—Señor Santana, hasta donde tengo entendido, usted también ha empezado a asistir a ese grupo.

—¿Es un delito leer las Sagradas Escrituras hoy en día?

—No estoy calificado para juzgar algo así, señor Santana, solo deseamos confirmar los informes que tenemos.

—He asistido algunas veces a las reuniones, sí. Y no veo nada de malo en ello.

—¿Sabía usted que a esa célula pertenecen varias personas que están fichadas por los organismos de inteligencia?

Me di cuenta enseguida de que bautizar al grupo como "célula" significaba ya estigmatizarlo y considerarlo una amenaza para la seguridad del Estado. Respondí sin perder la compostura:

—No tengo ni idea. No soy policía. Y nombrar a un grupo de lectura como "célula" me parece bastante peligroso y perverso.

El detective no dijo nada. Anotaba todo en una libreta y me miraba de reojo de vez en cuando. Cerró la conversación diciendo:

—Le comunico oficialmente que su amigo Carlos Buenaventura está buscado por las autoridades. Si usted sabe dónde se encuentra o él se pone en contacto, tiene la obligación de avisarnos para detenerlo. De lo contrario cometerá el delito de complicidad y puede ser procesado.

—¿De qué se le acusa?

—De rebelión. Atacó un CAI de la Policía con un colectivo de jóvenes de esos que usted llama de "reflexión bíblica". Ahora, si nos permite, tenemos que revisar su apartamento.

—No tengo ningún problema.

Los tipos revisaron debajo de las camas, los armarios, el cuarto de las escobas, los baños, y tomaron fotografías de cada rincón de mi apartamento. Finalmente abrieron la puerta principal y el jefe me dijo:

—Cuídese, señor Santana. Y si me permite, con todo respeto le voy a dar un consejo: no se vaya a tirar una carrera tan limpia como la que tiene.

Y se fueron. Esperé que se alejaran del edificio donde vivo, salí de afán y revisé si me estaban siguiendo. No vi nada sospechoso. En un almacén cercano compré un celular barato, una *sim card* nueva, caminé hasta el parque más cercano y le marqué a Martina. Me sentí como en una película de espionaje. Ella me respondió al segundo timbrazo:

—Sí, diga.

—*Quihubo*, soy Adán. Te llamo desde un teléfono nuevo que acabo de comprar.

—¿Estás paranoico?

—Me cayeron los de la policía esta mañana. Están buscando a Charlie.

—No joda. Te mandaron los sabuesos. Siempre hacen lo mismo.

—¿Cómo está él?

—Muy bien. Se está recuperando de maravilla. Te lo paso porque lo tengo aquí al lado.

Se hizo un silencio breve, escuché unos ruidos de roces de telas y de dedos pasando por el aparato, y luego la voz de Houdini diciendo:

—Hermanazo, te debo una. Yo sabía que no me ibas a dejar tirado.

—Te están buscando por todas partes.

—Yo estoy en el paraíso, hermano, estoy protegido por este ángel y los feos no pueden llegar hasta aquí.

Escuché una risita por parte de Martina. Me imaginé al cafre de Houdini coqueteándole a mi amiga, feliz de estar cuidado por una mujer bella, dulce y rica, mientras a mí me perseguían los lobos. Siempre sucedía lo mismo: él se hacía el loco, se la pasaba de maravilla y uno terminaba metido hasta el cuello en algún problema grave. Por eso era que el grupo de amigos lo evitábamos y preferíamos tenerlo lejos. Le dije con la

entonación más seria de la que fui capaz:

—No la vayas a meter en ningún lío. Apaga el celular para que no puedan ubicarte, no llames, no escribas correos, nada. Quédate ahí quieto. No salgas tampoco a ninguna parte.

—Perdí el celular en la fuga… Relájate, hermanito. Estás muy tenso. Tienes una tendencia a la neurosis tenaz.

—Pásame a Martina.

Volví a escuchar risitas por parte de ambos y me dieron ganas de colgarles y de mandarlos al quinto infierno. De pronto escuché la voz de Martina que intentaba hablar seriamente:

—Dime.

—Que no salga a ninguna parte ni se comunique con nadie. Vigílalo bien.

—No te preocupes. Lo tengo secuestrado y no lo pienso liberar hasta que no paguen el rescate.

Las risitas fueron esta vez más claras y creí escuchar como unos besos soterrados, como labios que succionan en silencio, sin hacer mucho ruido. Fue demasiado. Les colgué, saqué la *sim card*, la hice trizas y me dio un ataque de ira. Maldije mientras pisoteaba el celular recién comprado:

—¡Hijo de puta! ¡Me cago en su puta madre! ¡Ojalá le dé lepra, sida, tuberculosis, que se quede paralítico y que tenga que arrastrarse por las calles mendigando en los semáforos!

Levanté la cara y había una viejita en silla de ruedas con su enfermera, mirándome ambas con cara de terror y de fastidio al mismo tiempo. Solo alcancé a balbucear:

—Lo siento mucho. No estoy en mis cabales.

Arrojé el aparato destruido y la *sim card* troceada a la basura, y regresé a mi apartamento sin dejar de renegar mentalmente.

Esa misma noche estallaron disturbios al sur de la ciudad. Según varias organizaciones de derechos humanos que estaban monitoreando los choques, se usaron tanquetas y un helicóptero sobrevolaba la zona permanentemente. Como era usual en estos casos, los agentes se sobrepasaron en sus funciones, detuvieron de manera ilegal y golpearon a los manifestantes sin medir las consecuencias.

A la madrugada me entró una llamada de Michelle. Decidí responderle con los ojos aún entrecerrados por el sueño, y ella me dijo de manera

apresurada:

—¿Puedes hospedar a un herido que tenemos?

—Ayer me visitó la policía y revisaron el apartamento. Están buscando a Charlie.

—*Ok*, buscaremos otro lado. Gracias de todos modos.

Y colgó. La temperatura iba en aumento e iba a ser difícil calmar los ánimos. Logré dormirme de nuevo, pero a la seis de la mañana volvieron a marcarme de un número que no conocía. Contesté sintiendo un fuerte dolor de cabeza:

—¿Si?

—Don Adán, soy Isabel, la prima de Yesid. Perdóneme que le marque a estas horas, pero es que necesito de su ayuda.

—¿Dónde estás?

—En Chapinero. En Lourdes.

—¿Qué pasó?

—Nos atacaron en el local. Menos mal que mi mamá no estaba. Logré escapar y no sé qué hacer.

—Quédate ahí, no te vayas a mover. ¿Este es tu número?

—Sí, señor.

—Bota el celular a un bote de basura. Ya voy para allá. Espérame en la iglesia, en la puerta principal.

—Sí, señor.

Me vestí lo más rápido que pude y salí corriendo a coger un taxi. Dejé el celular en el apartamento y me aseguré de que nadie me estuviera siguiendo. Seguramente tenían tanto trabajo que yo no era una prioridad. Al menos por ahora.

Cuando llegué a la iglesia de Lourdes estaba Isabel con otro hombre a su lado. Estaban conversando. Los vigilé de lejos con recelo, sin saber si acercarme por miedo a caer en una trampa, cuando de pronto reconocí a su acompañante: era el hombre que me había lavado los pies en la primera reunión con el grupo. Caminé hasta ellos y nos saludamos con un abrazo espontáneo. Les recordé que se desprendieran de los celulares.

—Ya lo boté —dijo Isabel con la voz temblando todavía.

—Yo no tengo —aseguró el hombre abriendo los brazos, como dando a entender que él no confiaba en esos aparatos.

—*Ok*, vámonos. ¿Están seguros de que no los siguieron?

—Es mejor que nos cercioremos —dijo el hombre mirando hacia los lados.

Nos subimos a Transmilenio y cambiamos de buses y de rutas varias veces. Luego, en una bajada rápida en la estación de la Calle 76, nos subimos a un taxi de repente, siempre mirando hacia a atrás para ver si algún sabueso nos estaba pisando los talones. Le dije al conductor que nos llevara al Museo del Oro, en pleno corazón de la ciudad.

Los llevé al hotel San Moritz, en la Calle 18 con la Carrera Cuarta, un lugar oculto entre los viejos edificios del centro donde se hospedaban muy pocos viajeros. El edificio estaba recién remodelado y una colección de obras de arte lo convertía en una especie de galería secreta. El buen gusto resaltaba en cada uno de sus pisos y las habitaciones eran amplias y muy bien decoradas. Por momentos uno tenía la impresión de estar en medio del rodaje de una película de los años cincuenta. Muchas veces yo me había hospedado en ese lugar buscando esconderme para escribir sin que nadie pudiera ubicarme. También lo había utilizado como refugio durante las marchas y las protestas. Era mi cuartel de operaciones y el dueño era un libanés cordial y afable que tenía los modales de un lord inglés. Estaba seguro de que en el San Moritz nadie nos encontraría.

Pedí tres habitaciones separadas y pagué con mi tarjeta por adelantado. También pedí tres desayunos completos porque me estaba muriendo de hambre. Mientras probábamos los huevos revueltos y el café del restaurante, Isabel nos dijo muy compungida:

—Llegaron varias furgonetas de la policía de un momento a otro y empezaron a romper los candados y destrozaron los locales. Menos mal que mi mamá está visitando a los abuelos en Pitalito. Yo me escapé por una puerta lateral y salí a la calle sin que se dieran cuenta. Qué miedo. Fue entonces que me encontré con Tomás.

—¿Estaban buscando la entrada al túnel? —pregunté frunciendo el entrecejo.

—Supongo —dijo Isabel ya un poco más calmada—. Alcancé a darme cuenta de que detenían a varias de las vecinas de los negocios de al lado. Esos tipos son unos salvajes.

—Tal vez alguien nos delató —dijo el hombre sorbiendo de su taza de café.

—Tenemos que quedarnos aquí quietos —afirmé yo muy serio—. No

podemos movernos. Hay que esperar a que pase la tormenta.

Ambos asintieron. Seguimos desayunando y, en un instante revelador, tuve la impresión de que mi vida se había intensificado de un modo como nunca antes lo había sentido. No sé cómo explicarlo muy bien: no era solo la sensación de estar en medio de la acción, sino que esa acción estaba acompañada de algo poético, de algo que tarde o temprano yo tendría que escribir. Me suele suceder poco en presente. Casi siempre tengo clara esa intuición después, cuando ya los sucesos pasaron y yo puedo reflexionar sobre ellos. Pero en el mismo momento en el que están ocurriendo los hechos es muy difícil que uno tenga la certeza de que todo lo que uno está viviendo un día será literatura. No, lo estoy diciendo mal: la certeza de que todo ese presente ya *es* literatura. Esa es la epifanía: la confirmación de que todo lo que uno está escuchando, observando, comiendo, ya está escrito. Recuerdo perfectamente ese momento porque un escalofrío me recorrió la espina dorsal y supe que este libro era ya un hecho.

Nos quedamos todo el día escondidos en el San Moritz. No nos comunicamos y veíamos noticias a cada rato. En las horas de la noche, Isabel se fue a la cama temprano porque estaba muy fatigada. Llevaba treinta y seis horas sin dormir. Se le cerraban los ojos y no podía ni hablar siquiera.

Nos quedamos el hombre del lavatorio de los pies y yo. Había algo en él que lo destacaba del resto de las personas que había conocido en el grupo, una cierta fuerza interior que era muy notoria cuando uno lo tenía cerca. Era como si él se moviera en una dimensión propia, en una especie de registro donde los demás no tenían cabida. Me contó que estaba a cargo de un colectivo de recicladores de basura e indigentes callejeros, y que la policía había llegado no a requisarlos ni a pedirles la identificación, sino a golpearlos y a preguntar dónde estaba su líder para detenerlo. A él le alcanzaron a avisar y lo sacaron corriendo por un lote baldío. Estaba muy preocupado por el estado de salud de sus protegidos. No sabía si habían asesinado a alguien en medio de las golpizas y los interrogatorios. Su gran preocupación era que los agentes de inteligencia ya supieran del refugio subterráneo y que hubieran entrado a los socavones a sangre y fuego. Eso significaba una matanza y seguramente los noticieros oficiales no iban a decir una sola palabra al respecto. La única posibilidad era informarnos por las redes sociales, pero estábamos desconectados precisamente como una

medida de seguridad.

En algún momento bajamos al restaurante del hotel, pedimos una tetera bien cargada, dos tazas y nos subimos a mi habitación a conversar un rato. Le pregunté quién era él, cuál era su pasado, y desde sus primeras palabras sentí de nuevo una luz poderosa que iluminaba la escena, una certeza de que, aunque no tenía una pluma ni un teclado entre mis manos, ya estaba escribiendo esa historia.

2

Mi nombre es Tomás y nací y me crie en Medellín. No te olvidés que esa ciudad fue puro agite en los ochenta y los noventa, adrenalina al cien. No es fácil hacerle entender a otro lo que significa la universidad de la calle, si uno mismo no la ha experimentado. La gente cree que la única manera de educarse es yendo a los salones de clase, siendo médico o abogado. Y sí, nadie va a decir que estudiar en los libros no es un propósito muy noble. Seguramente. Pero fijate bien que los grandes hombres de las religiones no creo que hayan sido eruditos ni académicos. No creo que Buda, ni Jesús, ni Mahoma hayan pasado largos años de sus vidas en las bibliotecas. Hay un conocimiento que nos llega de manera directa, de la vida misma, ¿cierto?

Pues bien, ese fue mi caso. Nunca fui muy buen estudiante en el colegio, pero me encantaba la calle, observar a los demás, charlar, preguntarles, establecer relaciones con la gente de las cafeterías o los restaurantes. Mi mamá tenía un puesto de verduras en una plaza de mercado y con eso nos sostenía a mi hermano menor y a mí. Estaba sola porque mi papá se había fugado con la mejor amiga de ella para los Llanos Orientales como raspachines de coca. No habíamos sabido de él en años. Mi mamá suponía que ellos dos ya se habían organizado, tenido hijos y que no volvería a verlos jamás. Y así fue, el viejo no volvió a aparecer por la casa ni le importó nuestro destino. Ser un hijo abandonado te jode el coco. No sé si me entendés. Uno empieza preguntándose por qué lo abandonaron, y después de darle vueltas y vueltas, a la final uno se responde lo más obvio: porque vos no merecés la

pena, porque eres un hijo incómodo, un lastre, una obligación jarta que es mejor quitarse de encima. Eso te hiere y te lesiona la autoestima, ¿cierto? Es como si tomaras conciencia de que eres un engendro, una equivocación. Muy berraco.

Cuando me gradué del colegio salesiano, uno de los curas le dijo a mi mamá que me veía madera para entrar al seminario. Imaginate. Mi mamá, que es una santa, pero ignorante, dijo que necesitaba ayuda y me puso a trabajar en la plaza. Yo hacía un poco de todo, ¿oís? Cargaba bultos, ordenaba cajas, vendía en el chuzo de mi vieja cuando ella tenía que ausentarse o estaba enferma. Fue mi primer contacto con la plata, que corrompe voluntades y patrocina todo tipo de vicios. Empecé a fumarme mis primeros tabaquitos a escondidas con otros cargadores y ufff, la bareta fue toda una revelación: mi primera y mejor amiga. Nunca me había sentido tan acogido, tan abrazado y querido. Esa plantica es puro regalo de los dioses, ¿me oís? Yo no sé si vos te trabás o no, pero yo te aconsejo que lo hagás pronto, porque no te podés morir siendo un analfabeta cannábico.

Así fue como me fui adentrando en las drogas. Probé de todo: pepas, ácidos, perica, éxtasis y cualquier tipo de sustancia sicodélica era para mí un nuevo juguete. También le jalé a los honguitos y al bazuco, que es delicioso pero infernal. Me volví un pequeño dealer *que se hacía sus negocitos en la plaza en paralelo al chucito de mi cucha. La gente iba y compraba verduras, frutas y yerbas de todo tipo, y a veces iban por mi mercancía, que yo camuflaba calladito entre las naranjas o los pimentones. Y empecé a hacer billetico. Eso empeoró la situación: me volví más adicto, más ambicioso y más llevado. Las rumbas de fines de semana eran duras. Acordate que esos noventa fueron tesos. Todavía estaba el narcotráfico en todo su esplendor y uno se encontraba con los matones de Escobar en las discotecas bien enfierrados, con sus hembritas todas operadas, sus modelitos y sus reinas de belleza. El ambiente era pesado, se sentía la muerte en el aire. Todos sabíamos que al día siguiente de pronto estábamos con un pepazo en el coco, por ahí tirados en alguna zanja. No teníamos pasado ni futuro, y el presente eran solo unas pocas horas. Por eso metíamos y rumbeábamos con furor, como si fuéramos unos condenados a muerte a los que les acabaran de otorgar su último deseo. Ahora que lo pienso, de alguna manera todos nos sentíamos ya*

muertos. Éramos zombis que se iban de rumba para olvidarse un poco de sí mismos. Qué tristeza, ¿cierto? Me veo en esa época y no me gusto, me da pesar: era la oveja descarriada que vaga por los precipicios sin saber dónde se encuentra.

Una noche, en un concierto de Kraken (no sé si a vos te gusta el rock*), un mancito con pinta de lugarteniente de algún capo se me acercó y me dijo:*

—¿Vos sos Tomás, el de la plaza de mercado?

Yo me timbré de una, pero ya no había nada que hacer: me tenían identificado y era mejor dar la cara. Asentí. El man me hizo un ademán para que lo siguiera y nos hicimos cerca del baño, donde la música no toteaba tan duro. Me dijo en plan de buena onda:

—Mi jefe quiere hablar con vos.

—¿Quién es? —pregunté sintiendo que la voz me temblaba un poco.

—Ya verás. No te vas a arrepentir. Mañana en esta dirección a las doce en punto. Puntual. Pilas: al jefe no le gusta la gente que llega tarde.

Volví a asentir y el hombrecito se fue sin decir nada más. Me di cuenta que llevaba la pistola atrás, metida dentro del pantalón.

Al día siguiente llegué a las once y cuarenta y cinco a una casa elegante en El Poblado. Una mansión. Me hicieron entrar y me recibió uno de los socios de Escobar. Yo sabía quién era porque a veces salía en la televisión que lo estaban buscando. Ofrecían hasta una recompensa y todo. Estaba en sudadera y en tenis, y me dijo apenas me vio parado en la sala:

—¿Vos sos el de la plaza de mercado?

—El mismo. Sí, señor.

—¿Sabés quién soy yo?

—Sí, señor.

—Para que sepás que estás hablando con gente seria, no con chichipatos.

—Claro, señor.

El man se quitó la chaqueta de la sudadera y la dejó sobre uno de los sillones de la sala. Se quedó en camiseta y me dijo revisando una correspondencia que le acababan de entregar:

—¿Cuánto vendés a la semana en ese chuzo?

—¿De las frutas y las verduras?

—No seas tan güevón. Tu vieja es la limpia. Vos son un malandro hijueputa que vende merca a escondidas. ¿Cuánto vendés en ocho días?

—Según, señor. Hay días buenos y días malos.

—Por eso te estoy diciendo que hagás un balance, que saqués un promedio. ¿Vos sos bruto, o qué?

—No, señor. Hice mi bachillerato y me iba para el seminario, pero mi mamá no me dejó.

—Respondeme, entonces.

—Unos trescientos mil pesitos.

—¿Quién te suministra la merca?

—Según, señor. La marimba es de la finca de unos amigos. La perica es de los Moncada y las pepas vienen de Bogotá.

—De ahora en adelante solo vas a vender lo que nosotros te demos. Vas a dejar la yerba para los burros. Eso no da plata. Y las pepas tienen futuro, pero no es nuestra línea de negocios.

—Sí, señor.

—Te vas a especializar en la mejor perica del mundo. Te vas a hacer famoso. Nosotros te garantizamos calidad y vos cumplimiento y seriedad. Vas a cuadruplicar las ganancias.

—Sí, señor.

—Y ojo con las jugarretas. Nada de transfuguiadas raras. Una sola cagada y vos o tu cucha se mueren. ¿Me entendés?

—Sí, señor.

—Cumplido con el billete y listo. Si te llegan a pillar, comés callado, no abrís el pico, y nosotros te pagamos un abogado para que te saque rápido de la jaula. ¿Estamos?

—Sí, señor.

—Retirate. Mis hombres te dan ahora mismo la primera entrega.

—Gracias, señor.

Y salí cagado del susto. Vos recordarás que en esos años era imposible decirle no a un capo. Si te negabas estabas ya chupando gladiolo, ¿cierto? No había nada que hacer, ponerse las rodilleras y bajar la cabeza.

El mancito tenía razón. Me empecé a convertir en el duro de la plaza. La gente sabía que estaba con un capo y me respetaban como no lo habían hecho nunca. Me saludaban, se despedían de mí todos los días y algunos incluso me empezaron a llamar don Tomás. Imaginate. Yo con veintiún

años y ya me decían don. Mi vieja se la empezó a pillar y un día me advirtió:

—¿Vos en qué andas, culicagado? ¿Por qué te dicen así? No estarás metido en algo raro, ¿no? Porque yo no quiero tener que ir a visitarte a la cárcel ni al cementerio. Prefiero un hijo pobre vivo que uno rico y muerto.

Yo me hacía el loco, le tomaba el pelo y seguía con mis business *calladito la boca. Y empecé a hacer billete en grande. No sabía dónde meter las lukas, imaginate. Guardaba en caletas por toda la casa. El cielo raso estaba lleno de escondites con fajos de billetes míos.*

Mi relación con el cartel era buena. Se dieron cuenta de que yo les cumplía bien, pagaba puntualmente mi merca y todos felices. Hasta que algún pirobo que quería mi puesto me echó al agua. Me sapiaron y una mañana me llegaron los tombos al chuzo, requisaron todo, me decomisaron la mercancía, la plata de esa semana y me llevaron a la comisaría. Yo seguí las instrucciones y no dije nada. Esperaba que mi gente me sacara. Pero no, nadie llegó a ayudarme y me dejaron solo entre los chacales.

Me encanaron en la cárcel de Bellavista. Lo peor fue ver a mi cucha los domingos llorando, llevándome comidita casera y diciéndome que me extrañaba mucho, que le hacía falta. Le indiqué dónde estaba el billete encaletado y le dije que lo usara en lo que necesitara. Cada semana quedaba deprimido después de esas visitas.

Pero mirá por qué dicen que los caminos del Señor son misteriosos. Fue en la cárcel que un día escuché a un predicador decir:

—¿Qué estamos haciendo aquí? Nos han enviado al purgatorio, al lugar en el que se purgan nuestros pecados, y podemos perder el tiempo, no hacer nada, lamentarnos desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, o aprovecharlo para salir transformados, para convertirnos en hombres nuevos. El Señor los está esperando para redimirlos, para hacer de ustedes guerreros espirituales.

Y esa fue la frase que me mató: guerreros espirituales. ¿Qué era un guerrero espiritual? Qué expresión tan bacana, ¿cierto? Me pareció tremenda, como si en esas dos palabras estuviera esperándome toda una promesa. Entonces empecé a asistir a la prédica, pedí una Biblia y me pasaba largas horas leyendo las parábolas, los salmos y las Cartas de los Apóstoles, que me eran familiares desde el colegio. Un día el predicador

se me acercó en el patio y me dijo señalando las Sagradas Escrituras que yo tenía entre las manos:

—¿Cómo vas con eso? ¿Nuestro Amiguito de Arriba ya te habló?

—Estoy leyendo —dije yo sintiéndome incómodo con la conversación.

—No te preocupés. El Hombre es un Bacán, es buena Pinza, nuestro mejor Aliado. No te va a dejar solo, te lo puedo asegurar. Lo importante es que estés atento, abierto, para que te la pillés cuando el Man te hable.

Asentí y continué leyendo. El predicador siguió caminando por el patio. Tenía una altivez que me gustaba. Los guardias lo respetaban y los demás reclusos no se metían con él.

Dos días después, en los baños, un par de pirobos me atacaron por la espalda para robarme lo poco que tenía. Me alcanzaron a cascar y uno de ellos me dijo mientras yo estaba en el piso machucado:

—De ahora en adelante la cuota es de cien semanales. Dígale a su cucha que le traiga la platica puntual, si no quiere que a su bebé le empiecen a faltar los deditos.

Yo pensé que por pertenecer al cartel nadie me iba a tocar, y qué va, resulta que ya habían matado a Escobar y todos los otros capos estaban en desbandada. Ahora mandaba la gente de Cali. Estaba solo y en la cana eso significa estar perdido. Entonces vi que de pronto uno de los pirobos que me había golpeado caía al suelo desmayado de un golpe brutal en el coco. Se desparramó por el suelo como un muñeco de trapo. El otro man se puso en guardia y de pronto escuché la voz del predicador que le decía:

—Enviado del demonio, engendro de Satán, ¿vos también te querés morir?

—No le tengo miedo —dijo el matón esgrimiendo en el aire una navaja hechiza.

—Este hombre ya ha sido elegido por el Señor, pertenece a las huestes de los ángeles, y ninguna rata como vos le va a hacer daño.

El hampón seguía blandiendo la navaja en señal de defensa. Yo me senté en el piso y casi no podía respirar del dolor en las costillas. Entonces el predicador sacó un palo largo y en un movimiento rápido, fugaz, como si se tratara de una espada, lo golpeó en la boca del estómago. El hombre se dobló de dolor y el predicador lo remató con un palazo en la nuca. Quedó tendido en el suelo sin poder moverse.

—Bendito sea nuestro Padre, que nos da fuerzas para defendernos de

los mercenarios del Maligno —dijo el predicador con el palo en alto.

Un hombre llegó y se llevó el pedazo de madera consigo, que seguramente pertenecía a alguna herramienta de los talleres. El predicador se arrodilló y me ayudó a ponerme de pie. Me dijo sonriendo:

—Que la paz del Señor sea contigo.

A los pocos minutos yo estaba en la enfermería vendado por todas partes. Ahí me enteré de que el primer matón estaba en coma y el otro seguía inconsciente. Los golpes habían sido no solo certeros, sino casi letales.

A partir de entonces entré a los Guerreros de Yahvé, un grupo religioso que en la cárcel era intocable. El que se metía con nosotros se metía con toda la gallada. Leíamos, meditábamos, orábamos, pero también hacíamos flexiones, corríamos por todo el patio, hacíamos pesas y una vez a la semana recibíamos clase de defensa personal de un antiguo combatiente de las Fuerzas Especiales que ahora pertenecía a nuestra congregación. Éramos un ejército a carta cabal.

Y fijate que fue justo ahí, en el agujero, que entendí el llamado. A mí no me interesaba la religión para ir a la iglesia y arrodillarme a darme golpes de pecho. Eso no era para mí. Lo mío era el mundo de los perdidos como yo, de las ovejas descarriadas, de los fantasmas que vagaban por este mundo olvidados de la mano de Dios. Hasta allá había que llegar con la palabra del Señor y recordarles que el cielo los estaba esperando, que la palabra también era para ellos. ¿Me comprendés? El mensaje del Señor no es para los elegidos, para los que todo lo tienen, para los que están felices consigo mismos. Esa gente no necesita de nada ni de nadie. La palabra es para los otros, los que hacen a un lado, los mal trajeados, los sucios, los sudorosos, los iletrados. Ellos son los llamados a entrar al Reino de nuestro Señor.

Para irte resumiendo, salí de la cárcel y me presenté enseguida para entrar al seminario. Guardaba un buen recuerdo de los curitas del colegio. A mi cucha esta vez la decisión le pareció maravillosa. Estaba feliz y le contaba a la gente de la plaza que su hijo, que antes andaba por los caminos prohibidos, ahora se iba a hacer sacerdote. ¿Y sabés que me dijeron estos malandros con sotana? Que no podían recibir a un man como yo, con pasado judicial y ensuciado por el narcotráfico. Así me dijeron esos bandidos. Imaginate. Como si los chupacirios de Roma no

estuvieran lavando la plata de los carteles hace rato en el banco del Vaticano. Yo había leído resto en la cárcel, me había informado, teníamos un club de lectura todos los sábados en la tarde. ¿Qué se creían esos rezanderos pirobos con sus residencias elegantes, sus fincas costosas y sus limosnas multimillonarias? Les grité que eran unos cacos disfrazados de curas y me echaron a la calle como un perro. Me importó un culo. Me dio rabia haber sido tan ingenuo, eso sí. Me emputó haber sido tan baboso, tan estúpido. Ninguno de esos facinerosos tenía una experiencia de Dios tan poderosa como la mía ni había sido llamado tan radicalmente como yo. ¿Cierto?

En un culto al que empecé a asistir tampoco me sentí bien. Los evangélicos y los católicos se parecen en algo: les fascina el billete. Les encanta vivir bien, viajar, comer en buenos restaurantes, comprar propiedades, acumular. Son bestias codiciosas. La ambición los corroe por dentro. Yo podía haber estado en la cana, sí, y era un delincuente, no lo iba a negar. Pero mi fe estaba limpia. No quería ascender socialmente, no deseaba carros ni casas en barrios de ricos, no quería pasar vacaciones en hoteles lujosos. Quería entrar al Reino eterno salvando la vida de los que estaban cruzando el desierto solos, sin agua y sin maná. Me entendés, ¿cierto?

No tuve otra opción que ir de visita un domingo al talego a hablar con el predicador. Le conté todas mis vicisitudes y le confesé que me sentía perdido, sin rumbo. El hombre me miró a los ojos con dureza y me dijo:

—¿Y vos qué te crees? ¿Que los apóstoles la tuvieron fácil? Acordate que Pablo estuvo encanado, torturado y perseguido casi toda su vida. Los caminos de Nuestro Señor son duros. La fe no es para gente endeble. Para guerrear por nuestro Señor hay que tener pelotas. Somos samuráis del Reino de los Cielos. Nuestra espada es el Libro Sagrado. Parate derecho. Si flaqueás, el Maligno se va a dar cuenta y te va a comer vivo.

—Es que no sé cómo servir, esa es la verdad —dije acongojado, a punto de echarme a llorar.

—¡De pie! Así es como servimos, con dignidad.

—Pero es que nadie parece estar interesado en la palabra del Señor.

—Los endebles no aguantan las pruebas que Dios les impone. ¿Es que acaso no lo ves? El Señor te está poniendo a prueba, está midiéndote para saber de qué madera estás hecho.

*—¿Y dónde está Dios? ¿Por qué no me habla directamente? —*supliqué *con vehemencia.*

—Te está hablando todos los días en cada obstáculo que te pone. Pero estás sordo, no querés oír. Solo querés lloriquear y quejarte.

—No es verdad.

—En la época del Imperio Romano no hubieras durado una semana. Esos sí eran cristianos de verdad. La palabra que los caracterizaba era coraje. Era una fe de verdad, de entrañas. Estos tiempos son débiles, de cosas que no duran. Así estamos hechos nosotros. Somos blanditos. Por eso el mundo es una porquería, porque nada es de verdad.

—Mi fe es de verdad.

—¡Entonces tenés que ponerte de pie y luchar! Eres un guerrero de Yahvé. A la mierda los sacerdotes y los pastores. Esa gentuza no ha entendido nada. Vamos a predicar en medio del desierto, no importa. En medio de las arenas, convertiremos a las zarzas y a los lagartos en hijos de Dios.

Eso era lo que necesitaba: volver a oír esa voz, esa fuerza invisible que habitaba dentro de él. Le propuse que abriéramos afuera una iglesia propia. No necesitábamos el aval de nadie. Podíamos tener nuestra propia sede, ayudar a los que estaban dentro y también darles una mano a los que salieran y no tuvieran trabajo ni dónde dormir. Al predicador le pareció magnífica la idea y me aseguró que empezáramos cuanto antes. Teníamos algunos patrocinadores, mancitos que habían salido de la cana y habían hecho algún billete. Le prometí que me iba a poner en la tarea y que lo mantendría informado. Salí feliz, con una misión encomendada. No te imaginás la dicha.

Y así fue, nos organizamos muy rápidamente. Éramos seguidores de otro presidiario, de un hombre que, como nosotros, había estado detenido, torturado y humillado. Un hombre al que le habían puesto una corona de espinas.

La primera sede la abrimos en Medellín y nos funcionó en pocas semanas. También nos vinculamos a los muchachos menores de edad que habían purgado alguna pena menor y a la cárcel de mujeres del Buen Pastor. Ellas son tremendas, nuestras guerreras más tesas. No te imaginás. Qué orgullo combatir con esas nenas.

No te creás que presidiario significa gente inculta, poca cosa. Olvidate

de eso. Detrás de las rejas también hay médicos, arquitectos, ingenieras, administradoras de empresas, de todo. La red se fue ampliando y empezamos a colaborar los unos con las otras. Se sentía una fuerza muy poderosa. El man que te habló el otro día en los subterráneos es uno de los nuestros. Ya tenemos sede aquí en Bogotá, en Medellín y una tercera en Cali. Yo me la paso viajando de una ciudad a otra solucionando problemas, cuadrando apoyos y buscando asesoría legal para proteger a los que no tienen la posibilidad de contratar a un buen abogado.

Y para que sepás, mucha de nuestra gente te ha leído y te admira. Por eso cuando te conocí ese día y tuve la oportunidad de lavarte los pies, lo hice con respeto y mucho afecto. Y me di cuenta de que vos estabas sintiendo lo mismo que yo, un momento puro, espiritual, un encuentro sagrado. La vida vale la pena por esos breves instantes en los que somos más que carne y huesos. ¿Cierto?

A grandes rasgos, esa es mi historia. Y ahora estamos metidos en la grande porque la gente de arriba nos considera escoria, somos para ellos su mayor peligro, una amenaza que no saben cómo quitarse de encima. Imaginate: primero nos pisotean, nos escupen, nos encierran, luego nosotros logramos levantar la cabeza y rehacernos, y al final lo que quieren es volver a meternos en el agujero. Nooo, papá, así no se puede. En lugar de ayudarnos y de luchar con nosotros por un nuevo país, estos pirobos lo que quieren es machacarnos como les dé la gana. No es justo. Y no se los vamos a permitir.

Creo que es hora de irnos a dormir. Tenemos que descansar. Mañana nos espera un día teso. No podemos seguir aquí metidos. Tenemos que comunicarnos con los otros colectivos y saber qué está pasando. ¿Cierto?

Pero sí quería que supieras que esto es mi vida, que la causa es lo único que existe para mí. No tengo nada más. El resto es vacío. Y quería decirte también que yo soy piso firme, que si algún día me pescan esas ratas, no podrán convertirme en un canario. No les diré una sola palabra. Prefiero morirme. Tú eres ya mi hermano, el brother, *la pinza, y siento mucho orgullo de luchar a tu lado. Si algún día escribís esto, ya tengo el título:* El Evangelio según Tomás. *No te olvidés.*

Dejame darte un abrazo. Que Dios te bendiga, amigo mío.

3

Al día siguiente, las noticias empezaron a aparecer desde muy temprano. Vi en un canal nacional que habían capturado a Houdini y me quedé frío, sin saber qué hacer. Decían que el terrorista Carlos Buenaventura había sido capturado por las autoridades en un operativo al norte de la ciudad. Pedí un computador prestado en el hotel y le envié un mensaje a Martina a su correo electrónico. Le dije que podíamos reunirnos por Skype unos breves minutos. Era una plataforma segura. Me dijo que nos conectáramos de inmediato y eso hicimos. De pronto la vi en la pantalla ojerosa, con los ojos rojos y la mirada perdida en el vacío.

—¿Qué pasó? —le dije apresuradamente.

—Creo que fue la empleada la que nos echó al agua.

—¿Cómo así?

—Tenían la casa vigilada desde hace días, pero no se atrevieron a allanar porque sabían que yo estaba aquí.

Debo aclarar que Martina no solo tiene mucho dinero, sino que además su padre es uno de los hombres más poderosos en la política tradicional del país. Un pez gordo. Seguramente, eso fue lo que impidió que se metieran con ella y que entraran a su casa a detener a mi amigo.

—¿Y estás segura de que fue la empleada?

—Unas horas antes de la captura se desapareció con su hija pequeña y esta es la hora que no sé dónde están.

—¿Y cómo detuvieron a Charlie?

—Estaba desesperado de estar acostado y encerrado. Me dijo que nadie sabía que él estaba aquí. Y se salió.

—Se los advertí.

—Yo también se lo repetí hasta el cansancio, pero ya lo conoces.

—No puede ser.

—Yo me entré a bañar cuando escuché todo el escándalo. Lo agarraron ahí mismo y se lo llevaron.

—¿Dónde lo tienen?

—No quieren dar información. Dicen que se trata de un problema de Seguridad Nacional.

—Dieron la noticia como si se tratara de un terrorista internacional.

—No debí dejarlo salir, qué bruta —dijo Martina muy compungida.

—No tiene sentido que pienses algo así. Charlie está muy viejo y ya sabe lo que hace. Se lo advertimos ambos.

—No debí dejarlo salir.

—Tenemos que averiguar dónde lo tienen. Cualquier cosa, nos comunicamos por el correo. No tengo el celular.

—Con razón. Te marqué mil veces.

—Estaré mirando el correo. Tranquilízate. Luego nos hablamos.

Ella colgó y me dije que otra vez pasaba lo mismo: cualquier mujer que se acercara a Houdini terminaba siempre igual, entre lágrimas, deshecha y preguntando dónde diablos estaba él. Por una razón o por la otra, el esquema era siempre el mismo.

Desayunamos con Tomás y con Isabel en el primer piso del hotel. Decidimos que cada quien intentara comunicarse con su gente y que en las horas de la noche nos encontráramos de nuevo en el hotel. Les advertí que se cuidaran la espalda y que estuvieran seguros de no estar siendo vigilados.

Como estaba relativamente cerca, caminé por la Carrera Quinta hacia el norte y llegué hasta La Macarena. Quería hablar con Michelle. No alcancé ni a llegar a la esquina cuando divisé a la distancia varias patrullas y carros oficiales parqueados justo frente a su edificio. Me metí en una tienda, pedí un jugo embotellado y, sin llamar mucho la atención, comenté en voz alta mientras miraba hacia la calle:

—Quién sabe qué estará pasando ahí.

—Están buscando a una terrorista —me dijo la dueña del local, una señora ya vieja y curtida.

—¿Sí? —dije con despreocupación.

—Ya estuvieron aquí preguntando por ella.

—Qué peligro. Esta ciudad se está volviendo invivible.

—Esa señora dizque era una artista, imagínese. Y mire en las que andaba.

—Está bien que la hayan agarrado.

—No la capturaron. Se les escapó.

—¿En serio?

—Están revisando todo el edificio, pero ella no está ahí. Yo llevo dos días sin verla.

—Este país no deja de sorprenderlo a uno. Muchas gracias por el jugo.

Estaba delicioso. ¿Cuánto le debo?

Pagué la cuenta y salí a la calle haciéndome el desentendido. Me regresé por la misma ruta que había llegado. Supuse que si la estaban buscando por todas partes ya tendrían bajo vigilancia mi apartamento. No podía volver por allá. Cuando llegué al Parque de la Independencia, bajé a la Carrera Séptima por las escaleras de las Torres del Parque. Bordeé la Plaza de Toros y crucé frente al Planetario Distrital en dirección al sur de la ciudad. En la Calle 24 me compré una gorra de los Bulls de Chicago. Con el tapabocas, las gafas oscuras y la cachucha, era difícil reconocerme. Busqué un café internet y entré para escribirle un mensaje a Michelle. Esperé unos minutos y no me respondió. Tenía que estar en plena fuga o ya escondida, cuidándose muy bien de que nadie pudiera ubicarla.

Almorcé solo en el restaurante del hotel y volví a pedir el computador prestado. Revisé el correo y ya estaba el mensaje de Michelle en mi buzón:

Se lanzaron sobre todos nosotros. Ten mucho cuidado. Supongo que ya te enteraste de la detención de Charlie. La mejor estrategia en este momento es desaparecer. Si te puedes ir fuera de Bogotá, mejor. Búscate un buen escondite y quédate quieto. Luego nos reagrupamos. Cruz y Resistencia.

Me tranquilizó saber que estaba bien. Era cierto que lo mejor era pasar desapercibido. De un momento a otro se me ocurrió que cualquiera de los trabajadores del hotel podía ir a denunciarme. Pero luego me dije que por qué ellos o ellas iban a suponer que me estaban buscando. Me habían visto varias veces en el hotel y siempre hacía lo mismo: leer, vagabundear por ahí y escribir. No tenían razón alguna para sospechar de mí.

En las horas de la tarde me bajé hasta la librería Torre de Babel y me compré la vieja edición de *Mascaró, el cazador americano*. Hacía muchos años que Conti era imposible de conseguir en las librerías oficiales y una editorial mexicana me había pedido un prólogo para esa novela. Estaban pensando en reeditar la obra completa de este autor. Si me iba a camuflar, lo mejor era ponerme a trabajar y esperar a que la tormenta amainara. Al fin y al cabo, yo no podía hacer absolutamente nada. A veces la quietud es una acción intrépida. Me llevé también las primeras ediciones de *Sudeste* y de *La balada del álamo carolina*. Releer a Conti y escribir sobre él era un gran plan.

Volví al hotel promediando las cuatro de la tarde y me puse a leer en

una sala pequeña del último piso. Hacía mucho tiempo que no sentía esa prosa de Conti dulce y amarga al mismo tiempo, como si uno estuviera probando una bebida deliciosa preparada con ácido. Tomé las primeras notas para el prólogo.

A las siete de la noche encendí la televisión y vi las noticias. Decían que en el Portal de las Américas los manifestantes se habían enfrentado a la policía debido al incremento en las tarifas del transporte público. Las imágenes eran caóticas, con bombas molotov, tanquetas del ESMAD y piedras volando por los aires. Era evidente que no se trataba de una protesta cualquiera. No estaban diciendo la verdad. En un supuesto reportaje investigativo, los periodistas afirmaban que los muchachos habían conformado grupos delictivos que extorsionaban a los vecinos de la zona y amedrentaban a cualquiera que pasara por el sector. Los hicieron ver como delincuentes muy bien organizados que azotaban los barrios aledaños e incluso a los mismos transeúntes. Después de ver el informe, lo más seguro era que el espectador común y corriente desarrollara una indignación en contra de los movimientos de resistencia juvenil. Incluso escuché que la dueña del restaurante comentaba:

—Lo que hay que hacer con esos vagos es ponerlos a trabajar. Que dejen de joder más. Lo que estamos necesitando es una recuperación económica.

Sucedía lo mismo de siempre: la misma policía infiltraba los grupos de protesta, las disidencias de las FARC ensuciaban el movimiento y algunos estafetas provenientes de Venezuela se encargaban de delinquir en su nombre. De este modo, lograban deslegitimar los justos reclamos de los estudiantes y quedaban en la picota pública. Ese era el momento de atacarlos y desmantelarlos con facilidad. La gente incluso celebraría las detenciones, las desapariciones e incluso los asesinatos, que los harían ver como daños colaterales en aras de recuperar la paz pública y el bien común.

A las ocho llegó Tomás y le pregunté si sabía dónde estaba Isabel. Me dijo en voz baja para que nadie nos escuchara:

—Ni idea. Yo estuve todo el día con mi gente y la situación no puede estar peor.

—¿Qué pasó?

—Allanaron la sede nuestra y se llevaron al encargado. Revisaron cuarto por cuarto con el argumento de que estaban buscando armas.

—No pueden hacer eso sin justa causa.

—Lo peor sucedió en Medellín. Detuvieron a seis personas del colectivo. Dicen que tienen pruebas de sedición y de contactos con grupos ilegales.

—¿Es cierto?

—Parece que uno de ellos guardó contacto con antiguos miembros de las FARC que no están en el proceso de paz.

—Y de ahí se van a agarrar para joder a todo el grupo.

—Exacto. No sé qué hacer. Están preguntando por mí a diestra y siniestra. Llegaron incluso a la casa de mi mamá, que es una señora de edad que no le hace mal a nadie.

—No estás usando celular, ¿verdad? —pregunté con preocupación.

—No, tranquilo. Hice llamadas desde números nuevos.

—Allanaron también el edificio de Michelle.

—¿Y la detuvieron? —preguntó Tomás abriendo los ojos de par en par.

—Se les escapó en el último minuto. Alcancé a ver el operativo de lejos. Llegaron en varios carros con detectives armados y todo.

—Esto no puede estar peor, ¿cierto?

—Me regresé sin que me vieran. Ahora me preocupa es qué le sucedió a Isabel.

Comimos juntos y nos fuimos a dormir. La preocupación nos tenía en alerta permanente. Esa noche estuve nervioso, despertándome cada dos o tres horas, como si esperara aún peores noticias. Fue difícil conciliar el sueño.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, ya Tomás se había ido temprano. Desayuné y decidí acercarme a la cafetería de San Victorino a ver si averiguaba algo acerca del paradero de Isabel. Cuando estaba bajando las escaleras del sótano donde quedaban varios de esos negocios, me di cuenta de que el lugar estaba acordonado. Dos agentes custodiaban la zona e impedían que nadie traspasara las cintas de seguridad. Uno de ellos alcanzó a decirme:

—El lugar está cerrado.

—Lo siento, estaba buscando el baño —dije haciéndome el idiota.

—Todo el lugar está clausurado.

—Sí, señor. Perdón.

Y me eché para atrás con paso torpe, como si fuera un señor a punto de orinarse en la calle. Los tipos se rieron de mí y desaparecí en segundos. Decidí acercarme a una tienda que colindaba con la plaza y pedí un agua aromática y un buñuelo que tenía muy buen aspecto. Dije como si estuviera hablando conmigo mismo:

—Cerraron las cafeterías del sótano. Qué raro.

La señora que me había atendido no se aguantó las ganas de calumniar a la competencia y se despachó sin reparos:

—Esas viejas estaban metidas en vainas raras. Bien hecho. Les llegó la policía y les cerró todos esos chuzos.

—¿Ah sí? No sabía. No vuelvo por allá.

—Detuvieron a varias de esas brujas. Las metieron en el camión y se las llevaron. Dicen que tenían armas guardadas en unos sótanos clandestinos.

—Estamos rodeados de hampones por todas partes. Lo que necesitamos es que nos dejen trabajar.

—Usted lo ha dicho, vecino. Por aquí a la orden. También tengo corrientazo al mediodía. Muy bueno, se lo recomiendo.

—Gracias, veci. Aquí estaré.

Pagué la cuenta y salí con paso torpe, como si tuviera diez años más y caminara con dificultad. Al cruzar la esquina apresuré el paso y subí hacia las montañas fijándome que nadie me estuviera pisando los talones.

Decidí ir hasta la casa de doña Amanda, la madre de Yesid, a ver si tenía algún dato sobre Isabel. Primero revisé la cuadra, eché un vistazo a ver si tenían a algún esbirro vigilando la zona, y no vi ningún movimiento que me llamara la atención. Entonces me acerqué a la casa y toqué el timbre. Me abrió un señor de edad, tosiendo y con una ruana puesta como si fuera una cobija. Di dos pasos atrás pensando en el COVID y pregunté:

—¿Doña Amanda, por favor?

—¿Quién la busca?

—Fui amigo de Yesid.

—¿No se enteró? La atracaron a cuchillo hace tres días aquí a la vuelta. Las bandas nos tienen asoleados. Ella intentó defenderse y la apuñalaron.

La enterramos ayer.

—¿Qué? —dije estupefacto.

—Sí, señor. Se llevaron a mi viejita —dijo el hombre con la voz entrecortada.

—Lo siento mucho. Mi sentido pésame —dije de manera automática.

Me despedí del anciano y esta vez tuve más cuidado de no estar siendo vigilado. Crucé almacenes y tiendas de zapatos, me metí por zaguanes y corredores estrechos, caminé hasta la mitad de un puente y luego me regresé, atravesé un parque, cogí un taxi hasta una estación de Transmilenio y finalmente cambié dos veces de ruta hasta estar completamente seguro de que nadie me seguía.

Los carniceros del gobierno habían fingido un atraco de la manera más vil y miserable, y no habían tenido el más mínimo inconveniente en coger a cuchillo a doña Amanda. No lo podía creer. Esa señora no podía ser más dulce e inofensiva. Definitivamente, no había la menor duda de que habíamos puesto en los cargos de poder a unos matarifes que actuaban a sangre fría.

Almorcé una hamburguesa y una gaseosa porque no tenía hambre. Mi estado de ánimo no era el mejor. Después del almuerzo entré a un café internet y revisé el correo. Había unas líneas de alguien llamada Reencarnada y supe enseguida que se trataba de un correo nuevo de Michelle. Decía de forma muy escueta:

No solo están deteniendo a la gente de los colectivos, también los están desapareciendo. Es un ataque frontal, sin contemplaciones. Lo venían planeando seguramente desde tiempo atrás. No nos dieron tiempo de defendernos. Si puedes irte del país, no lo dudes: vete. En Cali masacraron a varios de los integrantes nuestros de Siloé y de Petecuy. Los testigos nos aseguran que los ejecutaron extrajudicialmente y los arrojaron al río Cauca. Huye cuanto antes.

La situación no podía ser peor. En la tarde compré unos calzoncillos, dos camisetas y dos pares de medias. Regresé al hotel y terminé la novela de Conti. Estar escondido en ese lugar había sido una excelente idea. El prólogo fluyó bien porque sentí que estaba escribiendo sobre mí mismo y la situación de mi país. A Conti lo habían vigilado unos fanáticos derechistas que operaban desde las estructuras de poder y que se habían dedicado a exterminar cualquier manifestación de ideas de izquierda que

surgiera en la política, en el arte o en la prensa. De alguna manera, yo me sentía como él y tenía la impresión de que la historia era una espiral extraña que tendía a repetirse de un modo macabro.

En las horas de la noche, la encargada de la recepción me entregó un libro y me dijo que lo habían dejado en el restaurante con un mensajero en mototaxi. Le di las gracias, me fui a mi habitación y lo abrí con cierto temor. Era una biografía de Camilo Torres, el cura guerrillero, y en la primera página había una nota escrita en una hoja de cuaderno cuadriculada que decía:

Atacaron la ciudad subterránea y mataron a decenas de personas. Las otras están desaparecidas. Echaron gasolina y quemaron los socavones. Todos los colectivos están en desbandada. Me da miedo regresar al hotel. Si me están siguiendo no quiero que lleguen a vos. ¿Me entendés? Hay algo que debo hacer antes de huir lejos de la ciudad. Pasaré mañana a las cuatro en punto de la mañana. Tenés que estar atento. Quemá esta hoja por si acaso. Que Dios te bendiga, hermano mío.

La nota de Tomás me deprimió aún más. Los organismos de seguridad sabían que la gente se estaba organizando para exigir sus derechos, y, en lugar de defender los intereses de los suyos, de su pueblo, habían hecho lo más fácil, lo más ruin: apoyar y obedecer a los capos de arriba, a los mafiosos, a los corruptos y miserables políticos de un país a los que la palabra democracia les había quedado grande desde siempre. Qué bajeza, qué falta de coraje. Al terminar de leer la nota sentí un asco que se me hizo físico: unas arcadas súbitas casi me obligan a ir hasta el baño a vomitar.

A las cuatro en punto de la madrugada estaba en la puerta del hotel congelándome de frío. Un carro llegó y frenó frente a mí. Un conductor me preguntó:

—¿El señor Adán Santana?

Asentí y me subí en silencio. El hombre no me habló en todo el trayecto. Miré hacia atrás varias veces en el camino y nadie nos seguía. Me llevó hasta Usme, en los confines de la ciudad, y me dejó en la antigua plaza del pueblo. Ahí estaba Tomás esperándome. Me dio un fuerte abrazo y me dijo sonriendo:

—¿No te siguieron?

—Creo que no. Revisé varias veces.

—Bien, vamos.

Caminamos por unas callecitas empedradas y luego torcimos hacia la montaña. Nos internamos en una vereda donde había casitas de campo. Miramos a ver si alguien estaba siguiendo nuestros pasos y no vimos nada que nos alarmara. En algún momento paramos frente a un viejo portón de madera destartalado, Tomás lo abrió con facilidad e ingresamos a una propiedad humilde que tenía un rancho campesino en el centro, un gallinero medio desvencijado y un establo donde no había ningún animal a la vista. Entramos a la casa y nos recibieron tres hombres que me parecieron completamente fuera de lugar. Parecían unos viajeros venidos de muy lejos. Nos saludaron y me di cuenta enseguida de que uno de ellos hablaba en francés, el otro en inglés y el tercero en una lengua que no pude reconocer. Luego me enteraría de que era danés.

No sabía qué estaba sucediendo y por un momento pensé que había caído en una trampa. Me dije que tal vez Tomás era un infiltrado y me estaba entregando ante autoridades internacionales con algún pliego de cargos falso. Seguramente me habían hecho un montaje y me iban a extraditar quién sabe bajo qué acusaciones.

—¿Qué está pasando aquí? —dije en voz baja.

Tomás tomó aire y me dijo con una ternura que no supe cómo interpretar:

—Cada cierto tiempo este mundo necesita que llegue un Avatar para salvarlo. Somos bestias, maestro, ¿cierto?, animales que no logran superar su condición física y asumir su jerarquía espiritual. Por eso los mensajeros son tan importantes. Nosotros hemos seguido a uno completamente fuera de serie, nuestro Salvador El Cristo. Pero él nos prometió que regresaría, que volvería al final de los tiempos para rescatarnos y dar la última batalla. Todo mal será extirpado. Y las profecías se han cumplido, *brother*. Ha vuelto. Aquí está.

Tomás dijo las últimas palabras con los ojos arrasados en lágrimas. Me sentí en una clínica psiquiátrica entre psicóticos, esquizofrénicos y maníacos. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Dónde carajos me encontraba? Toda esa atmósfera me daba la impresión de estar en medio de una película surrealista.

—¿Y estos fulanos quiénes son? —dije ahogado, nervioso, respirando por la boca.

—Tres astrólogos que vienen a certificar la encarnación del Avatar que

ha llegado para salvar una vez más nuestro mundo —me respondió Tomás muy emocionado.

Entonces apareció en la sala una joven campesina de cabellera negra larga y sedosa. A su lado se ubicó un hombre de unos treinta años de edad, robusto y con varios días de barba. Los tres extranjeros se acercaron, posaron sus manos al tiempo con mucha delicadeza sobre el estómago de la muchacha, cerraron los ojos y a los pocos segundos sonrieron. El hombre que hablaba francés asintió y entendí lo que dijo:

—Loado sea el Señor.

El que hablaba en inglés se sonrió y muy emotivamente aseguró:

—He aquí el que ha venido a salvarnos de todos nuestros pecados.

El tercer visitante dijo algo con los ojos cerrados que no pude entender. Tomás se arrodilló y dejando que las lágrimas corrieran por sus mejillas, expresó con vehemencia:

—Bienaventurados nosotros, a los que se nos ha permitido ser testigos de la llegada del Redentor. Bendito sea este momento sagrado, este lugar elegido por el Padre, y benditos seamos cada uno de nosotros.

Yo no daba crédito a lo que estaba viendo. No podía ser. Así que esto era lo que estaban protegiendo los colectivos: ¡la segunda llegada de Jesús! ¡Qué locura! Mi hipótesis se confirmaba: ya no había realidad. Acabábamos de ingresar en una época atravesada por el delirio.

En cuestión de segundos me llegaron a la cabeza los *Proud Boys* asaltando el Capitolio en Washington como si se tratara de una fortaleza medieval; vi en una secuencia de imágenes la cantidad de fosas comunes en las afueras de Nueva York, la supuesta capital del mundo; recordé las marchas en contra de las vacunas y a muchos cantantes y gente de la farándula asegurando que nos estaban implantando chips imposibles de rastrear en nuestro sistema sanguíneo; escuché al expresidente Trump llamando a su base popular a que se levantara en contra de unas elecciones fraudulentas; evoqué en una serie caótica la cantidad de personas que había visto en tiendas y supermercados con máscaras antigás, abrigos de plástico hasta los tobillos y guantes negros hasta los codos; vislumbré a los animales durante la pandemia que salían de los bosques y transitaban por los pueblos y las ciudades en medio de las largas cuarentenas; rememoré las inundaciones, los volcanes en erupción, los incendios forestales en distintos lugares del planeta, y me dije mentalmente que la realidad había

desaparecido, se había esfumado y en su lugar había llegado este remedo, este reemplazo, esta invención alucinante en la cual cualquier disparate era asumido como auténtico.

La pareja de campesinos caminó hasta el portón de manera solemne. El hombre llevaba una maleta en la mano derecha. Los extranjeros contemplaban la escena absortos y muy emocionados. Dos individuos aparecieron de la nada y custodiaron a la pareja ladera abajo.

Amanecía sobre la ciudad y yo no dejaba de sentir que estaba en un universo paralelo, en una ficción, en una dimensión aparte, como si me acabaran de drogar con algún alucinógeno potente y no supiera cómo bajarme de ese viaje psicodélico. Solo atiné a preguntar:

—¿Para dónde van?

—Aquí están corriendo peligro —dijo Tomás mirándolos con profunda admiración—. Son tiempos de muerte y persecución.

—¿Los van a esconder?

—Viajarán a la selva, donde no podrán hacerles daño. Volverán cuando el Avatar esté listo para iniciar su misión.

La pareja se perdió en la distancia y los primeros rayos de sol iluminaron la ciudad allá abajo. Recordé inevitablemente las palabras de Carlos Fuentes al comienzo de una de sus novelas, cuando un indígena llamado Ixca Cienfuegos contempla la Ciudad de México desde una ladera y enuncia en voz alta:

Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer. En la región más transparente del aire.

TERCERA PARTE

LA CÓLERA DE DIOS

Capítulo I
El monje y el vampiro

1

Me costó mucho trabajo procesar lo que había acontecido en ese peculiar amanecer en las montañas de Usme. A los pocos minutos de haber desaparecido la pareja de elegidos, los extranjeros, sin mediar palabra, cogieron unos morrales que habían dejado en el establo y se fueron también ladera abajo. Tomás me dio un abrazo y me dijo:

—Desapareceré por un tiempo. Lo mejor para vos es que te vayás del país. Espero que el tiempo nos depare un nuevo encuentro. En la plaza está esperándote el mismo carro para regresarte al hotel. Cruz y Resistencia, hermano mío.

No supe qué contestar. Tomás se fue montaña arriba con lo que llevaba puesto, no sé hacia dónde porque solo se veían casas campesinas, árboles y alambradas. Yo me regresé a la plaza y, en efecto, ahí estaba el mismo conductor medio dormido en su asiento.

En el trayecto hacia el hotel no dejé de pensar un solo segundo en lo que acababa de ocurrir. Era de no creer. Estaba seguro de que si algún día narraba la escena, los lectores la iban a considerar pura ficción.

Ahora, yo había hablado en varias oportunidades sobre el caso del actual Dalai Lama, sobre los pormenores de cómo se elige a un nuevo Dalai después de la muerte del anterior. Resulta que el viejo Dalai, antes de morir, da algunas indicaciones del lugar y de la gente humilde que elegirá para reencarnar. Entonces toca esperar entre dos y tres años para que los

niños recién nacidos en esa zona empiecen a hablar. Y en efecto, pasado ese tiempo, un niño hijo de campesinos empezó a decir que tenía que volver a Lhasa, a su palacio. Enviaron una comitiva para confirmar la reencarnación, en la cual iban trabajadores, astrólogos y médicos que tenían que revisar ciertas particularidades físicas del nuevo cuerpo. El niño se vio sometido a distintos interrogatorios, le mostraron prendas y objetos del antiguo Dalai recién fallecido (mezcladas entre otras que eran falsas), y no se equivocó en ninguna de sus respuestas. Ese es el momento en el que la comitiva da su veredicto y enuncia que el nuevo Dalai ha sido encontrado. Lo llevan de regreso al palacio y ese es el hombre que hoy veneramos en el planeta entero, el líder espiritual que cuando habla en el auditorio de Naciones Unidas todos los demás jefes de Estado se callan y escuchan respetuosamente.

Pero claro, lo que en la historia inmemorial del Tíbet suena normal y parte de su tradición, aquí es difícil de entender y nos hace estallar la cabeza en mil pedazos. No se me pasaba por alto que el supuesto Avatar había elegido el Tercer Mundo, un lugar humilde, una familia pobre y un momento de la historia en el cual la tiranía, las persecuciones y las ejecuciones estaban a la orden del día. Las similitudes saltaban a la vista. Y, sin embargo, aun así, todo podía tratarse de una completa locura, de una pandilla de enajenados que se habían montado semejante obra de teatro en medio de una pandemia que nos había trastocado a todos, al punto de dudar de nosotros mismos cada mañana cuando despertábamos y nos teníamos que preguntar si estábamos en la vigilia o si continuábamos metidos en esa pesadilla en la que ya se nos habían muerto parientes, amigos cercanos y colegas que ya no volveríamos a ver jamás.

Regresé al hotel y desayuné como si estuviera en otro planeta. No podía quitarme de encima esa sensación de irrealidad permanente. Luego consulté el correo en el computador del *Business Center*, y me tropecé con un mensaje muy particular:

Estimado Adán,

le escribo desde una ONG con apoyo de la Unión Europea, en la cual damos seguimiento a casos de desapariciones forzadas y presuntas ejecuciones extrajudiciales por parte de organismos adscritos al Estado

colombiano. Me gustaría mucho poder hablar con usted y preguntarle por su cercanía con el grupo denominado Cruz y Resistencia. Al final de este mensaje encontrará todos mis datos.

Muchas gracias.

Maribel Alonso.

Lo que me faltaba, que ahora me consideraran una especie de líder religioso, gurú o algo por el estilo. No obstante, me di cuenta de que la mejor manera de protegerse era denunciar y hacer pública la situación de guerra soterrada que se estaba llevando a cabo en las sombras. Decidí no escribir ni llamar, sino visitar directamente la sede para evitar seguimientos o voces de alerta por parte de algún o alguna infiltrada. La ONG estaba en Teusaquillo, así que podía irme perfectamente a pie. De paso me despejaba un poco y procuraba desmarcarme de las chifladuras de Tomás.

Maribel Alonso resultó ser una chica de apenas veintiocho años, experta en Derechos Humanos, muy combativa y que venía haciéndole seguimiento a los hostigamientos, detenciones y desapariciones del grupo de Michelle y su gente. Apenas nos sentamos a conversar en su oficina, me dijo consultando los distintos archivos en su computador:

—El panorama es bastante deprimente. No olvides que nosotros no nos basamos en los informes oficiales, que siempre están maquillados. El Estado suele meter la mugre debajo del tapete. Nuestra organización tiene informantes en el terreno, lo que equivale a decir que estamos metidos de cabeza en el campo de batalla.

—Sé que han detenido a personas de los distintos colectivos y que otras están desaparecidas —dije sintiendo de repente un cansancio interior que me nubló el pensamiento por unos cuantos segundos.

—Es mucho peor que eso, Adán. Varios de los muchachos están en este momento en salas de interrogatorio, lo cual equivale a decir en salas de tortura.

—¿Y no es posible rescatarlos, sacarlos de ahí? Eso es una monstruosidad.

—Varios de los que no están detenidos hablarán hoy en una rueda de prensa virtual. El problema ya sabes cuál es: la mayoría de los medios de

comunicación pertenecen a consorcios económicos que defienden y protegen sus propios intereses.

—Es un establecimiento mafioso. Uno se cansa a veces de todo esto.

—Me lo dices a mí, que tengo que ver todos los días unos informes aterradores… Pero déjame preguntarte algo: ¿cuál es tu función dentro del grupo?

—Voy a las reuniones, eso es todo. Hemos enviado mercados, botiquines y otras ayudas a las zonas más golpeadas por la pandemia.

—¿Eres creyente?

Me quedé en silencio, pensativo. Maribel se dio cuenta de mi incomodidad. Yo solo atiné a decir:

—Me falta voluntad para sostener una fe que me es esquiva. Pero creo profundamente en el mensaje.

—¿Diriges algún grupo, tomas decisiones?

—No, en absoluto. Llevo poco asistiendo a las reuniones.

—¿Eres amigo de Carlos Buenaventura?

—¿Sabes dónde está? —dije abriendo los ojos y saliendo de mi letargo.

—Lo interrogaron. Ya te podrás imaginar. Anoche lo trasladaron a la Cárcel Distrital mientras deciden su situación jurídica.

—Al menos está con vida. Tampoco sé nada de una chica llamada Isabel. Tiene con su madre una cafetería en San Victorino.

—Está desaparecida. Se la llevaron en un carro no oficial y por eso es tan difícil investigar dónde la tienen.

—No entiendo.

—¿Recuerdas que en algún momento, en la guerra contra la guerrilla, las cifras de violaciones de derechos humanos por parte de las Fuerzas Militares llegaron a ser escandalosas?

Asentí. Ella continuó:

—En ese momento entraron los paramilitares. Ellos hicieron el trabajo sucio y el Ejército empezó a limpiar su imagen.

—Contratas asesinos a sueldo sin uniforme y la institución dice después no saber nada de ellos.

—Bueno, ya entendiste. Lo mismo se está haciendo ahora en las ciudades. Hay unos contratistas que se encargan de capturar, torturar y eliminar al adversario. Y la Policía dice sencillamente: nosotros no estamos involucrados, esos carros no son nuestros, no conocemos a esos

tipos.

—¿Isabel fue secuestrada por fuerzas parapoliciales?

—Eso creemos. La camioneta que se la llevó no tenía matrícula.

—¿Y no hay cómo ubicarla?

—En esas estamos, pero ya te podrás imaginar: trabajamos con las uñas. A veces incluso los mismos ciudadanos son cómplices y no dicen nada, miran para otra parte o les parece bien que les quiten de encima a esos revoltosos que les impiden trabajar.

—¿Es cierto que desmantelaron los socavones del centro de la ciudad?

—Entraron a la madrugada con lanzallamas. Arrasaron con todo. No tenemos un solo testigo porque no dejaron sobrevivientes.

—Como el napalm en Vietnam. No puede ser.

—Fue una masacre. El problema es que no hay cuerpos ni denunciantes. Muchos de ellos eran NN, gente al margen del sistema.

—Qué impotencia. No se puede hacer nada.

—Nos ayudaría mucho si podemos grabar un testimonio tuyo. Solo lo esencial, lo mismo que me has dicho aquí: por qué asistías al grupo, qué hacías, cómo colaborabas.

—Claro que sí —dije sintiendo que estaba a punto de ingresar de nuevo en una depresión.

En una sala aparte grabé el testimonio en cuestión de quince minutos. Cuando estaba a punto de irme, Maribel me hizo señas de que entrara de nuevo a su oficina. Abrió una carpeta, me señaló a un fulano con cara de funcionario público inofensivo, y me dijo:

—Tenemos detectado a este tipo. Es el torturador principal. Trabaja en silencio, sin protagonismos y es un sádico con licencia para hacer lo que le dé la gana con los detenidos.

—¿No se puede denunciar?

—No tenemos suficientes pruebas todavía. Necesitamos recoger más información.

La foto en la carpeta era aterradora: mostraba a un hombrecillo delgado, enjuto, como si estuviera a punto de doblarse debido a su debilidad. Tenía una mirada de águila al acecho. Maribel me dijo con voz apremiante:

—Necesitamos pedirte un favor.

—No lo he visto en mi vida —dije levantando los hombros.

—Él tiene un hermano. Es el opuesto. Vive en una comunidad religiosa cerca de Ráquira. No sale nunca del convento. Hemos intentado que nos dé información acerca de su hermano y ni siquiera nos dejan entrar.

—Supongo que a mí me pasará lo mismo.

—Inténtalo, por favor. Tú perteneces al grupo, aunque sea de manera colateral. Cualquier cosa que él nos diga nos puede ser muy útil.

Pensé que salir de la ciudad me vendría bien. Me sentiría útil y de paso me permitiría ausentarme para protegerme. Asentí y entonces Maribel me indicó los datos del convento y el nombre del religioso: Lorenzo Rengifo Sanclemente. Nos despedimos y prometí informarla de mi visita al hermano del torturador.

Esa misma tarde regresé a mi apartamento. No vi nada extraño en la calle. Mi celular estaba repleto de mensajes de voz, mensajes de texto y llamadas urgentes. Escribí a los más cercanos excusándome por estar fuera de la ciudad. Enseguida me duché y dormí una siesta porque me encontraba exhausto. Luego llamé a un conductor amigo y le pregunté si podía llevarme a Villa de Leyva al día siguiente. Quedamos en que me recogería a las nueve de la mañana. Quería dormir tranquilo sin pensar en una hora determinada para levantarme. Finalmente, hice una reserva en un hotel en la plaza principal del pueblo. Mi plan de fuga estaba listo.

El viaje transcurrió en paz. Nadie nos estaba siguiendo, o al menos eso creía porque no vi ningún carro ni cerca ni lejos de nosotros en la carretera. Hicimos una parada en el Sisga para tomar algo y ningún carro se parqueó en el lugar ni en las cercanías. Eso me dio un parte de tranquilidad.

La llegada a Villa de Leyva me llenó de alegría. Me encantan esas calles estrechas y empedradas, la arquitectura colonial, el ambiente desértico y la brisa limpia que baja de las montañas. Me dije que había tomado la mejor decisión al escapar de la ciudad.

En las horas de la tarde vagabundeé por los alrededores, tomé café, leí unas cuantas páginas de un libro sobre la inteligencia de los pulpos, comí en uno de los tantos buenos restaurantes del pueblo y reservé un taxi para la mañana siguiente acercarme a Ráquira y ver si me dejaban entrar a conversar con el hermano del asesino. No tenía ni idea de lo que me esperaba en ese extraño lugar. No sabía que estaba muy cerca de descubrir una de las tantas entradas a los infiernos.

2

El taxi se parqueó justo frente al convento. Le pedí al conductor que por favor me esperara el tiempo que fuera necesario. Ya habíamos pactado una tarifa por horas. Me bajé del carro, caminé unos cien metros y llamé a la puerta levantando con fuerza una pesada aldaba metálica. A los pocos minutos la puerta se abrió y un trabajador con botas y sombrero me preguntó con amabilidad:

—Sí, señor, ¿qué se le ofrece?

—Quiero hablar con el padre Lorenzo Rengifo, por favor.

—¿Tiene cita con él?

—Dígale que vengo del grupo de oración Cruz y Resistencia, por favor.

—Ya pregunto.

El hombre se retiró dejando la puerta abierta. Alcancé a vislumbrar un jardín magnífico con flores de distintos colores y un aljibe justo en el medio del patio conformando un hexágono en una distribución geométrica perfecta. Había algo mágico en el lugar: la construcción en piedra, un bosque cercano que despedía un aroma a espigas de pino esparcidas por el suelo y ese silencio conventual que tanto nos sorprende a los que estamos acostumbrados al estruendo insoportable de las grandes ciudades.

A los pocos minutos, el mismo trabajador regresó y me indicó:

—Cruce el patio y ahí estará el padre Gerónimo. Él es el director.

—Gracias —respondí mientras ingresaba en esa construcción que tenía una poderosa aureola medieval.

En efecto, del otro lado estaba un sacerdote de unos setenta años que se acercó a saludarme con beneplácito. Me dijo en un tono de voz gangoso, como si se hubiera visto afectado en algún momento en sus cuerdas vocales:

—Soy el padre Gerónimo. Encantado.

—Igualmente, padre. Mi nombre es Adán Santana.

—Tiene que saber que el padre Lorenzo está retirado de todo contacto con la humanidad.

—Solo quisiera hablar con él unos pocos minutos.

—Le preguntamos y es la primera vez que va a recibir a alguien en veinte años. Pero no puede verlo.

—No entiendo.

—Hizo voto de oscuridad.

—¿Qué es eso, padre?

—Hay monjes de clausura que hacen votos de silencio y deciden no volver a hablar nunca más. El padre Lorenzo hizo un voto de sombras, que significa no volver a ver el mundo exterior ni a ninguno de sus congéneres.

—¿Y vive en una celda sin verse con ustedes tampoco?

—Es una habitación cómoda al final del convento, retirada. Tiene un baño privado también. Ahí pasa sus días leyendo y orando.

—Y si no puedo verlo, ¿cómo hablaré con él?

—¿Ha visitado a las monjas de clausura en Villa de Leyva?

—Sí, padre, una vez.

—Bueno, aquí tenemos un torno igual, más pequeño, y si quiere pasarle algo, lo pone ahí, gira el torno y él lo recoge del otro lado. Lo mismo se hace si él desea pasarle algo a usted.

—Le agradezco mucho su gentileza, padre.

—Siga derecho por este corredor, cruza el siguiente patio, y al final verá unas escaleras que descienden a un sótano. Ya mandé ponerle allá una silla.

—Qué amable. Muchas gracias.

El sacerdote me dio la bendición con su mano derecha y se perdió por el corredor en dirección contraria. Yo empecé a caminar siguiendo las instrucciones que él me había dado. Atravesé un segundo patio lleno de gardenias, girasoles y claveles de distintos colores, continué en línea recta y de pronto vislumbré las escalinatas que bajaban hasta perderse en otro corredor subterráneo del cual no se alcanzaba a ver nada por la falta de luz. Bajé los primeros escalones y tuve que cerrar los ojos para acostumbrarme a la oscuridad. Luego continué hasta un pasillo en piedra donde al final logré reconocer una silla al frente de un portón de madera. El lugar daba la sensación de haber sido una cava de vinos o la alacena general del convento, donde se guardaban algunos alimentos, los enlatados, los encurtidos, las aceitunas y cosas por el estilo. El aire era pesado, denso, y la humedad se sentía en las fosas nasales. Me hice en el asiento y pude

notar que la puerta del lugar tenía una rendija de unos tres o cuatro centímetros que permitía ver del otro lado unos escasos rayos de sol, provenientes tal vez de una ventana pequeña o un tragaluz que comunicaba con el exterior.

Una voz grave, profunda, retumbó entonces contra los muros del lugar:

—¿Cómo es tu nombre?

—Adán Santana, padre. Gracias por recibirme.

—Soñé contigo hace dos noches. Sé a qué vienes. Se trata de mi hermano, ¿verdad?

Me impresionó que acertara de ese modo. Quedé al descubierto y no tuve tiempo de dar las elipsis que había planeado. Tenía que ir al grano y no camuflarme de ninguna manera. Le dije con la misma sinceridad:

—Sí, padre. Somos unos colectivos de oración y de acción social. Varios han sido detenidos y desaparecidos. Hay indicios muy serios de que él pertenece a grupos parapoliciales que torturan estudiantes y ejecutan personas extrajudicialmente. No encontramos información sobre él en ninguna parte.

—Ya es hora de que hable. Me queda poco tiempo. Mi cuerpo ya empezó a fallarme y no quiero morirme con esto dentro de mí.

Se hizo un silencio largo entre nosotros. Alcancé a escuchar el lejano sonido de unas cuantas gotas de agua cayendo en la oscuridad. Entonces el padre Lorenzo, con una voz apagada y triste, empezó a rememorar su niñez junto a su hermano. Era un relato melancólico que permitía entrever las miles de veces que lo había evocado estando ahí, hundido en las penumbras, enterrado en vida.

Me contó que pertenecían a una familia acomodada. Su hermano Emilio se había destacado desde niño en los deportes náuticos. Los fines de semana iban a navegar a Tominé en un pequeño velero con el cual él había empezado a ganar premios desde los ocho años. Sus padres los habían inscrito en el Club Barlovento, dirigido por un alemán del cual se rumoraba que había llegado camuflado después de la Segunda Guerra Mundial. Era fácil suponer que había sido un nazi convencido y que estaba huyendo de las investigaciones posteriores a la guerra. Lo cierto era que se destacaba por enseñar muy bien a los muchachos a navegar a vela y que Emilio era uno de sus discípulos más avezados.

Lorenzo asumió sin inconvenientes su rol de hijo invisible, de hermano

que no se destacaba ni en los estudios, ni en los deportes ni en nada. Era un alumno mediano y pacífico que no necesitaba en absoluto esforzarse para alcanzar ningún rol protagónico. Le parecía bien que su hermano asumiera ese papel. Él se contentaba con escuchar música, leer un buen libro o ver una película de aventuras, que eran sus preferidas. También holgazaneaba por ahí en bicicleta y perdía el tiempo vagabundeando por los alrededores del barrio, en parques y caños que circundaban el sector.

Sin embargo, empezó a notar que su padre castigaba severamente a Emilio por cualquier error menor que cometiera. Eran no solo prohibiciones a salir a la calle o encender la televisión, sino que muchas veces el hombre perdía los estribos y le propinaba auténticas palizas. Eso lo fue convirtiendo en un niño introspectivo, callado, pero al mismo tiempo empezó a desarrollar una personalidad resentida llena de odio. Una noche el padre llegó borracho, sacó todos sus zapatos y los puso en línea, y obligó a Emilio a que los lustrara hasta que quedaran todos relucientes. Fue una labor de horas. Cuando empezaba a amanecer el hombre se quedó dormido y el niño pudo irse a acostar.

A partir de ese momento, Emilio acondicionó un cuarto de chécheres de la casa para él solo. Era su refugio, el sitio donde nadie podía encontrarlo ni molestarlo. Llevó linternas, una radio vieja, unos cuantos libros del colegio y una bolsa de dormir. Le gustaba encerrarse ahí a pasar el tiempo solo. Acababa de cumplir los doce años.

Fue entonces que el perro de unos vecinos apareció descuartizado. Lo buscaron primero en las calles vecinas, en los parques y en los lotes vacíos, y nada, no fue posible encontrar una sola pista de su paradero. Y de buenas a primeras la empleada de los vecinos lo vio en el jardín de la casa desmembrado y sangrante, como si acabaran de arrojarlo por la barda. Una acción salvaje y despiadada que demostraba que el victimario había disfrutado también con la zozobra y la angustia de la familia que buscaba a su mascota por todas partes.

Lorenzo halló huellas de sangre en el cuarto de las escobas donde su hermano solía esconderse y una tarde lo confrontó:

—Hay sangre en tu refugio.

—¿Y qué? —le dijo él retador.

—Tú mataste el perro.

—No sabes lo que dices.

—Se van a ir del barrio. Lo consideraron una amenaza.

—Pues que se vayan.

—Eres insensible.

—Y tú no vuelvas a entrar en mi refugio, te lo advierto. Si vuelves a meter las narices donde no debes me encargaré de ti también.

Pocos meses después desapareció el pastor collie de otros vecinos y pusieron carteles por todo el barrio solicitando ayuda para encontrarlo. Mientras Emilio estaba en sus clases en el club náutico de Tominé, Lorenzo entró al escondite y halló al animal diseccionado en partes distintas. Una de las patas traseras estaba en un frasco con formol. El lugar ya despedía un olor a mortecino que confirmaba que el joven se la pasaba sacrificando animales con regularidad. Había adaptado una mesita vieja y tenía pinzas y bisturís metidos dentro de una bolsa de cuero.

El padre Lorenzo hizo un alto en su relato, tomó aire y escuché que bebía algo para humedecer las cuerdas vocales. Dijo con pena:

—A veces la memoria es un auténtico horror.

A partir de ese momento empezó a hablar en presente, como si los sucesos ocurrieran en ese mismo momento. Hablaba como si estuviera viendo sus recuerdos reflejados en una pantalla. Yo seguía el hilo sin perderme un solo detalle.

A los dieciséis años, Emilio empieza a sentirse atraído por la hija de la empleada del servicio doméstico, que es ciega y acompaña a su madre de vez en cuando a la casa. Lorenzo lo descubre hablando con ella, haciéndole preguntas sobre si tiene novio o no, y abre la nevera y le ofrece gaseosas y jugos de distintos sabores. Se hace pasar por un buen muchacho que muestra mucho interés en ella.

Otra noche lo descubre vigilando a una vecina paralítica de catorce años. Se ha comprado unos binoculares y se pasa horas enteras observando el cuarto de la joven, que vive justo al frente. Lorenzo se da cuenta de que su hermano lleva una doble vida: por un lado, es el estudiante modelo y el atleta que gana todos los torneos náuticos en los que compite; y por el otro, es un salvaje torturador y pervertido que da rienda suelta a sus más siniestros instintos bestiales.

La tarde de un sábado, Lorenzo ve a Emilio acercarse a la hija ciega de la empleada, que está en la cocina practicando con sus libros de braille. La engatusa con frases amables y cariñosas, y en un momento dado le

pregunta si alguna vez la han besado y si le gustaría probar. La chica se sonríe, titubea y no sabe qué responder. Entonces Emilio se acerca y la besa en la boca, al principio con ternura, lentamente, sin presionarla mucho. La chica cede y lo abraza con pasión. En ese momento, Emilio la agarra del pelo y la zarandea de mala manera. Ella solo alcanza a emitir un gemido de dolor y le ruega que la suelte. Él logra tirarla al piso y la observa con una curiosidad malévola, como si quisiera experimentar con ella lo mismo que les hace a los animales en su cuarto del terror. En ese momento Lorenzo aparece en la escena y pregunta con sequedad:

—¿Qué está pasando aquí?

—Métase en sus asuntos —le ordena Emilio mirándolo con violencia.

—Estos son también mis asuntos porque es mi casa —le responde Lorenzo decidido a irse a los puños—. Si no la deja tranquila voy a llamar a mi papá.

Emilio lo mira con rabia, lo señala como amenazándolo y le dice antes de retirarse:

—De usted me encargo después.

—Cuando quiera —le contesta Lorenzo sin miedo alguno.

Luego ayuda a la joven a ponerse de pie y le dice que su hermano está mal de la cabeza, que mejor no vuelva a la casa para evitar problemas. La chica le da las gracias y se seca las lágrimas con unas servilletas que él le pasa gentilmente.

Un año después, cuando Emilio está a punto de graduarse del colegio, se presenta un accidente automovilístico justo en la esquina de la casa de los Rengifo. Un carro choca contra un camión repartidor de refrescos. Los padres están trabajando, pero Lorenzo escucha el estruendo y baja corriendo las escaleras para salir a la calle y ver qué es lo que ha sucedido. Cuando llega a la escena del accidente, ve que Emilio ya está en el lugar y que, con el pretexto de ayudar, se acerca a la mujer que estaba conduciendo y que quedó atrapada en el carro. Lorenzo tiene la sensación de que la realidad se ralentiza, que todo parece estar sucediendo en cámara lenta, y ve cómo su hermano pone sus dedos en el cuello de la mujer y se da cuenta de que ella está muerta. Entonces le mete la mano en el sostén y acaricia uno de sus senos. Es un momento excitante para él porque cierra los ojos y se le nota en el rostro la intensidad del placer que está experimentando. Luego, cuando escucha las voces de los vecinos que se

acercan, retira la mano y grita pidiendo ayuda para sacar a la mujer del carro. Lorenzo se retira sin decir nada.

En este momento del relato, el sacerdote hizo una pausa larga, tosió y escuché que volvía a beber agua detrás de la puerta que nos separaba. A lo lejos se escuchaba el ruido de alguien cortando el césped con una podadora eléctrica. Esa habitación enterrada en ese sótano húmedo me pareció más tétrica que cuando había llegado. Yo tomé aire por la boca y aproveché para preguntarle al padre Lorenzo:

—¿Nadie se dio cuenta de lo que estaba pasando con él?

—Uno cree que los hijos de los pobres sufren más maltrato que los hijos de los ricos. Créame, es un prejuicio. Los ricos nunca tienen tiempo, viajan, les gusta divertirse lejos de sus hijos y los golpean y desprecian por igual. Mis padres se la pasaban buena parte del tiempo en el extranjero y nosotros nos quedábamos con dos empleadas que se encargaban de que la casa continuara funcionando normalmente.

—Pero ya en ese momento su hermano era un psicópata.

—No era el único. Cuando estaba a punto de graduarse, un compañerito suyo que acababa de cumplir dieciocho años entró a la casa de sus abuelos maternos, una gente que tenía mucho dinero y que en ese momento estaba pasando vacaciones en París, y se robó miles de millones de pesos entre joyas que estaban en una caja fuerte cuya clave él conocía, cuadros que cortó y luego metió en tubos de cartón, dólares en efectivo y euros. Durmió a la empleada con un somnífero muy potente, sacó el carro de los abuelos y se largó para el aeropuerto el mismo día. Supongo que hizo pasar las obras de arte como reproducciones y no sé cómo escondió tanto dinero en efectivo. Terminó en España dándose la gran vida en un hotel de cinco estrellas.

—Y solo tenía dieciocho años, increíble.

—La empleada dijo después que había escuchado a otro joven ayudándole a robarse las pinturas. Estoy seguro de que mi hermano fue ese cómplice oculto. No se pudo ir con él porque era menor de edad y necesitaba la autorización de mis padres para salir del país. El otro ya tenía pasaporte y sus visados en orden.

—Pero me sigue pareciendo increíble que nadie lo haya detectado.

—Una doble vida es fácil de ocultar. Muchas personas hacen lo mismo sin necesidad de delinquir: tienen hogares paralelos, hijos secretos o lavan

plata sin que nadie se entere.

—Eso es verdad —dije recordando varios casos que conocía de cerca y sobre los cuales había escrito en el pasado.

—Pero lo peor empezó después, cuando Emilio entró a la universidad a estudiar Medicina.

El sacerdote volvió a tomar aire, bebió una vez más de su vaso de agua y continuó contándome los pormenores de la vida de su hermano. Me dijo que desde el principio Emilio se había sentido atraído por los cadáveres de la morgue. Lo decía en la casa abiertamente, sin reparos de ninguna clase. Afirmaba que los más bellos y armoniosos eran los de las mujeres. Las morgues se volvieron sus lugares favoritos y solía sacar permisos extra para visitarlas con cualquier pretexto. Se consiguió una cámara pequeña y empezó a coleccionar fotos de mujeres muertas que luego pegaba en una cartelera con auténtica devoción. Todo el mundo estaba convencido de que iba a convertirse en un gran doctor.

Lorenzo descubrió que en el cuarto de chécheres, que ahora era oficialmente su estudio, tenía escalpelos, bisturís de distintos tamaños, pinzas y todo tipo de instrumentos de cirugía. Ahora tenía el pretexto perfecto para esconder sus manías sangrientas: decir que estaba estudiando y practicando para ser un gran cirujano. De ese modo empezó a entrar a la casa pollos que compraba en las plazas de mercado, conejos y perros que no se sabía de dónde los sacaba. Luego metía todo en unas bolsas plásticas rojas y las arrojaba en los contenedores de basura públicos, en la calle. A sí se deshacía de cualquier posible prueba que lo implicara con actos de crueldad animal.

Cuando estaba a punto de terminar la carrera, los padres sufrieron un accidente aéreo y murieron dejando a ambos hermanos huérfanos. Ese fue el momento de quiebre de Emilio. No volvió a la universidad y se encerró en una depresión profunda que le impidió salir a la calle durante dos años exactos. No pudo retomar la carrera y se convirtió en un bebedor compulsivo. Salía solo en las horas de la noche y se iba a ciertos antros del centro de la ciudad a beber hasta perder la razón. Los padres habían dejado una herencia significativa y Lorenzo había logrado dividir legalmente por partes iguales. Emilio se había quedado con la casa paterna más unas cuantas rentas que provenían de acciones en empresas nacionales que dejaban buenos dividendos. Sin embargo, en esos dos años dilapidó buena

parte del capital y terminó convertido en un marginal que no tenía amigos, que no trabajaba, que nunca había tenido una novia. Un tipo siniestro que solo vivía de noche, como un vampiro.

Una noche, Lorenzo, que vivía ya en un apartamento y que estaba terminando su tesis en la universidad sobre religiones comparadas, recibió una llamada de su hermano, que le dijo con la voz temblorosa:

—Te necesito, por favor.

—¿Qué pasó?

—Ven, te lo ruego. Es importante.

—¿Estás bien?

—No te demores, apúrate.

Lorenzo colgó, se cambió de ropa y llamó un taxi. En veinte minutos llegó a la antigua casa de sus padres. Tocó el timbre y le abrió un Emilio descompuesto, apestando a alcohol y con la cara convertida en una mueca de terror. Lo condujo hasta el patio interno, donde estaba en el suelo tirado un cadáver de mujer en ropa interior, con el cabello revuelto y degollada en medio de un charco de sangre.

—¿Qué hiciste? —le preguntó Lorenzo estupefacto, con la boca abierta, como si acabara de ingresar a una irrealidad de pesadilla.

—No lo sé, no me acuerdo.

—¿Cómo que no te acuerdas?

—Estábamos bebiendo unos tragos en la sala, me acerqué a besarla y no me acuerdo del resto.

Lorenzo recordó la escena con la hija ciega de la empleada del servicio. Ahora su hermano era ya un adulto, estaba en peores condiciones, alcoholizado y convertido en un monstruo que deambulaba por la ciudad en las horas de la noche. Era previsible que se convirtiera en un asesino. Emilio volvió a suplicarle:

—Ayúdame, por favor.

—¿Quién es esta mujer?

—No lo sé. La conocí en la calle.

—¿Es una prostituta?

—Eso creo.

—¿La recogiste en carro?

—No, caminamos hasta aquí. Estábamos cerca.

—¿Y qué quieres hacer?

—Necesito desaparecer el cuerpo. No puedo ir a la cárcel. No lo soportaría.

Lorenzo tragó saliva, tuvo unos segundos de indecisión y sintió que los lazos de sangre con ese hermano trastornado le pesaban hasta el punto de no querer volver a verlo nunca más. Pero antes tenía que rescatarlo del abismo. Al fin y al cabo, era su hermano, no podía negar ese vínculo. No podía mirar hacia un lado y hacerse el de la vista gorda. Había que enfrentar la situación.

—¿Tienes todavía el carro de papá? —preguntó Lorenzo saliendo del letargo.

—Sí, está en el garaje.

—¿Tiene gasolina?

—Creo que sí.

—Vamos. Tú te encargas después de limpiar bien y de desinfectar.

Lorenzo bajó dos cubrecamas enormes, los puso al lado del cuerpo, rodaron el cadáver y lo enrollaron. Luego usaron tiras de sábana para amarrarlo y lo metieron en el baúl del carro. Salieron sin hacer mucho ruido para no ir a despertar a los vecinos y Lorenzo tomó la Autopista Norte a media marcha para no ir a llamar la atención de las cámaras de seguridad vial. No se dijeron una sola palabra en todo el trayecto.

Cuando llegó a Tominé buscó una carretera secundaria que colindaba con el club náutico donde de joven solía navegar su hermano. Se detuvo muy cerca de la orilla del lago, entre unos árboles gigantescos que conformaban un bosque tupido. El frío cortaba la piel. Bajaron el cuerpo y lo llevaron hasta el borde, donde una marea alta acariciaba las espigas y las piñas recién caídas de los pinos cercanos. Lorenzo sacó algunas herramientas del carro (incluido el gato hidráulico) y las ajustó al cuerpo para sumergirlo bien en el agua y que no fuera a flotar. Lo arrastraron varios metros y lo hundieron. Luego pusieron varios troncos encima. No había forma de que lo encontraran. El agua ayudaría a descomponerlo rápidamente.

Lorenzo condujo de regreso a Bogotá con el mismo cuidado, a sesenta kilómetros por hora. No habló con su hermano en ningún momento y se dio cuenta de que parecía ido, como en trance. Lo dejó en la casa cuando estaba empezando a amanecer. Le entregó las llaves del carro y le dijo:

—No quiero volver a verte nunca más en la vida.

Y se fue sin mirar atrás.

Ese mismo día empezó los trámites para ingresar a la orden religiosa. Siempre había sido un muchacho creyente y muy devoto. Sentía que había cometido un pecado muy grave y necesitaba expiarlo. Pidió ser un monje de clausura y entregó sus bienes a la orden para no tener ningún contacto con el mundo exterior. Luego de dos años de encierro hizo el voto de sombras y se recluyó en esa celda para siempre.

El padre Lorenzo terminó su relato y noté que estaba fatigado, como si acabara de cumplir con una confesión que tenía pendiente de tiempo atrás, pero para la cual no estaba preparado. Finalizó diciéndome:

—Cuando llegué aquí supe por unos sacerdotes jóvenes muy combativos socialmente que Emilio había sido reclutado por fuerzas oscuras. Ese era su destino.

—¿Qué fuerzas oscuras?

—Llevo muchos años aquí encerrado y no me entero de casi nada de lo que sucede en el mundo exterior. Pero sé que bajo la tutela del Ministerio de Defensa terminó Medicina y luego fue un estudiante brillante de posgrado. A mediados de los noventas estuvo con los paramilitares en el Magdalena Medio. Seguramente hoy en día continúa haciendo trabajos para ellos.

—Hay indicios de que el Gobierno contrata grupos parapoliciales para los trabajos sucios.

—La guerra se va acercando cada vez más a las ciudades. Él debe estar metido ahí de cabeza. No se me hace raro. Ahora, si me excusa, me siento un poco ahogado.

Fue en ese momento justo, lo recuerdo bien, que el padre Lorenzo pasó frente a la hendidura que tenía la puerta y pude verlo por unos breves segundos. Mis ojos ya estaban acostumbrados a la oscuridad y por eso pude detallar sus rasgos. ¡Era idéntico a la foto que me había mostrado Maribel en su oficina de la ONG! ¡Era el mismo hombre! La nariz en forma de garfio, los ojos de pájaro, la delgadez extrema. ¡No podía ser! ¿Qué estaba pasando? Entonces, en un momento de lucidez extrema, alcancé a decirle con la voz temblorosa:

—Una última pregunta, padre Lorenzo. Ustedes son gemelos, ¿verdad?

—Así es, hijo mío. Es mi otra mitad. A veces siento en mi interior todo

el horror que lo rodea. Tengo sueños que me comunican con él. Ese ha sido mi infierno.

—Gracias por su tiempo, padre. Espero poder volver a visitarlo.

—Ve con Dios.

Salí de allí como si acabara de regresar del Hades, de ese otro mundo donde las almas purgan en medio de grandes tormentos. Evoqué pasajes de Dante en la *Divina Comedia* y escenas de Ulises conversando con los muertos en *La Odisea*.

Cuando salí al patio principal, la luz del sol sobre las paredes del monasterio, las ramas de los árboles del jardín meciéndose en el aire, el aroma de las flores acariciando mi sistema olfativo, todo me parecía perteneciente a un universo excelso, puro, bendecido por una energía invisible.

3

Al día siguiente de mi regreso de Villa de Leyva aparecieron en la televisión unos cuantos segundos de una entrevista que yo había grabado varias semanas atrás. Era un especial sobre educación e inicialmente había hablado ante las cámaras cerca de trece minutos. Expliqué cómo lo único que generaba transversalidad social en Colombia era la educación o el narcotráfico. Si uno era un joven de familia humilde y quería romper el cerco de esa pobreza, solo tenía dos opciones: educarse o meterse en algún cartel. No había más. Por eso la educación en nuestro caso era una lucha también en contra de los capos y los mafiosos. Si habíamos apostado por el proceso de paz con las FARC, era justamente para sacar los dineros de la guerra e invertirlos en computadores, en becas estudiantiles, en fondos de inversión educativa. Y si el gobierno había traicionado esos ideales, ¿qué era entonces lo que había hecho? Pues apoyar a los narcos, fortalecerlos y brindarles un terreno seguro para que siguieran delinquiendo. Era un círculo vicioso.

Los periodistas solo sacaron treinta segundos de los trece minutos que habíamos grabado inicialmente. Mostraron un país maquillado en donde supuestamente la investigación académica era un hecho cotidiano, donde

los jóvenes eran grandes emprendedores y donde la ciencia y la tecnología se desarrollaban con grandes apoyos estatales. Presentaron un país pujante lleno de esperanza. Confirmé, entonces, lo que muchos de los muchachos decían durante las marchas y las protestas: que los medios de comunicación oficiales son cómplices de las estructuras mafiosas y las mantienen en el poder. Así era. El poder mediático, en lugar de asumir una posición crítica y combativa, se rendía sin dar siquiera la batalla. No había nada qué hacer: el establecimiento era una máquina de corrupción en donde los distintos estamentos se apoyaban los unos a los otros.

La única esperanza que tenían esas nuevas generaciones era que los políticos no mafiosos lograran consolidarse en una propuesta única y vencieran en la primera vuelta, lo cual, en un país cuya clase política estaba cooptada por los carteles, no era fácil. Así las cosas, el país parecía ir navegando hacia su propio desastre, como un barco que se va acercando a un iceberg y decide mantener el rumbo de manera fatídica.

Después de mi visita al monasterio de Villa de Leyva le rendí un informe pormenorizado de mi charla con el padre Lorenzo a la ONG que me había contactado. Les conté palabra por palabra toda la conversación con el sacerdote. Subrayé que no solo eran hermanos, sino gemelos, y eso significaba que tenían el mismo ADN. Ese dato podía llegar a ser clave en alguna futura investigación. Maribel me llamó personalmente y me dio las gracias por toda la información suministrada. Me dijo también que Isabel continuaba desaparecida y que estaban intentando encontrarla con todos los medios que tenían a su alcance.

El balance no podía ser más desalentador: Michelle huyendo, Tomás acompañando a la pareja del nuevo Avatar a internarse en la selva quién sabe dónde, Isabel secuestrada, la madre de Yesid asesinada, la ciudad subterránea desmantelada y arrasada, y toda la gente que allí vivía eliminada. Como si no fuera suficiente semejante masacre, varios estudiantes de Cali y Bogotá habían sido desaparecidos o detenidos y procesados con cargos amañados. El ataque había sido demoledor.

Yo no podía sentirme peor. Tenía la impresión de ser un integrante inservible, un bueno para nada y me dio miedo de que la depresión volviera a aparecer y me destruyera anímicamente. Fue entonces que una noche recibí una llamada de un fulano que me dijo en el teléfono:

—Sé dónde tienen a su amiga Isabel. Si llama a la policía ella se muere. Barato: veinte millones y le paso el dato. Vuelvo a llamarlo mañana por la mañana, a las siete en punto.

Y colgó. Quedé pegado al techo toda la noche. El insomnio me dejó al borde de un ataque de nervios. Imaginé mil hipótesis posibles y cuando el desconocido volvió a llamar, le dije con convicción:

—Deme una prueba de supervivencia y le entrego el dinero.

—No tengo cómo acercarme. La tienen en una bodega. Es una buena chica. Le estoy cobrando porque mi familia no tiene con qué comer. La pandemia nos dejó en la calle.

—No le puedo entregar mis ahorros sin estar seguro.

—Allá usted. La van a matar pronto.

—Lo mismo le digo: allá usted. Eso le quedará en su conciencia.

Y colgué sin pensarlo. No me volvieron a llamar y me quedé con la duda. ¿Qué tal que la llamada hubiera sido auténtica? ¿Había dejado morir a una amiga por veinte millones de pesos? ¿Estarían torturando a esa pobre chica justo en ese momento, mientras yo daba vueltas y dudaba de la información? Lo cierto fue que me quedé quieto y ni siquiera le reporté a las autoridades el número del cual me habían llamado.

Otra noche me llegó al correo un mensaje que decía:

Mi hermano está cuidando a su amiga Isabel. La están interrogando para sacarle información sobre el movimiento al cual pertenecen ustedes. Está muy débil. Se encuentra en una casa de un barrio popular al sur de la ciudad. No durará mucho. Si usted nos entrega 100 millones de pesos, le pasamos el dato para que la rescaten en un horario en el que mi hermano no esté en la casa. Si quiere salvarla tiene que apurarse.

Hubo algo que me hizo dudar: no había errores de ortografía, ni de gramática o de sintaxis. Si se trataba de alguien con un bajo nivel de escolarización, tal manejo del lenguaje era sospechoso. Ahora, podía tratarse también de un hermano del matón que sí era ilustrado y que tal vez se encontraba estudiando en la universidad. Yo respondí en el mismo tono de la llamada telefónica:

Si ustedes me dan una prueba de supervivencia, yo consigo el dinero como sea.

Dos horas más tarde, recibí la respuesta:

Mi hermano no tiene acceso a su celular en los turnos de guardia. Me

dijo anoche que la chica está deshidratada y que empezó a alucinar. Toca actuar ya.

Esa tarde no sé qué fue lo que me sucedió, pero volví a sentir que la locura se apoderaba de mí. Estaba harto de todo. Me pareció un país mafioso en sus entrañas más profundas. ¿A quién se le ocurría aprovecharse de la desaparición de una persona para sacar provecho? ¿Cómo era posible que hubieran surgido de la nada todos estos oportunistas a cobrarme un rescate? ¿Por qué a mí? ¿Por qué no se comunicaban con la familia de Isabel? Eso significaba que alguien al interior del movimiento había filtrado la información de que podían sacarme una buena plata chantajeándome. Así que tomé la decisión de mandarlos a la mierda:

Pues, mis queridos amigos, que se muera. De malas. Díganle que no me dio la puta gana de pagar un rescate y que la muerte no me parece una mala idea. Bienvenida sea. Que nos vemos al otro lado. Espero encontrarme con ella muy pronto. Hasta nunca.

Mientras escribía ese mensaje no pude evitar reírme. Me hubiera encantado ver la cara del imbécil que me estaba escribiendo cuando leyera mi nota. Hijo de puta. A chantajear a su puta madre.

Como era de esperarse, no me respondieron. Decidí entonces pedir un permiso para visitar a Houdini en la Cárcel Distrital. Hice todos los trámites y me otorgaron una entrada para ese domingo en las horas de la mañana. Llegué muy temprano junto a cientos de los familiares de los reclusos. Presenté mis documentos, me requisaron, me tomaron las huellas dactilares, dejé las llaves, el dinero y el celular en una de las garitas de la guardia, y entré a una zona de visitas donde estaba Charlie esperándome.

El golpe al verlo me dejó sin aire. Estaba irreconocible: la ropa le colgaba, tenía unas ojeras que lo habían envejecido diez o quince años, lo habían rapado y afeitado (parecía un reo de un campo de concentración), y para colmo de males había perdido uno de los dientes delanteros. De la imagen del músico de *jazz* bohemio, barbado y melenudo no quedaba nada. Parecía un mendigo callejero, un indigente enfermo al borde de la muerte.

Lo abracé con ternura y los ojos se me llenaron de lágrimas. Él empezó diciéndome:

—Me siento fatal.

—Tienes que comer mejor y recuperarte. Voy a ver si me dejan

enviarte unos enlatados y suplementos vitamínicos.

—No lo digo por eso. Es por Martina.

—No te entiendo.

—No seguí tus instrucciones, lo siento —dijo él con la voz apagada y mirando hacia el suelo, como avergonzado de sí mismo—. Le hice un daño tremendo.

—Lo único que te falta es empezar ahora a culparte. Fresco.

—Estaba decidido a no volver a repetir la historia y mira…

—Nuestro inconsciente es a veces más poderoso que nuestro lado racional. Esa batalla casi siempre está perdida.

—Yo la amo, hermano, de verdad. Nunca había sentido nada parecido.

—La vida no se termina aquí.

—Es la mujer de mi vida. No sé cómo pude haberle hecho algo así.

—Ya vendrá a verte y podrás hablar con ella con calma.

—Me pagó un abogado privado muy bueno y se fue del país.

—¿Estás seguro?

—Eso me dijo el abogado. No quiere saber nada de mí.

—Te tocó entonces estar por primera vez en la otra posición. Ahora ya sabes lo que sintieron todas tus ex.

—Esto es un infierno. No me la puedo sacar de la cabeza.

—¿Sabes algo de Michelle?

—Lo otro que me tiene mal es que no pude aguantar.

—¿De qué me estás hablando?

—Me doblegaron, hermano, no soporté.

—¿Te refieres a los interrogatorios?

—No te dejan dormir, ni comer ni beber. Es tenaz, viejo. Se te van las luces, empiezas a sentir que estás en otra dimensión.

—¿Pero de la herida ya estás bien?

—Eso se cura, hermano, pero sentirse como un traidor no, es para siempre.

—¿Un traidor por qué?

—Después de cuarenta y ocho horas de interrogatorio me vencieron.

—¿Te torturaron? Podemos poner la denuncia de inmediato.

—No me tocaron físicamente porque sabían que no debían dejar huellas.

—¿Y entonces?

—Me dijeron que tenían a Martina detenida en el cuarto de al lado.

—Eso es tortura psicológica.

—No hay cómo confirmar algo así. No hay testigos.

—De todos modos, podemos instaurar una denuncia. Puedo hablar con tu abogado y agilizar ese trámite.

—No quiero traerle más problemas a Martina. Déjalo así.

—No me parece lo correcto. Por eso es que esos matones siguen haciendo de las suyas.

—Yo escuchaba gritar en el cuarto de al lado a una mujer. Suplicaba, lloraba, gemía. Pensé que era Martina. Me dijeron que la iban a violar entre varios, que la dejarían hecha una miseria.

No dije nada. El recuerdo de los interrogatorios llenó de pavor a Charlie y la voz empezó a fallarle:

—La mujer daba alaridos de espanto. No aguanté y les dije todo: dónde nos reuníamos, quiénes asistían a los encuentros, cuántos colectivos había, todo.

—¿Hablaste de mí también?

—Lo siento, viejo. Siento asco de mí mismo.

—Tranquilo, no tengo nada que ocultar. No es ilegal hablar de la Biblia y ayudar a los demás.

—El problema es que les dije dónde estaban los refugios clandestinos.

—¿Entraron a los socavones por tu información?

—Eso creo.

Charlie estaba carcomido por la culpa. Se le veía en el rostro que no podía dormir, que comía poco, que no tenía paz consigo mismo. Estaba convertido en un guiñapo. Procuré cambiar de tema y hablamos de frivolidades. No quise contarle lo del sacerdote ni el episodio con Tomás en Usme. No sabía si volverían a interrogarlo y era mejor ser prudente. Pasamos cerca de tres horas juntos y le prometí que le haría llegar una caja con alimentos para que iniciara su recuperación. Él solo me pidió que le enviara un mensaje a Martina diciéndole que él la amaba de verdad y que si lograba salir de la cárcel quería pasar el resto de su vida con ella.

Cuando salí de la prisión caminé un rato hacia el norte. Sentía una tristeza infinita. Había algo en la expresión de Charlie que parecía irreversible, como si él hubiera cruzado una línea muy fina y no tuviera retorno. Me imaginé que la situación era más grave y que él no había

podido decirme toda la verdad. Quizás le habían ofrecido rebaja de penas y él decidió incriminar a otros con tal de salvar su pellejo. De ahí la culpa que lo atormentaba. Y eso explicaría también por qué Martina había tomado la decisión de mandarlo al quinto infierno y se había largado del país.

Aun así, al día siguiente le preparé la caja con enlatados, vitaminas y suplementos alimenticios, y se la envié a la cárcel a su nombre. Llamé a la dirección de la guardia, les expliqué que yo había confirmado por internet qué productos se podían enviar y cuáles no, y les pedí que por favor no fueran a decomisar nada invocando pretextos que no estaban en las reglas establecidas por el Ministerio de Justicia. Luego me desentendí del asunto porque supuse que también me había involucrado a mí en sus negociaciones legales.

Esa misma semana me llamó la mamá de Isabel y me dijo con la voz convertida en un susurro:

—Don Adán, tengo información sobre el paradero de mi hija.

—Hay que avisarle a la policía —dije yo enseguida pensando en un rescate inmediato.

—Entre los que la tienen hay varios policías.

No supe qué decir. La historia de siempre: uno pensando en acudir a las autoridades, cuando son las mismas autoridades las que nos tienen contra la pared. La mujer continuó:

—Me dijeron que la van a soltar esta noche.

—¿No hay cómo confirmar esa información?

—No, señor. Yo creo que es verdad. Me dijeron cosas de ella que son ciertas.

—¿Y en qué le puedo colaborar?

—Vaya conmigo, por favor. No tengo nadie más en quién confiar.

—Claro que sí, por supuesto. Dígame dónde nos vemos.

La mujer me dio unas indicaciones en la zona industrial, cerca de unas bodegas donde solían llegar contenedores de una marca muy prestigiosa de comestibles. Me advirtió que no debía avisarle a nadie ni llegar acompañado. Le dije que no se preocupara.

Llegué una hora antes y me bajé a pocas calles del sitio preciso de la cita. No vi nada raro. Caminé hasta la esquina donde habíamos quedado de encontrarnos, y, en efecto, la mamá de Isabel apareció también a pie. Nos

saludamos dándonos un fuerte apretón de manos.

—Gracias por venir, don Adán.

—No me diga así. Adán a secas.

—Es por respeto —dijo ella mirando su reloj de pulso—. Falta todavía media hora.

—¿Quiénes la están llamando?

—No sé. Pero me dijeron que me la van a entregar ahora.

—¿Y no le parece raro que los mismos que la secuestraron llamen a la familia para entregársela?

—Precisamente por eso confío, porque no me pidieron nada a cambio.

Era un buen argumento. Nos quedamos callados unos cuantos minutos. El frío arreciaba. Las calles de ese sector eran amplias y de vez en cuando pasaban por allí camiones enormes que venían a entregar o a cargar mercancía. En algún momento, el celular de ella sonó y ella contestó diciendo:

—Sí, señor. Ya estoy aquí… No, señor, solo con un amigo… Es un escritor… No tiene nada que ver con la policía… Es para que me ayude a llevarla a la casa… Por favor… No me hagan esto… Se lo suplico… Apiádese de mí, se lo ruego… Usted también tiene una madre que lo quiere y que espera volver a verlo…

El hombre que estaba del otro lado de la línea colgó. Ella se quedó llorando desconsolada, sin saber qué hacer. Yo le propuse:

—Si quiere nos quedamos un rato a ver qué pasa.

—Sí, señor. Gracias.

Y ahí estuvimos cerca de una hora más. El frío nos tenía las mejillas y la nariz congeladas. Uno de los celadores de las bodegas más cercanas se nos acercó a preguntarnos quiénes éramos y qué estábamos haciendo ahí parados en esa esquina. Dijimos que habíamos pedido un taxi y que no llegaba. El tipo se puso de mal genio y nos dijo en un tono amenazante:

—No me crean idiota. Llevan dos horas. Qué taxi ni qué nada. Si no se van ya voy a llamar a la policía.

Le dije que no se alarmara, que lamentábamos mucho haberlo puesto nervioso, que ya nos íbamos, y cogí a la mamá de Isabel de la mano y la conduje hasta la Avenida 68. Tomé el primer taxi que pasó y llevé a la señora hasta su casa. Le dije que luego hablábamos, que intentara dormir. Después, en el mismo carro, me fui hasta mi apartamento y llegué en las

horas de la madrugada con las manos agarrotadas por el frío.

Estaba seguro de que la madre de Isabel había sido víctima de esa misma ralea que disfruta en este país con el dolor ajeno. Creemos que los victimarios son gente maligna y descompuesta que asesina, roba o hace daño en cierto tipo de circunstancias. No, no es así. Estamos tan mal, tan enfermos, que la gran mayoría disfruta enormemente viéndonos sufrir. Son felices cada vez que recibimos una mala noticia, que nos sucede alguna catástrofe o que entramos en una clínica a la sala de urgencias. Los sádicos no son unos malhechores que están allá, lejos de nosotros. No, son los que están más cerca: nuestros vecinos, nuestros supuestos amigos, nuestros propios familiares.

En infinidad de crímenes el victimario es un amigo íntimo o un familiar. La vieja historia de Caín y Abel. En este caso sucedía lo mismo: alguien muy cercano a la familia de Isabel estaba aprovechando la desdicha de su desaparición y había decidido hundir el cuchillo por la espalda y disfrutar con la sangre que salía a borbotones.

Y cuando yo ya no sabía qué más hacer, de pronto una mañana me llamó Maribel y me dijo:

—Acaban de encontrar el cadáver de una joven que coincide con la descripción de Isabel. Lo siento mucho.

—¿Dónde? —dije yo con un nudo en la garganta.

—En un descampado en Bosa. No se ha confirmado la identidad, pero todo apunta a que es ella.

—¿Dónde la tienen ahora?

—En Medicina Legal.

—Ya voy para allá.

Colgué y salí de inmediato hacia el centro. Me dije que lo mejor era no llamar a la mamá de Isabel hasta que no estuviera seguro de su identidad.

Una hora después, me presenté como amigo íntimo y uno de los médicos que había leído alguno de mis libros tuvo la gentileza de agilizar el reconocimiento del cadáver y me hizo entrar a una sala helada donde estaban varios cuerpos tapados con sábanas. La escena no podía ser más lúgubre. Corrieron la tela y pude ver ese rostro dulce que tantas veces me había acompañado en los últimos meses. Me quedé pasmado, paralizado de espanto, y entonces se me ocurrió algo extraño: que yo no había querido mirar el cadáver de mi mamá. Ni en el hogar geriátrico, ni cuando la

funeraria la había recogido ni en la sala de velación. No quería llevarme conmigo esa imagen, que seguramente me iba a atormentar toda la vida. Y ahora había decidido reconocer este cuerpo y tendría que cargar por el resto de mis días con ese rostro magullado, con ese rictus de angustia, con esos ojos torcidos mirando hacia ninguna parte.

El médico de la morgue me preguntó:

—¿Sí es su amiga?

Asentí. El médico me aclaró:

—Excúseme, pero tiene que decirlo abiertamente. No podemos interpretar gestos.

Yo solo atiné a decir en un susurro:

—Sí, es ella.

Y sentí una vez más que la muerte me atravesaba el alma y que a mis pies el mundo se abría en un abismo oscuro y sin fondo por el cual yo volvía a caerme sin redención alguna.

Capítulo II
El Club de los Relámpagos Solitarios

1

Un día me desperté y el mundo era un apocalipsis generalizado, un caos que se había extendido por todo el globo: guerras, hambrunas, migraciones interminables, inundaciones, incendios y volcanes en erupción. Nuestro final se acercaba lentamente, pero de manera implacable.

Después del asesinato de Isabel, mi ánimo iba de mal en peor. No había querido ir al entierro porque no me sentía capaz de asistir a un funeral de una joven que en el último tiempo había sentido muy cercana a mí. La pandemia, sumada a todas las violaciones a los derechos humanos por parte del gobierno de turno, a los secuestros, las desapariciones y los asesinatos selectivos, eran una secuencia mortuoria que me estaba dejando sin aliento. No me sentía capaz ni de ir al supermercado siquiera. Volví a encerrarme en mi apartamento como un anacoreta. Asumí mi síndrome de la cabaña sin vergüenza alguna.

Una tarde revisé el correo electrónico y me encontré un correo de Martina que decía:

Estoy en Buenos Aires, querido. Tu amiguito me dejó al borde del colapso. No sé por qué siempre me busco esa clase de tipos que necesitan ser salvados. Qué mierda. Debe ser la sombra de mi viejo, que me abandonó cuando era niña y al que siempre quise abrazar y proteger. Después uno va por la vida buscando la sombra de ese padre ausente. Volví a terapia y te juro que nunca más pienso volver a relacionarme con

fulanos así. Dile a Carlos que lo siento mucho, pero que no me veo en plan de víctima haciendo fila con las demás parientes de los presos para llevarle empanaditas caseras y torta de verduras. No es mi estilo. Tú le recomendaste que no saliera a ninguna parte y yo me cansé de repetirle que ni siquiera se acercara a las ventanas para que no pudieran reconocerlo. Mi casa era una fortaleza inexpugnable. No se iban a atrever a allanarme. Y mira, al imbécil le dio por ir a tomar sol y nos jodió la vida a todos. Que se joda. Que asuma su responsabilidad. Ya está muy grandecito para no hacerse cargo de sus decisiones. Por favor dile que no se le vaya a ocurrir ponerse en contacto conmigo. No me interesa si sale mañana o dentro de veinte años. Me da igual. No siento culpa de ninguna clase. Creo que me iré a recorrer el mundo. Siempre he querido ir a Turquía. Estambul me espera desde hace años. Caminaré por el Bósforo y celebraré esta nueva Martina que empieza a renacer dentro de mí. Te quiere, tu amiga, M.

Me gustó el tono de ese mensaje. Se veía que Martina lo había querido de verdad, pero que con la misma determinación se había liberado de toda responsabilidad. Estaba en su derecho. Era muy amorosa y solidaria (no había dudado un solo segundo en recibirlo y cuidarlo), pero también era estricta, fría e inteligente. Era una mujer en la que uno podía confiar en momentos de dificultad. Le respondí sin hacer ninguna alusión a mi amigo, le deseé un buen viaje y le recomendé que visitara la casa de María, la madre de Jesús, que se había refugiado en ese país después de la crucifixión de su hijo.

El mismo día que le escribí a Martina, recibí otro mensaje rarísimo por parte de un experto en nuevas tecnologías. Me decía que sabía de la reciente muerte de mi madre y que podía ayudarme muy positivamente con el duelo. Así decía: “muy positivamente”. La curiosidad me venció y terminé poniéndome una cita con él en una casa vieja del barrio La Merced, al lado del Parque Nacional. Salir por primera vez en varios días me vendría bien.

El experto en nuevas tecnologías era un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, alto, corpulento, de cabello ligeramente encanecido. Me recibió con mucha cordialidad y me pidió que por favor lo acompañara a una especie de altillo en donde funcionaba su taller de trabajo. Cerró unas cortinas, preparó unas pantallas, me invitó a sentarme en un sillón

muy cómodo, y él, de pie, con un control de televisión en la mano, me dijo:

—Me enteré de la muerte de su señora madre por la prensa. Lo siento mucho. Ese tipo de pérdidas son muy difíciles de superar.

Empecé a exasperarme con el tono, con la situación, con el hecho de que él se encontraba de pie, como si fuera el director de un experimento, y le dije poniéndome muy serio:

—Por favor dígame con claridad qué estoy haciendo aquí. No tengo mucho tiempo.

—Seré breve, sí, señor. Le decía que procesar la pérdida de un ser tan querido como la madre es una situación muy compleja. Sabemos que no vamos a volver a verla, que jamás regresará, que quizás quedaron asuntos pendientes por decir.

—Eso lo sé perfectamente.

—Y es lo irreversible del tiempo lo que hace tan difícil el duelo. No hay marcha atrás: todo lo que no dijimos se quedó pendiente para siempre. Agotador. Durísimo.

—Por favor…

—Y aquí es donde la tecnología puede echarnos una mano, ayudarnos a cumplir ese duelo de la mejor manera.

—¿Cómo? La tecnología no puede echar el tiempo atrás.

—Pero sí puede crearnos la ilusión, transportarnos, llevarnos hasta allá de una manera mágica. Usted es un escritor, señor Santana, sabe perfectamente de qué le estoy hablando.

—No entiendo.

—¿Qué es la literatura? Una ilusión, un acto de prestidigitación. Y, sin embargo, existe algo que se llama catarsis. Una obra de teatro no es la realidad, pero puede sanarnos, ayudarnos a limpiar el espíritu. Lo mismo nos pasa con las historias que usted escribe: sus libros nos ayudan en momentos de dificultad. Por eso lo busqué, porque sé que usted entenderá mi experimento.

—Sigo sin comprender para dónde va.

—Yo puedo crear una ilusión que lo ayude a superar el duelo de la muerte de su señora madre de un modo efectivo. Le ruego que abra su mente y que no me juzgue apresuradamente. Observe…

Y entonces hizo clic con su control y en la pantalla empezaron a aparecer distintas fotografías de mi madre en el hogar geriátrico: ella

jugando parqués con las enfermeras, comiendo sola en su habitación, leyendo un libro, tomando sol en su silla de ruedas en el jardín, en fin, eran muchas imágenes que fueron surgiendo en la pantalla como una cascada que llegaba del pasado sin pedir permiso.

—¿De dónde sacó usted estas fotografías? —dije frunciendo el entrecejo.

—No es nada ilegal, se lo puedo asegurar. Sería incapaz de algo así. Fui hasta el hogar donde vivió su señora madre, pregunté por ella, averigüé cómo había sido su vida y varias de las enfermeras me brindaron gentilmente las fotos que le habían tomado a lo largo de los últimos años.

—No puede ser.

De pronto en la pantalla apareció mi madre en una secuencia que simulaba una tercera dimensión, como si fuera un personaje de una película de animación al que estuvieran modelando por computador, y del techo bajó un aparato que proyectó esa imagen por fuera de la pantalla en una simulación exacta en tamaño y forma. Era mi madre suspendida en el espacio, inmóvil, esperando la orden para empezar a moverse. El experto en nuevas tecnologías dijo con un entusiasmo que no podía ocultar:

—Yo tengo la capacidad de resucitar a su señora madre, señor Santana, de traerla al mundo por segunda vez para que usted pueda hablar con ella, pedirle perdón si es el caso, o decirle que la ama, o hablarle sobre algún secreto que no alcanzó a pronunciar cuando ella estaba viva. Puede pasar a su lado largas tardes y volver a disfrutar de su compañía.

Entonces el aparato que había descendido del techo por medio de un dispositivo a control remoto empezó a sonar de un modo extraño, mecánico, y un juego de luces ajustó aún más la figura de mi madre en un holograma perfecto. El fantasma habló con la voz de ella y me dijo con una ternura infinita:

—Hola, mijo, qué alegría tenerte otra vez conmigo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Fue demasiado para mí. Dije pensando en voz alta:

—No es ella, es un truco.

—Pero puede serlo, señor Santana —dijo el individuo sin perder la compostura—. Se llaman *griefbots* o robots de duelo. Usted me puede autorizar a incorporar toda la información posible al programa. Recogemos sus frases, sus mensajes de texto o de voz, sus correos electrónicos, todo.

Se trata de inteligencia artificial. Es un algoritmo. Ella pensará como su madre, reflexionará igual, hará y dirá las mismas cosas. No se ha ido del todo. La tecnología nos puede ayudar a tenerla un poco más en este tiempo, hasta que usted cierre su ciclo y se despida de ella en paz. Déjeme echarle una mano.

—¿Y después qué hará?

—Desconectaremos el programa y ya está. Misión cumplida.

—Lo siento, esto me supera. No puedo.

Me levanté y salí despavorido de esa casa en la que mi madre habitaba de manera virtual. Yo no solo quería evocarla y tenerla conmigo: también necesitaba olvidarla, dejarla en el camino, continuar hacia adelante sin esa pesada nostalgia de estar mirando permanentemente hacia atrás. Se habla mucho de la importancia de la memoria, pero hemos descuidado la nobleza del olvido.

Ver a mi vieja de nuevo y escuchar su voz me trastornó. Durante varias noches soñé con ella, su cara me perseguía en sueños y volví a recordar sus frases, su humor negro, sus gestos cálidos de ternura. La escena, en lugar de ayudarme, me había obligado a anclarme de nuevo en el pasado. Por fortuna, una mañana me llamó una chica joven que me dijo apenas contesté:

—Soy Cindy, la estudiante de Cruz y Resistencia que habló contigo en representación del colectivo juvenil. ¿Me recuerdas?

—Sí, claro —dije evocando de pronto los socavones y la silueta de Isabel conduciéndome por entre los laberintos de la ciudad subterránea.

—Estoy detenida. No tengo familia en Bogotá. ¿Podrías venir por mí, por favor?

—Dame los datos. Salgo para allá de inmediato.

Copié en un cuaderno la dirección de la estación de Policía, llamé un taxi y me dirigí de afán en busca de esa chica que solo había visto una vez en mi vida.

Cuando llegué, un agente me hizo pasar a la oficina de un sargento de mediana edad que me dijo fingiendo una preocupación que tenía tintes más bien de una amenaza soterrada:

—Señor Santana, me extraña que una figura pública como usted esté a cargo de estos facinerosos. No se le olvide que lo pueden implicar en líos judiciales graves y después usted termina en la cárcel por culpa de esta

caterva de indeseables.

—Lo mismo les aconsejo —dije impávido—, tengan cuidado con andar violando los derechos humanos, con pasarse de listos y creerse que son intocables, porque pueden terminar después enterrados el resto de sus vidas en la cárcel.

El sargento pegó un grito y dijo:

—¡Bejarano!

Un agente apareció en la puerta y el hombre le ordenó:

—Saquen a la detenida y entréguensela aquí a nuestro respetado escritor.

Salí con el agente Bejarano sin decir una palabra. Me quedé en un corredor unos tres minutos y entonces vi a la chica con el cabello revuelto, ojerosa, jadeante, que venía esposada y caminando con torpeza. Le quitaron las esposas y le pregunté en voz alta para que todos escucharan:

—¿Te hicieron algo?

—Tranquilo, salgamos de aquí —me respondió ella en un susurro.

Eso hicimos. Reclamamos sus pertenencias y sus documentos, firmé un par de papeles, y nos dirigimos a la puerta de salida. La ayudé a caminar agarrándola del brazo para que se apoyara en mí. Pedí un taxi por una aplicación y, cuando nos subimos al carro, ella me dijo pasándose la lengua por los labios:

—Isabel me dio tu número una vez y me dijo que cualquier cosa te llamara. Llévame a comer algo, por favor. Me muero de hambre.

—¿Qué quieres?

—Una hamburguesa. Hace cuarenta y ocho horas que no pruebo bocado.

Paramos en un sitio famoso de hamburguesas y ella pidió una con doble carne, papas fritas, anillos de cebolla, guacamole, gaseosa y una malteada de chocolate. Comía como un náufrago recién rescatado. Me dijo que la habían intimidado y amenazado, pero que ella ya estaba acostumbrada. No la tocaron ni intentaron abusar de ella. No sabía si las otras compañeras detenidas habían corrido con la misma suerte.

Cuando terminó de comerse todo lo que había pedido me pidió que la llevara al refugio de Rebeca, en el barrio La Perseverancia. Yo no tenía ni idea quién era esa mujer ni dónde vivía, así que ella le dio las instrucciones al taxista.

Cuando llegamos, me tropecé con la mujer que había presentado en los subterráneos el colectivo ambientalista. Era una casa vieja de corte obrero cerca de la plaza de La Perseverancia, en las laderas de las montañas del centro de la ciudad. Apenas entramos empecé a ver una cantidad de gatos por todas partes: sobre las mesas y los asientos, en el piso, recostados en las escaleras. Rebeca y Cindy se abrazaron con fuerza y la primera preguntó:

—Estábamos muy preocupados por ti. ¿Estás bien?

—No me hicieron nada, pero ya sabes cómo son esos tombos: no me dieron ni un vaso de agua.

—¿Cuántos gatos tienes? —pregunté muy sorprendido.

—Dieciocho.

Un hombre de barba rubia y cabello largo recogido en una cola de caballo bajó las escaleras. Lo recordé: era el ambientalista que había hablado sobre las tendencias homicidas del *Homo sapiens*. Dijo con camaradería:

—Hola, soy Pellegrini.

—Hola —dije yo en respuesta automática.

Cindy y él se abrazaron con fuerza. Él le preguntó:

—¿Estás bien, nena?

—Mamada, sin dormir y tenía un filo tenaz, pero Adán me invitó a *full* hamburguesa.

—Voy a preparar un té para todos —dijo Rebeca dirigiéndose hacia la cocina.

Pellegrini nos condujo hasta una terraza pequeña y nos sentamos a conversar. Cindy me preguntó:

—¿Tienes tu celular contigo?

—Sí.

—Déjalo en la sala para que podamos conversar tranquilamente.

Me regresé y dejé el celular sobre la mesa de centro de la sala. Luego volví a la terraza y tomé asiento. Era evidente que sentían miedo todo el tiempo de ser escuchados o perseguidos. La presión de los últimos meses debía haber sido intensa y permanente. Pellegrini dijo con la voz pausada:

—No podemos seguir así, aguantando atropellos.

—Estos manes nos están cascando muy duro y no estamos respondiendo como deberíamos —dijo Cindy con rabia contenida.

Desde la cocina, Rebeca opinó:

—Mañana nos reunimos aquí con Anastasia y Alan. Vamos a reorganizarnos y a defendernos. Tenemos derecho.

Entonces Pellegrini, en el mismo tono tranquilo y reposado, como si estuviera en una terapia de relajación, explicó:

—Vamos a armar con Alan y con Anastasia un grupo de choque. Llegó la hora de actuar. No podemos seguir así.

—Yo también puedo participar —dijo Cindy muy decidida—. No quiero quedarme de espectadora pasiva. Qué asco.

Rebeca llegó con una tetera y cuatro tazas con las bolsitas de té puestas. Cada uno se sirvió y entonces ella nos preguntó:

—Tengo miel si quieren.

Y puso en el centro de una mesita un frasco y unas cucharitas. Yo endulcé el té con un chorrito breve de miel. Los demás bebieron así, solo con la bolsita dentro del agua caliente.

—El asesinato de Isabel es un mensaje —dijo Rebeca—. Nos están diciendo que eso es lo que van a hacer con todos nosotros.

—No nos podemos quedar sentades con los brazos cruzados —dijo Cindy sorbiendo de su taza de té.

Yo me sentía incómodo escuchando esa conversación. Era evidente que pertenecía en cierta medida al colectivo general, pero que no tenía el mismo nivel de militancia política que ellos. Yo podía ser muy radical, pero sin violencia. Si ellos convocaran a una resistencia pacífica en la Plaza de Bolívar, yo estaría ahí de primero y no me movería aunque me molieran a palos. Pero irme en contra de otros era algo que me superaba. Para mí los agentes de policía no eran enemigos a los que quería matar o quemar, como había sucedido durante varias de las marchas en las cuales les habían rociado gasolina a las estaciones de Policía con los agentes dentro. Yo jamás legitimaría acciones semejantes. Ahora, tampoco juzgaba la legítima defensa. Entendía las razones por las cuales estaban planeando una respuesta contundente que demostrara todo su poderío. Pero ese es precisamente el problema de la violencia: que es una escalada que no cesa, cuyas acciones se retroalimentan las unas a las otras, hasta que todo el campo de batalla queda convertido en un escenario plagado de cojos, ciegos, paralíticos, mancos y cadáveres esparcidos a diestra y siniestra. La venganza es la madre nutriz de todos los horrores posibles.

Y de pronto, como si una bomba acabara de caer en medio de la terraza donde estábamos saboreando nuestras tazas de té, Rebeca me preguntó a bocajarro:

—¿Y tú qué opinas de todo esto?

La pregunta me cogió por sorpresa. No supe qué decir sin herir susceptibilidades. Cindy no se aguantó mi silencio meditabundo y me increpó de frente:

—No irás ahora a justificar a esos hijos de puta.

—¿No fui hoy a recogerte y a dar la cara por ti? —le dije mirándola a la cara.

—Yo sé, pero…

—No hay peros, Cindy —le dije interrumpiéndola—, tú apelaste a mí y yo llegué a sacarte sin saber ni siquiera cómo te llamabas.

—¿Y entonces qué piensas de lo que está pasando? —insistió ella sin bajarme la mirada.

—Es muy complejo. Creo en la organización civil, creo en las votaciones que ya tenemos cerca, creo en que somos capaces de vencerlos democráticamente.

—Y si ellos nos golpean, nos violan y nos matan, ¿nosotres debemos poner la otra mejilla? —continuó iracunda la joven mientras manoteaba en el aire.

—Estamos en la obligación de denunciarlos y de llevarlos a juicio, no de matarlos. De lo contrario, ¿cuál sería la diferencia moral entre ellos y nosotros?

—Eres un iluso —sentenció Cindy mirando hacia otra parte, como si acabara de sufrir una gran desilusión.

—Llámalo como quieras —respondí yo con tranquilidad—. No creo en la violencia.

Un silencio cargó el momento de un cierto aire triste, como si de repente la ilusión de una amistad fuerte y decidida entre nosotros se acabara de ir al traste. Terminé mi taza de té y dije poniéndome de pie:

—Creo que lo mejor es que me vaya para que puedan hablar tranquilos.

—Qué pena que te lo diga así, parce, sin anestesia, pero tienes un tufillo de superioridad que no soporto —me dijo Cindy con cierto desprecio.

—Si no confías en mí, la próxima vez no me llames —le dije sin subir

el tono de la voz.

Y salí. Caminé por la Carrera Quinta hacia el norte y crucé el Parque Nacional. Cómo había pasado el tiempo. A uno le deberían aclarar de joven que el tiempo es una falacia, una ficción, y que lo que uno tiene por delante no son años, sino breves instantes, segundos muy etéreos en los cuales aprenderemos las cruentas lecciones de la fugacidad y la impermanencia.

2

No pude enterarme de lo que sucedió a continuación sino hasta mucho más tarde, porque era evidente que Rebeca, Cindy y Pellegrini no solo desconfiaban de mí, sino que sentían un cierto rechazo por mis posiciones abiertamente pacifistas. El ideal heroico (el héroe de la épica clásica que seguimos admirando hoy en día en las películas, las series de televisión y los videojuegos) siempre me ha parecido nefasto porque nos inculca una educación no de la alteridad y del afecto por el otro, sino un deseo de destruirlo, de negarlo o someterlo. Al capitalismo depredador le viene muy bien que nos comportemos como bestias, que anhelemos ser matones que nos abrimos paso en la vida a patadas y a codazos.

Nunca he sentido admiración por ese comportamiento cuya base principal es la agresión, lo cual no significa que sea un sujeto que considere la debilidad como un ideal o una conducta loable. Creemos que el que se impone a las malas es el vencedor. Y es al revés: los que acuden a la fuerza es porque su fragilidad es evidente. Alejarnos de la agresividad sería alcanzar realmente nuestra humanidad.

Lo que estaba sucediendo es que las circunstancias por las que estábamos pasando no dejaban espacio para grandes disquisiciones. Los colectivos no estaban dispuestos a dejar que los masacraran de ese modo y por eso estaban empezando a hacer un llamado a la acción directa. Querían defenderse y yo entendía que estaban en su derecho, pero no pensaba hacer parte del contraataque. Por eso me dejaron a un lado y no me hicieron partícipe de sus planes, que no podían ser más disparatados.

Ahora, no dejaba de ser contradictorio que el tal Pellegrini, en su

presentación del colectivo ambientalista, hablara sobre la violencia del *Homo sapiens*, sobre su capacidad de hacer daño a las otras especies, y que ahora se comportara justamente como esos sujetos que decía aborrecer. Pero a lo largo de la vida uno se va dando cuenta de que la gente opina cualquier cosa, dice lo que sea, y luego en su vida privada practica exactamente lo contrario. De ahí que los discursos de las personas no son importantes, sino sus prácticas, sus hechos, sus hábitos, sus comportamientos más arraigados.

Un tiempo después supe que apenas yo salí de la casa de La Perseverancia, tanto Cindy como Rebeca y Pellegrini se habían despachado en comentarios en mi contra: me consideraron un pusilánime, un tipo con un temperamento melcochudo e hipócrita, e incluso en algún momento Cindy propuso la idea de que yo podía estar trabajando para los organismos de inteligencia del Estado.

—Piénsenlo bien —dijo con rencor—, tiene toda la pinta del *tira* infiltrado. Se hace el intelectual, el tipo que respeta las normas, el solidario con los necesitades, y resulta que en realidad está pasando información y metiéndonos el cuchillo por la espalda.

Rebeca se puso de pie y afirmó con rabia:

—¿Se acuerdan del fulano que nos mandaron hace dos años? Es cierto: Adán tiene ese aire de bonachón y por eso nadie duda de él. Este cabrón nos metió los dedos a la boca. A partir de ahora no le volvemos a decir nada ni lo invitamos a las reuniones.

—No podemos ser tan estúpidos —cerró Pellegrini—. Un error y caemos todos. Este es un burguesito al que no le conviene que las cosas cambien. Piénsenlo bien: lo tiene todo, vive de puta madre, viaja, es reconocido, se toma vacaciones donde le da la gana. ¿Qué necesidad tiene de que el sistema cambie?

Y así se fueron alimentado entre ellos la desconfianza hacia mí. Decidieron convocar solo a un grupo muy cerrado con el cual venían trabajando de tiempo atrás. Entre esas personas, había dos que se destacaban por sus pasados duros y tenebrosos.

La primera de ellas era Anastasia, una mujer con una historia de violencia desatada. En el año 2010 vivía con su esposo y sus dos hijos pequeños en el departamento de Córdoba. Una noche varios paramilitares echaron abajo la puerta de su casa. Sacaron a su esposo y a sus hijos de

diez y doce años a las malas. Ella suplicó, lloró, pidió clemencia. Nadie le puso atención, era como un fantasma, como si no existiera.

Los hijos y el esposo de Anastasia fueron arrastrados hasta la plaza del pueblo, donde había varios hombres más, y siguieron llegando otros. Las mujeres contemplaban desde atrás. Uno de los jefes paramilitares caminó entre los detenidos y dijo:

—Estimados amigos, no queremos hacerles daño, pero ustedes se empeñan en jodernos a nosotros. Hace unos días supimos que un comando guerrillero acampó aquí y ustedes les regalaron provisiones. Necesitamos toda la información. Cooperen y no les pasará nada.

Un anciano dijo desde el suelo, arrodillado:

—Nosotros no colaboramos. Ellos nos roban.

El jefe paramilitar volvió a decir:

—Queremos nombres, información valiosa, contactos, todo. ¿Quiénes de ustedes quedaron como enlaces? ¿Qué preguntaron sobre nosotros?

Una mujer gritó desde el fondo:

—Ellos no saben nada… Por favor…

El jefe paramilitar, hastiado, miró a sus hombres e hizo una señal con la mano. Los hombres se acercaron con las armas en alto y dispararon sobre los campesinos. Las mujeres se lanzaron sobre los recién sacrificados, los alzaron, lloraron, gritaron, increparon mirando hacia el cielo. Anastasia estaba entre ellas y abrazó los cadáveres de sus hijos y de su esposo. No podía creer que en cuestión de segundos le había sido arrebatado su mundo, todo lo que la hacía feliz.

Pocos minutos después, los paramilitares se llevaron a las mujeres como sirvientas y esclavas. Las obligaron a cargar víveres, bidones de agua y ollas para cocinar. A lado y lado iban columnas de uniformados bien armados cruzando la cordillera junto a ellas.

Un día cualquiera, la tropa paramilitar levanta un campamento en un terreno despejado. Anastasia enciende fuego y prepara una sopa con las otras mujeres. Uno de los paramilitares señala a Anastasia y le dice a otro:

—Esa es la que estaba en contra de los mineros. Protestó y promovió marchas en el pueblo. Se llama Anastasia.

El otro asiente y dice con resolución:

—Yo me encargo.

El matón coge a Anastasia del pelo y la arrastra detrás de unos

arbustos. La inmoviliza, le sube la falda y la viola ahí mismo. Ella patalea, grita, después se queda inmóvil, como ausente, como muerta. El tipo se sube el pantalón, se cierra la cremallera y le dice:

—Esto le dejará en claro quién manda aquí. Andando.

La agarra de nuevo del pelo y la arrastra hasta la fogata para que siga trabajando. Ella queda con el cabello revuelto, humillada, con la ropa sucia. Se queda mirando el piso. Quiere morirse, pero no sabe cómo suicidarse, cómo lograrlo. Lo único que desea es estar con su esposo y sus dos chiquitos.

Anastasia continúa viviendo de manera automática. Sueña con un enfrentamiento con la guerrilla y que los maten a todos, incluida ella, por supuesto. Carga una serie de ollas y enseres colgados de un palo. Parece un Cristo femenino cruzando las montañas junto al pelotón paramilitar.

Una noche oscura, sin luna, la tropa hace campamento a orillas de un río. Las mujeres se acercan a recoger agua para cocinar y lavar los enseres. Anastasia se da cuenta de que el hombre de guardia está hablando con otro y fumándose un cigarrillo sin poner mucha atención. Ella le dice a una de las otras mujeres:

—Quédese ahí quieta. No diga nada.

—¿Qué va a hacer? La van a matar.

—Prefiero eso a seguir con ellos.

Anastasia se hunde en las aguas y se deja arrastrar por ellas poco a poco. Finalmente, la corriente y los rápidos se la llevan hasta desaparecerla.

El guardia se acerca y se da cuenta de que falta una mujer. Levanta el arma y grita:

—¿Dónde está la otra?

La mujer que habló con Anastasia dice señalando una piedra:

—Dijo que necesitaba ir al baño.

El hombre revisa detrás de la piedra y no hay nada. Dice furioso:

—¡Mierda! Esta vieja se nos voló.

Y sale corriendo a avisar de la fuga.

Anastasia es arrastrada por las aguas turbulentas del río. Ella logra sacar la cabeza y se mantiene a flote para respirar. Dos horas después, nada hasta una orilla y sale empapada, ahogada, tosiendo. Se recuesta unos segundos contra un árbol y toma aire. Luego se interna entre los árboles

para continuar con la fuga. Finalmente, logra escapar de la zona, llega hasta Montería, pide ayuda donde una prima y se viene para Bogotá en el primer bus que sale de la ciudad.

Muchos meses después, se conoció con Rebeca y decidió participar en las reuniones buscando apoyo moral. Una tarde, en la casa de La Perseverancia, Rebeca le mostró una serie de fotografías. De pronto, ella reconoce al paramilitar que dio la orden de ejecutar la masacre en su pueblo y al que la violó después. Lo señala y dice:

—Este.

Rebeca le pregunta:

—¿Estás segura?

Anastasia asiente con la cabeza y Rebeca comenta:

—Ese frente paramilitar ya está sindicado de otras masacres. Están contratados por los mineros.

Anastasia se pone tensa, nerviosa, y Rebeca la abraza y le dice:

—Tranquila. Haremos todo lo posible por entablar la denuncia. Voy a traerte un café.

Rebeca se levanta y sale. Anastasia se queda mirando el rostro en la pantalla con profundo resentimiento.

En efecto, pusieron las demandas correspondientes, pero todo se fue archivando y se perdió en el infinito papeleo burocrático de los despachos judiciales, donde ella era un número más, un caso más, como tantos otros miles que estaban esperando una investigación y un proceso en regla.

Más tarde, otra víctima de los grupos paramilitares la puso en contacto con un militar que había sido dado de baja por denunciar la complicidad del Ejército en varias masacres. El hombre le mostró unas imágenes en su celular y le preguntó:

—¿Son estos?

Anastasia asintió recordando de pronto la manera como habían sido sacrificados sus hijos y su marido.

El hombre le aseguró:

—Son amigos muy cercanos del capitán Marroquín. No les pasará nada, son íntimos.

—¿Todo se hizo con la complicidad de la Brigada? —preguntó Anastasia con rabia.

—Es su *modus operandi*. Lo mismo hicieron en La Estrella y en El

Cerrito. Y lo volverán a hacer.

—Qué impotencia, no se imagina.

—Acuérdese que en este país las autoridades y los mafiosos son lo mismo.

Anastasia suspiró con los ojos llenos de lágrimas. El hombre se despidió y salió del lugar sin llamar la atención.

A la semana siguiente, Anastasia entró a terapia porque había intentado suicidarse dos veces, ambas por envenenamiento. La remitieron a una psiquiatra que en la primera y única consulta le dijo:

—Perdonar es muy importante para poder sanarte. Los sentimientos negativos te van destruyendo poco a poco.

—Es fácil hablar desde afuera.

—Llevo muchos años con pacientes víctimas de la violencia de este país y sé muy bien lo que te digo.

—Uno perdona cuando le piden perdón. A mí nadie me ha pedido nada. Esos fulanos están sueltos, como si nada.

—¿De qué te sirve odiar? ¿Qué es lo positivo de ese sentimiento?

—Que me permite no olvidar. Me recuerda todos los días, a cada minuto, a cada segundo, mi sed de justicia. Mataron a mi esposo y a mis hijos frente a mí. ¿Y usted quiere que yo mire para otra parte, que yo olvide, que siga mi camino como si nada hubiera pasado? Me gustaría verla en mi lugar a ver si es capaz de aplicarse sus propios consejos.

Anastasia se puso de pie y salió del consultorio. Nunca más volvió.

Esta era su historia. Pellegrini y Rebeca la contactaron para reunirse con ellos en la casa de La Perseverancia. Cindy, por su parte, se concentró en su colectivo de adolescentes y organizó planes aparte para volver a salir a las calles a protestar y cerrar ciertas vías del centro de la ciudad. Su plan consistía en fingir una protesta cualquiera, cercar a los policías y atacarlos con bombas molotov cuando llegaran. El problema fue que los agentes actuaron de manera decidida y arrasaron con los muchachos en cuestión de pocas horas. La respuesta fue brutal. No solo desmantelaron el lugar, sino que golpearon a muchos, los subieron a los carros celulares detenidos y, como era su costumbre, desaparecieron a otros cuantos. Cindy terminó procesada y no sé a quién llamó esta vez para empezar los trámites de su defensa. No le quedaría fácil porque tenía antecedentes y estaba advertida.

Pellegrini y Rebeca contactaron a un segundo miembro de su colectivo

llamado Alan Gutiérrez. Su historia comenzaba en realidad una noche de rumba en la Avenida Primero de Mayo, cuando un joven adinerado llamado Claudio Benjumea había salido a divertirse con su novia a una discoteca del sector.

Si viajamos a esa noche exacta para revisar lo que sucedió, como si estuviéramos filmando a los protagonistas, como si la cámara los estuviera siguiendo paso a paso, tendríamos que revisar primero a Benjumea.

En una descripción somera de él, podríamos decir que Claudio era un estudiante universitario al que le gustaba la ropa de marca, atlético, que bailaba un poco ido, con los ojos cerrados. Se sentía seguro de sí mismo porque desde niño lo había tenido todo. No era muy inteligente, pero lograba camuflarse bien para que el resto de sus compañeros de la universidad no detectaran su mediocridad. Era alcohólico y adicto a la cocaína. Su novia era una chica elegante, distinguida, con clase.

La noche en cuestión, la joven abraza a Claudio en la discoteca y ambos sonríen. En un momento dado, ella le dice:

—Tengo que irme, Claudio, lo siento. Mañana tengo que madrugar.

—No te preocupes. Luego hablamos.

—Pilas que estás muy trabado y borracho.

Él se sonríe y dice:

—Yo nunca estoy sobrio.

—No vayas a manejar. Voy a llamar para que te manden un conductor elegido.

El joven asiente y ella marca. A los pocos minutos, la joven sale del lugar y le dice al portero:

—Le llamé un conductor elegido. Te lo encargo mucho.

—Claro, mona. Tranquila.

La joven se marcha hacia el parqueadero.

Claudio entra al baño y esnifa una línea completa de cocaína. Aspira con fuerza y queda agitado, con los ojos desorbitados. Se acerca al barman y le dice:

—No me llegó el conductor elegido. Me voy.

—Tenga paciencia. Deje el acelere —le dice el barman intentando calmarlo.

—No pasa nada, estoy bien. No es la primera vez.

Claudio sale del lugar. Cuando llega a la calle, el portero le recuerda

también:

—No ha llegado el conductor todavía. No se debe demorar.

—No es la primera vez que manejo así. Todo bien, fresco.

—La mona me dijo que lo cuidara.

Claudio dice con cierto desprecio:

—No necesito niñera, hermano. Ábrase.

Y se dirige al parqueadero, enciende una camioneta de alta gama, arranca y sale del lugar acelerando. Toma la Avenida 68 a toda velocidad. En la radio se escucha una canción de reguetón y él canta y tararea. Se le nota contento, entusiasmado, festivo. De repente, cambia el semáforo a rojo y, en lugar de frenar, decide acelerar. La camioneta choca contra un carro modesto y el auto da varias volteretas en el aire antes de quedar de medio lado hecho pedazos. Algunos testigos se detienen y se bajan de los otros carros con los celulares encendidos. Una mujer llama a una ambulancia y dice:

—Es un accidente grave. Dos carros chocaron. Envíen dos ambulancias, por favor.

Ese otro joven humilde que iba en el carro viejo que dio varias vueltas antes de estampillarse contra el separador, era, justamente, Alan Gutiérrez, un estudiante de Ingeniería Electrónica con el cabello largo, veintitrés años y toda una vida por delante. Lo ingresaron a una clínica por urgencias a los pocos minutos y una enfermera preguntó apenas lo bajaron de la ambulancia:

—¿Qué le pasó?

Un camillero contestó:

—Un gomelo se pasó un semáforo en rojo y lo chocó.

Al día siguiente, una doctora les explica a los padres del muchacho herido con unas radiografías en un monitor:

—Alan sufrió una fractura de columna a la altura lumbar. Es muy grave. No volverá a caminar. Su brazo derecho se recuperará, pero quedará con algunas secuelas de motricidad fina. El resto de heridas se sanarán con el paso de los meses.

El padre pregunta:

—¿No hay ninguna esperanza de que vuelva a caminar?

La doctora niega con la cabeza y dice:

—Lo lamento, pero es definitivo.

Tres meses después, Alan le está mostrando a un amigo la foto de Claudio en la pantalla (el joven que lo atropelló), y le dice:

—El papá de este man es un senador de la República. Dos días después del accidente lo sacaron del país.

—No le puedo creer, hermano.

—Mírelo, está en Miami, como si nada.

En la pantalla se ve a Claudio con gafas oscuras tomándose una selfi con un grupo de amigos. Alan vuelve a decir:

—Está estudiando allá, feliz, dichoso. Se la pasa en la playa mientras yo quedé enterrado en esta silla de ruedas.

—Pero usted lo demandó, ¿verdad?

—Eso se va a enredar años en los juzgados. El tipo iba borracho y había metido perica, éxtasis y marihuana. Y se pasó el semáforo en rojo según todos los testigos. Mis exámenes demostraron que yo estaba sobrio. Sin embargo, él está en la playa en el extranjero y yo estoy inválido.

Fue en ese momento exacto de su vida, cuando se sentía más solo, desprotegido e indignado, que Alan entró al colectivo de Rebeca buscando algo de apoyo para superar las largas depresiones que lo agobiaban. También aceptó entrar a terapia, pero, como en el caso de Anastasia, duró apenas una consulta. Un psiquiatra joven le dijo en esa primera y última cita:

—Hay que agradecer que quedaste con vida. No es poca cosa.

—La otra tarde vi en las redes sociales al tipo que me hizo esto y estaba en el extranjero, en la playa con unas amigas tomando sol. Buena idea. Voy a celebrar que los victimarios se broncean mientras las víctimas van a terapia.

—Toda tu vida está por delante.

—Se equivoca. Yo era un atleta de triatlón, uno muy bueno. Mis tiempos me permitían ir a las clasificaciones para representar a mi país en distintos eventos internacionales. Esa vida se arruinó. Ya no soy nadie. Todos mis sueños se rompieron en mil pedazos.

—Por algo estás acá, por algo la vida continúa para ti.

—Usted no entiende: yo hubiera preferido mil veces morirme esa noche.

Alan empujó su silla de ruedas hasta la puerta, la abrió y salió del consultorio con el rostro enceguecido por la ira.

La reunión entre Pellegrini, Rebeca, Anastasia y Alan se llevó a cabo un viernes en las horas de la noche en la casa de La Perseverancia. Llevaban meses encontrándose en el colectivo de Cruz y Resistencia, leyendo la Biblia juntos y colaborando con fundaciones en la adopción de perros y gatos que habían sido abandonados. Pero esta vez no se reunieron para hablar de los derechos de los animales ni discutir *Laudato Sí*, la encíclica papal que hablaba del planeta como un ecosistema sagrado. No, esta vez Pellegrini les ordenó subiendo un poco el tono de la voz:

—Les agradecería mucho si apagamos nuestros celulares y los dejamos en la cocina.

Cada uno apagó su aparato, él los metió en una bolsa y Rebeca llevó la bolsa hasta la cocina. Luego regresó y se sentó junto a Pellegrini, que dijo de manera solemne:

—Muchas gracias por venir. Los hemos citado porque hemos llegado Rebeca y yo a la conclusión de que no queremos seguir quejándonos de la injusticia sin hacer nada. No soportamos más. Han agredido a nuestra gente, la han torturado, la han desaparecido, y hasta el momento no hemos hecho nada. Estamos al límite.

Anastasia dijo:

—El sistema está diseñado para defender a los criminales.

Alan asintió y comentó:

—Yo tampoco puedo más. El suicidio es lo único que se me ocurre.

Pellegrini continuó:

—Precisamente por eso los hemos llamado. He bautizado a este grupo *El Club de los Relámpagos Solitarios*, porque eso somos, luces que brillamos en medio de la oscuridad y que la iluminamos aunque sea por un instante muy breve. La idea es dejar el rol de víctimas e irnos al ataque. Si el sistema no hace justicia, nosotros podemos intentarlo.

Anastasia se entusiasmó y dijo:

—En mi caso son paracos. Irme contra ellos es muy difícil, aunque me encantaría.

Rebeca le entregó a Anastasia una hoja de papel y le dijo:

—Sé perfectamente quiénes son. Vienen a mediados de mes a Bogotá y se reúnen con sus compinches en el Club Militar.

Anastasia abrió los ojos y leyó el papel muy atenta. Rebeca continuó explicándole:

—Están aliados con los grupos parapoliciales de Bogotá y Cali. Empezaron a conformar bloques conjuntos tanto rurales como urbanos. Están relacionados con los mismos miserables que nos han masacrado a nosotros. Es posible atacarlos el día 15 de cada mes. Vienen solos, sin guardaespaldas. Están tan seguros de que nadie les va a hacer nada que se mueven con total tranquilidad. Almuerzan en el club, entran al baño sauna, nadan en la piscina, hacen compras.

Pellegrini le entrega otra hoja a Alan y le dice:

—El senador sacó a su hijo Claudio a estudiar en la Universidad de Miami, y le pagó una suma jugosa al juez que lleva el caso para que lo empantane y luego lo anule por vencimiento de términos.

Alan revisa la información que hay en el papel. Pellegrini continúa:

—Sin embargo, el hijo viene para las fiestas de fin de año, que son justamente en un mes. Llegará en un par de semanas.

Alan pregunta rojo de la ira:

—¿Y ese sinvergüenza no tiene orden de captura?

Pellegrini le responde:

—Se cambió el nombre en una notaría. Tiene nuevos apellidos extranjeros, nueva cédula de ciudadanía y nuevo pasaporte. Se llama Michael Smith Robertson. Cuando viene a Bogotá no sube ninguna información a sus redes sociales. El senador Benjumea es uno de los principales financiadores de los grupos parapoliciales de Bogotá. No solo aporta dinero, sino armas, abogados, equipos de comunicaciones, de todo.

Alan estruja el papel con rabia. Rebeca le dice con calma:

—No tiene ni idea de que ya lo desenmascaramos. Es el momento de cogerlo por sorpresa.

Alan asiente. Pellegrini dice para todos:

—Es importante que cada uno arme su plan de ataque y que no lo comentemos en grupo. Por seguridad. Nosotros también cobraremos otras cuentas que están pendientes. Tenemos armas para ustedes. Apenas su plan esté listo, avísennos y las recogen. De hoy en adelante, no volveremos a hablar. Solo pasan, recogen su armamento y atacan. Punto. ¿Comprenden?

Alan y Anastasia asienten. Pellegrini remata diciéndoles:

—Actúen solos, es lo mejor. Así no corren riesgos. Esta reunión jamás ocurrió. Y quemen esas hojas. No cometan errores.

Todos se abrazan y se cogen de las manos muy emocionados. Se

sienten fuertes, decididos, invencibles. Les da lo mismo sobrevivir o morir en el ataque. Por eso son tan peligrosos.

3

A los pocos días de esa curiosa reunión en La Perseverancia de *El Club de los Relámpagos Solitarios* (un título demasiado rimbombante que en realidad nombraba a unos mequetrefes desesperados jugando a ser vengadores anónimos), dos gatos que tenían Rebeca y Pellegrini en su casa aparecieron despellejados y muertos en el andén, en plena fachada. Rebeca adoraba a esos animales y el impacto la dejó un par de días en cama, fuera de combate. Luego logró recuperarse, bañarse e intentar regresar a la vida normal.

Una noche, Pellegrini le muestra en un computador un diseño de cuchillos de cacería a Rebeca, y le explica:

—Mira, son cuchillos de cacería, se usan para destajar a los animales y abrirlos en canal.

—¿Qué salvaje puede hacer algo así?

Pellegrini cambia la imagen en la pantalla y le muestra una casa con cierta elegancia venida a menos. El lugar está sobre la Carrera Quinta, a pocas cuadras del barrio de ellos. Pellegrini le dice en un tono profesoral, como si estuviera dictando una cátedra en una universidad:

—Hay un club de caza a cinco cuadras de aquí. Han sido vinculados varias veces a conformación de grupos de justicia privada: patrullan los barrios aledaños, golpean a muchachos que fuman marihuana en el Parque de la Independencia y expulsan a golpes a recicladores de basura que pretenden dormir en el Parque Nacional. Se hacen llamar *Los Decentes*.

—¿Tú crees que fueron ellos?

—Están conectados con las autoridades y seguramente se enteraron de quiénes somos nosotros y qué hacemos.

—¿Y eso qué les importa?

—Nosotros encarnamos todo lo que ellos detestan.

Rebeca mira la pantalla con rabia y dice manoteando sobre la mesa:

—¡Miserables!

A la mañana siguiente, Rebeca ubica con facilidad la tal sede de los fanáticos de la cacería. Va con una pañoleta en la cabeza, tapabocas y una gabardina, pasa al frente y echa un vistazo a la casa. Del otro lado de la calle, en diagonal, ve una tienda y se dirige hacia allá. Entra y le pide a la vendedora:

—Una botella de agua y un paquete de maní salado, por favor.

La vendedora le entrega el pedido, Rebeca paga y se sienta en una mesita a observar la calle. A los pocos minutos llegan dos camionetas blindadas, ella toma las placas y las anota en su celular. De los carros se bajan tipos con corte militar y entran al club. Rebeca se retira sin llamar la atención.

En las horas de la tarde está almorzando con Pellegrini y le dice con cierta agresividad contenida:

—Hoy pasé al frente del club de caza. Dos camionetas blindadas y con vidrios polarizados llegaron, y tipos de corte militar entraron al lugar.

—Ten cuidado. Esa gente detecta cualquier movimiento sospechoso.

—Lo sé, quédate tranquilo. Le pedí a unos amigos de una ONG que ubicaran las placas. Son exmilitares que tienen una agencia de seguridad. Uno de ellos estuvo vinculado con narcotraficantes. El proceso se cerró por falta de pruebas.

—Necesitamos un plan para poder movernos sin improvisar.

—Déjame averiguo un par de datos más y miramos cómo los enfrentamos.

Rebeca se retira y Pellegrini se queda pensativo. Él mismo ha dicho que llegó el momento de actuar y no quiere dar la imagen ante Rebeca de un tipo debilucho, endeble, que habla demasiado pero que al momento de enfrentar las situaciones tiembla y se echa para atrás. Ellos dos solo son amigos, o al menos esa es la imagen que proyectan hacia afuera, y quizás siente que debe mostrar ante ella cierta dureza de compañero protector.

Lo cierto es que ese silencio es lo que lanza a Rebeca a un error del que después no tendrá cómo salir. Ese mismo día regresa al supuesto club y echa un vistazo desde la acera del frente. No hay nadie en las cercanías. Ella se acerca y saca su celular fingiendo que está conversando con alguien. Ve una puerta en el jardín que está entreabierta. Mira hacia los lados, no ve ningún movimiento raro y se arriesga a entrar.

Rebeca, pegada al muro, camina agachada y descubre una ventana. Adentro, dos tipos están hablando en una especie de sala de juntas. El uno le dice al otro:

—No podemos permitir más que esos *hippies* hagan lo que se les dé la gana. Lo mejor es ponerlos en la lista de limpieza social.

—Eso tiene una tarifa diferente, usted ya sabe.

—Nosotros nunca hemos peleado por plata.

Rebeca se empina para intentar ver a los tipos, se tropieza con unas canecas de basura y rueda por el piso. El ruido es estrepitoso. Ella se levanta y sale corriendo, pero oye voces que vienen del frente de la casa. Se lanza entonces en una carrera desenfrenada cruzando el jardín. Uno de los hombres que estaba en la conversación sale y le da la orden a unos matones que aparecen con las armas en alto:

—La quiero viva.

Los sabuesos salen detrás de Rebeca, que escala una pared no muy alta, cae en la casa vecina y cruza el nuevo jardín corriendo asustada, sudando, ahogada. Los matones hacen exactamente lo mismo detrás de ella.

Cuando va a subirse por una verja para saltar a la siguiente casa, de pronto, del otro lado, un anciano aparece con una escopeta y le apunta al corazón. Ella se queda paralizada. Los dos matones llegan y la capturan. Uno de ellos le dice al anciano:

—Gracias, abuelo. Nosotros nos encargamos. Debe ser una ladrona de poca monta.

La llevan a rastras de regreso a lo largo de todo el jardín. Luego le atan las muñecas a la espalda y la dejan en el piso con el cabello revuelto, sudorosa, asustada. Aparece el hombre de la conversación, que parece el jefe, y le pregunta:

—¿Qué está haciendo usted, señorita, fisgoneando en nuestro club? ¿Para qué grupo terrorista trabaja?

Rebeca balbucea:

—Para ninguno. Soy una defensora de los derechos de los animales.

—Entonces, ¿qué diablos está haciendo aquí?

—Hace unos días mataron a mis dos gatos. Los descuartizaron con cuchillos de cacería. Todo indica que fueron ustedes.

El tipo suelta una carcajada y dice con desprecio:

—¿Se va a hacer matar por dos gatos?

Rebeca levanta la cabeza y dice de rodillas:

—Sí.

El tipo enciende un habano, la mira de arriba abajo, fuma del tabaco y les dice a sus hombres:

—No la maten. Solo una paliza, para que aprenda a respetar la propiedad privada. Luego tírenla por ahí en la calle.

Los matones se ríen y dicen a dúo:

—Sí, señor.

Alzan a Rebeca y la sacan del lugar. La conducen a un sótano donde le dan una paliza calculada, precisa. No la patean ni le dan puñetazos: la ponen boca abajo y la golpean con un martillo en ciertos puntos de la espalda. Rebeca aúlla de dolor. También le pegan en el cuello y en la nuca hasta que ella pierde el conocimiento. Finalmente, le ponen un arma en la mano, dos granadas de fragmentación y llaman a la policía y dicen que capturaron a una terrorista que había ingresado al club con intenciones de atentar contra los exmilitares que allí se encontraban.

Esa es la noticia que yo veo en las horas de la noche cuando enciendo el televisor. Me parece mentira que Rebeca esté ahí, en el reporte central del día, magullada y casi irreconocible. Intento comunicarme con Pellegrini, pero nadie responde a los números de contacto que tengo. Cuando dicen que se encuentra hospitalizada en la Fundación Santa Fe, salgo enseguida para allá.

Me entero esa misma noche por los partes médicos oficiales que ella tiene lesiones de espalda imposibles de operar. Los dos médicos que están a cargo de su caso me dicen que no volverá a caminar y que los movimientos de los brazos también están comprometidos. No lo puedo creer: Rebeca quedará tetrapléjica, en silla de ruedas de por vida y necesitando de una enfermera permanente para poder comer, ir al baño o lavarse los dientes. Me parece un destino macabro para una mujer tan activa y vitalista.

Varios días después puedo hablar con ella en una habitación del tercer piso de la Fundación. Está custodiada por dos agentes de la policía que revisan mi cédula, me toman fotos y me anotan en una especie de agenda del día. Finalmente me dejan entrar. Me acerco a ella y la veo agotada, ojerosa, como si de repente hubiera envejecido veinte años. Algo que me cuesta entender es por qué los gestos de su cara han cambiado: ahora

gesticula diferente, torciendo la boca e inclinando la cabeza hacia el costado izquierdo. Luego un amigo médico me explicaría que ciertos golpes en la columna también pueden comprometer los movimientos de la cabeza y del rostro.

Rebeca llora al verme y me dice gimiendo:

—Lo siento mucho.

Le acaricio el cabello y le digo que no pasa nada, que ahora debe pensar solo en su recuperación. Le pregunto por Pellegrini y me dice que no sabe nada de él. Está desaparecido. Obviamente allanaron la casa después de su detención y no lo encontraron por ninguna parte. Me cuenta buena parte de lo que acabo de narrar y me pide el favor de que le diga a su colectivo que se disperse, que no vaya a intentar ninguna locura. Me dice que busque a Alan y a Anastasia, y que les diga que no le hagan caso a Pellegrini. No quiere más violencia ni más personas heridas o muertas. Le prometo pasarles el mensaje. Luego me dice con la voz gangosa:

—Nosotros conseguimos pistolas y fusiles de asalto con unos fulanos que trafican con armas que eran de la guerrilla. Pellegrini las tiene escondidas. Es muy peligroso.

—Intentaré ponerme en contacto. Tranquila.

—No sé cómo pude hacer algo así. No sé qué me pasó.

—Es normal, no te preocupes. Hemos estado bajo mucha presión.

—Lo siento mucho.

Un equipo médico entra con varias enfermeras a bañar a Rebeca, inyectarla y realizarle ciertos exámenes. Me despido y me retiro.

A la salida de la clínica camino durante cerca de dos horas. Pienso en que cuando le den de alta en la Fundación, Rebeca será trasladada al Buen Pastor, donde tendrá que pagar una condena larga. Los delitos que le atribuyen son varios y todos muy graves. Es considerada una terrorista que iba a cometer un atentado. Muy seguramente, si su cuerpo no se deteriora aún más, envejecerá en la cárcel y morirá dentro de unos años tras las rejas. Me parece un destino triste y deprimente. Una pregunta me inquieta: ¿cómo logrará comer, bañarse y moverse por la prisión? ¿Le otorgarán una ayudante, una de las otras presas? ¿O la dejarán en una sección médica de la cárcel con enfermeras para que la asistan? La verdad es que no tengo ni idea cómo se actúa carcelariamente en esas circunstancias. No me cabe la menor duda de que en un caso semejante lo mejor es morirse. Pero los

matones lo sabían muy bien y por eso la golpearon con precisión milimétrica y la dejaron lisiada de por vida.

Durante varios días intento ponerme en contacto con el colectivo ambientalista, con Alan y Anastasia, pero nada, nadie responde los mensajes de texto o de voz, y mucho menos los correos electrónicos. No tengo cómo transmitirles las palabras de Rebeca. Estoy incomunicado con el grupo. En últimas, lo único que se me ocurre es regresar a la cárcel a ver a Charlie y preguntarle si tiene algún enlace de emergencia, alguien a quien yo pueda acudir.

Lo visito al siguiente domingo. El individuo que me llega es la sombra del hombre que conocí y al que alguna vez consideré mi amigo. Tiene la barba encanecida muy larga, los labios cuarteados, los dientes careados y partidos, y lo peor es que camina como un abuelito octogenario. Cuando me ve no se alegra ni se sonríe, solo se acerca y me dice en secreto, mirando hacia los lados para no ser escuchado:

—Vamos a la biblioteca.

Lo acompaño hasta una salita de la biblioteca donde podemos conversar sin tener testigos cerca. Le digo apenas nos sentamos en unos asientos plásticos:

—Rebeca está tetrapléjica y detenida. No sé si te enteraste.

—Tenaz, sí —dice él mascullando las palabras.

—No sé si conozcas a alguien de ese colectivo a quien pueda acudir ahora —le digo con cierta ansiedad que intento disimular infructuosamente.

—Esa gente es mala —dice él haciendo muecas, como si se tratara de un paciente psiquiátrico intoxicado con antipsicóticos.

—¿De qué me estás hablando?

—Sí, hermano, esos manes de ese grupo están infiltrados.

—¿Y por qué no hicieron nada?

—No pueden, los otros son enemigos muy poderosos. Tienen habilidades que nosotros desconocemos.

—No entiendo nada —confieso abriendo los brazos.

En ese momento llegan otros presos y uno de ellos le dice a Charlie en un tono de sarcasmo:

—¿Ya llegaron los marcianos, parce?

Otro le advierte:

—Pilas, ET, ya casi llegan por ti.

Todos se ríen y siguen derecho. No entiendo las bromas y le pregunto a Charlie:

—¿A qué se estaban refiriendo?

—Es gente ignorante, déjalos, humanos básicos. Esa gente ya está muerta.

—Charlie, no estoy entendiendo nada de que el colectivo de Rebeca y Pellegrini estaba infiltrado y que ustedes estaban al tanto.

—Llegaron al planeta hace unos años y se dieron cuenta de que somos una especie muy elemental. Tenemos potencial, es cierto, pero nos hemos dejado llevar por nuestra bestialidad.

Entonces, por primera vez, me doy cuenta de que Charlie está loco, que está desvariando, que durante los interrogatorios se reventó y su cabeza, quizás como un mecanismo de defensa, creó una realidad alternativa donde él se instaló para poder continuar con vida. Le digo ya más calmado y sin presionarlo:

—¿Quiénes son los que llegaron?

—Son de distinta procedencia. Los nórdicos están intentando colaborar con nosotros. Son los amigos de las grandes potencias, los que nos han brindado la tecnología y nos han ayudado a construir las naves interplanetarias que hemos enviado al cosmos. Pero también están los otros, los reptilianos. Esos son muy peligrosos. Nos vigilan, se meten dentro de nuestras cabezas y nos envían información muy negativa. ¿No te has dado cuenta de que en este último tiempo hay mucha gente deprimida e intentando suicidarse?

—Sí, claro.

—Son ellos, hermano. Nos pueden enviar ideas muy negativas a nivel telepático. Nos están haciendo pedazos. Las guerras, el racismo, toda la crueldad que estamos viviendo es por culpa de ellos. Se quieren quedar con nuestro planeta.

—No lo dudo. Oye, Charlie, ¿te acuerdas de Martina?

—Una reptiliana, hermano, un ser muy maligno y oscuro. Ella fue la que llamó para que me detuvieran. Nos echó al agua, nos sapió de la peor manera. Debí darme cuenta, qué bruto. Bajé la guardia y mira, estoy pagando el precio.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Esos lagartos inmundos nos infiltraron. Son los antiguos demonios que nombran en la Biblia y en otros textos sagrados. Nuestro grupo era una fuente de luz y por eso nos destruyeron. Ella es una líder reptiliana, ten mucho cuidado. No te le vayas a acercar.

En ese momento siento una soledad inenarrable, algo que no sé cómo explicar. La locura de Charlie me deja al borde de la estepa, en la nada pura, como si de repente me encontrara en el polo norte y me dijeran que debo adentrarme en la nieve, en los lagos congelados y en los icebergs solo con una botella de agua y unas cuantas provisiones de comida. No tengo a nadie conmigo. La muerte de mi madre se me hace más profunda, más significativa. Cindy está presa, Rebeca lisiada y detenida, Michelle en fuga, Isabel asesinada, Tomás detrás de un Avatar que va a cambiar el mundo y Charlie completamente chiflado. ¿Qué es lo que ha pasado en los dos últimos años? ¿La pandemia es esto, un desplazamiento de lo real hasta desaparecer toda frontera, toda señalización? ¿Es la cordura una medida del pasado?

Me despido de Charlie con una tristeza infinita y salgo a la calle en un estado de desesperanza difícil de describir. Me digo que todo está mal y que empeorará en los meses siguientes. No vamos a lograr un cambio. Ganarán otra vez los mismos mafiosos de siempre, los capos, los grandes hacendados, los carteles que siguen ampliando su poderío y sembrando cada vez más coca y más amapola. Somos una bomba de tiempo. No lograremos nada significativo. Y el que quiera oponerse a ese destino terminará como Rebeca o como Charlie, en una silla de ruedas o viendo alienígenas infiltrados en todas partes.

Dos días más tarde, en las horas de la noche, me llegan al apartamento dos detectives distintos a los de la primera vez. Entran con la suficiencia que los caracteriza y el más viejo me pregunta sin mediaciones de ninguna clase:

—Señor Santana, usted sabe bien que estamos buscando al señor Ángel Pellegrini. ¿Se ha puesto en contacto con usted? ¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

—No tengo ni idea.

—Pero sí lo conoce.

—Asistí a las reuniones del grupo religioso Cruz y Resistencia, sí.

—No nos digamos mentiras, señor Santana. Eso no es ningún grupo de oración: son una célula terrorista muy peligrosa y usted lo sabe muy bien.

—Si usted tuviera pruebas de algo así, yo ya estaría detenido —digo sintiendo de repente una fatiga inmensa.

—Estamos reuniendo las pruebas, señor Santana.

—Pues yo jamás vi nada ilegal ni realicé nada que estuviera contra la ley. Esas pruebas no las puede recoger porque no existen.

El hombre se acerca a mi biblioteca y empieza a echar un vistazo sin descomponerse, dueño de la situación. Luego me dice en el mismo tono:

—La inteligencia a veces se parece mucho a la estupidez. Usted cree que está en lo correcto, se arma teorías para justificar esas ideas, y resulta que es un idiota útil, que lo embaucaron otros no tan inteligentes, pero sí más astutos que usted.

—¿Se refiere al grupo religioso?

—Me refiero a esa horda de facinerosos y bandidos que quieren destruirlo todo, quemar a nuestros agentes de la ley y convertir el país en tierra de nadie. Pero no se los vamos a permitir.

—Vuelvo y le repito: no sé de qué me está hablando.

—Sí sabe, señor Santana, y su estrategia de hacerse el bobo ya está llegando a su fin. Protegió al señor Carlos Buenaventura, sacó de la cárcel a la delincuente Cindy Romero y ayudó a escapar a sus otros compinches antes de que pudiéramos apresarlos.

—Según usted, soy una especie de terrorista muy bien entrenado. Me sobreestima.

—Tenga cuidado, señor Santana. Usted tiene un pie aquí y otro en la cárcel. No se le olvide.

Terminan de revisar el apartamento y salen con los mismos aires de importancia de los cuales se ufanaron cuando llegaron. A mí la verdad es que todo me da igual, cierro la puerta y me pongo a ver noticias en la tele. La pantalla me sirve para olvidarme de mi realidad, para huir de un presente que siento angustiante y atroz. No quiero recordar a nadie, no quiero pensar en qué va a ser de nosotros como país, no me importa si los amigos de Rebeca y del tal Pellegrini son capturados o van a volar en mil pedazos el palacio presidencial.

Y cuando estoy a punto de quedarme dormido con la televisión encendida, de pronto empieza a sonar mi teléfono fijo. Miro el reloj: es la

una de la mañana. Nadie que timbre a esa hora puede ser portador de buenas noticias. Contesto y una voz gruesa de otro tiempo me dice en el auricular:

—¿El señor Santana?

—Sí, con él.

—Excúseme en llamarlo a esta hora. Soy el padre Gerónimo. No sé si me recuerda.

—Claro que sí —digo evocando mentalmente mi visita a Ráquira y Villa de Leyva—. Buenas noches, padre.

—Lo llamo por petición del padre Lorenzo.

—¿Cómo está él?

—Muy mal, señor Santana. No sabemos si alcance a llegar al amanecer. No quiere ser internado en ningún hospital. Está recibiendo ayuda médica en su habitación, pero el reporte no es el mejor.

—Cuánto lo siento —digo con sinceridad.

—El padre Lorenzo quiere hablar con usted antes de morir.

—¿Conmigo?

—Sí, señor Santana. Yo solo cumplo con transmitirle su voluntad.

—No tengo carro. Haré todo lo posible por conseguir transporte a esta hora.

—Le diré al padre Lorenzo que usted está en camino. Muchas gracias.

El sacerdote cuelga sin darme espacio para despedirme y yo me visto de afán e intento llamar a una agencia de taxis para explicar que necesito un servicio por fuera de la ciudad. Me aclaran el precio de la planilla asistida (una especie de permiso para transitar por carretera) y el costo del viaje hasta el convento. No es para nada barato, pero no tengo salida y les ruego que por favor se afanen, que se trata de una emergencia.

Quince minutos después llega un auto último modelo y tomamos la Autopista Norte a gran velocidad. A esa hora casi no hay carros particulares, sino buses y camiones. El conductor es un señor serio, muy concentrado en su trabajo y consciente de que se trata de una emergencia. Yo le agradezco mentalmente su silencio y su profesionalismo.

Cuando llegamos al convento están los primeros pájaros empezando a cantar. Es aún de noche y el cielo estrellado conforma un espectáculo impresionante. Golpeo con fuerza la aldaba metálica y unos minutos después un sacerdote que no he visto antes abre la puerta. Le digo quién

soy y a qué he venido. Me dice con resignación:

—Lo siento, el padre Lorenzo acaba de fallecer.

No sé por qué se me cruza en ese preciso instante la voz que me anunció por teléfono desde el hogar geriátrico la muerte de mi mamá, y experimento en todo mi ser la orfandad, la soledad total, sin fisuras, y dejo que dos gruesas lágrimas rueden por mis mejillas haciéndome sentir inútil, cursi y melodramático.

Capítulo III
Una cita con el demonio

1

Lo que nadie supo nunca fue que, después de la famosa reunión de *El Club de los Relámpagos Solitarios* en la casa de Rebeca en La Perseverancia, Pellegrini se puso en contacto con unos traficantes de armas que habían pertenecido a distintos frentes de la guerrilla. Le entregaron fusiles de asalto, pistolas y revólveres en un descampado del occidente de Bogotá. Escondió las armas en la casa de Rebeca y, cuando ella fue detenida, recogió todo el cargamento y lo llevó al apartamento de un amigo en la Carrera Quinta con la Avenida Jiménez, un lugar viejo y destartalado que usaban a veces como escondite. Camufló las armas en unas lonas, como si fueran aparatos de cine y fotografía.

Una noche, Pellegrini se puso una cita con Anastasia en la parte alta del Parque Nacional. Le entregó una de las lonas y le dijo:

—Tenemos más armamento si llegas a necesitarlo.

—Así estoy bien. Es suficiente —respondió Anastasia entusiasmada con la idea.

—¿Sabes manejarlas?

Anastasia asintió y dijo:

—Aprendí en el pueblo.

Pellegrini se despidió poniéndole la mano en el hombro y le dijo de manera solemne:

—Te deseo lo mejor.

—Gracias por tanto —contestó Anastasia muy emocionada.

Los dos se separaron y caminaron en direcciones opuestas.

Al día siguiente la escena se repitió con Alan, esta vez en la parte trasera de la Plaza de Toros para no ir a llamar la atención de los celadores del Planetario Distrital. Pellegrini le entregó un morral a Alan y le dijo:

—Tenemos juguetes más sofisticados.

—Con esto me basta. Todo bien.

—¿Sabes usarlos?

—Miré varios tutoriales en internet. Practicaré en las afueras de Bogotá.

—Te deseo lo mejor.

—Gracias, viejo. Gracias de verdad.

Ambos se abrazaron y Pellegrini caminó hacia la Calle 26 por el Parque de la Independencia, cruzó el peatonal, rodeó el Museo de Arte Moderno y desapareció en la Calle 24, siempre mirando hacia atrás y revisando que no lo estuvieran siguiendo.

La reconstrucción de los hechos que sucedieron a continuación me costó varios días, pero al fin pude hacerme una idea precisa de los acontecimientos. Si tuviera que filmar un documental sobre esos días en particular, empezaría mostrando a Claudio, el hijo del senador Benjumea, que acababa de llegar a la ciudad proveniente de Miami. Imaginemos la secuencia:

Claudio va manejando una camioneta nueva de última generación. A su lado va su novia toda maquillada, en minifalda, que le dice:

—Dime la verdad, Clau, no has hecho sino ponerme los cuernos con esas gringas desabridas.

—No he hecho sino extrañarte.

La chica abre el bolso, saca una bolsita pequeña, echa un poco de polvo en una cucharita de plata e inhala una dosis de cocaína. Claudio le dice:

—Dame un pase, no seas retrechera.

—Si prometes no volver a ir a la playa con esas monas inmundas.

—Lo prometo.

La chica llena la cucharita de nuevo y se la pasa a Claudio. Él inhala con fuerza y dice sacudiendo la cabeza:

—Huuyy, qué rico. Cómo extrañaba el producto nacional.

Claudio le sube el volumen al radio y ambos se van cantando una

canción de reguetón.

En la puerta de la discoteca, Claudio y su novia se encuentran con otro grupo de amigos y se abrazan y se besan en las mejillas. Claudio dice muy entusiasmado:

—¡A lo que vinimos!

Todos entran entre risas y bromas.

En la pista, Claudio y su novia bailan y cantan, se mueven, se contonean, se abrazan y se besan en medio de risas y chistes que se dicen al oído.

Muy cerca, en un rincón del bar, sin llamar la atención, Alan observa en detalle cómo Claudio y su novia bailan en la pista. De un momento a otro se agacha y, de la parte baja del asiento de la silla de ruedas, extrae un fusil de asalto y una pistola. Prepara las armas, las pone debajo de las piernas y mueve la silla hacia adelante. Alan llega hasta el centro de la pista, se mueve, levanta los brazos, baila, hasta que se acerca a Claudio y le grita:

—¿Te acuerdas de mí, viejo?

Claudio y su novia se quedan quietos, perplejos. Alan saca una pistola y dispara contra Claudio, que cae al piso fulminado. Luego Alan le dispara a la novia, que está inmovilizada de terror. La chica cae al piso con un hueco en el estómago. La gente grita, huye, corre despavorida. Alan alcanza a llegar hasta la mesa de amigos de Claudio, que hasta ahora se están levantando, y continúa disparando sin darles tiempo para defenderse o protegerse. Uno a uno van cayendo todos los jóvenes. El resto de la gente huye en desorden. Dos tipos de seguridad aparecen en la escena y gritan señalando a Alan:

—Allá está. El de la silla de ruedas.

Alan revisa el proveedor, saca de la parte baja de la silla un fusil de asalto y los recibe a balazos. Se atrinchera detrás de una columna. Llegan otros dos encargados de seguridad y disparan contra Alan hasta que por fin lo hieren. Alan se cae de la silla de ruedas y los tipos lo rematan en el suelo. Por todas partes hay cuerpos baleados y sangrantes, gente corriendo, gritando o llorando.

La noticia no acaba de salir en los periódicos cuando, al día siguiente, en las horas de la tarde, Anastasia, gracias a un contacto que le había permitido hacer un reemplazo en la sección de aseo del Club Militar,

prepara las armas que ha venido ingresando en partes separadas. Extrae los pedazos de una caneca grande y los mete en su carrito del aseo. Una mujer le pregunta desde lejos:

—¿Todo bien?

—Sí, señora. Vine por unas bolsas que me hacían falta.

—Recuerda que hoy nos toca la piscina.

—Voy para allá.

Anastasia mueve su carrito de afán y sale. En un baño, sin que nadie se dé cuenta ni las cámaras la detecten, arma con las partes que acaba de recoger en las canecas un fusil de asalto y una pistola. Revisa que las armas estén bien ensambladas y las esconde en el carrito del aseo. Luego sale como si nada.

Dos minutos después, Anastasia recorre la piscina, limpia, cambia las bolsas de basura de las canecas, recoge platos y vasos plásticos de las mesitas que están alrededor. Espera. Vigila. Hasta que ve acercarse al jefe paramilitar con otros dos compinches. Vienen en bata, sonriendo, con botellas de cerveza en la mano. Entonces ella extrae el fusil y los recibe a balazos. Los tipos caen sin alcanzar a decir nada. Anastasia se acerca al jefe principal, que está arrastrándose por el piso, y le dice:

—Esto es por mi marido y mis hijos.

Entonces extrae del carrito la pistola y le dispara en el torso y la cabeza. El cuerpo queda irreconocible. Alguna gente grita, corre, se esconde. Anastasia mete las armas en el carrito y sale del lugar.

Luego las grabaciones de las cámaras de seguridad muestran que Anastasia llega hasta el baño turco. Adentro hay varios hombres recostados en las escalinatas con toallas alrededor de la cintura. Anastasia revisa el cargador de la pistola, abre la puerta y empieza a disparar. El vapor impide que los individuos sepan muy bien de dónde proviene el ataque. Anastasia es precisa y los cuerpos van cayendo uno a uno. Luego cierra la puerta del baño turco y deja el lugar lleno de cadáveres y de sangre. Coge su carrito y sale caminando con tranquilidad.

Cuando va hacia la zona de lavandería por un corredor, varios uniformados aparecen y uno grita señalándola:

—¡Allá, es ella!

Anastasia coge la pistola y empieza a disparar. Los tipos se resguardan. Ella alcanza a abrir una puerta y sale a un jardín. Intenta cruzarlo corriendo

con la pistola en la mano, cuando la alcanzan varios disparos y cae al suelo herida de muerte. Entre la hierba, con los brazos abiertos, sonriente, alcanza a balbucear algo que nadie escucha.

Anastasia muere. Los uniformados llegan hasta el lugar. Uno de ellos dice a través de un *walkie talkie*:

—La terrorista fue dada de baja. Cambio y fuera.

Mientras tanto, en su refugio de la Avenida Jiménez, Pellegrini sube a la red un mensaje que dice:

No merecemos el planeta que nos tocó como hogar. Somos una especie fallida, una plaga dañina y corrosiva. No hay buenos y malos. Todos somos malos. Los otros animales, las plantas, el aire, sabrán agradecerme después de concluida la misión. Que Dios me bendiga.

Luego se va hasta la Plaza de San Victorino en un Renault 12 que ha conseguido con unos compinches. Parquea y se baja con un AK47 y dos pistolas al cinto. Esconde todo debajo de un abrigo negro que lleva puesto. Camina hasta el centro de la plazoleta. Están llegando los vendedores y cruzan el sector oficinistas y trabajadores del centro de la ciudad. De un momento a otro, Pellegrini se transforma en un pistolero que empieza a asesinar a todos aquellos que atraviesan el lugar. Caen hombres viejos y jóvenes, mujeres, vendedores, dos niños. Acaba con las municiones del AK47, lo arroja al piso y sigue con las pistolas hasta que dos policías corren hacia él. Pellegrini se enfrenta a ellos mientras corre para refugiarse. En los andenes han quedado cuerpos heridos y muertos por todas partes.

Aprovechando la confusión, corre por un corredor de pequeños negocios. Los dos policías lo persiguen. De vez en cuando, él se voltea, dispara y continúa huyendo. Pellegrini llega hasta la callecita donde ha parqueado el Renault 12. Espera a los policías justo a la salida del callejón de comercio y los da de baja antes de subirse al carro. Enciende el Renault 12 y huye. Una patrulla intenta detenerlo al final de la calle, pero Pellegrini abre la puerta del carro y dispara hasta herirlos de muerte. Roza fuertemente contra la patrulla al pasar y logra escapar.

Las autoridades dan la voz de alarma, pero no logran seguirlo de cerca. Las cámaras de la policía de toda la zona se activan solo en función de ubicarlo. Pellegrini llega hasta una calle cercana a la plaza de mercado de Paloquemao y parquea el Renault 12. Abre el baúl y saca una segunda tula

con un rifle de asalto y otra pistola. Esconde todo en el abrigo y entra a la plaza.

Hay cargadores entrando cajas de madera llenas de frutas y verduras. Pellegrini se instala en el centro de uno de los callejones, saca el rifle y empieza a disparar en contra de todos los transeúntes con los que se va tropezando. También dispara contra los dueños de los negocios que no alcanzan a refugiarse. La gente huye en desbandada, grita, pide auxilio. Cuando el rifle se queda sin municiones, él saca la nueva pistola y continúa. Muertos y heridos quedan sobre los plátanos, los pimentones y las lechugas. Un encargado de seguridad inexperto, con un revólver viejo, intenta dispararle, pero Pellegrini lo elimina con facilidad. El ruido de una patrulla se escucha en la parte de afuera de la plaza. Pellegrini arroja la pistola entre unos bultos de papa y se une a la multitud que sale atropelladamente del lugar.

Cuando ya está afuera, ve a los policías que toman posiciones para entrar a la plaza. Él se dirige al parqueadero huyendo entre el gentío. Aunque parezca mentira, nadie ha reconocido todavía el Renault 12 y él logra entrar al carro y sale sin que nadie lo interrumpa porque el encargado de la caseta se ha ido. Conduce por la Carrera 30 hacia el norte, sube por la Calle 26 hasta la Carrera Séptima y gira hacia la izquierda. Va sudando y con el rostro congestionado. Finalmente, estaciona en un costado del Parque Nacional, se baja, abre la puerta trasera y saca otro fusil de asalto y una última pistola. Las mete en el abrigo, como ha hecho en los dos sitios anteriores. Cierra la camioneta y camina hacia el parque.

Pellegrini se hace justo en la Plaza del Reloj del Parque Nacional. Hay vendedores de helados, vendedores de bombas y globos, varios teatreros y mimos imitando a la gente que pasa. Con los ojos aguados, Pellegrini se para junto al reloj y recita:

—*Y cuando el Señor lo oyó, se encendió su ira, y el fuego del Señor ardió entre ellos*…

Un transeúnte que lleva a su hijo de la mano, le dice:

—Palabra divina, oye bien.

Entonces Pellegrini se abre el abrigo, saca el fusil y empieza a disparar indiscriminadamente sobre la gente que pasa. Caen vendedores, mimos, personas del común. Esta vez, Pellegrini empieza a caminar hacia las montañas mientras dispara. En algún momento ve pasar a unos ciclistas y

también dispara contra ellos. Todos quedan en el piso muertos o heridos. La sangre corre a borbotones. Un carro de la Policía frena y varios agentes intentan bajarse, pero Pellegrini dispara contra ellos hasta destruirles el carro y matarlos sin que tengan tiempo de defenderse. Luego arroja el fusil a un lado, se quita el abrigo y lo tira al suelo. Con la pistola en la mano empieza a escalar la montaña. A lo lejos se oyen varias sirenas.

Cruza la Avenida Circunvalar y se interna en los bosques de la zona. Camina por la enramada sin detenerse. Minutos más tarde, se resguarda debajo de unos árboles. Empieza a llover y un fuerte aguacero mueve los árboles de lado a lado. Él se queda quieto recostado contra un eucalipto enorme. Está agotado y no puede más. Respira, toma aire.

Quince minutos después, continúa la fuga abriéndose paso por entre la vegetación espesa y empieza a descender. Al fin ve una salida y desemboca en una carretera empapado por la lluvia. Se sienta en una piedra y ve que un pequeño microbús se acerca. Arroja la pistola lejos y saca la mano para que lo recojan. El microbús se detiene.

Pellegrini se sube, paga con un billete arrugado y se sienta junto a una señora que mira por la ventana. El microbús continúa su camino, pero, pocos metros después hay un retén de la policía y Pellegrini se da cuenta de que está perdido. No hay nada que hacer. No tiene fuerzas para intentar tomar rehenes o algo por el estilo. Ha gastado toda su energía en las masacres y en la fuga. No puede más. Cuando bajan del microbús, varios agentes se ponen tensos porque la descripción que tienen coincide con él. Pellegrini levanta los brazos y se entrega. Sabe perfectamente que su vida ha llegado al final. De aquí en adelante solo lo espera un túnel oscuro y maloliente.

La orden de las autoridades fue no crear ningún escándalo y minimizar los hechos. Lo presentaron como sucesos aislados y dijeron que se había tratado de una coincidencia. Según ellos, era un atraco que había salido mal en la discoteca, una empleada con trastornos mentales en el club, un ajuste de cuentas entre mafias locales en San Victorino, y un terrorista al que venían haciéndole seguimiento y al que finalmente habían logrado capturar después de una balacera en Paloquemao y otra en el Parque Nacional. La verdad quedó en las sombras, pero yo la conocía de cerca y sabía que tendría que escribirla en algún momento. Estaba lleno de notas y empecé poco a poco a armar el rompecabezas. Solo me faltaba hablar con

Pellegrini.

Intenté averiguar dónde lo tenían recluido y fue imposible. Me dijeron que se trataba de un asunto de Seguridad Nacional, que apenas le asignaran un centro de reclusión me informarían para ir a visitarlo. No sabía qué hacer. Consulté a un abogado y me dijo que ciertas normas del estatuto antiterrorista les permitía interrogarlo sin dar ningún tipo de información al respecto.

Una semana después, me avisaron que Pellegrini había sido trasladado a la Penitenciaría La Picota, al sur de la ciudad, frente a la Escuela de Artillería. Aunque no se había llevado a cabo un juicio ni tenía aún una sentencia en firme, los otros lugares de reclusión estaban llenos y tuvieron que improvisar. Pedí el permiso correspondiente y fui a visitarlo.

Cuando al fin me permitieron ingresar, un guardia del Inpec me condujo hasta una salita donde hacía un frío glacial, como si de pronto estuviéramos parados sobre un piso de hielo.

Diez minutos después apareció Pellegrini esposado de pies y manos. El espectáculo era tenebroso. Había bajado por lo menos quince kilos y daba la sensación de un hombre enfermo, casi cadavérico. Tenía un parche en el ojo izquierdo. Permanecía con la boca abierta, casi babeando y no podía mantener los ojos abiertos a plenitud. Estaba mueco de todos los dientes delanteros. Solo le quedaban los colmillos, que le otorgaban un aire de película de terror barata. Daba la sensación de que se estaba durmiendo a cada segundo o que estuviera despertándose de una larga siesta. Fue imposible no recordar a Charlie en la Cárcel Distrital.

Apenas se sentó frente a mí, le dije afectuosamente:

—Lamento mucho todo lo sucedido.

—Gracias —dijo él con la voz apagada, como si me estuviera hablando en secreto.

—Rebeca quedó bastante mal. Supongo que te enteraste.

Él afirmó con la cabeza mirando el piso. Entonces me di cuenta de que no sabía con quién estaba. No sabía quién era yo. Tuve que llamar su atención y le dije subiendo la voz:

—Soy Adán Santana, el escritor. ¿Te acuerdas de mí?

Él levantó la mirada por primera vez y su cerebro empezó a trabajar para intentar reconocerme. Volví a decirle:

—La última vez nos vimos en La Perseverancia con Cindy y con

Rebeca, y ustedes desconfiaron de mí. ¿Recuerdas?

Un destello de lucidez apareció en su mirada y me dijo asintiendo:

—El infiltrado, claro.

—Qué infiltrado ni qué nada. Eso se llama paranoia, viejo. Estoy aquí visitándote como un amigo.

Le hice un resumen de lo que les había sucedido a Cindy, a Charlie y a Rebeca, y le dije que escribiría la historia, que dejaría testimonio de todo lo que nos había sucedido en el último tiempo. Siempre hay un testigo, y en este caso me había correspondido a mí.

—¿Quieres la verdad?

—Claro que sí.

—Entonces prepárate. No te va a gustar lo que tengo que decir.

Y empezó a contarme los detalles de su preparación para los ataques, cómo había conseguido las armas y la manera cómo había llevado a cabo las masacres en los distintos puntos de la ciudad. Me dijo que los seres humanos éramos una plaga, una infección para el planeta, y que en un momento dado él había comprendido que era necesario exterminarlos, borrarlos del mapa. Éramos unos mamíferos salidos de control y muy peligrosos para el resto de las especies. Lo mejor era eliminar al mayor número de personas posible. Era su pequeña contribución a la defensa de los ecosistemas del planeta.

Como es apenas obvio, me quedé inmóvil observando cómo divagaba completamente extraviado en su locura. Había visto muchas veces a exponentes de ese estilo, personas radicales con espíritus mesiánicos y maniqueos que siempre se consideran en el bando de los decentes, de los elegidos, de los que están llamados a cambiar el rumbo de los acontecimientos. No hay nada más nocivo que la gente que se cree buena.

En un momento dado citó las Sagradas Escrituras y habló de cómo Yahvé había enviado una inundación sobre el mundo para eliminar al hombre, ese ser abyecto y ruin del cual estaba tan arrepentido. Su creación le había parecido una aberración y por eso envió el diluvio universal. Nada más y nada menos.

Y con esa mirada de fanático dispuesto a todo, me miró de pronto a los ojos y me dijo:

—En ese momento fui la cólera de Dios.

Imposible no pensar en Klaus Kinski encarnando a Lope de Aguirre en

la película de Werner Herzog, *Aguirre o la ira de Dios*, navegando por la selva enceguecido, trastornado, delirante. Pellegrini tenía esa misma mirada de quien ya está atrapado en su propia oscuridad. Para cerrar la conversación, me dijo bajando la voz:

—Pero eso no es nada. Lo peor fue que Yahvé me envió al mismísimo demonio y tuve que enfrentarme con él. Y perdí. Fui derrotado. Recibí el peor castigo de todos: la humillación.

No tenía ni idea de qué estaba hablando, hasta que empezó a detallarme el interrogatorio al que lo habían sometido antes de trasladarlo a la Picota. Desde las primeras palabras supe perfectamente a quién se refería: al gemelo del padre Rengifo, a Emilio, el vampiro, el torturador. Y no fue fácil escuchar ese relato plagado de pormenores aterradores.

2

La noche de su captura trasladaron a Pellegrini a una casa campestre desocupada en las afueras de la ciudad, cerca de Mosquera. Desde afuera parecía una casita de pueblo rodeada de jardines, pero en realidad era un refugio de seguridad muy bien construido. Tenía un sótano insonorizado donde operaba esa especie de monstruo criollo al servicio de las autoridades: Emilio Rengifo. En ese lugar subterráneo lo estaba esperando vestido de blanco, tenía varias camillas y todos sus instrumentos de cirugía a la mano.

Cuando vio entrar a Pellegrini golpeado y sangrante, lo saludó con una sonrisa:

—Mi querido amigo, cómo lamento este trato tan inoportuno —le dijo con una vocecita aguda apenas audible—. A veces estos colegas son un poco rudos. Gracias, muchachos. Pónganlo aquí, por favor.

Y acercó una silla donde los dos matones sentaron a las malas a Pellegrini con los brazos sujetados atrás y los pies amarrados a las patas. Luego les dijo a los dos gorilas:

—Buen trabajo, muchachos. Gracias. Yo me encargo.

Los dos agentes de la policía se retiraron y el hombrecillo dijo sonriente:

—Hace mucho quería conocerlo, mi querido amigo. Esto va a ser una charla muy instructiva.

Lo primero que hizo Rengifo fue poner música clásica, un piano que sonaba cálido en un volumen muy bajo y que daba la impresión de estar frente al mar en una noche de luna llena. Luego trajo otro asiento y se sentó frente a Pellegrini mientras le preguntaba:

—Muy interesante eso de salir a matar personas a la calle indiscriminadamente. Yo estoy de acuerdo en que podríamos eliminar a buena parte de la población. Sería un acto de higiene social. Pero con lo que no estoy de acuerdo es con el método. Muy poco refinado, ¿no le parece?

—La gente es un asco —dijo Pellegrini escupiendo al piso—. Usted no es la excepción.

—Completamente de acuerdo, mi querido amigo. Eso no se lo voy a discutir. Ahora, quiero aclararle algo: si vuelve a escupir le corto la lengua. ¿Estamos? Y en tal caso no podríamos tener esta amigable conversación.

El individuo se levantó, fue por un trapo y limpió la saliva de Pellegrini en el piso. Luego esparció una especie de desinfectante con un atomizador y regresó a la silla. Volvió a sonreír y dijo:

—Los buenos modales y la higiene son esenciales. ¿En qué estábamos? Ah, sí, en el método. ¿No le parece que eso de salir a dar plomo a la calle es un poco burdo, como falto de imaginación? ¿Por qué no envenenarlos, por ejemplo? Unas cuantas goticas de ántrax en el acueducto y listo, liquidamos a buena parte de la ciudad. Creo que los dos hubiéramos hecho un gran equipo.

—Usted es un facho de mierda.

—No me haga reír, mi querido amigo —dijo Rengifo—. Según usted, yo soy un fascista de derecha, un tipo que cree en la fuerza y que se impone a las malas. Y usted, ¿qué es, mi querido amigo? ¿Usted se impuso por las buenas? Un fulano que cree que hay que exterminar a buena parte de la población, por no decir a toda, ¿es un liberador de izquierda? Extraña forma de pensar. Intrigante, por decir lo menos.

—Ustedes nos obligaron a defendernos.

—Gran error, mi querido amigo. La gente que usted asesinó no le había hecho nada. Eso no es legítima defensa porque ellos no lo estaban atacando. Usted es un asesino, así de simple. Y si lo pensamos en frío,

usted es mucho más fascista que yo. Casi siempre es así: la gente de la izquierda es más violenta que nosotros, más radical, más excluyente.

El enano maquiavélico se puso de pie, se sirvió una copa de vino blanco de una alacena que tenía en un rincón, y se sentó de nuevo frente a Pellegrini. Entonces le dijo:

—Bueno, mi querido amigo, ya estamos entrando en materia. Eso del grupito de oración como fachada estuvo bien, excelente idea, pero no se lo traga nadie.

—Eso no es mentira. Somos personas de fe.

—No me haga reír, mi querido amigo. Ya no hay que guardar ninguna imagen. No se esfuerce. No hay nada que aparentar. Llegamos a ese punto en el que hay que decirse la verdad.

—La verdad es que el Señor nos protege y nos da nuestra fuerza.

—Vamos a poner algo en claro: no me menosprecie. Por favor. Se lo ruego. ¿Se acuerda de esa frase en *El Padrino,* cuando Michael Corleone le dice a su cuñado que no insulte su inteligencia? Pues bien, yo le pido lo mismo: no me insulte. No soy un imbécil.

—Nuestra fuerza es la fuerza de la fe.

—Si usted es un tipo inteligente se dará cuenta de que no es un creyente ni nada por el estilo. Un creyente no saldría a matar a sus semejantes como usted lo hizo. Si Dios existe, seguro que no desea en sus ejércitos a fulanos como usted. Así que pongámonos serios: usted es un miserable terrorista. Y no un terrorista ilustrado, un intelectual o un teórico. No. Usted es un vulgar criminal, un matón de poca monta que no se ha tomado el trabajo de leer, de educarse, de tener una cultura política.

—Aquí el carnicero es usted, no yo.

—Creo que este diálogo empezó peor de lo que imaginé. Usted es más bruto de lo que suponíamos. Voy a hacerle un recorderis, para que empecemos a ponernos de acuerdo en lo fundamental.

Aquí Rengifo se puso de pie, fue por una carpeta y volvió a sentarse. La abrió, miró algunas hojas y continuó:

—Usted estudió cuatro semestres de IngenieríaAmbiental y mostró un nivel bastante bajo. Sus calificaciones dejan mucho que desear. Un pésimo estudiante, sin capacidad para concentrarse y sin ningún talento para la investigación. Las notas de sus profesores muestran a un vago, a un incompetente. Y, como suele suceder en casos como el suyo, en lugar de

decirse la verdad, que usted es un mediocre que no sirve para nada, se dedicó más bien a ocultar su imbecilidad llamando a la protesta y a las marchas. Prefirió el camino del revoltoso para que sus compañeritas de facultad no descubrieran que en realidad era un estudiante bruto y pusilánime. ¿Estamos? Esa es la verdad. Empecemos por ponernos de acuerdo en lo fundamental: usted es un tipo vulgar. Por eso repite siempre el mismo sonsonete, la misma cantaleta.

—¿Y usted sí es un intelectual?

—Mi querido amigo, no es el momento de alardear, pero yo estudié Medicina en el pregrado, luego Ciencias Políticas en la maestría y me gradué con honores en el doctorado con una tesis sobre Guerras Moleculares y Seguridad Nacional. Por eso no podemos hablar de igual a igual: porque usted no entendería de qué le estoy hablando. Yo pensé que usted era un autodidacta, un renegado que había optado por la revolución estudiando por su cuenta. Pero no, mi querido amigo. Enorme desilusión. Usted es un sinvergüenza que desde la época de la universidad vive de su carita de *hippie* y de sus discursitos sobre los animales. Un timador, un actor. He visto a muchos como usted. Vagos que, en lugar de estudiar y de formarse, viven sacándose el pipí y acostándose con sus compañeritas, que caen rendidas ante sus mentiras.

—Mi fe no está en duda.

—Otra gran falacia, mi querido don nadie. Tampoco resultó ser un creyente fervoroso, un defensor de los derechos humanos ni un monje entregado a Dios. No, usted es un hablador, un mentiroso compulsivo, y lo peor es que se cree sus propias mentiras. Lamentable. Penoso. Qué desilusión. Según tengo entendido, sus padres eran de una familia acomodada, esa clase media alta que sueña con que sus hijos tengan una buena educación y brillen con luz propia algún día. Pobrecitos. El primogénito de la familia les resultó un haragán, un zángano dedicado a la rumba y a fumar marihuana. Porque a eso se dedicó en la universidad, ¿verdad? Y ahora, ya viejo, posa de ambientalista. Qué mitómano descarado. Usted nunca ha estado en ninguna batalla significativa en ninguna parte de este país. Investigué su nombre en las causas ambientales del Chocó, de La Guajira o de la Amazonía, y usted no aparece por ninguna parte. Cree que salvando gaticos y perritos puede tramarse a cuento a los jóvenes que se dejan engañar con facilidad.

Rengifo volvió a tomar de su copa de vino y frunció el entrecejo cuando dijo:

—Pero hemos llegado a la hora de la verdad, mi querido sinvergüenza. Esto es un antes y un después. Aquí ya no se puede mentir. Vamos a decirnos la verdad. Dígame a quién le compró las armas, dónde, cuándo y cuánto pagó por ellas. Quiero nombres, detalles, precios, todo.

—Las compré por internet —dijo Pellegrini cerrando los ojos y anhelando estar en otra parte, en una realidad diferente donde no estuviera ese fulano y sus instrumentos de cirugía.

—Bueno, empecemos entonces nuestro trabajo. A lo que vinimos —dijo Rengifo entusiasmándose de repente.

El enano con cara de roedor se puso de pie y fue por unos cuantos instrumentos de cirugía dental. Luego se acaballó sobre Pellegrini, le puso en la boca un aparato metálico que lo obligaba a mantenerla abierta, acercó unas pinzas, agarró uno de los dientes delanteros y empezó a hacer palanca con fuerza, de un lado para otro, hasta que logró quebrarlo. Pellegrini no hacía sino dar alaridos. Luego el ratón humano extrajo el diente hacia arriba y lo sacó de raíz. Un chorro de sangre salió a borbotones y Pellegrini sintió que las piernas se le aflojaban y que los esfínteres estaban a punto de abrirse de par en par. Rengifo arrojó la pieza dental al piso y enseguida, sin darle tiempo a recuperarse, se lanzó sobre el segundo. Hizo exactamente lo mismo, lo extrajo completo, lo miró a la luz de las lámparas del lugar y comentó con satisfacción:

—Se nota que ha comido bien a lo largo de su vida, mi querido mequetrefe. Buen calcio, buenas raíces. Quién lo creyera. Seguramente ha vivido a expensas de otros o de otras, claro. Porque no creo que usted sea un gran trabajador.

La sangre le escurría a Pellegrini por la barbilla y le manchaba la camisa de rojo. Se dio cuenta de que ya tenía un hueco en su dentadura porque la lengua descubrió el nuevo agujero con facilidad. Las lágrimas le salían de los ojos de manera involuntaria. Estaba ahogado y sentía el corazón latiéndole a toda velocidad. Por un instante el mareo le hizo creer que se iba a caer de la silla donde estaba amarrado y estuvo a punto de perder el conocimiento. Pero no tuvo tiempo de nada más porque el hombre-hámster se lanzó a un tercer ataque y le arrancó un nuevo diente. Esta vez lo hizo con más fuerza, con sevicia, disfrutando a plenitud de la

sangre, del dolor que estaba infringiendo y de los alaridos de terror que emitía su víctima entre lágrimas.

Rengifo se tomó un aire, se secó el sudor de la frente y entonces preguntó con cierta alegría contenida:

—Ahora sí nos entendemos, ¿verdad?

Pellegrini asintió con la boca llena de sangre. El hombrecillo retiró el aparato metálico de la boca y le dijo sonriendo:

—Qué bueno que dejemos de mentirnos entre nosotros. Ahora sí vamos a poder entablar un diálogo amistoso y sincero.

Escanció un poco más de vino, bebió de su copa y dijo:

—Nombres, mi querido amigo, contactos, todo.

Pellegrini, en medio del espanto, soltó toda la información que tenía. Hablaba con torpeza porque ahora la lengua no podía apoyarse en los dientes delanteros. Explicó en detalle dónde los había conocido, quiénes eran y cuánto le habían cobrado por las armas. Luego habló sobre el grupo y sus distintos colectivos. Por fortuna, sabía muy poco de mí y me nombró solamente de paso. Se refirió a Charlie también y explicó cuáles eran sus funciones y qué futuro tenía dentro de la organización. Él no sabía que yo lo había escondido en la casa de Martina, así que no pudo decir nada acerca de ese episodio. Cuando le llegó el turno de hablar de Rebeca, intentó callarse y pasarse por alto esa información, pero ahí Rengifo volvió a apretar las tuercas:

—Mi querido amigo, acuérdese de respetarnos mutuamente. Cuidado. Es mejor colaborar y seguir de buenos amigos. Al fin y al cabo, esta relación nos está costando mucho trabajo.

—No sé nada, se lo aseguro.

—Ella atacó el club de caza porque usted la envió en esa dirección.

—No, se lo juro.

—Y ahora está tetrapléjica, mi querido amigo. No sea miserable. Al menos hágase responsable de sus propias acciones.

—Yo no tuve nada que ver con ese ataque.

—Lo mismo sucedió con sus otros amigos, la señora Anastasia y el joven Alan. Esa tramoya también la armó usted.

—Ellos actuaron por su cuenta.

—No, mi querido amigo, nos prometimos no mentirnos entre nosotros. Nuestra confianza mutua vuelve y se deteriora.

Y de nuevo se subió sobre el cuerpo de Pellegrini en un movimiento relámpago. Esta vez le puso un aparato en la cabeza que desplegaba una especie de ganchos para mantener los párpados abiertos. No se podía parpadear. Y la rata humana le dijo en pleno ataque de euforia:

—Los ojos son nuestra gran maravilla y nuestra gran debilidad.

Y con unas paletas convexas en una mano y un bisturí pequeño en la otra, hurgó en el ojo izquierdo, hizo palanca y lo extrajo como si se tratara de una porción de helado para servir en un cono. Pellegrini sintió que sus esfínteres se terminaban de abrir y se orinó y defecó en los pantalones. El horror no podía ser más intenso. Perdió la mitad de la visión y solo pudo ver el techo del lugar con el ojo que le quedaba. No dejaba de dar alaridos y de suplicar misericordia. Rengifo le mostró el ojo y el nervio extraídos, y le dijo con la frente de nuevo llena de sudor:

—Mire, mi querido monigote: el ojo humano. Qué momento sublime: su único ojo contemplando al otro frente a frente. ¿Cuándo creyó usted posible que se iba a ver a sí mismo de este modo? El ojo humano, que es una huella de identidad más perfecta que la huella dactilar. Por eso en todos los sistemas de seguridad del mundo están empezando a implementar el reconocimiento del iris. Lástima que en este caso, el suyo servirá de alimento para los perros, literalmente. Hay un par de canchosos en esta casa que son felices comiendo carne y vísceras humanas.

A estas alturas, Pellegrini ya estaba medio ido, en *shock* nervioso y a punto de desmayarse. Rengifo hizo algo en la cuenca del ojo vacía, tal vez una cauterización y una desinfección, y para terminar puso una gasa y esparadrapo encima. Luego dijo en tono victorioso:

—Listo, no creo que haya infección. Luego le doy un antibiótico y ya está. ¿Sí ve las ventajas de estudiar, mi querido amigo? Uno es más efectivo en su profesión… Bueno, empecemos entonces a hablar de los planes de sus otros colegas si no quiere quedarse ciego de por vida.

Pellegrini empezó a hablar desordenadamente, en una especie de frenesí verbal que no podía contener. El monstruo dijo:

—Tranquilo, mi querido amigo. Vamos a organizar las ideas con calma. Relájese. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Y lo obligó a decir paso a paso cómo habían organizado los ataques y cuál había sido su función en ellos. Al final le preguntó con la voz pausada:

—No vienen más ataques, ¿verdad?

—No, señor.

—Eso, así me gusta, educadamente. Empezamos escupiendo y ahora somos chicos respetuosos y con buenos modales. Muy bien. Esta terapia está dando muy buenos resultados. También necesito saber sobre esa chica Cindy y el movimiento de resistencia juvenil.

—Le juro que sobre ese colectivo no tengo ni idea.

—Pero algo sabrá, mi querido amigo.

—Una de las claves de los movimientos es no saber mucho de los otros —dijo Pellegrini entre lágrimas, sangre y sin poder evitar que su lengua tocara una y otra vez el hueco que había ahora en su dentadura.

—Por seguridad, claro.

—Sí, señor.

—¿Pero ese movimiento está financiado por la izquierda colombiana? ¿Hay dineros extranjeros? ¿De Venezuela, por ejemplo, o de Cuba o de Nicaragua?

—No lo sé, se lo juro. No me quite mi único ojo. Por favor. Tenga piedad.

—¿Tuvo usted piedad de sus víctimas, mi querido amigo? ¿Se apiadó usted de esa gente que caía al suelo baleada? No creo. ¿Sí ve cómo es la vida? Luego uno está en ese rol y entonces entiende. Solo así comprende uno a los demás: a las malas.

—No me mutile más, se lo pido. Por Dios.

—Gran expresión, mi querido amigo: por Dios. Voy a hacerle un favor enorme: usted no es un buen cristiano porque no ha sufrido lo suficiente. Esa es la verdad. Para poder entender ese mensaje a cabalidad, usted necesita no solo que lo crucifiquen, sino que le pongan la corona de espinas y le hundan la lanza en el costado.

—¿Qué me va a hacer?

—Tome aire, respire, suéltese, mi querido amigo. No se preocupe. No le voy a quitar nada más. Es un último favor que le voy a pedir: un poco de su sangre. Me hace bien, me reconforta. Es un líquido que tiene propiedades terapéuticas. Los médicos no lo dicen por miedo al escándalo. Imagínese usted que nos dijeran que Drácula tenía la razón.

El hombrecito se rio a carcajadas hasta doblarse, se quitó los lentes y los limpió contra la bata blanca que tenía puesta, se pasó el dorso de la

mano por los ojos y dijo sin dejar de sonreír:

—Qué chistoso, carajo. Estoy de buen humor. Drácula como modelo ético a seguir. No se me puede olvidar.

Y entonces el roedor humano preparó sus jeringas, sus tubos, y le extrajo a Pellegrini sangre durante varios minutos. Lo hacía con parsimonia, tarareando la melodía del piano que aún sonaba al fondo y sorbiendo de su copa de vino. Cuando terminó, dijo muy satisfecho de sí mismo:

—Terminamos, mi querido amigo. Una última cosita: si le preguntan qué le pasó en los dientes y en el ojo, usted dice que fue un accidente. ¿Estamos?

—Sí, señor.

—Porque si le da por ponerse de bravucón otra vez y sale a decir cretinadas, en algún momento nos las ingeniamos y lo volvemos a traer aquí. Y entonces no le quitaré dientes ni el ojo que le queda: lo pienso operar y extraerle los dos testículos. Eso lo tranquilizará bastante. La castración lo dejará manso como un corderito.

—No voy a decir nada.

—Eso espero, mi querido ambientalista. Porque donde se lleguen a enterar en la cárcel que usted no tiene huevos, se lo comen vivo. Se lo puedo asegurar.

—No, señor, no voy a decir nada.

—Muy bien, así me gusta. Misión cumplida. Hemos terminado.

Rengifo tocó un timbre y volvieron a entrar los dos agentes de policía. Les entregó unas pastillas y les dijo con alegría:

—Nuestro amigo ha recibido su lección y hemos logrado una conversión muy amena. Es otra persona. Un gran cristiano. Ayúdenlo a cambiar de ropa afuera porque se meó y se cagó en los pantalones. Y por favor denle estas pastillas cada ocho horas.

Los dos matones sacaron a rastras a Pellegrini, lo llevaron hasta el jardín y le echaron chorros de agua con una manguera que se usaba para regar las matas. Curiosamente, el frío lo despertó, le vino bien y lo sacó del miedo y del *shock* en el que se encontraba. Después lo metieron en el carro y lo trasladaron de regreso a Bogotá.

Eso fue lo que me contó Pellegrini en voz baja en la cárcel, sin que nadie se diera cuenta. Me dijo con esa mirada de beodo o de paciente

intoxicado con calmantes:

—Cuenta todo, deja testimonio del horror. Di que yo no fui una buena persona. Ya nada me importa.

Asentí en silencio, me levanté y me despedí. Cuando salí de la prisión, sentí un cansancio excesivo, como si de un momento a otro se me hubieran agotado los últimos arrestos de fuerza que me quedaban. Me dije que menos mal Pellegrini no sabía nada de la pareja que estaba esperando el Avatar, ni de los astrólogos que habían viajado desde muy lejos a certificar la transmigración. Las autoridades ni sospechaban siquiera algo de ese estilo. Llegué a mi casa y me quedé dormido enseguida.

Al otro día recibí una llamada muy temprano de un funcionario de la Penitenciaría La Picota que me dijo en el teléfono:

—Señor Santana, lo llamamos para comunicarle la muerte del señor Ángel Pellegrini. Se ahorcó anoche en su celda.

Epílogo
Los Vagabundos de Dios

Pasé varios días sin saber qué hacer conmigo mismo. Ya había experimentado el dolor corporal, esa especie de encarcelamiento en la materia, de resignación de la miseria humana. También había tenido que enfrentar la depresión, la desconexión que desactiva cualquier punto de afirmación de la vida. Finalmente, me había dejado arrastrar por el delirio colectivo y me había matriculado en el tal grupo de reflexión bíblica que había terminado convirtiéndose en una horda de fanáticos dispuestos a todo. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Hacia dónde dirigirme? No tenía ni idea. Estuve tentado de volver a llamar a Estéfano, mi amigo psiquiatra, pero ya sabía lo que me iba a recomendar: que disfrutara de la vida, escribiera y nadara un rato en la playa.

Cuando estaba a punto de comprar un tiquete de ida y vuelta a Leticia, en el Amazonas, me entró un mensaje a mi correo que me intrigó desde la primera línea:

Estimado señor Santana:

Somos Los Vagabundos de Dios, uno de los colectivos de Cruz y Resistencia. Lamentablemente, usted no tuvo ningún contacto con nosotros. Sabemos de su participación en el grupo de oídas, por otros integrantes. Los últimos acontecimientos han sido muy dolorosos para todos nosotros. Ahora nos ven como si fuéramos una secta de enajenados con inclinaciones terroristas. Sin embargo, nuestra comunidad es muy

diferente y nos gustaría mucho que usted se diera la oportunidad de conocernos.

Vamos a realizar una jornada de reflexión en el desierto de La Candelaria, en las cercanías de Villa de Leyva, y lo invitamos con mucho respeto a que nos acompañe. Sería un honor tenerlo esos días con nosotros.

A continuación, por archivo adjunto, encontrará las fechas y el lugar donde nos concentraremos. Somos treinta personas aproximadamente. Habrá jornadas de meditación, una dieta saludable, habitaciones individuales muy cómodas, exégesis de textos bíblicos y largas caminatas porque nuestro colectivo considera que caminar puede ser una de las vías más seguras para llegar a Dios. De ahí nuestro nombre. Esperamos que pueda acompañarnos. Nada nos daría más alegría.

De usted, muy fraternalmente,

Los Vagabundos de Dios

El tono de esa misiva me dejó varios minutos pensativo. La playa era mucho más tentadora, pero tampoco tenía ánimo para ir a jugar al turista vacacional. El solo hecho de imaginarme el aeropuerto, las requisas, las filas para presentar el carné de vacunación, toda esa parafernalia me parecía insoportable. Y después aguantarse a los otros turistas en el hotel, en las carpas de la playa y en los restaurantes de la zona era una idea que me generaba un profundo fastidio. Ahora, tampoco quería quedarme en mi apartamento, metido en la ciudad, dándole vueltas una y otra vez a todo lo que había sucedido. Así que lo mejor era aceptar y largarme a meditar. Eso era lo que estaba necesitando.

Los organizadores me respondieron con mucho entusiasmo y me preguntaron si deseaba viajar al desierto con ellos o por mi cuenta. Preferí contratar un carro que me llevara. Era una finca entre Villa de Leyva y Sutamarchán, con dos casas amplias de estilo colonial, quioscos para comer afuera y jardines con árboles frondosos que permitían respirar un aire fresco que en la ciudad es imposible. Llegué media hora después que el grupo base. Me di cuenta enseguida de que había un aire orientalista bastante particular: kimonos, esteras para practicar yoga y *zafus* o cojines para sentarse a meditar. Los participantes parecían dividirse en tres grupos:

los viejos como yo que tenían aires de profesionales alternativos, medio *hippies*, con ropas anchas y gafas oscuras redondas; los cuarentones saludables con sus pantalones de kimono, sus sandalias y su delgadez vegetariana; y los más jóvenes con sus melenas alborotadas, sus trenzas al estilo rastafari, sus tatuajes y sus piercings por todo el cuerpo. Me sentí muy cómodo entre ellos y me felicité por haber aceptado la invitación.

Nos indicaron nuestras respectivas habitaciones y me tocó una muy amplia en el segundo piso que daba al jardín. Tenía baño privado y la cama, siendo sencilla, era bastante cómoda. Había un escritorio para trabajar en caso dado, pero ya me habían advertido que estaríamos desconectados de la tecnología sin excepciones.

—Solo pueden retirarse en caso de algún malestar médico o de catástrofe familiar —nos había advertido la directora apenas llegamos.

También habíamos firmado un consentimiento voluntario a todas las reglas impuestas a lo largo del retiro. Yo sentía que me vendría muy bien ese silencio contemplativo, la dieta y la lectura de textos sagrados.

A la mañana siguiente empezamos a las cuatro y media de la madrugada. Era de noche todavía cuando nos instalamos en un salón amplio, cada uno con su cojín de meditación. Muchos estaban en kimono y otros en pantalones anchos o sudadera. La instrucción fue de completo silencio y una mujer de unos sesenta años se puso al frente, dio las indicaciones de cómo sentarse para los neófitos y luego dijo con una voz cálida y amable:

—Vamos a empezar a tomar conciencia de la respiración. Inhalamos y exhalamos sintiendo cómo el aire entra dentro de nuestro cuerpo y nos llena de energía. Ese mismo aire que está allá afuera limpio, puro, en relación con la naturaleza, con los árboles, las plantas, los insectos y los pájaros, ese mismo ingresa dentro de nuestros pulmones y nos purifica y nos otorga la fuerza para vivir.

Un joven que estaba a mi lado inhalaba y exhalaba con fuerza, haciendo mucho ruido, como si necesitara llevar a cabo la dramatización o la representación teatral de que estaba meditando. No me molestó en absoluto. Me causó cierta gracia.

Los primeros rayos de sol entraron por los amplios ventanales y sentí una enorme alegría de recibir ese primer día de retiro de esa manera, sentado sobre mi *zafu* y con los pies cruzados. Eso era lo que estaba

necesitando: volver a encontrar un centro dentro de mí. Los otros participantes se veían tranquilos, concentrados y siguiendo las indicaciones de la instructora que decía en el mismo tono de voz melodioso:

—No pensamos en nada en particular, pero tampoco rechazamos ningún pensamiento o recuerdo. Lo importante es darnos cuenta de que esa máquina que genera pensamientos y recuerdos y sensaciones, ese yo con el que nos identificamos todos los días, está ahora a cierta distancia. Somos y no somos, estamos y no estamos. Hemos logrado salir de esa prisión por unos breves instantes y verla desde lejos. Disfruten esta nueva perspectiva. La tiranía de un yo es muy agotadora. Es bueno coger algo de distancia, aunque sea brevemente. Inhalamos y exhalamos, pensamos y no pensamos, recordamos y no recordamos, hay un yo y no hay yo.

Hacía mucho tiempo que no meditaba y había olvidado por completo la plenitud que producen esos instantes de concentración. Me felicité una vez más por haber aceptado la invitación.

A las siete de la mañana terminamos la sesión y pasamos a dos comedores distintos a servirnos el desayuno. Había en unas bandejas una zona de panes integrales y de cereales, otra de verduras cortadas en julianas (cebolla, tomate, pepino, calabacín), otra de frutas de todo tipo y una cuarta de lácteos, kumis y yogures. Para terminar, uno se podía servir té o aguas aromáticas de unas teteras que estaban sobre unas mesas redondas. Era una primera comida muy frugal.

Nos dieron veinte minutos para subir a las habitaciones, entrar al baño y lavarnos los dientes. Luego nos reunimos en un salón donde un hombre ya viejo, de unos setenta años, de barba blanca, la cabeza afeitada y gruesos lentes de carey, dictó una especie de seminario sobre las similitudes de muchas de las religiones antiguas. Habló de cómo el budismo y el cristianismo primitivo apuntaban a lo mismo: el no ego, la liberación de la importancia personal. Se trataba de no caer en la trampa de creer que soy el centro del mundo, que todo lo que me sucede a mí es importante, que yo sufro mucho, que yo necesito, que yo deseo, que yo anhelo, que yo quiero, que yo puedo o no puedo. He ahí el origen de todos los horrores del mundo. Para cerrar la charla, ilustró esa idea con algunos pasajes del budismo y de los textos bíblicos. Fue una exposición clara y muy estudiada.

Hacia las diez de la mañana salimos a los corredores en silencio y

bebimos agua de Jamaica, limonada o naranjada, que estaban en unas jarras sobre unas mesitas de madera. Luego volvimos a entrar al salón y esta vez nos estaba esperando una mujer joven, de unos cuarenta años, que habló sobre sus años de formación en un monasterio en las afueras de Katmandú, en Nepal. Contó una historia que me encantó acerca de su maestro, un monje que desde joven había sido un bebedor rebelde y problemático. Había intentado instalarse en distintos conventos y de todos lo habían echado por indisciplina. Durante cerca de cinco años se había convertido en un vagabundo, en un indigente que iba de un lugar a otro sin detenerse nunca, hasta que se dio cuenta de que el problema no eran tanto sus vicios o su temperamento indómito (pues se había convertido en un tipo tranquilo que ya no bebía), sino el hecho de que la espiritualidad tradicional se relacionaba con la quietud, con el encierro, con las largas jornadas de meditación entre cuatro paredes. Y él no era un monje sedentario. Era un monje nómada. Así que se asumió como tal y empezó a predicar las ventajas del movimiento.

Quedarse quieto implica primero conseguir dónde dormir: una casa o un apartamento, una habitación, una residencia o un inquilinato donde uno pueda pernoctar. Luego hay que comprar ciertas cosas: una vajilla, unos cubiertos, unos vasos, una cama o un colchón, un asiento, unas cobijas. Y esa sensación de estar ahí, en un lugar fijo, ancla la identidad, la atornilla, la deja anquilosada. Según ese maestro caminante, ahí empieza el sufrimiento, cuando creo que debo quedarme quieto, porque entonces las ideas, los gustos, los sinsabores, las ilusiones, todo se inmoviliza de manera muy peligrosa. Donde está el cuerpo está el dolor. Al quedar preso del territorio, soy también presa fácil de todos los discursos acerca del consumo, de tener cosas, de comprar, de acumular, y, sobre todo, empiezo a creerme la necesidad de tener que hacer feliz a ese sujeto que soy yo.

En ese justo momento, este maestro empezó a predicar el nomadismo como una de las vías más efectivas para llegar a la divinidad. Durante años se entrenó recorriendo las distintas ciudades de la India y de Nepal, iba de Calcuta a Bombay, cruzaba el desierto de Hyderabad, viajaba a Benarés, pasaba unas semanas en Katmandú, y así sin parar, siempre durmiendo donde lo cogía la noche y conversando con las personas que se iba encontrando en el camino. No tenía nada, excepto lo que llevaba puesto.

Una mañana, en un mercado público, un maestro budista que se

tropezó con él, lo señaló y dijo:

—Un iluminado.

Desde entonces, la gente empezó a notar que había algo en ese monje que, en efecto, emergía de su ser e iluminaba a todos a su alrededor. No solo era su manera de ser afable y cordial, su risa contagiosa, sino una manera especial de caminar, de moverse, una serie de gestos que lo acompañaban y que daban la impresión de estar frente a un ser que no se regía por las mismas normas que los demás. Varios individuos que lo escucharon con atención empezaron a seguirlo y así nació la orden de Los Vagabundos de Dios, cuya premisa única y central era el desplazamiento: no te dejes alcanzar por ti mismo, escápate, que cuando tu ego intente atraparte tú ya estés en otro lugar.

La mujer que estaba contando la historia hizo una pausa y remató con una frase inquietante:

—Si ustedes analizan bien los evangelios, se darán cuenta de que Jesús era nómada.

Todos nos quedamos absortos, sorprendidos, pensando en detalle la frase y dándonos cuenta en silencio de que era cierta. Jesús nunca se encierra en un monasterio ni establece su domicilio en una ciudad fija. Va de Judea a Galilea, recorre Jerusalén, vive unos cuantos días junto a un lago y pesca con los lugareños, camina por el desierto con sus discípulos, predica aquí y allá, nunca compra una casa ni tiene propiedades a su nombre. Jesús es, principalmente, un místico errante, un peregrino de Dios. Pero lo increíble es que Siddhartha Gautama también (solo se detenía durante los períodos de los monzones y luego continuaba su prédica itinerante); y Mahoma también (creció con beduinos, viajó con caravanas de mercaderes, libró guerras que lo obligaban a moverse continuamente); y cómo olvidar a Moisés y su largo periplo de cuarenta años por el desierto en busca de la Tierra Prometida. Todas las grandes religiones tienen su origen en revelaciones que les son dadas a vagabundos que duermen a la intemperie bajo la luz del firmamento.

Al mediodía volvimos a citarnos en el comedor principal y había distintos menús: para veganos, para vegetarianos y para carnívoros. No había carne roja ni jamones, pero en una mesita aparte podían verse dos bandejas con medallones de pescado cocinado y frito. Todos comimos en silencio, respetando las cláusulas del retiro.

A las dos de la tarde, después de unos minutos en los cuales cada quien se resguardó en su habitación para tomar una pequeña siesta o para lavarse los dientes, nos convocaron en el jardín y salimos a caminar por un camino que se internaba en la montaña. Pensé que se trataba de un par de horas de ejercicio físico para entender en el terreno el meollo de la conferencia sobre la importancia del movimiento, y resulta que a las seis de la tarde llevábamos ya cuatro horas caminando y no se veía por ninguna parte la entrada a la finca en la cual nos estábamos hospedando. El sol se hundió en el horizonte y yo sentí que el cuerpo estaba rendido de cansancio. A las siete y media de la noche, atravesando caminos sin pavimentar, regresamos por fin a la hacienda. Lo único que habíamos bebido en toda la tarde fueron dos botellas de agua por persona. Nada más. Muchos de nosotros teníamos heridas en los pies y dolores articulares en las piernas y la columna vertebral.

Hubiera querido cenar poco y frugalmente, pero la jornada caminando me había abierto un apetito voraz y comí como un salvaje. Luego me fui a dormir temprano y no alcancé a poner la cabeza en la almohada cuando ya estaba dormido.

Esa misma rutina se repitió día tras día. Lo más difícil era la caminata en las horas de la tarde. Al tercer y cuarto día, varias personas se dieron de baja por dolores musculares y lesiones de todo tipo. Yo estuve a punto de cancelar también, pero un cierto orgullo me obligó a continuar con las ampollas abiertas, las rodillas adoloridas y los pies convertidos en un par de úlceras a las que tenía que masajear y meter en agua caliente todas las noches. Sin embargo, empecé a notar que algo pasaba dentro de mí día tras día: en efecto, una parte de la identidad se empezó a quedar atrás, esa parte que tanto me disgustaba y que era la que más me pesaba. Se empezaron a desvanecer los rostros de Michelle y de Charlie, las palabras de Tomás, los nefastos y lamentables sucesos en los que se habían involucrado Rebeca y Pellegrini. Me di cuenta de que el pasado se difuminaba, se tornaba borroso.

A los diez días mis pies se acostumbraron a las largas jornadas y empecé a caminar con soltura, a buen ritmo, sintiendo el aire, el paisaje, las flores, los pájaros. Ese Adán que tanto daño me había hecho se había quedado rezagado. Entendí que cuando Jesús se enfrenta al demonio está en el desierto, y logra vencerlo no porque sea más fuerte espiritualmente,

sino porque lo deja atrás. El demonio no puede alcanzarlo. El movimiento es una estrategia militar, de lucha, de combate.

Mientras atravesaba los distintos caminos vecinales del desierto de La Candelaria, mientras subía y bajaba por las montañas cercanas, pensaba en que nunca los ejércitos sedentarios vencieron a los ejércitos nómadas. Los romanos fueron derrotados por las huestes de Atila; los norteamericanos con sus bombas, sus helicópteros y sus miles de soldados fueron vencidos por los campesinos del Vietcong, que se movían incansablemente por la jungla; y nuestros soldados tampoco pudieron vencer militarmente a las columnas móviles de la guerrilla. El movimiento es poder.

Lo mismo sucedía antiguamente con los suicidas. En unas páginas del filósofo Paul Virilio había leído que los psiquiatras les recomendaban viajar, desplazarse de un lugar a otro, porque en cada puerto, en cada estación de tren o en cada aeropuerto uno se muere un poco. Una parte de sí mismo se queda atrás. Y así, muriendo y muriendo de una ciudad en otra, de un pueblo en otro, uno termina por sentir que ya no es necesario suicidarse. Si se empieza a fantasear con envenenarse o con cortarse las venas, el mejor remedio no es la clínica psiquiátrica ni los antidepresivos, sino el aeropuerto o la terminal de autobuses. Entrar en movimiento es terapéutico.

Así que la mejor manera de sanarme fue convertirme en vagabundo. Me dejé la barba y el bigote, no me vestía mirándome en el espejo para ver si la ropa se me veía bien o no, no combinaba los colores. La imagen me empezó a importar muy poco. Solo me interesaban mis pies y mis zapatos, los cuales cuidaba cada noche con esmero. Bajé de peso, olvidarme del celular y del computador me otorgó una libertad que hacía mucho tiempo no sentía, y me alejé vertiginosamente de ese sujeto que me había hecho la vida imposible: yo mismo. Recordé que Estéfano, mi amigo psiquiatra, me había recomendado recuperar la amistad interior, el placer, el gusto por la vida. Pero quizás la clave estaba primero en escaparse, en dejarse atrás, en desaparecer poco a poco hasta volverse invisible.

Un personaje de una película me hizo compañía durante varios días: Travis, el protagonista de *París-Texas,* de Wim Wenders. La película arranca justamente con él atravesando el desierto a pie. Intentan detenerlo, hacerle caer en cuenta de quién es, obligarlo a recordar, y Travis continúa caminando sin parar, siempre mirando hacia adelante. Qué maravillosas

escenas. Sentí que Travis era mi hermano, mi cómplice y en más de una ocasión lo sentí acompañándome y caminando a mi lado.

Tres semanas después yo me encontraba en un estado alterado de conciencia. Me llegaban a la memoria imágenes de los chamanes tarahumaras corriendo por las montañas mexicanas, pasajes del escritor Murakami hablando de qué significaba para él correr largas maratones, párrafos del indigente que recorre las calles de Cristianía en la conmovedora novela *Hambre* de Knut Hamsun, y escenas de David Carradine sucio y mal trajeado atravesando los desiertos a pie en la legendaria serie *Kung Fu*. Todos eran mis hermanos, mis panas, mis parceros vagabundos. Éramos la familia de los desaliñados que recorren el mundo buscando deshacer un ego pesado y denso que impide vivir a plenitud.

En la última semana quedábamos solo nueve personas: cinco jóvenes, tres de los *hippies* cuarentones y yo. El resto se habían declarado enfermos o, sencillamente, exhaustos. Dijeron que no podían más y se regresaron a la ciudad.

En una de las últimas conferencias que recibimos, un médico que había vivido cerca de diez años en Nueva Delhi nos explicó el funcionamiento de los seis chakras originales del misticismo hindú. Nos mostró con diagramas y diapositivas cómo funcionaba cada uno de estos círculos de energía que están ubicados desde la zona genital hasta el cerebro. En algún momento proyectó unos dibujos de una serpiente que se desplegaba a todo lo largo de la columna vertebral y dijo:

—Kundalini es la energía que está almacenada en la base principal de la columna y que es preciso despertar para que ascienda y recorra todos los chakras hasta llegar a la caja craneal y abrir el tercer ojo, el ojo místico, el ojo que percibe lo invisible. Kundalini es la energía primordial y hay que tener mucho cuidado con ella. A veces los iniciados despliegan esa fuerza sin entenderla ni saber de dónde proviene, y pueden llegar incluso a sentir dolores, mareos y trastornos mentales de todo tipo. Kundalini puede, sencillamente, enloquecernos. Pero si la conducimos con esmero y sabiduría, es el gran despertar de la conciencia, la luz que todo lo recorre, la iluminación en medio de un universo compuesto por materia oscura.

Me pregunté al escuchar esas palabras si algunos de los integrantes de Cruz y Resistencia no serían un buen ejemplo de esa energía que

enloquece al adepto. Al abrir las sagradas escrituras, y meditar y orar, se podían abrir también zonas tenebrosas en los creyentes. Por eso muchos de los grupos religiosos suelen terminar en el fanatismo excluyente, en la discriminación y el odio, en lugar de practicar el amor por el otro, la empatía y la solidaridad.

En los últimos días empecé a sentir que mi energía corporal crecía, que mis músculos, mis tendones y mis articulaciones se iban fortaleciendo de una manera como nunca antes lo había sentido. Al mismo tiempo, empezaba a conectar con mayor facilidad con el entorno, con la brisa, con el agua, la tierra y los animales.

Una tarde iba de primero por la ladera de una montaña y de repente apareció frente a mí una liebre salvaje. Fue un encuentro que nos cogió por sorpresa a ambos.

—Hola, amiga liebre —le dije sonriéndole—. Es un placer conocerte.

El animal me miró de frente, como si estuviera hipnotizado y ninguno de los dos hizo el más mínimo movimiento. Fue un momento maravilloso, mágico, en el que sentí que ingresaba dentro del animal, que estaba metido en su cuerpo y que tenía olfato liebre, intuición liebre, velocidad liebre. Una voz se escuchó detrás de mí y la hermana liebre pareció despertar de su parálisis y salió corriendo dando pequeños saltitos entre los arbustos.

Esa noche tuve un sueño revelador. Vi que una serpiente se desenroscaba hasta convertirse en una cruz. ¿Kundalini era también la energía crística, la energía que Jesús había desplegado dejándose crucificar por los pecados del mundo? Cuando esa fuerza que está dentro de nosotros dormida de pronto se despierta, ¿puede conducirnos incluso a sacrificarnos por amor a los otros?

El último día llegó y los nueve integrantes pudimos por fin conversar entre nosotros. En realidad, nos dijimos muy poco. Estábamos acostumbrados al silencio y las palabras nos parecían estorbos, ruidos que ensuciaban la paz del mundo. Nos entregaron nuestros celulares y nuestros computadores, y recuerdo muy bien que ninguno los encendió.

Tomamos el último desayuno y nos subimos con nuestras maletas y nuestros morrales a un microbús que nos condujo de regreso a la ciudad. Era extraño estar trepado en un carro que hacía tanto ruido con ese motor. En la radio anunciaron una serie de desastres debido al cambio climático. Luego dieron un informativo de último minuto y un locutor dijo que

acababa de ser asesinado Emilio Rengifo, un consultor de las Fuerzas Militares de Colombia. Así dijo: un consultor. El asesino había sido capturado a las pocas cuadras y resultó ser un pastor que ya había estado en la cárcel por narcotráfico: Tomás Restrepo. No se sabía todavía el móvil del asesinato.

Suspiré y me imaginé a Tomás persiguiendo al vampiro durante días enteros, vigilándolo, siguiéndole los pasos y respirándole en la nuca hasta que por fin lo había cazado. El locutor no había informado el *modus operandi*, pero yo estaba seguro de que había sido a cuchillo. Tomás había estado en la cárcel y sabía moverse bien en la calle. Seguramente fracasó en la huida y calculó mal las rutas de escape, pero había alcanzado su cometido. Regresaría a la vida carcelaria, entre los suyos, a reencontrarse con sus viejos amigos.

La entrada en la ciudad me pareció agresiva, muy violenta. Me dije que no sabía cómo había vivido tanto tiempo metido en semejante infierno. En la Calle 170 le pedí al conductor que parara, murmuré unas palabras de despedida y me bajé con mi morral porque necesitaba caminar, no podía más, todo mi ser me pedía entrar en movimiento. Subí hasta la Carrera Novena y tomé la carrilera hacia el sur, exactamente como Travis al comienzo de *París-Texas*.

Apenas llegué a mi apartamento, compré un tiquete para viajar a Riohacha al día siguiente. Tomé la decisión de irme a caminar al desierto de La Guajira durante varias semanas más. No quería atrincherarme de nuevo, meterme en la cueva y empezar a repetir el síndrome de la cabaña que me había hecho pedazos a lo largo de toda la pandemia. Revisé los mensajes tanto en el celular como en el correo electrónico, y no respondí ninguno. Sentía en el fondo de mí que el error había sido quedarme quieto y permitir que el horror me alcanzara.

A la mañana siguiente empaqué una nueva maleta y me fui para el aeropuerto. Llegué a Riohacha a las diez de la mañana. Me instalé en el hotel Arimaca y confirmé mi salida para el desierto a la madrugada siguiente. Llevaba conmigo el morral, una tienda de campaña y una bolsa de dormir. Estuve tres semanas más vagabundeando de día y de noche, pernoctando en las rancherías de los wayú, desayunando entre las arenas, almorzando en las dunas y comiendo sentado en el piso mientras contemplaba la bóveda celeste tachonada de estrellas. Sentía cómo

Kundalini se iba desenroscando lentamente dentro de mi cuerpo y ascendía por la columna vertebral.

El sonido del viento en las horas de la noche fue mi mejor amigo. Descubrí que dormir en hamacas era lo mejor para todos mis dolores de costillas rotas y de columna lesionada. Mis zapatos estaban siempre llenos de polvo y de arena. Una mañana, a pocos kilómetros de Palomino, me bañé en una cascada donde una familia indígena le celebraba su cumpleaños a un joven adolescente. Fue la primera vez en muchos días que me reí con otros y que compartí con ellos sin necesidad de hablar mayor cosa. Éramos sencillamente unos homínidos que compartían el baño en la ribera de un río.

Un día decidí subir un tramo de la Sierra Nevada de Santa Marta. Me bajé del bus en Mingueo y empecé a caminar hacia arriba hasta que cuatro horas después llegué a un sitio que llaman La Cuchilla. Ahí hice una parada y tomé agua. Luego caminé una hora hasta Bongá y otra hora y media hasta San Pedro. Finalmente, después de cruzar un precipicio que me recordó mi pánico a las alturas, llegué a un colegio que antes había sido administrado por las hermanas misioneras de María Inmaculada y que ahora pertenecía a la comunidad kogui. Mi idea era continuar al día siguiente hasta un caserío llamado San Francisco y al tercer día subir hasta San Miguel, en pleno páramo. Pero no pude porque me enfermé. El frío me había quemado la cara y me hirió la garganta hasta inflamarme las amígdalas y no poder comer ni beber. La fiebre se apoderó de mí y luego me contaron que hablaba conmigo mismo y que me pedía perdón por haberme encerrado durante dos años en mi viejo apartamento de Bogotá. Unos estudiantes kogui me dijeron que yo repetía una y otra vez la misma frase:

—Lo siento, viejo, fui un blanco fácil.

Mientras me mejoraba vi cómo bajaban en camilla a un enfermo. Iba tiritando de frío y alucinando, sin saber muy bien dónde se encontraba. Al fin pude recuperarme y emprendí el descenso sintiendo que mi cuerpo iba más débil, como si me hubieran confiscado buena parte de mis reservas de energía.

Cuando regresé a Riohacha, al entrar al hotel me vi en uno de los vidrios que estaba detrás del mostrador, y tenía la figura de un indigente callejero: el cabello y la barba me habían crecido, y el sol le había dado a

mi piel un tono cetrino, entre dorado y aceitunado. Miraba sin mirar, como si estuviera en una dimensión alterna. Era un trotamundos sin mapa ni ruta definida en un largo viaje hacia la nada.

Esa misma noche encendí el celular y a la madrugada me entró una llamada de un número desconocido. Contesté de manera automática. Al otro lado de la línea, la voz de Michelle me dijo:

—Acaba de nacer el Avatar. La luz llegó al mundo. Quería compartirlo contigo. Bienaventurados nosotros, que estamos en el centro del milagro.

No sentí ninguna emoción. Me quedé callado y Michelle colgó o la llamada se cayó, no lo sé. Me sentí lejano de todo, ausente, como si de pronto acabara de llegar de otro planeta y la Tierra me pareciera habitada por seres misteriosos e incomprensibles.

Miré por la ventana y algo dentro de mí se empezó a agitar intensamente, como si estuviera a punto de gestarse una tormenta interior. Un impulso poderoso, irresistible, se presentó de manera súbita y me dejó sin aliento. Me di cuenta de que llevaba semanas cruzando desiertos y caminos polvorientos, pero que mi verdadero territorio estaba en otra parte: en la página en blanco. Esa era la verdadera ruta, el arduo camino que nos fascina y que al mismo tiempo tanto tememos los escritores. La prueba definitiva estaba pendiente. Todo lo vivido había sido apenas un preámbulo, una introducción. Un estremecimiento me recorrió la columna vertebral. ¿Sería capaz? ¿No estaba mi cuerpo destruido y hecho pedazos? ¿Aguantarían las costillas fracturadas, las vértebras torcidas, la pierna y el brazo derechos lesionados? ¿Tendría la fuerza suficiente como para volver a enfrentar esa primera página en blanco? Me dije que había caminado tantos kilómetros a lo largo de tantos días solo para prepararme para el reto definitivo, para la auténtica aventura sagrada: el lenguaje, el poder inconmensurable de las palabras avanzando lentamente de línea en línea.

Bajé a la recepción con la respiración entrecortada y pedí unas cuantas hojas y un bolígrafo barato. Regresé a la habitación y, con la mano temblorosa, escribí en la primera página:

Los Vagabundos de Dios.

Y empecé a escribir este libro sin parar. Lo significativo era que por primera vez en mucho tiempo sentí la necesidad, la pulsión de sentarme a escribir una historia donde estuviera toda la locura que me había invadido sin darme cuenta. No me había sido dada la gracia de la fe divina, pero aún

mantenía dentro de mí, intacta, la fe en la escritura. Dos años atrás creí que había llegado el momento de silenciarme. Entre tanta estridencia en las redes sociales, tanta algarabía y tanta información inútil circulando en nuestras pantallas, lo más ético era callarse. Pero quizás no. Después de haberme vencido a mí mismo en medio del desierto, tal vez era válido todavía convocar a la tribu y dirigirse a ella en medio del estupor, la confusión y el espanto.

Villa de Leyva, 2023

MARIO MENDOZA (Bogotá, 1964) Se licenció en Letras en Bogotá y se graduó en Literatura Hispanoamericana en la Fundación José Ortega y Gasset de Toledo, España. Es también Magíster en Literatura. Autor de veinte novelas, cuentos y ensayos entre las que se destacan *Satanás* (Seix Barral, 2002), galardonada con el Premio Biblioteca Breve; *La travesía del vidente*, Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura Turismo de Bogotá en 1995; *Buda Blues* (Seix Barral, 2010), finalista del Premio Dashiell Hammett en la Semana Negra de Gijón; *Lady Masacre* (2013); *La melancolía de los feos* (2016); *Diario del fin del mundo* (2018); *Akelarre* (2019); *La locura de nuestro tiempo* (2010); *La importancia de morir a tiempo* (2012); *Paranormal Colombia* (2014*); El libro de las revelaciones* (2017), *Bitácora del naufragio* (2021) y *Leer es resistir* (2022). En 2018 concluyó *El mensajero de Agartha*, una saga juvenil conformada por diez títulos, y publicó la novela gráfica *Satanás*, junto con el ilustrador Keco Olano. Este fue el comienzo de su trabajo en conjunto, que se materializó en dos proyectos: la trilogía de novelas gráficas *Mysterion* (*Kaópolis*, *Los fugitivos*, *Los sobrevivientes*) y la serie de diez cómics *El último día sobre la Tierra*.

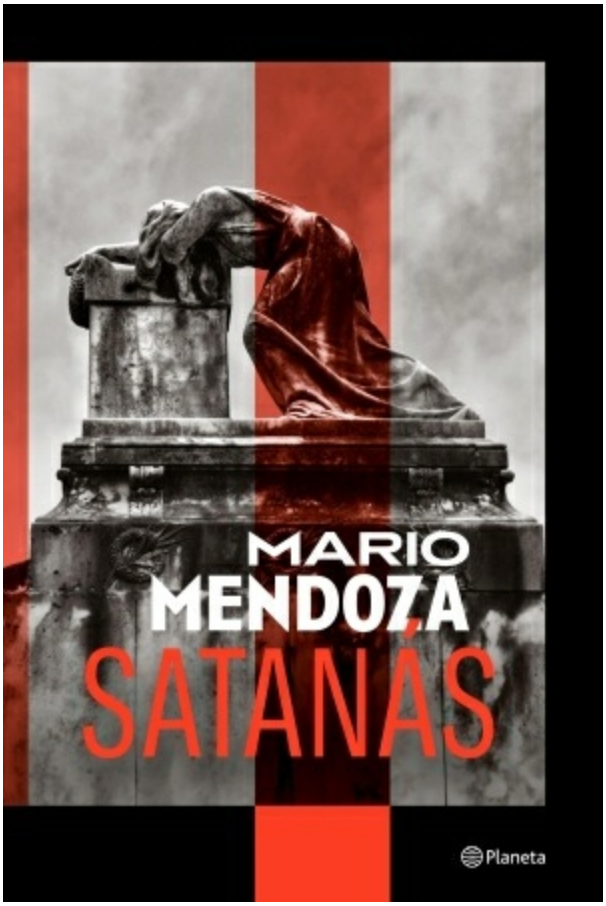
Un novelista con el cuerpo desbaratado y maltrecho por varios accidentes sucesivos, con un precario estado mental, que menguó sus fuerzas y su espíritu, sobrevivió como pudo al encierro de la pandemia y ahora es un náufrago inmóvil. La humanidad no cambió un ápice tras la prueba extrema que experimentó y él, en medio de ese caos, no sabe cómo retomar el rumbo, si es que aún existe alguno, después de todo lo que ha pasado.

De manera misteriosa comienzan a llegarle señales de que debe volver al corazón oscuro de la ciudad que ha alimentado sus obras. La intempestiva aparición de un viejo amigo, un bohemio músico de *jazz*, lo pone en marcha al recomendarlo con una joven artista que recordó en terapia, por medio de la hipnosis, su propósito al conectarse con sus vidas pasadas.

Al abismarse de nuevo, el escritor descubre que la realidad pierde su forma y que lo que cree sólido se desvanece. Sumergido en el *Kairós*, el tiempo sagrado, su cordura y templanza serán puestas a prueba por militares que experimentaron el horror, creyentes que esperan con fervor al nuevo Avatar, guerreros espirituales forjados tras las rejas de la cárcel, sádicos torturadores profesionales, víctimas escaldadas por un dolor que las consume y alimenta un odio atroz. Comprenderá que "sin muerte no hay renacimiento", que "si no hay un final no podremos tener un nuevo comienzo" y que al dejar "esa pose de escritor pulcro y cuidadoso, que calcula cada paso que da como si temiera hundirse en el abismo. Cuando quizás de lo que se trataba era, justamente, de dejarse caer en el vacío y de disfrutar el viaje por el precipicio".

Planeta
www.planetadelibros.com.co

eBook DISPONIBLE


MARIO
MENDOZA
SATANÁS
Planeta

Satanás

Mendoza, Mario
9786287650527
280 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

"El primer paso fue llevar la ciudad a la literatura, ahora la literatura se hace muro en una amalgama creativa". Mario Mendoza

Una mujer hermosa e ingenua que roba con destreza a altos ejecutivos, un pintor habitado por fuerzas misteriosas y un sacerdote que se enfrenta a un caso de posesión demoníaca en La Candelaria, el barrio colonial de Bogotá… historias que se tejen en torno a la de Campo Elías, héroe de la guerra de Vietnam, quien inicia su particular descenso a los infiernos, obsesionado por la dualidad entre el bien y el mal, entre Jekyll y Hyde, y se convertirá en un ángel exterminador.

Galardonada con el Premio Biblioteca Breve 2002, *Satanás* es una novela sobre la oscura presencia de lo maligno en la vida cotidiana. El telón de fondo es un paisaje roto, el de la Colombia de hoy, y una ciudad, Bogotá, por cuyas calles van y vienen, de forma errática y condenados a expiar una interminable culpa, los personajes de este inquietante relato en el que escenas conmovedoras se mezclan con otras de descarnada violencia.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

LA DIETA
KETO PERFECTA
DE TU DOCTOR BAYTER
COMER
PARA
SANAR
Doctor Bayter
Planeta

Comer para sanar

Doctor Bayter
9786287665118
344 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La dieta KETO perfecta de tu doctor Bayter

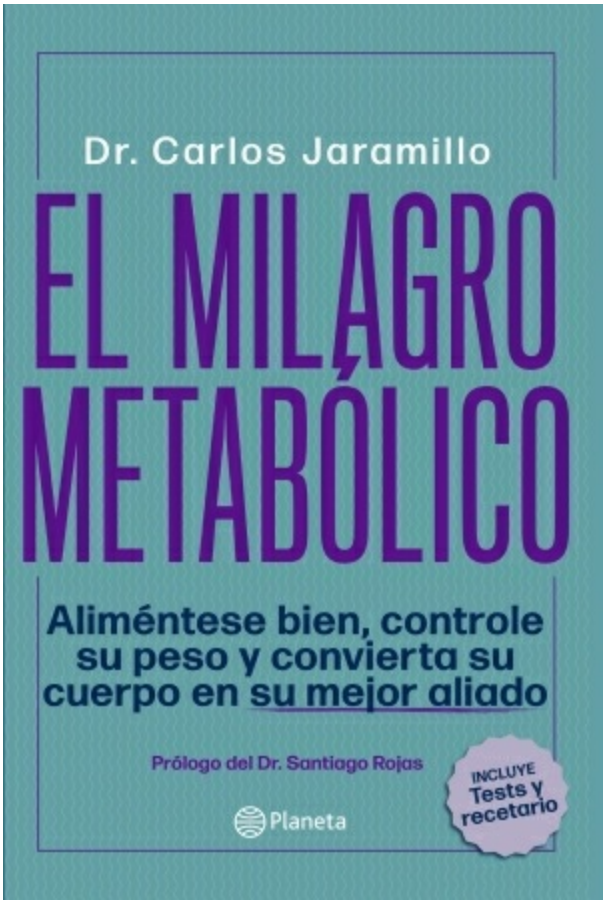
Las enfermedades actuales están ligadas en gran medida a la resistencia a la insulina. Esta es producto no solo de una dieta alta en azúcar, sino de que ingerimos más carbohidratos de los que necesitamos y de los que nuestro cuerpo puede procesar. El resultado de una pésima alimentación, que busca darle placer a la lengua —que es el 1% de tu cuerpo— y no piensa en las consecuencias sobre todo el organismo, es la razón de las múltiples enfermedades que podríamos evitar si fuéramos conscientes de lo que nos llevamos a la boca.

En este libro el Doctor Bayter, médico intensivista, nos enseña cómo funciona el cuerpo, cuál es el origen de la enfermedad y cómo debemos comer para darle todos los nutrientes necesarios y convertirlo en la hermosa, compleja e impresionante máquina sanadora y reparadora que siempre ha debido ser.

El método de la Dieta Keto Perfecta, creada por el @doctorbayter, es un proceso en 4 fases que le enseñará a tu organismo a usar la grasa como energía, a conseguir flexibilidad metabólica, a saber cuándo es

hora de comer y cuándo no, y a limpiar el metabolismo. Irás de la mano de un experto, paso a paso, y aprenderás a comer para sanar y a tener una vida plena y feliz.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Dr. Carlos Jaramillo
EL MILAGRO METABÓLICO
Aliméntese bien, controle su peso y convierta su cuerpo en su mejor aliado
Prólogo del Dr. Santiago Rojas
Planeta
INCLUYE
Tests y recetario

El milagro metabólico

Dr. Carlos Jaramillo
9789584276988
358 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A todos nos gusta comer. Pero lo hacemos mal y cada día peor. Engañados por la industria alimentaria, la publicidad, las fake news gastronómicas y los consejos nutricionales de la tía Bertha, con cada bocado tomamos decisiones nefastas que nos enferman, nos engordan y nos roban energía. ¿Cómo detener esta espiral? ¿A quién creerle y a quién no? ¿Cómo cambiar de hábitos sin volvernos rígidos y aburridos?

En este libro, el célebre doctor Carlos Jaramillo ofrece respuestas contundentes a esas preguntas y plantea que la clave para un peso óptimo y una salud plena está en el metabolismo. Entender qué es, cómo opera y qué podemos hacer para que funcione a nuestro favor es fundamental, y es lo que el lector conseguirá en estas páginas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

DR. CARLOS JARAMILLO

COMO

El arte de
comer bien
para
estar bien

El autor más vendido
en Colombia en los
últimos tres años

Planeta

COMO

Dr. Carlos Jaramillo
9789584297471
632 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

COMO es una guía clara y completa para que el alimento se convierta en su mejor medicina, porque la decisión de comer sano no es tan complicada y costosa como usted se imagina. De la mano del Dr. Jaramillo —médico funcional, experto en metabolismo, nutrición y bioquímica—, podrá entender cómo balancear su dieta, leer etiquetas para elegir mejor sus alimentos, ayunar sin temores, desinflamar su cuerpo; ejercitarse, recuperarse, ganar masa muscular y más años de vida; hacer un mercado que no lo deje en la quiebra y que realmente nutra a su familia, y ver que cocinar sano y rico es posible.

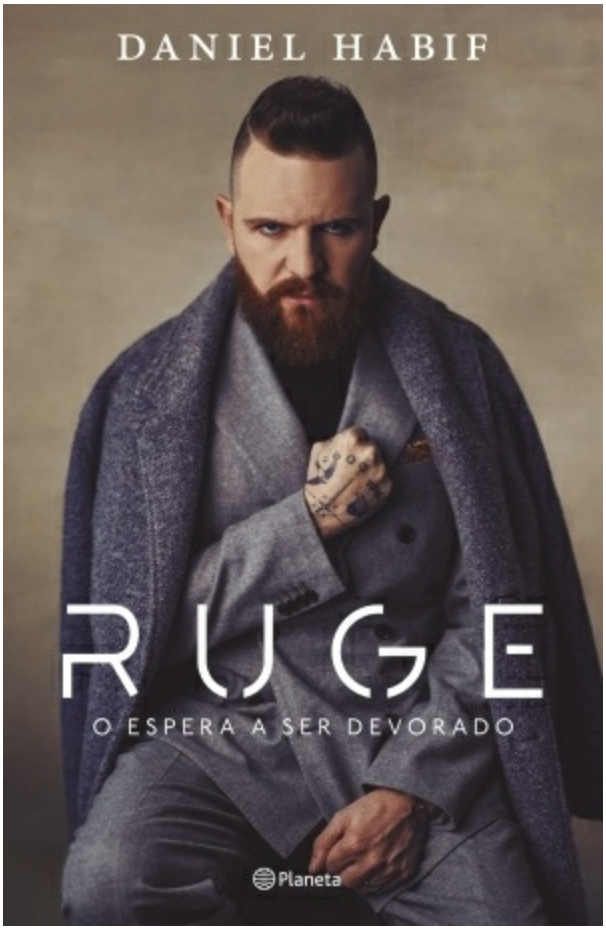
Encontrará la respuesta a muchas de las preguntas que se ha hecho:

¿Cómo *COMO* bien? ¿Qué *COMO*? ¿Cuánto *COMO*? ¿Cuándo *COMO*? ¿Cuándo no *COMO*? ¿Para qué *COMO*?

Este es un libro para todas las personas que quieran aprender a comer bien, porque comer por comer, solo para llenar el estómago, es el peor daño que le puede hacer a su salud. Cada bocado de comida que lleva a su boca será una información valiosa o peligrosa para su organismo. Por eso debería convertirse en un experto de su propia nutrición y así aprender a elegir bien, a conciencia y evitando todo

aquello que pueda enfermarlo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


DANIEL HABIF
RUGE
O ESPERA A SER DEVORADO
Planeta

Ruge o espera a ser devorado

Habif, Daniel
9786287611177
296 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dentro de ti hay un poder gigante que contiene un grito. Aunque lo has atado con dudas y miedos, sigue allí amordazado con la opresiva censura que le has impuesto: la misma con la que has acallado tus sueños. Este libro es para desatar ese grito, largamente enmudecido, que derribará las paredes y doblará los barrotes que te encierran. El proceso para desencadenar esa fuerza interior contempla tres pasos:

- Inspirar: Consiste en inflarte con el aire sanador de la quietud, cerrarte al ruido exterior, mirar hacia adentro y hacer un proceso de autoevaluación.
- Inflamar: Luego de cargar tu pecho, concentrarás esas reflexiones de lo que eres en un plan de acción.
- Rugir: Es una apuesta que ya no acepta un paso atrás pues vas a cabalgar salvajemente en dirección a tus sueños. Haz que despida su estruendo.

En estas páginas, Daniel Habif vuelve a elevar su inspiradora y estimulante voz para compartirte aprendizajes profundos y aplicables que te permitirán comprender tus límites mentales y alcanzar un mayor dominio de tus capacidades. Además, explora alternativas para desarrollar todo tu potencial, afinar el poder de tus pensamientos y

ayudarte a liberar ese grito que espantará a quienes pretenden devorarte.

¡Ruge!, porque al destino, más que esperarlo, hay que arrebatarlo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)